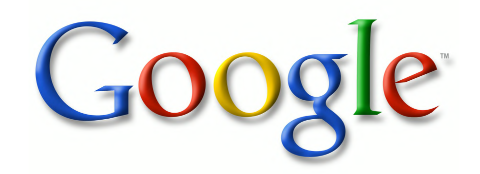


This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

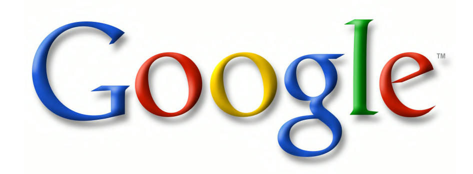
Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at http://books.google.com/



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`




STANFORD UNIVERSITY
LIBRARIES


CALPE
AVILA
Recuerdos de Africa
HISTORIA DE CEUTA,
POR
D. JOSÉ A. MARQUEZ DE PRADO.
Madrid.
1859
PLUS
ULTRA

RECUERDOS DE ÁFRICA.

HISTORIA DE LA PLAZA DE CEUTA,

describiendo los sitios que ha sufrido en distintas épocas por las huestes del imperio de Marruecos:

OBRA ORIGINAL,

ESCRITA, CORREGIDA Y AUMENTADA EN ESTA SEGUNDA EDICION,

BAJO LOS AUSPICIOS

DE S. M. EL REY D. FRANCISCO DE ASÍS,

POR

D. José A. Marquez de Prado.



MADRID:—1859.

IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA ESPAÑOLA DE LOS SEÑORES NIETO Y COMPAÑÍA.

Torija, 14, bajo.

José Marquez de Prado

Señor:

En 1851 tuve el alto honor de ofrecer á los R. P. de V. M. mis Recuerdos de Africa, primer producto literario de mi humilde pluma y constante laboriosidad.

Hoy, Señor, las inícuas y tenaces agresiones de la morisma infiel, atacando injustificadamente nuestra plaza de Ceuta, han hecho á V. M. considerar útil la reimpresion de la historia de aquella Ciudad, la cual se publica bajo tan alta y régia proteccion.

La Providencia en sus altos designios determinó que Isabel I y Fernando de Aragon, espulsaran de nuestra patria á los hijos del Profeta, y hoy creo reserva á Isabel II y á Francisco de Borbon, el combatir de nuevo á la media luna, elevando triunfantes los sagrados pendones de la religion y de la civilizacion en el continente africano.

Dígnese V. M., con su reconocida benevolencia, admitir la respetuosa gratitud y el altísimo respecto que con profunda lealtad os consagra quien es

Señor,

P. A L. R. P. de V. M.

Su mas humilde súbdito,

José Marquez de Prado.



INTRODUCCION.



A historia es el gran libro de los pueblos; por ella se mide lo pasado comparándolo con el presente: así se reconoce la prosperidad ó decadencia en las ciencias y las artes, termómetros invariables de la ilustracion: en una palabra, se analiza lo que fué, lo que es, lo que puede ser. Se vé la série de costumbres transcurrida y se viene en conocimiento de la índole de los pobladores. La historia, el libro de la esperiencia, es tan necesario en el estudio del hombre de gobierno, como en el del ilustrado ó del que pretenda ilustrarse.

De pocos años á esta parte, las circunstancias han traido al recuerdo público, la memoria de las posesiones que España tiene en el Norte de Africa, las que yacían en el olvido; pero el gobierno, conociendo el alto interés que ofrecen y que están llamadas á un grande porvenir para la madre patria, ha empezado á sacarlas del punible abandono en que las habian colocado, las agitaciones de Europa á principios del siglo, las de la península con posterioridad y su mala suerte.

Cuando los árabes del Riff, con sus rudos ataques, molestan la plaza de Melilla, la generalidad ha ignorado siempre su situacion geográfica, la corta distancia á que se halla de nosotros y las circunstancias de aquella ciudad, en otros tiempos rica y floreciente, hoy reducida á una colonia militar. Escepto el gobierno, los que el deber ha conducido á allí y algunas personas estudiosas, nadie conoce las bellas tradiciones que aquellos carcomidos muros encierran; las glorias de nuestras armas, la bravura é intrepidez española; la sangre y hosamentas de muchos héroes con que se asentaron los cimientos de nuestra dominacion. Mas próximo ó mas lejano, pocas familias de nuestra patria dejarán de contar un antepasado entre los valientes que allí han combatido bajo el estandarte de la Cruz y la victoriosa bandera castellana. El sufrimiento y la sangre derramada heróicamente en los combates, no es un menguado timbre para blasonar un apellido y esta sola circunstancia, es bastante para alimentar el deseo de conocer un suelo tan vecino y tan ignorado.

La situacion, bellezas que encierra, condiciones é interés que inspira la ciudad de Ceuta, hoy que los berberiscos han osado, una vez mas, asestar sus traidores disparos contra aquella plaza que en nada les ofende, hace preciso y conveniente el reimprimir su crónica para que la España y el mundo entero conozcan la verdad, la razon y la justicia con que es llegada la hora de que el pabellon español domine y se eleve orgulloso entre las tribus agarenas con beneficio propio y sin detrimento de las demás naciones; al contrario, prestará utilidad á la seguridad y comercio universal el desarrollar en aquel continente los santos estandartes de la fé y de la civilizacion. En esta historia aparecerá, libre el ánimo de pasiones bastardas, cuanto hemos podido adquirir y analizar, á fuerza de trabajo y asiduidad, en los viajes que hemos hecho por aquel litoral al desempeñar comisiones del servicio.

Si nuestros desvelos prestan alguna luz para oonocer lo que en aquella parte del Africa poseemos, si nuestras descripciones son útiles para que se comprenda que el porvenir del cristianismo en Africa, de la ilustracion y del engrandecimiento de la potente nacion española está en aquel delicioso, abundante y privilegiado suelo, al merecer algun precio estos recuerdos, quedaremos altamente satisfechos con persuadirnos de que el exámen que hemos hecho de un diamante en bruto, puede llegar á servir para que se pulimente y coloque entre las joyas predilectas de la Corona de Castilla.

El Autor.



PRELIMINAR DE LA HISTORIA.



A fidelísima y siempre leal ciudad de Ceuta, envuelve una inmensa masa de recuerdos dignos todos de llamar la atencion. Los prolongados asedios que ha sufrido en distintas épocas la hacen memorable y glorían sus blasones, que el transcurso de los tiempos y la mano del olvido han cubierto con añoso velo, sin que ninguno de sus hijos consignase en crónica alguna, los envidiados triunfos de su patria. Bien que no es estraño, cuando los moradores de la antigua ciudad, abrazaban con mas entusiasmo la adoracion de Marte que rendir aromáticos inciensos á Minerva: el acero era su pluma; y en vano con su sangre escribieron en la arena de aquellas ardientes playas, pues olvidaron que los signos trazados con la sangre al fin se borran. Hé aquí la causa porqué la historia de sus primeros tiempos yace en las tinieblas: no obstante, el deseo de hallar algun guia que descorra el velo que cubre el tesoro de sus preciosas antigüedades, es el que aun á costa del sacrificio de trabajos penosos, me ha lanzado á estudiar eu las ruinas; en la historia de paises limítrofes, por lo que pudiera convenir á mi propósito, y en las tradiciones árabes, crónica viviente del transcurso de los siglos.

No hay anales, cronologías é instrumentos que comprueben los sucesos de los tiempos remotos; elementos indispensables para que los cimientos de la pirámide histórica se asienten con solidez. No obstante, procuraré separar lo cierto de lo dudoso, presentándolo con claridad, y ya que no pueda adquirir el nombre de un perfecto *Colon*, de antigüedades, al menos intentaré ser un Teséo en tan confuso laberinto.



RECUERDOS DE ÁFRICA.

CAPÍTULO I.

Situacion geográfica de Ceuta.



EUTA, plaza marítima de primer órden, se halla situada en un Istmo que forma el cabo ó promontorio llamado en la antigüedad «Avila» hoy Almina: es el estremo oriental meridional que da principio al Freto Hercúleo, ahora estrecho de Gibraltar, frente al monte llamado antiguamente «Calpe» (1) que se conoce en los tiempos modernos por monte y plaza de Gibraltar, en la

(1) Avila y Calpe nombres de las famosas columnas de Hércules que se dice estuvieron en el pináculo del monte Hacho de Ceuta, donde existe la torre de la Ciudadela y en el monte de Gibraltar en el sitio que ocupa la del vigía.

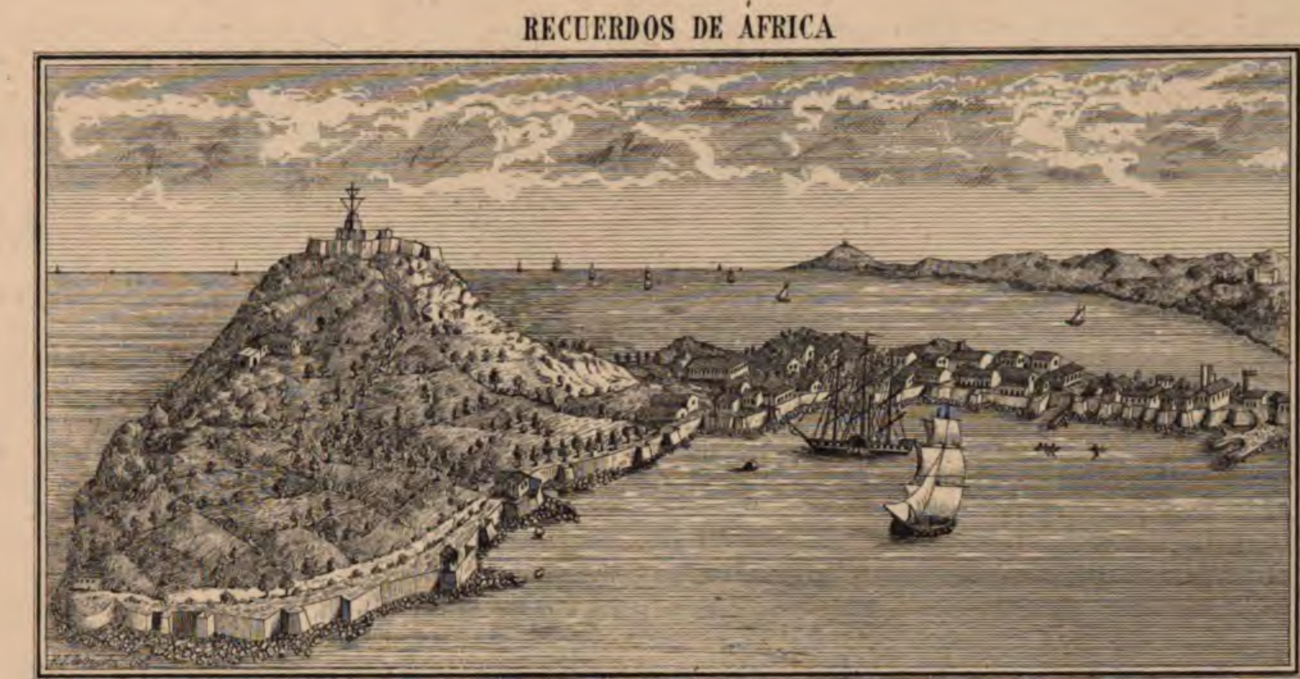
latitud de 35° 54' 4'' observada desde la casa vigía del monte Hacho y en la longitud de 1° 34' 2'' al oriente del meridiano de Cádiz, segun el derrotero de Tofiño, demorando al Sur cuatro leguas de punta de Europa (1) cuatro de punta del Carnero y cinco de la bahía de Algeciras, travesía en que desembocan en el Mediterráneo las aguas del Océano con rápidas corrientes. Ceuta está situada á cinco y media leguas al Sur-Este de la torre de Tarifa, nueve al Este de la ciudad de Tanger (2) y ocho al Es-Nordeste de la de Tetuan (3). El Istmo de la Almina está unido al continente africano por una estrecha lengua de tierra y bañado en toda su circunferencia por las aguas del Mediterráneo, pues aunque la cara del Oeste da á tierra firme en que está la muralla real, desde que fué edificada por los Portugueses en el año 1690, al pié de aquella, construyeron un ancho y profundo foso por donde cruza el mar de Norte á Sur, quedando por esta causa aislada la plaza del continente y habiéndose construido un puente levadizo que comunica con el Albacar y obras avanzadas que defienden el frente del campo y la cortina que cubre con sus fuegos el surgidero ó bahía del Norte protegida tambien por el torreon de la bandera.

La bahía de esta parte que mira á Europa es de buen fondeadero y resguarda de los vientos del Sur, Sur-Este y Sur-Oeste. A la espalda del promontorio de la Almina, ó sea al Sur de la plaza, hay otro fondeadero llamado en remotos tiempos «de los Baños» que cubre los buques mayores de los vientos Norte, Nordeste y Noroeste para cuyo objeto tiene la plaza puertas al mar situadas al Norte y Sur siendo el muelle principal

---

(1) Punta saliente de Gibraltar.
(2) Mauritánia, hoy imperio de Marruecos.
(3) Idem idem.

RECUERDOS DE ÁFRICA



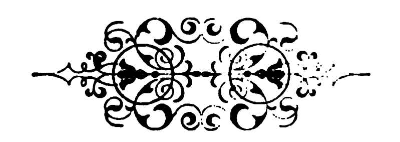
J. A. Marquez de Prado, lo dibujó.

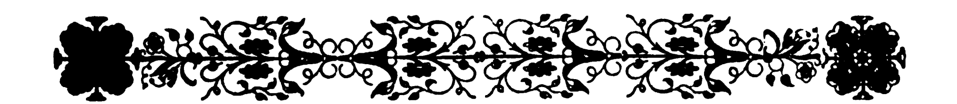
Lit. de la Corte, Fuencarral 1. 6. Madrid.

CÉUTA,
vista por la cara del Norte.

en la primera que mira á Europa y en el que se guarecen las embarcaciones pequeñas.

La Ceuta actual está lindante con la provincia de Garb, reino de Fez é imperio de Marruecos. Es tan corta la distancia óptica á España, que desde Gibraltar se ven durante la noche las luces de Ceuta, y desde esta ciudad las costas de Andalucía y reino de Granada.





CAPÍTULO II.

Fundacion de Ceuta: su antigüedad: creencias de quién fué su primer fundador: variedad de naciones que la dominaron: su opulencia; estension de su territorio y desarrollo de las artes en sus remotos tiempos.



La fundacion de Ceuta yace en el cáos. Algunos autores árabes, ignorando con qué autoridad y sin arredrarse por la falta de datos, aseguran fué erigida despues del Diluvio universal y donde se albergaron los primeros pobladores del Africa (1): otros corroboran esta creencia valiéndose del nombre de *Septa* que llevó en la antigüedad, señalando como su primer fundador á Septh, hijo de Noé: otros *la atribuyen* á Ceib, nieto de este; y algunos mas prudentes, quedaron satisfechos

(1) En el campo que nos pertenece fuera de la plaza hay ruinas y vestijios de una poblacion grande y antiquísima; pero juzgando por los muros que en pié existen, segun opinion de un respetable general, con que estoy de acuerdo, su estructura y fisonomía es Fenicia.

consignando que es la primera poblacion que se fundó en esta parte del globo. Tambien hubo otros que lo hacen derivar del nombre antiguo de *Septiem* que en lengua caldea significa principio de hermosura, ó de Exidilisa aplicándole igual acepcion. En mi concepto son tan fabulosos estos pensamientos, como imposible penetrar el misterio de lo pasado cuando se carece de reliquias auténticas que formen su testamento.

Otros autores establecen, y parece lo mas probable, que el nombre de Ceuta deriva de *Sepio*, sinónimo de *cercado*: de *Septa* cercada: ó de *Septem* por las siete colinas en que está edificada la ciudad. Algunos geógrafos de la antigüedad llamaban á estos mogotes los siete hermanos, por lo mucho que se parecen entre sí en figura y elevacion. Pudiera ser muy bien á ser positiva la fundacion romana, que el nombre Ceuta sea derivado del numeral latino *Septem,* puesto que el latin era el idioma del imperio romano, y posible tambien que al apoderarse sus legiones de aquella poblacion, la hallasen arruinada y la reedificasen bajo su actual nombre.

Manuel de Faria y Sousa en su volúmen del Africa Portuguesa, inserto en el tomo. III de la Europa Portuguesa, y en el libro 4.°, capítulo 7.° de la descripcion general del Africa, hablando Luis del Mármol, de la fundacion de Ceuta, dice: que de ella no se encuentran seguros antecedentes, mas sí de su antigüedad y que tan positiva es esta como dudosa aquella, comprobándose lo dudoso de la una con la ancianidad de la otra.

Segun la historia del imperio de Marruecos por Mr. Chenser, primer volúmen, página 83; Hamilcar, general cartaginés, vino á ella llamándose entonces Avila, para despues pasar con su ejército á apoderarse de España.

Juan de Leon, natural de Africa, é historiador de los tiempos moder-

nos, asegura en sus escritos que Ceuta es fundacion romana y que por lo populosa que llegó á hacerse la erigieron en cabeza de la Mauritánia.

Mr. Chenser en la página 112 de su primer tomo dice, que el Emperador romano, llamado Cláudio, mandó un ejército á la Mauritánia, poco despues de su advenimiento al trono, para establecer su dominacion en aquel continente. Sus generales Suetonio y Hodosio, batieron constantemente á los moros mandados por el general Salavés, estrechándolos de tal manera con sus victoriosas armas, que los precisaron á someterse á la dominacion de Roma. Practicada la conquista, fué dividida la Mauritánia en dos provincias, tomando la una el nombre de Cesariense del sobrenombre de César dado á Cláudio; y la otra, Tingitana, por el de la ciudad de Tingis, hoy Tánger, que erigieron en capital de ella. Deseosos los Romanos de fecundizar su dominio y establecerlo bajo bases sólidas, hicieron pasar colonias á ambas provincias para conservar su soberanía. Erigieron á Ceuta en metrópoli, y las legiones distribuidas entre Tánger, Arcila y Larache, quedaron á sus órdenes.

El Emperador Justiniano, segun los historiadores árabes, tomó á Ceuta á los 4283 años de su fundacion. Juan de Leon dice, que este Emperador tenia en Ceuta un Tribuno con muchas naves ligeras para guardar el estrecho y dar los avisos que fueran oportunos al Capitan de Cesarea y al Maestre de la milicia Oriental, que á la sazon era, segun parece, el Generalísimo de las demás posesiones.

Procopio, historiador griego, al describir la de Justiniano, cuyo secretario era, manifiesta que aquel Emperador edificó una basílica suntuosa consagrada bajo la advocacion de la inmaculada Vírgen María, Madre de Dios; mas al ser conquistada por el Rey D. Juan I de Portugal, ningun vestigio se halló, ni aun cimientos del citado templo.

Historiadores afirman que á la invasion Goda, en principios del si-

glo VIII, fué ocupada Ceuta, quedando sometida á la obediencia de los Godos mientras fueron señores de España y cayendo la primera bajo el yugo sarraceno, en tiempo del Rey D. Rodrigo, siendo Gobernador de ella y mandando las fronteras de Africa D. Julian, Señor de Consuegra y Conde de Ceuta que cometió la alta traicion de entregarla á los victoriosos Arabes al mando de Muza-Ben-Nasser; sin mas motivo, para tan culpable conducta, que una bochornosa venganza contra su Rey y Señor. Este lamentable suceso aconteció el año 711 de la era cristiana; tal incidente fué el precursor de la estincion de la monarquía Goda y de la conquista Arabe en España. Así, pues, Ceuta permaneció por mas de siete siglos bajo la esclavitud de la enseña mahometana.

El territorio propio de la ciudad, diz que solo se estendia en sus mejores tiempos hasta la cordillera de la sierra llamada por nosotros, Ximera, y por los Arabes, Alcudia, distante legua y media.

La plaza está fundada en un sitio muy fresco, tan purificada por los aires, que es tenida por la morada mas saludable de toda el Africa. Segun algunos escritores, durante la dominacion árabe, que ha sido la época de prosperidad y grandeza de la ciudad, muchos ricos hombres de distintas regiones, noticiosos de su salubridad y hermosura, acudian á ella de todas partes para gozar una vida placentera.

La ciudad arábigo-portuguesa, está situada en el territorio mas próximo al campo ó linde con el Imperio de Marruecos, apoyándose en la muralla Real (1). Los Portugueses, despues de conquistada, redujeron su recinto con el objeto de mejor defenderla, y es el mismo que tiene en el dia, separada de la poblacion moderna, por el puente de la Almina, en

---

(1) Plano núm. 2, perímetro A.

el que está la escala que conduce al muelle ó embarcadero principal, que mira al frente de Europa (1). La ciudad alberga en su seno los dos templos principales, que son la Catedral y Nuestra Señora de Africa.

La primera era una gran mezquita árabe y el Rey D. Juan I de Portugal, á la conquista de la plaza, la convirtió en templo del cristianismo, y señalando á Ceuta como cabeza de las ulteriores conquistas que premeditaba sobre el suelo africano, solicitó del Papa Eugenio IV la erigiese en Catedral, concesion que hizo el Pontífice segun la bula espedida en el año **1432**.

Etimológicamente se cree que el nombre, Almina, que lleva el istmo en que está situada Ceuta, es un compuesto del árabe y del gótico; pues los primeros para significar ó caracterizar una cosa rica, muy rica, riquísima, lo espresan con las dicciones *Ali*, *Alii*, *Alilu* y los segundos llamaban minas, las galerias subterráneas que abrian, ya para estraccion de sustancias minerales, ya para vias de comunicacion por el seno de la tierra. Dedúcese, pues, que, por corruptela y abreviando nuestros antepasados, del nombre compuesto *Alimina*, formaron el de Almina, que conocemos.

Estas son las creencias en cuanto á la etimología, mas con respecto á la aplicacion significativa de, *ricas minas*, no creo le otorgasen el nombre que lleva por la existencia de ellas, pues observado geológicamente el terreno no presenta caractéres de cuerpos metálicos preciosos ni abundantes. Podrá ser, y parece lo mas conforme, que tal aplicacion sea alusiva á que, estando muy poblada durante la dominacion árabe y goda era un emporio de riquezas, comercio é industria.

El arrabal llamado de la Almina está situado entre el puente que lle-

---

(1) Plano núm. 2, perímetro B.

va su nombre y la falda del monte Hacho, en cuya cúspide existe una fortaleza nombrada la Ciudadela y que la mayor parte de sus muros, segun su fisonomia, son romanos (1).

El arrabal, puede decirse es en el dia la verdadera ciudad ó la ciudad moderna (2). Comprende las dos terceras partes de la poblacion de Ceuta; en ella está el palacio del Capitan General, los hospitales, casas de los primeros propietarios y comerciantes y establecimientos públicos. En este arrabal se hallan los mejores edificios de la ciudad, y son raras las casas que carecen de un jardinillo perfectamente cultivado.

El panorama de Ceuta, mirado, yendo de Europa, desde la bahía de Algeciras, es sin duda de los mas deliciosos y recreativos que pueden figurarse. A la derecha y sobre la desembocadura del estrecho se vé el enorme promontorio de Sierra-Gullones y despues siguiendo la línea del E. á O. E. absorbe la vista el resto de un cuadro magnífico Tal es la perspectiva que ofrece la fuerte muralla real sobre el campo con sus almenadas torres y las fachadas de la antigua Ceuta, ennegrecidas por la mano de la ancianidad, y la lozana vida del arrabal, ó ciudad moderna, separándolas, no solo el muro del segundo recinto, sino tambien un ancho y profundo foso, jugueteando aquel en lo florido de sus dias, se halla engalanado con la blancura nevada de las fachadas de todos los edificios, los cuales están matizados por do quier con el verdor de las acácias, cinamomos, palmeras y flores, formando un conjunto encantador y lleno de atractivo.

Despues de los cuarteles y balsas de agua para el consumo, que se hallan al término del arrabal y despues de la tercera muralla, siguen va-

---

(1) Plano núm. 2, perímetro C.
(2) Plano núm. 2, punto D.

rias huertas y jardines hasta la base del Hacho, siendo algunos, preciosos, aunque reducidos. Todó el monte está rodeado de viñedos, divididas las propiedades por multiplicadas plantas de nopal, siendo el higo chumbo el principal fruto de esta colonia.

Paralelo á la sierra de Ximera, y hácia el lado de Alcázar Seguer, hay un hermoso valle, donde aseguran los hijos de Mahoma, que en la época de la prosperidad de Ceuta, habia frondosísimos bosques con deliciosos y bien cultivados jardines y viñedos, estando sembrado su suelo de magníficas casas de recreo; y hé aquí la causa por qué se conserva tradicionalmente, que llamaban á dicho valle Valdeviñonesguineda: que dicen significa gran jardin de los emparrados. Esta es la parte amena que poseia la ciudad: el resto de su término es áspero y poco fértil. En nuestros tiempos el territorio que pertenece á España, no avanza mas que á un cuarto de legua, y la línea que lo divide del Imperio de Marruecos, se halla en paralelismo con la estacada de la Plaza, descendiendo al mar por Norte y Sur siguiendo el centro de dos pequeños barrancos.

Está probado, que cuando pasó Ceuta al dominio del Emperador Justiniano, era ya una ciudad grande y populosa, y que se multiplicó estraordinariamente, elevándose en opulencia y riquezas bajo la dominacion mora. En su época mas florida, establecieron un seminario de armas y letras, y se construyeron fábricas suntuosísimas y de maravillosa estructura. Los mas diestros artífices en mecánica y en bellas artes, acudian á establecerse en su seno, labrando objetos primorosos que merecian la estimacion del mundo. Sobresalian singularmente en el trabajo y colorido de las pieles, así como de los tejidos de seda y lana. El gusto característico y su especial mérito lo cifraban en la construccion de vasos de laton, cuya estructura, cincelado y relieves aventajaba á los de oro y plata de otros paises; en tales términos, que tenian mas es-

tima por lo delicado de sus labores que los de ninguna otra oficina estranjera y, prescindiendo de la materia que servia de base, eran buscados por su singularidad, siendo superior su bondad y calidad á los objetos mas finos que se elaboraban en Damasco.

Tambien se labraban en Ceuta tapices, paños y telas de lino de todas clases, y segun tradicion eran las mejores fábricas de la época.

A tal emporio llegó el desarrollo industrial, que á Ceuta acudian bajeles de todas partes del Africa y de Europa, y los mercaderes que allí iban á hacer sus cargamentos, pagaban las manufacturas á los altos precios de aquellos tiempos, y se disputaban para obtenerlas.

Dice Abdul-Malié, cronista árabe, que ocupando el trono de Marruecos Abdul-Mumen, Rey de los Almohades, á poco tiempo de empuñar las riendas del poder, puso cerco á la ciudad de Ceuta, que á la sazon era gobernada y guarnecida por los Almoravides. La plaza se defendió algunos dias, y esto dió lugar á que, irritado Abdul-Mumen por aquella resistencia, la mandase destruir, desterrando y diseminando en distintos puntos á sus moradores. Hé aquí á la Ceuta floreciente y rica, mústia y triste, cual la lozana flor tronchada por su tallo. Sustituyó al placer, á la actividad, al bullicio y á la hermosura, las ruinas, el helado silencio de los sepulcros y la melancólica languidez, compañera inseparable de la desgracia. No se contentó Mumen con la ruina y destierro de los pobladores de Ceuta, sino que prohibió se poblase bajo su cetro de hierro y sus descendientes siguieron tan deplorable ejemplo, hasta que Jacob Almanzor, hombre de valor y de ciencia, la reedificó é hizo poblar de nuevo, ennobleciéndola, para atraerse el afecto de sus moradores y estableciendo despues en ella su flota, para comunicarse y hacer el pasaje á España. Siguió una época bonancible y tranquila, pero no de desarrollo para la nueva Ciudad.

En el año de 1303 de la era cristiana, Mahomet Ibui-Aben-Alahamar, Rey de Granada, envió sus naves de guerra contra Ceuta, mandadas por Forrax, Alcaide de Málaga, aprovechándose de la favorable circunstancia de hallarse dividido el reino de Fez en una sangrienta guerra civil, con motivo de la muerte de Abusaid III, Rey de los Benesnerinis. Forrax, atacó la plaza y la ganó, llevándose consigo sus moradores y dejándola completamente abandonada.

Hay noticias tradicionales, que despues volvió á poblarse sin que se sepa quiénes de la raza Arabe lo efectuaron; pero consta no levantó la cabeza de tan rudos sacudimientos, ni adquirió nueva prosperidad.

Siendo Rey de Fez, otro Said del linage de los Benemerinis, como dueño de Ceuta, nombró Alcaide y Señor de ella á un moro que estimaba mucho por su valor y riquezas, llamado Zala-Benzala.

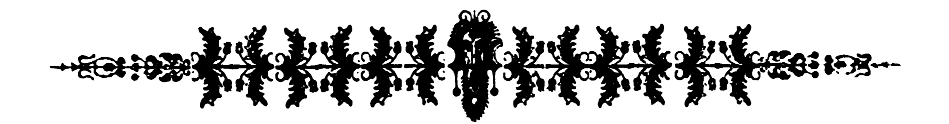
Durante el dilatado tiempo que Ceuta fué dominada por las armas sarracenas, son incalculables los atentados, pérdidas y lamentables sucesos que esperimentaron los pueblos situados en la costa española del Mediterráneo; pues que con sus galeotas, hacian contínuas espediciones y desembarcos, reduciendo á la esclavitud innumerables familias y formando botin de cuanto sus piratas manos podian haber. La escuadra pirata de Ceuta, fué tambien á hollar las mansas aguas del Guadal-Kevir, empeñando un desembarco á favor de la ciudad de Sevilla, dominada entonces por las huestes agarenas, cuando el Santo Rey Fernando, el III de Castilla, la asediaba y al fin rindió con sus valerosas cohortes.

Toda la cristiandad ardia en deseos de castigar la alevosa y osada piratería de los árabes. En la península ibérica, la juventud toda, se alistaba bajo el estandarte del catolicismo, para combatir la musulmana gente, pero distraidos con la guerra en su propio suelo, no atendieron á destruir el foco de las irrupciones árabes.

Zala-Benzala, continuó tranquilo en su gobierno, aumentando colosalmente sus riquezas con el saqueo constante de las costas de España; hasta que D. Juan, Rey de Portugal, I de este nombre, fué sobre Ceuta y la ganó. Los autores árabes fijan que fué tomada en el año 818 de la Hegira; algunos detallando mas, señalan el 14 de agosto de 1415 del Señor; mas Manuel de Faria y Sousa marca el año de 1409, sin determinar dia y mes (1).

(1) Tanto por buenos antecedentes, como por las diferentes versiones que determinan el dia y mes, creo que Manuel de Faria y Sousa padeceria alguna equivocacion al redactar su historia.





CAPÍTULO III.

Causas que impulsaron á la Magestad del Sr. D. Juan I de este nombre y X de los Reyes de Portugal á pensar y disponer los medios para conquistar la fuerte plaza de Ceuta.



UANDO D. Juan aseguró en sus sienes la corona y con mano firme empuñó el cetro de Portugal, viendo á los Infantes, sus hijos, aptos para manejar las armas y que su ardor juvenil les escitaba el deseo de esgrimir el acero, quiso armarlos Caballeros y este empeño del padre, era mirado por los hijos con sentimiento, al considerar que sin hechos ostensibles de valor, iban á obtener el premio concedido solo á heróicas proezas. Allá en su imaginacion exaltada, los Infantes buscaban, pero en vano, un punto digno de su gerarquía contra que combatir. Volvian su vista

4

á España, como el pais mas limítrofe; pero la paz, recientemente ajustada, rechazaba el pensamiento y cuanto mas faltaba el motivo para romper, tanto mas se avivaba en ellos el deseo de emprender la ofensiva contra cualquier pais. Entre los Príncipes hermanos, no se oian entonces palabras de ciencias ni de artes; solo armas y guerra se modulaban en sus lábios y una lánguida tristeza se apoderaba de ellos, cuando revolviendo sus ideas para encontrar un blanco de su arrojo, sus enardecidas frentes no llegaban á columbrarlo. Fatigaban sus sentidos de contínuo con multiplicadas investigaciones y algunas veces fijaron sus miradas en la conquista de Granada, pero otras tantas desistian de una imágen no realizable.

En tanto el Rey, preparaba suntuosas fiestas para armar Caballeros á sus hijos señalando el espacio de un año, mas ellos anhelaban, que el salon de la ceremonia y el terreno de las justas, fuese campo abierto y plazas inespugnables que vencer; pensamiento noble y digno de Príncipes, porque querian vestir la armadura en el ejercicio de Caballeros y no á la sombra tutelar de su alta dignidad y nacimiento.

Los Infantes, que eran: D. Duarte de 22 años: D. Pedro de 20: don Enrique de 18: D. Juan de 16: D. Fernando de 14: y D. Alonso, que aunque no de matrimonio, era hijo del Rey, titulado entonces Conde de Barcelos y despues tronco de la Real casa de Braganza, se reunieron un dia para discurrir cual pudiera ser el blanco á que lanzar el arrojo de sus tiernos brios, pero no atinaban con el punto de combate. La casualidad hizo se hallase presente Juan Fernandez, Veedor de hacienda, que á su prudencia y grande espíritu reunia ser un varon ilustre y entendido. Oyó respetuosamente los distintos conceptos de sus Príncipes y viendo se fatigaban en vano, este les propuso la conquista de la plaza de Ceuta, ilustre por sus antiguos timbres, formidable por su fortaleza y digna de

atencion, como base de donde partian las asechanzas y pirateria de la morisma con que de contínuo amagaban y ofendian á toda la España. Un rayo de luz electrizó las almas de aquellos Infantes que se abrasaban con el deseo de gloria, y considerando digno y elevado el pensamiento de Fernandez, comunicáronlo á su Augusto Padre, impetrando de él los caudales necesarios, y como Rey, el permiso para acometer la empresa.

Sorprendióse el Rey con la idea, admirándole la decision; pero como buen padre esperimentó dulces emociones al contemplar el ánimo esforzado que desarrollaban sus queridos hijos. Sin embargo, deseando profundizarlos, les manifestó multiplicadas dificultades y entre ellas, el secreto que era necesario en tan grave empresa; el crecido número de naves que se necesitaban, las municiones de boca y guerra que eran precisas y lo dificultoso de reunir á la sazon una fuerte masa de hombres, cuando la nacion aun no respiraba desahogada de las anteriores guerras que acababan de terminar. Les manifestó lo difícil de sostener una fortaleza como Ceuta, aun despues de ganada, hallándose en tierra estraña y la facilidad de añadir esta adquisicion al castellano, cuyos medios le harian fácilmente dueño del reino de Granada, tan pronto como á la morisma que dominaba aquellas tierras, les faltase el apoyo de Ceuta.

Los Príncipes aun en medio de su juventud, no dejaron de buscar razones convincentes con que deshicieron los argumentos de su padre, que intentó probarlos, y satisfecho el Monarca de la decision y firmeza de sus hijos, les concedió los medios para llevar á cabo el intento, con cuya merced no cabian en sí de alborozo.

Como preliminares de la empresa, mandó el Rey á las aguas del Freto Hercúleo, dos galeras con Alvaro Gonzalez Camelo, restituido á Portugal y á su real gracia, y á Alfonso Furtado de Mendoza, capitan mayor del mar. Les encargó que con la mas prudente reserva examina-

sen la situacion de la plaza, blanco del arrojo de los Príncipes; el fondo de sus costas, defensas y demás circunstancias indispensables, para el pronto y buen éxito del asedio que premeditaban. Para encubrir bajo el velo del misterio esta comision, se hizo cundir la voz de que Camelo y Mendoza, eran enviados á Sicilia, con el intento de solicitar la mano de la Reina viuda, Doña Blanca, para el Infante D. Pedro. Doble comision que tambien debia realizarse aun cuando estaba el Rey bien persuadido que no seria admitida por ella, en razon á que pretendió enlazarse con el Infante D. Duarte y se lo habia negado. Mandó el Rey, que ambas galeras se aparejasen con estraordinario lucimiento, como destinadas á conducir una embajada á Reina tan estimable. Publicóse esta segunda parte de la comision y ambas galeras abandonaron las costas de Portugal dirigiéndose al estrecho, dando fondo en las aguas de Ceuta, bajo el pretesto de reponerse de algunos efectos que les hacian falta para continuar su derrota. Bajo este pretesto no escitaron el recelo, y durante el dia, practicaron el reconocimiento de las murallas y puerto y en la noche sondaron aquella ensenada. Desempeñado con tanta actividad y presteza el servicio verdadero que el Rey les habia confiado, zarparon anclas y dieron al viento sus velas, haciendo rumbo á Sicilia, punto á donde arribaron sin ningun género de contratiempo.

Recibióles la Reina Doña Blanca y escuchó atentamente su embajada; pero ofendida del desaire que anteriormente habia esperimentado, no admitió la propuesta, despidiendo los embajadores.

Volvieron Gonzalez Camelo y Furtado de Mendoza á Portugal y dieron cuenta á su Soberano de las investigaciones que practicaron sobre la plaza de Ceuta: espusieron las condiciones de aquel puerto y los puntos que eran mas asequibles para vencer en el ataque, sin omitir los detalles mas minuciosos, que satisfacieron á cuantos estaban en el secreto.

Gozaba de tal autoridad en la corte de Lisboa, el Condestable de Portugal D. Nuño Alvarez, que el Rey no quiso avanzar mas en la empresa, sin hacerle partícipe del secreto y consultarlo con él; pero D. Nuño se hallaba entonces en el Alanteijo. Pasó el Rey á aquellos montes, acompañado de sus hijos, con el aparente intento de recrearse en la caza. El Condestable, cual cumplia á su deber, salió á recibirlos, y despues de las ceremonias y respetos deferentes del vasallo al Soberano, y de las espresiones que aquel merecia á su Monarca, éste, enigmáticamente, principió á esplicarle su proyecto, y no bien habia empezado á indicar su plan, cuando D. Nuño le dijo: «*Non mas, Señor, non mas, inspiracion celestial ha sido: obras é non consultas se han menester aqui. Preciso ha de ser, como decis, comunicarlo á los vuestros consejos, pero sea para facerlos sabedores, é non para tomarles parecer; mais como non faltará aun asi, quien con algunas razones induzca al estorbo, ordenad, Señor, de modo que yo fable en la Junta el primero.*»

Oida esta opinion por el Monarca, regresó á su córte, señalando el dia de la Junta. Celebróse la reunion, y despues de haber tomado á todos juramento de guardar secreto, descubrió el Rey por sí mismo, el punto á que se dirigian las miras de conquista. Pusiéronse á discurrir en el asunto, y pasado un breve espacio, mandó al Condestable, que espusiese su opinion y que le siguiese el Príncipe, segun la usanza de aquellas edades. Habló D. Nuño Alvarez, y debiendo efectuarlo el Príncipe D. Duarte, dijo: «*Non hay mas que discurrir, pues un tal consejero aprueba la accion.*» Todos los allí presentes escucharon con respetuoso silencio ambas manifestaciones y vinieron en aprobar el pensamiento simultáneamente. Dióse principio á combinar los medios de ejecucion, y para no infundir sospechas con los aprestos guerreros, que por lo crecido de ellos habian de llamar mucho la atencion, el Rey fingió que se armaba contra el

Duque de Holanda, y para darle mayor apariencia de realidad, le envió un mensage de desafio. Eligió para este cometido á Fernando Fogaza, Veedor de su hijo primogénito el Infante D. Duarte, y le encargó especialmente, hablase con el Duque en secreto y le comunicase la verdad, diciéndole que intentaba ir sobre Africa para atacar á la morisma, pero sin darle á conocer la plaza que pretendia, y que iba á buscar su consentimiento para desafiarlo en público, cuyo intento no era otro que dar seguridad á la conservacion del misterio de sus planes.

Partió pues Fogaza, y presentándose al Gran Duque, le manifestó bien y fielmente el cometido que recibió de su Soberano. Agradecido el Duque á tan amistosa confianza de parte del Rey, admirado de aquella ingeniosa invencion é interesándose por intento tan singular, se propuso guardar el mas completo disimulo y coadyuvar al éxito de la empresa á que se consagraba el Rey de Portugal. Reunió sus consejeros, y mostrándose altamente ofendido por el reto, y lleno de agravios porque se fundaba en que sus vasallos robaban á los Portugueses, les hizo saber su resolucion de prevenirse, para esperar la guerra con que le amenazaban. Opimos frutos produjo la confianza del Rey al Gran Duque, porque estimándola en mucho, los ligó con una estrecha y pura amistad, y para probarla, tomó medidas, que obligaron á los suyos á abstenerse de los robos que hacian á los Portugueses.

Regresó Fernando Fogaza á Portugal; dió cuenta de su mision, y estendió la voz de que los Holandeses se aprestaban al combate. Estas noticias escitaron el ardor bélico de los Portugueses. Bosques enteros empezaron á caer con violencia bajo los rudos golpes de las hachas, poniendo inmediatamente en obra la construccion de bageles, mientras que por cuenta del Rey se fletaban algunos en las marinas de Galicia, Vizcaya, Inglaterra, Alemania y otras naciones. Al mismo tiempo marchó el Infante

don Enrique, como un meteoro á recorrer la Beyra, levantando gente: don Alonso, Conde de Barcelos, se ocupaba con la misma actividad en las provincias de entre Duero y Miño, reuniendo los que debian embarcarse en la ciudad de Oporto. El Infante D. Pedro pasó á las de Alenteijo y Algarve para acaudillar los que habian de concertarse en Lisboa; en tanto que el Príncipe D. Duarte tomó sobre sí el Gobierno de la justicia del Reino, por órden de su Rey, que quiso reservarse sin otros cuidados para atender á los aprestos de la armada y pertrechos.

Hervia todo el pueblo portugués en alborozo con tan estraordinarios preparativos y sin esperar el buen éxito de la guerra, ya formaban fantásticas esperanzas de mayores aumentos y prosperidad. Cuantos ignoraban las causas positivas de aquellos armamentos, tantos eran los que fraguaban mil juicios encontrados, sin que alguno llegase á dar en el blanco de la verdad. Unos decian que era el ostentoso cortejo, con que los Infantes D. Duarte y D. Enrique pasaban á desposarse con las Reinas de Nápoles y Sicilia: otros, que la flota marchaba á Jerusalen con los Infantes, que iban á cumplir un voto de su Augusto Padre, hecho al entrar en la Aljubarrota: algunos, que era para llevar á la Infanta Doña Isabel, que debia casarse en Inglaterra: quienes decian, que la escuadra se dirigiria á Aviñon contra el Anti-Papa Clemente y en favor de Urbano VI; y por último, otros, recordando el mensage de Fogaza, creian efectivo se marchase contra Holanda como se habia publicado. Al paso que los Portugueses, llenos de contento, devanaban sus sentidos en inciertos cálculos, los Príncipes de España se mostraban recelosos del verdadero objeto á que se destinaban las fuerzas que con tanto ardor y presteza organizaba el Portugal. Tanto mayor era su inquietud, cuanto que, mercaderes Genoveses establecidos en Lisboa, ordenaron á sus corresponsales de Sevilla, pusiesen en cobro las haciendas y á recaudo cuanto les perte-

neciera, haciéndoles creer que contra su ciudad, se creaba aquel rayo de devastacion. La Reina con el Rey su hijo, hallábase en Palencia cuando los de Sevilla tuvieron tan alarmante nueva. Convocóse consejo, y en él, con razones mas exaltadas que cuerdas, y con mas miedo que raciocinio, el Obispo de Avila afirmó que indudablemente se armaba el Portugal contra Castilla y que era lo primero atacarle antes de que pudiera terminar sus armamentos. El Adelantado de Cazorla, varon ilustre, mayor en prudencia que en años, contestó á aquel prelado, del modo siguiente: «*¿Será por ventura justo y noble que tomen los Castellanos, mayor y mas presurosa porcion de miedo, de aquella que por ventura toca á aquellos contra quien se están armando los Portugueses? ¿Cómo podremos nosotros hacer algun movimiento militar contra ellos sin otra seguridad que aquella proposicion, que de él no resulte una oprobiosa afrenta para nuestro Rey y aun para el propio de Portugal, mostrándole que tiene de él una completa desconfianza? Si él, sobre las razones de la sangre ha celebrado solemnemente una amistad y paz con Castilla y es un Principe tan magnánimo, que jamás faltó á la observancia de la buena fé y ayer nos estaba ofreciendo sus ejércitos navales contra los Moros con su misma persona ¿cómo dejará de ser imprudencia, el creer ahora se arma contra nosotros, y que falta en la paz, á lo que nunca faltó en la guerra? ¿A la osadía portuguesa faltará, por ventura, algun nuevo camino de emplearse, sin que sea en ofensa de su verdad? ¿Debemos acaso el descubrir sus secretos? Diránmen que á nadie se descubre que es buscado! Pero á mí me enseña la esperiencia, que si ellos nos buscáran, nos lo descubririan. El Condestable don Nuño Alvarez es hoy el que gobierna aquellas armas: uando quiso entrar en Castilla avisó primero á nuestros capitanes, que andaban en los estremos con sus tropas. Hizo esto cuando estábamos con las puertas del rencor patentes, ¿cómo hará ahora eso otro, cuando estamos no solamente con ellas*

cerradas, mas abrazados de tantos dias con una amigable paz de que nos ofreció aquel Rey tan amorosas correspondencias? Teman enhorabuena los mercantes de Sevilla, que no tienen mas honra que la de su caudal, y que por asegurarse de su temor en perderle, no dudarán persuadir al mundo que se pierda. Yo estoy seguro, de que el Rey de Portugal nos buscará cuando le demos ocasion, y que sin ella, pues no la hay, no ha buscarnos; pero si no nos aseguramos de que las paces con tanta solemnidad celebradas están firmes; enviensele enhorabuena embajadores para que las firme, como entonces quedó acordado, aunque con esto desmerezcamos la gratitud en que nos estará por no haberle obligado hasta hoy á este juramento. Resultan de esta embajada dos cosas; una, que si jurase, se limpian de este pánico terror los que lo tuvieren que yo no lo tengo. Otra, que no jurando, tendrán disculpa las prevenciones que hiciéremos, aunqne no sean las suyas contra Castilla.» Así dijo aquel ilustre y prudente Caballero, mereciendo el aplauso de los demás consejeros, que eran: el Duque de Arjona, el Maestre de Calatrava, el Prior de San Juan, el Conde de Benavente, el Arzobispo de Toledo, el Obispo de Búrgos, D. Pablo y D. Alonso de Cartagena, su hijo, que le sucedió en el Obispado, con otros Caballeros y legistas. Dióse comienzo á la obra y fueron nombrados embajadores, el Obispo de Mondoñedo, y Diaz Sanchez de Benavides, á quienes dieron las instrucciones competentes en la forma que habló el de Cazorla: partieron pues á desempeñar su cometido.

Apenas traslimitaron la frontera portuguesa, cuando conocieron lo injusto de sus sospechas; pues por todas partes les daban muestras de afecto y de la pureza de sentimientos del pais. Llegaron á Lisboa y las demostraciones de cordialidad que de contínuo recibian, así como el distinguido trato de la córte, los hacian ruborizar. Comparecieron ante el Rey, y haciéndole presente su embajada, con la mayor prontitud no solo juró por

sí las paces, sino que las hizo jurar á los Infantes sus hijos: sorprendidos quedaron los embajadores con tan noble y régio proceder y cortados por las sospechas que habian fomentado en su imaginacion, reconocieron la magnanidad con que un Monarca correspondia á tan injustas creencias y al discurso del Adelantado de Cazorla. Regresaron á España y dijeron lo que les habia sucedido, tranquilizándose los tímidos ánimos, de aquellos que miraban encima una nueva guerra,

Igual recelo produjo el que el Rey D. Fernando de Aragon, oyese y atendiese á un Caballero de Valencia, que con exagerado celo se atrevió á afirmarle que el Rey de Portugal y el Conde de Urgel se habian confederado para invadir su reino. Escitado el ánimo del Rey de Aragon, mandó inmediatamente embajadores al de Portugal; los que con menos cordura que atencion, espusieron al Rey el motivo de su embajada. Don Juan I les contestó, podian volver y decir á su Monarca «que si pudiese ayudarle á ganar otras coronas, lo haria con gusto antes que atentar contra la suya: que si á algun Príncipe hubiese de descubrir el motivo de sus aprestos guerreros, seria á él sin duda: que pronto le noticiaria el resultado de su intento, aunque seria posible que la fama le anticipase las glorias del suceso.» Volvieron á su corte los embajadores, y esplicaron con el mayor esmero la respuesta de su encargo. Con tales esplicaciones se sosegó el ánimo del Rey y renació la tranquilidad en el de sus vasallos; pues era tanta la confianza que tenian en las palabras de D. Juan I, que no creyeron podia el Portugués decir que no los buscaba, cuando lo pensase.

Los armamentos del Portugal corrian de boca en boca por toda España y adquiria prosélitos la pavura.

El Rey Moro de Granada, consideraba su trono vacilante, y aumentábase su temor estraordinariamente, con el recuerdo de que nunca el

Rey de Portugal admitió sus ofertas, de ir con sus falanges á ayudarle contra Castilla. Efectivamente, jamás D. Juan quiso alianza con el Moro, y dijo siempre, que á pesar del grande deseo de defender su Corona y sostener la integridad de Portugal, preferiria perderlo todo, antes que armar un brazo infiel contra el bando católico; estimando en mas observar los principios de la fé, que las esperanzas del Imperio con que el Rey Moro le incitaba, para deshacerse del enemigo que tanto temia. No tan solo basaba su espanto el de Granada, teniendo en la memoria el desden con que el Rey D. Juan escuchó siempre sus incitaciones, sino que además de que volvió de contínuo el rostro á tales ofertas, tan augusto Monarca, nunca le admitió las paces, ni las treguas que repetidas veces le pidió.

El Rey Granadino atónito y lleno de terror con sus recuerdos y con las noticias de las fuerzas que organizaba Portugal, se apresuró á enviar una embajada, que llena de humillacion, se prosternó ante D. Juan I pidiéndole esplicaciones y patentizando los temores de la musulmana gente. El Rey con magestuoso continente, les contestó de bien diverso modo que á los Príncipes cristianos: díjoles, sin mas satisfacciones, «que no tenian causa para temerse de él, ni pedirle seguridades.»

Los mensageros Moros, que en el arte de negociar son bien semejantes á los Hebreos, impetraron audiencia de la Reina, y de parte de la suya, le ofrecieron magníficos y crecidos regalos, si conseguia que el Rey su esposo les contestase de un modo mas franco y mas esplícito. Llena de dignidad la Soberana, les respondió; que las Reinas Católicas, jamás se entrometian en los negocios del Estado, ni menos en dar consejos á sus augustos maridos. Con tal reproche, no desistieron de su empresa y, rastreros cual el reptil que hasta se guarece bajo la planta del hombre cuando teme la muerte, acudieron al Príncipe don

Duarte, ofreciéndole suntuosísimas dádivas y escitándole á que aclarase un enigma que tanto temian. El Infante, con tono resuelto les contestó: «*Los Principes de Portugal non mercadean con los beneficios, ni aun han puesto precio á sus voluntades.*» Así fueron despedidos de la Córte de Lisboa.

Partieron para Granada mal contentos y el fatal resultado de su misiva concentró en el reino granadino todo el miedo y todo el espanto que antes pululaba por los demás reinos.

A las noticias de la imponente organizacion marcial del pueblo Portugués, cuyos ecos resonaban en toda Europa, muchos Caballeros de distintas naciones acudieron en tropel á Portugal, para tener la honra de servir bajo las banderas de un Soberano, cuyas prendas recomendables eran preconizadas por la fama en todo el continente. Entre la multitud de nobles combatientes que al Rey se presentaban, lo verificaron un Duque y un Baron de Alemania (1). El primero atrevióse á decir al Rey, que deseaba conocer el punto que intentaba acometer, por si no le conviniese seguirlo; mas no obtuvo respuesta y se retiró: el segundo no vaciló en la empresa; se quedó con cuarenta lanzas y cumplió con los deberes de un noble y valiente Caballero.

Todo era bullicio, todo entusiasmo, todo actividad en la córte Lusitana y cuando Portugal entero se hallaba ébrio de halagüeñas esperanzas, subió de punto el entusiasmo de los de Lisboa, al ver surcar las mansas aguas del Tajo, entrando en bahía la armada que creó en Oporto el Infante D. Enrique, compuesta de siete galeras; siendo sus Capitanes, el Conde de Barcelos, su hermano, D. Fernando de Braganza, hijo del

(1) No he podido hallar los nombres y títulos de ambos.

Infante D. Juan, el Mariscal Gonzalo Vazquez Coutiño, el Alférez mayor Juan Gomez de Silva, Vasco Fernandez de Atayde, Gobernador de la casa del Infante, y Gomez Martinez de Lemos, ayo que habia sido del Conde de Barcelos. Seguian á esta division marítima veinte naves mayores, capitaneadas por D. Pedro de Castro, Gil Vazquez de Acuña, Pedro Lorenzo de Tabora, Diego Gomez de Silva, Juan Alvarez Pereira, Gonzalez Yañez de Souza, Martin Lopez de Acevedo, Luis Alvarez Cabral, su hijo Fernando, Estéban Lopez de Melo, García Monis, Mendo Rodriguez de Follos, Alvaro de Cuña, Vasco Martinez de Albergaria, Alvaro Fernandez Mascareña, Payo Rodriguez de Araujo, Fernan Lopez de Acevedo y Aires Fernandez de Figueredo, que con noventa años de edad y todo género de comodidades, abondonó su hogar, dando á entender, que aunque no lo llamasen por respeto á su vejez, era tambien digno de ser llamado, porque se encontraba con fuerzas para tomar parte en las acciones donde tremolaria con gloria el estandarte portugués.

Maravillosamente se multiplicaban los recursos, solas dos provincias de aquel reino presentaron tan crecido convoy; en aquellos tiempos en que no habia Indias y que era mas difícil encontrar aquellos.

En medio de tanta actividad, de tanto denuedo, para acumular aparatos de guerra, habia penetrado la peste en Lisboa y de ella fué acometida la Reina doña Felipa, estando el Rey en Sacabem. Sus consejeros le imbuian á que la dejase y huyese del contagio; pero el Monarca contestó: «*Injusto seria, por algun riesgo, desacompañar en la muerte á la que me fué tan amable en la vida: así como me fué gustoso acompañarla en esta, me lo será en esotra.*»

Fué á su lado; mas los Infantes y sus consejeros le obligaron á salir de allí. La Reina espiró cumpliendo todos los preceptos de la religion y sellando los timbres que merecia de entendida, magnánima y modelo ad-

mirable de virtudes. Modesta en sus adornos: silenciosa y templadísima, crió á sus augustos hijos imbuyéndoles buenas máximas y los principios de humanidad, valor y sabiduría, condiciones indispensables á un buen Príncipe. Falleció el 8 de julio de 1415 á los 64 años de su edad.

La consternacion, el dolor y la tristeza, se estendió con fúnebre velo sobre toda Lisboa. Algunos, llenos de supersticion, aconsejaban que se desistiese de la empresa porque era agüero de mala estrella para la suerte de la armada, la pérdida de la Reina; mas el Rey, los Infantes y los hombres entendidos, estuvieron firmes en la decision de marchar irrevocablemente adelante en el pensamiento concebido.

Al cabo de unos dias, se suspendieron los lutos para continuar la empresa. Lisboa estaba atestada de gentes y resonaba en el cáuce de los rios y en las concavidades de los montes el sonido inflamante de los instrumentos bélicos.

Tres años duraron los aprestos, y la Europa toda observaba con admiracion un desarrollo de fuerzas tan estraordinario, que produjo gran temor á todos los enemigos de Portugal.

En 24 de julio de 1415 se hallaba ya reunida la escuadra en las dulces aguas de Lisboa, y pronta á emprender su derrotero.

Componíase el ejército naval de mas de doscientos veinte bageles de varias formas y magnitud: iban treinta y tres grandes navíos, veinte y siete galeras de tres órdenes de remos por banda; treinta y dos de dos órdenes y el resto lo componian, galeotes, caravelas y otros buques, todos armados en guerra y estos últimos, trasportes de municiones de boca y combate.

Todo era bullicio, placer y satisfaccion durante el embarque: los buques estaban empavesados y el aire jugaba dulcemente con sus banderas y vistosos gallardetes.

El dia de Santiago Apóstol, 25 de julio, la armada desplegó sus velas para volar sobre el Océano: todo era griteria y aclamaciones: los del mar, porque marchaban á la pelea, y los de tierra, de sentimiento por la partida de padres, hijos, esposos, hermanos ó amigos.

En buen órden dió rumbo la escuadra y al dia siguiente, descubrió el promontorio Sacro, hoy Cabo de San Vicente, por las reliquias de este glorioso mártir allí descubiertas, y en su reverencia le saludaron con una salva general. El domingo 27 del citado mes al amanecer, viéronse las naves sobre la bahía de Lagos, donde dieron fondo. Saltó á tierra el Rey con su consejo y resolvieron en él, se declarase la empresa. Lo ejecutó un religioso, publicando al mismo tiempo la Bula de la Santa Cruzada conseguida para aquel ejército. Aunque el predicador se esforzaba en afirmar que iban contra Ceuta, nadie lo creia, tomándolo por tan dudoso, como el desafio hecho al Duque de Holanda, y creian todos positivo se navegaba hácia Sicilia.

Habiendo entrado las calmas en el mar, preciso fué que la escuadra estuviese anclada hasta el 7 de agosto, en que zarpó y á favor de unas ligeras rachas, puso las proas al estrecho. A su embocadura, se mantuvieron á la capa, en razon á que el Rey, no quiso entrar hasta la noche en él, porque la Morisma, columbrando las velas, no se apercibiese y pusiera en guardia.

Capitaneaban los buques de tan belicosa escuadra, los personajes y Caballeros que es preciso citar. La escuadra de las galeras iba á cuenta del Rey y mandaba la Real, su hijo el Conde de Barcelos; el Comandante de los navios lo era el Infante D. Pedro, y cada capitan llevaba al tope del mástil su insignia y farol. De las personas que mandaban cada nave, solo hay memoria, del Príncipe D. Duarte, D. Fernando, Señor de Braganza, y D. Alonso de Cascaes, hijos del Infante D. Juan; el Condestable

Nuño Alvarez Pereyra, Lopez Diaz de Sousa, Maestre de la órden de Cristo, Alvaro Gonzalez Camelo, Prior del Crato, Nicer Lanzarote Pesano, Almirante del reino, D. Pedro de Meneses, Conde de Viana, Alferez del Infante D. Duarte, Alonso Furtado de Mendoza, Capitan mayor del mar, Gonzolo Vas Contiño, D. Juan y D. Enrique de Noroña, hermanos, y los hermanos tambien D. Juan y D. Fernando de Castro, su hijo D. Pedro, Martin Alfonso de Melo, Guarda mayor del Rey, el Montero Mayor Nuño Vas de Castelobranco, hermano é hijos de Gonzalo Vas Señor de Sobrado, Juan Vazquez de Almeyda y Pedro y Alvaro sus hijos; Nuño Martinez de Silveyra, Diego Gomez de Silva, Juan Gomez de Silva, Alferez mayor del Rey, Gil Vasco de Acuña, Diego Suarez, Vasco Martinez de Albergaria, Pedro Lorenzo de Tabora, Juan Alvarez Pereyra, Gonzalo Lorenzo de Gomides, Escribano de puridad, Juan Alfonso de Santarem, Gonzalo Mendez de Barreto, Alvaro Mendez Solbeyra y Mendo Alfonso su hermano, Diego Lopez de Sousa, Vasco Fernandez Coutiño, Alvaro Gonzalez de Atayde, Gobernador de la casa del Infante D. Pedro, despues Conde de Atoquia Vasco Fernandez de Atayde, Gonzalo Pereyra de Bousela, Alvaro Pereyra, sobrino del Condestable, Juan Rodriguez de San Martin, Vas de Cuña, el Doctor Docen Martin, Alfonso Vas de Sousa, Juan Mendez de Vasconcelos, Ayres Gonzalo de Figueredo, Gonzalo Yañez de Abreu, Gomez Martinez de Lemos, Juan Alfonso de Brito, Diego Alvarez, Maestre-sala del Rey; Luis Alvarez Cabral, y Fernando su hijo, Diego Fernandez de Almeyda, Alvaro Fernandez Mascareñas, Alvaro de Acuña, Juan Alfonso de Alenguer, Ruy de Sousa, Estévan Suarez de Melo, Ruy Gomez de Silva, Ruy Vas Pereyra, Gonzalo Pereyra de las Armas, Lopez Diaz de Acevedo, Martin Lopez de Acevedo, Gonzalo Gomez de Acevedo, Alcaide mayor de Alenguer, Garcia Monis, Diego Lopez Lobo, Pedro Gonzalez Malafaya, Luis su hermano, Pedro Pey Xoto, Juan Pereyra, Ruy Vazquez Rivero, Alvaro Ferrey-

ra, despues obispo de Coimbra, Gomez Ferreyra, Alvaro Yañez de Sarnache, Juan Rodriguez Laborda, Alvaro Peyaoto, Pedro Yañez de Lobato, Pedro Gozalbez de Caracelo, Gil Vazquez Barbuda, Men Rodriguez de Refoyos, Alvaro Nogueyra, Payo Rodriguez de Araujo, Juan Fogaza, Vasco Martinez Carballar, Fernando Vazquez de Segueira. Se unieron tambien á tan numerosa escuadra, cuatro ó cinco bageles de un noble señor de Inglaterra, que imbuido con las creencias de una segura victoria, sin conocer á quien se iba á combatir, ni los recursos que tendria el contrario para su defensa, quiso ser partícipe de las glorias que se esperanzaban.

Además de los nombrados, albergaban en su seno tan crecido número de naves, muchos nobles y distinguidos Caballeros. No hay noticias que testifiquen el número de tripulantes; ni exactamente las fuerzas de desembarco, si bien algun autor dice, constaban los combatientes destinados para el asalto, de unos 4,000 hombres próximamenie. Los estranjeros que marchaban en esta espedicion, mostraron sus deseos mas de una vez, de ocupar los primeros puestos, en el ataque de una plaza, cuya conquista era á la sazon tan importante. Lo mas distinguido de la nobleza portuguesa, varios Caballeros de otras naciones, y muchos valientes soldados, se disputaban el honor de guarnecer la plaza, como si ya la poseyeran, y todos blasonaban, que este deseo, estaba basado noblemente, en combatir á los infieles fronterizos, contraer méritos, y alcanzar la fama póstuma, de que veian coronados á los Españoles en su gloriosa é incansable lucha, contra los sarracenos de la península.

Ya la flota entraba en la gola del estrecho, cuando fué descubierta por la Morisma del suelo africano. Con sus alaridos alarmaron los suyos y coronáronse de numerosas gentes sarracenas, las altas cumbres de las montañas que miran al Hercúleo Freto. Todo era asombro, todo admira-

cion; sus ojos sorprendidos no podian creer lo que miraban y allá, con sus imágenes fantásticas y supersticiosas, decian que por arte de encanto, para causarles mayor pavor y que la armada les pareciese mas numerosa, habíanse multiplicado las velas, que ellos miraban con terror.

La escuadra surcaba las veloces corrientes del estrecho en buen órden y magestuosa marcha, dirigiendo su rumbo á la ciudad de Algeciras, frontera á Ceuta, donde dió fondo el 9 del mismo mes de agosto.

Al pasar la escuadra por frente la ciudad de Tarifa, el Alcaide de ella Martin Fernandez Portocarrero, portugués de nacion y tio de don Pedro Meneses, primer Conde de Villarcal, descubrió de sus almenas la escuadra, sin embargo de la niebla que encubria el estrecho, y espresó su sorpresa de este modo: «*Imposible es que tan crecito ejército viniendo de la direccion que trae, sea de otro dueño que del Rey D. Juan de Portugal.*» Inmediatamente dispuso que su hijo Pedro Fernandez, mozo á la sazon, fuese á visitar al Rey y para refrescar los víveres de su escuadra, le envió con el mismo un crecido número de vacas y carneros. Presentado al Soberano, se espresó de esta manera: «*Señor: mi padre no viene á serviros por la obligacion de aquella plaza; pero en su lugar me envia para que me empleis en lo que sea de vuestro agrado, sirviéndoos mandar recibir el refresco que traigo para vuestra gente, testimonio, aunque pequeño, de una voluntad grande.*» Agradeció mucho el Rey tan noble demostracion; pero como no diese las órdenes para admitirla, saltó á tierra el jóven Pedro, y montando con rapidez sobre un brioso caballo, con toda furia, lanza en ristre, fué derribando las cabezas de ganado por la playa. El Rey y el ejército presenciaban desde á bordo tal escena: comprendiendo que aquella accion era hija del sentimiento de no aceptarle la dádiva y con el objeto de que viendo el ganado degollado se le aceptase por fuerza; mandó entonces el Rey se desembarcáran

algunos de los suyos para ayudarle y recoger la oferta. Los Portugueses que saltaron á tierra, concluida la operacion, se fueron á merodear en las huertas vecinas, las que un moro granadino quiso defender, como su dueño. Observado por Pedro, hízole colgar, sin pararse á considerar lo arriesgado de aquella justicia, y que podia comprometer las paces establecidas entre el Rey de Castilla, su Señor, y el de Granada.

El Rey, reconocido á dos actos tan distinguidos, resolvió que á su regreso á Portugal le haria grandes y particulares mercedes.

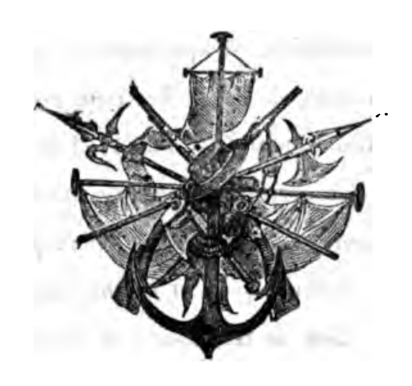
Gibraltar, en aquella época, se hallaba al dominio moro, y si en las costas berberiscas produjo asombro tan lucida escuadra, en el Peñon Gibraltarino, movió el espanto y desarrolló el pánico entre sus moradores, al ver tan próximo á sus muros, un número de bageles del cristianismo que nunca se habia reunido en aquellas aguas. Los habitantes de Gibraltar, llenos de confusion, se apresuraron á mandar un mensage al poderoso gefe de tan numerosa flota, llevando los encargados de él varios presentes y un atento recado del Caid (1). Fueron presentados al Rey, á quien dijeron: «*Que le hacian aquel agasajo, no cosa decente á la grandeza de tal Principe, mas sí correspondiente á la poquedad de ellos; que todavia era mayor la voluntad, pero la misma con que se lo presentarian á su propio Principe el Rey de Granada, si entonces fondeára en aquel puerto: que le pedian por singular merced no los juzgase dignos de reprension en lo de haber cerrado las puertas de la ciudad y preparado aquella plaza viéndole apostado enfrente, pues lo hacian por haberse negado el Portugal, poco antes, al comercio con el Moro Granadino: que se sirviese manifestarles su intento por lo que á ellos tocaba.*»

---

(1) Alcaide ó Gobernador de la plaza.

El Rey les contestó en la forma siguiente:

«*Que no les podia declarar el motivo porqué lo veian alli, por haberlo negado al Rey de Granada cuando le hizo la primera pregunta. Que les aceptaba el presente, porque determinaba el hacerles merced en alguna cosa, que no fuese lo que le pedian ahora.*» Con esta contestacion partieron los del mensage á Gibraltar, y divulgada, acabaron de creer tenian sobre sí aquella nube de furiosos rayos.





CAPÍTULO IV.



Terrible tormenta que sufrió la flota y conquista de la plaza de Ceuta.



ALA-BENZALA, Alcaide y Señor de Ceuta, de Arcila, y de otras poblaciones, era hombre de valor é ilustre por su cuna en razon á ser descendiente de los reyes Benemerinis, nobleza la mayor de toda el Africa: era viejo, pero robusto, fuerte y de mucha agilidad. Las noticias y abultamiento de la espedicion tambien llegaron á Ceuta y el recelo hizo acudir á la ciudad mas de cien mil moros.

Dió el Rey las órdenes para que á la madrugada siguiente se levasen anclas de la bahía de Algeciras, disponiendo el órden con que los bageles tenian que marchar sobre la plaza de Ceuta; cómo debian distribuirse las fuerzas y el órden del ataque. Púsose la flota en viento, mas acabadas

de desplegar sus velas, les acometió de improviso una horrorosa tormenta. Cubrióse el cielo de una densa oscuridad y se desarrolló un huracan furioso que á muchos buques ni aun tiempo les dió para recoger su velámen. Unos perdian sus aparejos, algunos rendian sus entenas y todos corrian diseminados por aquellos mares. El mar crespaba sus olas, que cual montañas enormes se precipitaban en su propio seno y parecia que al desplomarse querian arrastrar tras sí la débil confeccion de la mano de los hombres. Bramaban con furia los desencadenados y encontrados vientos y los navegantes miraban próximo el término de sus perecederos dias: todo era angustia, todo terror. Las naves al rudo choque de tan crudo vendabal y al empuje de las espumosas olas, se apartaban mas y mas unas de otras: en las unas creian el naufragio inevitable, y en todas se consideraba muy difícil que se volviesen á reunir, y aunque esto sucediese, dificultoso, si no imposible, la realizacion de la empresa. Al comenzar tan terrible tempestad, el Rey habia dado por consigna que el punto de reunion de la escuadra, en caso de diseminarse, seria la punta del Carnero.

No es dado á la imaginacion del hombre el poder penetrar los designios del Supremo Hacedor. Algunas veces se mira lanzado sobre un abismo insondable y creyendo su pérdida segura y muchas se salva como por encanto del peligro, obteniendo ventajas mayores de las que podia concebir: así fué en esta ocasion; lo que consideraban todos como el término de la espedicion, no fué otra cosa que un incidente con que la mano del Dios de los cristianos, quiso darles mayores medios para conseguir la victoria.

El temporal, que se creyó un completo inconveniente para la conquista de Ceuta, vino á hacerla mas fácil y menos peligrosa. Zala-Benzala que en vista de tan horrorosa tormenta consideró la escuadra casi completamente naufragada y que tuvo por ciertas las noticias que le die-

ron, de que ya no podia volver, abandonó el cuidado y considerando que los moros auxiliares perjudicaban la plaza y sus contornos, los mandó retirar: mientras ellos regresaban á sus aduares y Zala-Benzala se creia ya seguro, los buques iban juntándose en la punta del Carnero como se les habia mandado. No hay noticia de que naufragase alguno.

Reunidas ya las fuerzas marítimas de la espedicion, el Rey estimó conveniente saltar á tierra con los principales jefes de su ejército: así se practicó y propuso en consejo de guerra, lo que se debia hacer. Hubo tres opiniones. 1.ª Que se volviese al reino, porque el plan para ganar á Ceuta por asalto, se hacia imposible en razon á la seguridad que tenia por su situacion local y por el arte, estando auxiliada por innumerable Morisma y que probablemente se iria multiplicando á cada instante el número de sus defensores. 2.ª Que para no retirarse á Portugal, sin algun hecho de armas, podia ser atacada y tomada Gibraltar. 3.ª Y última, fué la opinion emitida por los hijos del Rey, diciendo, que no debian retirarse sin emprender el asalto de la plaza de Ceuta, determinacion con que habian salido de su reino, que así debia efectuarse porque lo contrario era indecoroso á las armas de Portugal. Se hallaba el Rey sentado en las arenas de la playa y á su alrededor en pié los que componian el consejo. Despues de haber oido los diversos pareceres, recorrió á todos con la vista y les habló de esta manera: *Ninguna cosa en el mundo fué tan fácil de obrar á toda industria y valor de los hombres, que no les diese algun cuidado, si esto es asi, como lo es realmente aun en los menores intentos ¿qué será en los que de elevados no se fundan sino entre muchas dificultades? ¿Creíamos por ventura al salir del seno de Lisboa, que las indomables olas de ese mar, estaban á nuestra obediencia y que por aquella plaza habiamos de entrar como por nuestras casas? Poco hubiéramos inventado por cierto, si así lo hubiéramos creido: el poner el pecho á esas águas fu-*

riosas y á aquellos muros bien guarnecidos, es el fundamento de las glorias humanas y el fin de nuestra navegacion. Si no díganme todos ¿á qué es á lo que hemos venido? ¿Quisiera yo haber publicado que veniamos á Ceuta, para acomodarme á los que votan que volvamos á la patria? Porque si bien nunca yo dentro de mí pudiera dejar de vivir corrido de mí propio; pues los grandes y verdaderos hombres, son los que asimismo se ven primero, para correrse en los afrentosos actos ¿pasará en secreto este oprobio? Pero hoy que ya todo el mundo no puede ignorar nuestra determinacion ¿qué dirá cuando sepa, que desistimos de ella á vista de los enemigos que buscamos? ¿habrá alguno, por mas corto de discurso que sea, que deje de publicar, que nos acudió el temor y que nos indujo la temeridad? dos escesos que se deben arrojar; pues nadie debe ser temerario en los intentos, ni temeroso en obrar. Esto sin duda está ya diciendo esa Africa, que nos ha visto: esto dirá nuestra Europa, cuando vuelva á vernos sin algun fruto de este movimiento y eso ha de decir toda el Asia, donde ha de llegar la nueva de tal desaire y todas las naciones de estas grandes potencias, dirán; que nuestros triunfos recientemente alcanzados, fueron mas bien hijos del acaso que del valor; siendo ellos propios de aquellos que Dios singularmente repartió con vosotros y tan propio de su divina mano, que es imposible el negárnosle contra una gente, que en el celo de sus cultos nos iguala. Pasar el argumento de nuestras armas sobre Gibraltar, aunque fuera hacer algo, no nos limpiará de tímidos; pues no hemos hecho lo intentado. Aun así, atropellára yo por esta ponderacion de buena gana, si con ello no ofendiera á la verdad, cosa que á trueque de algun interés, no debe caer algun Príncipe ni aun de los bárbaros. Tengo establecida y jurada una buena paz con Castilla y es aquella fortaleza de su propia conquista por ser del reino de Granada y cuando de estas dos cosas, hubiese de elegir una, mas quiero faltar á todo el mundo con lo que esperaba

de mi en esta espedicion, que aquel Rey, con tan solemnes capitulaciones, lo que le he prometido y jurado. No es la fé cosa que se deba violar por otras glorias, ni podrá jamás haber algunas en quien la violare. Finalmente, el volver desairado á lá patria y á los ojos de todo el mundo, yo no lo puedo sobrellevar, no puedo, no, acabad conmigo; que es dar á presumir que acudió el miedo, con la vista de donde me puso esa armada con tal pensamiento. Este es el dia en que la ciudad de Ceuta, no nos ha de volver á ser temida, por mas que se animó con nuestro desaparecimiento: pongan á allá otra vez esas proas, que si el corazon no me engaña, el llegar y el vencer poca distancia tendrán entre si. No admitiendo réplica esta real y heróica resolucion, se puso en acuerdo el modo y forma con que habian de tomar tierra.

El Infante D. Enrique antes de partir de Lisboa, pidió al Rey como merced especial ser el primero en ir al asalto: le llamó su augusto padre y le dijo, que ya le estaba acordada la gracia que en su patria le pidió: que queria no fuese como un compañero de los demás guerreros, sino como el principal capitan en la escalada: que aquella noche debia adelantarse con la flota que habia aprestado en Oporto, y anclarla sobre la ciudad de la embestida y fondeadero de la Almina: que él en persona iria con el resto de las fuerzas navales á dar fondo por el otro lado en el sitio de los Baños. Este era el plan estratégico del Rey, basándolo con mucha cordura en que cuando los moros le vieran con el grueso de su escuadra sobre aquel frente de los Baños, creyesen que por allí se intentaba el desembarco. Asimismo previno á D. Enrique que al oir la señal que le haria, saltase á tierra conduciendo sus combatientes y efectuando la operacion con la velocidad del rayo, ordenando sus fuerzas y aprestándolas para mejor obrar, y que tan luego como conociese habia desembarcado, marcharia en su busca á toda prisa.

7

Cada cual volvió á su bagel é inmediatamente comunicáronse las órdenes del puesto que les correspondia.

A la caida de la tarde del dia 13 de agosto, levó anclas la division mandada por el Infante D. Enrique y se colocó en órden, formando la vanguardia. El resto de la escuadra practicó igual operacion, y el todo se puso en marcha para los puntos señalados. Antes de media noche ya dieron el ancla en su respectivo fondeadero.

Los moros no dejaron de notar alguna novedad; pero nunca creyeron que el ejército marino, guiado por la enseña de la cruz, los tuviera ya bloqueados; sin embargo, querian mostrarse llenos de valor y apercibidos; pero en el fondo, el miedo les hizo coronar rápidamente de luces los merlones de sus fuertes muros. El crepúsculo matutino principiaba á señalar el dia; nadie dormia á bordo, todos alistaban sus armas: todos recordaban que la luz del alba que aparecia, era la de la víspera de un gran dia, del de la Asuncion de la Santísima Vírgen. Este recuerdo produjo mayor efervescencia en los ánimos dando lugar á mil pensamientos: la mayor parte decian que era preciso pelear y vencer en aquel dia, para consagrar el siguiente á la festividad de la Purísima Vírgen y rendirle los trofeos de la morisca gente.

Fatal amaneció por cierto para el Infante D. Enrique, un dia en que tanto triunfo y gloria se esperaba. Al entrar en una pequeña barca para recorrer su escuadra y acudir mas veloz al punto que conviniese, fué herido gravemente en una pierna. Este incidente dió lugar á que varios que le acumpañaban formasen malísimos agüeros; pero el Príncipe á fuer de activo y entendido capitan, no quiso retirarse al buque de su insignia, sino que desnudó la pierna de su armadura para no aumentar la inflamacion, visitando incontinenti todoslos bageles de su mando y, con semblante alegre, lleno de contento, daba preceptos á todos con el

magisterio mas estremado señalando el sitio á cada uno destinado.

Zala-Benzala, hombre esperto, prudente con la madurez de los años y esperimentado por la investigacion analítica de la rueda del mundo, tuvo presente en aquel momento crítico, que su plaza iba á ser asaltada por un Rey valiente, coronado con los laureles de recientes y brillantes victorias y que conducia á la batalla la flor de los Caballeros de su reino: con un Soberano tan prudente como reservado, que tres años seguidos habia estado alarmando al mundo con sus sorprendentes y crecidos aprestos militares, guardando el secreto de una empresa tan colosal. No podía avenirse al conjunto de ideas encontradas que se agolpaban á su imaginacion y estaba lleno de temor á la sola consideracion de tales circunstancias, que como una conjuracion diabólica caian sobre sí, sin ofrecerle ninguna especie de ventaja para vencer contra tan bien combinados y dirigidos elementos. Los suyos procuraban escitar su ánimo y ardor; pero él, si bien en la apariencia lo demostraba, contemplaba interiormente el peligro inevitable de su ruina.

En tanto las fuerzas bloqueadoras esperaban con estraordinaria impaciencia la señal de desembarco; pero retardándose esta mas de lo que sus enardecidos ánimos apetecian, y por otra parte, viendo que las murallas de la Almina iban cubriéndose de morisma, la que con sus alharacas y proverbial griteria intentaba germinar el terror entre los cristianos guerreros, subió de punto el deseo de batirse entre de á bordo, no pudiéndolos contener sus capitanes. Juan de Fogaza, lanzóse á todo remo para embestir en la playa con su batel y así lo hizo, tardando mas el pensamiento que la ejecucion. El primero que tuvo la honra de pisar las arenas de aquellas ardientes playas, fué Riu Gonzales, despues Vecdor de la Infanta Doña Isabel y Comendador de Soña: él solo, dando mandobles á uno y á otro lado, hizo huir con paso largo á la chusma

mora que como un enjambre de buitres acometió al barado bastimento; pero el denodado esfuerzo de Riu, fué bastante para abrir campo y que pudiesen saltar á tierra los demás guerreros.

Al mismo tiempo de este choque con los que conducia Fogaza, el Infante D. Enrique, que habia entrado en otra barca con Estéban Soarez de Melo y Men Rodriguez de Refoyos, su alférez, ordenó que todas las fuerzas de su mando, pusieran el pecho en tierra, siendo el primero á dar el ejemplo. Siguió en el desembarque á D. Enrique, su hermano D. Duarte, acompañado de Martin Alfonso de Melo y Vasco Anes, Corte Real. Cuando estos pisaron en firme, solo habia en tierra 150 defensores del estandarte de la cruz. Ahullidos aterradores daba la gente árabe y, rujiendo como el tigre del desierto, deseaban desgarrar entre sus manos á los hijos de Iberia; pero estos con un valor mas sensato, embestian de frente á sus adversarios, sin que se oyese entre ellos otro ruido que el brusco y centellante choque de las armas. Cada cristiano era un héroe: el número de los árabes se multiplicaba estraordinariamente y cada sitiador que al descargar un golpe luchaba con uno, al levantar su brazo de nuevo tenia que combatir con cinco. Entre los africanos habia uno de colosal estatura y de estraordinario valor. Él alentaba á los suyos con sus rudos golpes, hallándose en primera línea, y su sola presencia contenia la retirada. Observado por Riu Gonzales, dirigióse á él con velocidad eléctrica y lleno de arrojo y decision, despues de fuerte resistencia, venció al valiente moro que dió en tierra con su tronco inanimado. Un Caballero Aleman, marchaba constantemente al lado de Gonzales. queriendo disputarle el arrojo y la bravura y ambos avanzados á sus combatientes, sembraban el terror entre la desordenada y furiosa gente mahometana. La pérdida del guion árabe y el empuje decidido de los cristianos, hizo volver caras á algunos aga-

renos. La desesperacion y el espanto se retrataban en sus semblantes, mientras que los hijos del Redentor, unian sus filas y desarrollaban mas y mas su intrépida bravura, para recoger en el mas breve término el laurel de la victoria. A paso de carga dirigiéronse á la puerta de la Almina y sin reparar en obstáculos que fuesen suficientes á contrarestar su intento, apoderáronse de ella á pesar de la tenaz resistencia de los mauritanos. Cercado de inmensos peligros, el primero que por ella penetró mezclado entre los agarenos fué Córte Real, Caballero que en cuestiones de valor, honra y prez, ganó póstuma fama. Multiplícase estraordinariamente el número de los Sarracenos y al mismo tiempo crece el espíritu de los Portugueses, cuyas fuerzas contaban á la sazon 300 guerreros, que rivalizaban en denuedo y osadía al contemplar que al frente de ellos marchaban los Infantes haciendo grande estrago en el enemigo y batiéndose cuerpo á cuerpo como el mas bizarro campeon.

Por encima de los árabes erguía su cabeza un negro atlético y de nervudas formas, de cuyas manos gruesas salian piedras haciendo notable daño, como si fueran espedidas de un pedrero. Con una de ellas destrozó el yelmo á Vasco Mendez de Albergaria; pero como no le inutilizó los sentidos, buscó este lanza en ristre al temible pagano, y atravesándolo de parte á parte cayó muerto á sus piés. Al verlo en tierra los moros, volvieron la espalda al campo buscando pavorosos un abrigo en la ciudad, que los resguardase de los certeros golpes de los sitiadores. La morisma huye llena de terror y los cristianos inflamados con correr á la victoria, entran mezclados en la poblacion. Fué el primero en penetrar el mismo Albergaria, que siempre procuraba serlo en lances de valor. Apenas supo Zala-Benzala que los sitiadores habian entrado en la ciudad, arrasados sus ojos en lágrimas, dijo «*pues así lo quiere Dios, hágase así; poned en salvo la vida los que pudiereis.*»

Unidos los Infantes D. Enrique y D. Duarte con su hermano el Conde de Barcelos, que aumentó los combatientes con 200 hombres de refresco, hicieron que todos se agrupasen en una pequeña elevacion, interin saltaban á tierra los que restaban á bordo para proseguir el choque. Fundóse su pensamiento, en que siendo grande la ciudad y preciso diseminarse por ella, no convenia se hiciese sin bastante número para tener seguridad en el éxito.

Instantáneamente iba acrecentándose el número de los guerreros; pero Vasco Fernandez de Ataide, considerando tardío el que todos entrasen por la puerta ya ganada, con un peloton de su gente buscó otra y la halló, entrando por ella con pérdida de siete ú ocho hombres, despues de haberle costado un trabajo inmenso el abrirla á hierro y fuego, teniendo que rechazar gran tropel de moros que la defendian y algunos que arrojaban terribles piedras de lo alto de las almenas, saliendo herido de una de ellas el citado Vasco.

Llegó en tanto á donde estaban los Infantes, el Veedor de hacienda Juan Fernandez, el mismo que les habia inspirado el pensamiento de la conquista que á la sazon tenian entre manos; lleno de respeto les dijo: «*mejores son, señores, las fiestas de este dia para armaros Caballeros, que las que vuestro padre queria haceros en Lisboa.*»

Siendo ya bastantes los combatientes reunidos, distribuyéronles entre sí aquellos Príncipes y se dirigieron al interior de la ciudad por diversas calles. El camino que emprendió el Infante D. Duarte, era ágrio, y difícil hasta montar al terraplen de la muralla.

Multitud de obstáculos pretendian detener su marcha, mas bañando su espada en sangre bárbara, con su valor abrió el camino que su decision apetecia.

Permanecia el Rey con su escuadra fondeada en la playa de los

Baños, sin imaginar que el Infante D. Enrique por la otra parte pudiera haber hecho tantas proezas, cuando aun no habia dado la señal de embestir. Sin embargo, el estruendo y gritería que en la ciudad sonaba, y su penetracion, le hicieron creer posible lo que efectivamente sucedia: se cercioró de ello, é inmediatamente mandó al Infante D. Pedro que saltase á tierra con su gente; este previno, incontinenti, á su Alferez Diego de Ceabra, enarbolase su bandera en el navío y que las trompetas y atabales hiciesen la señal á todos para desembarcar al instante. Mandar y hacer, fué obra de un momento, llenos de envidia al ver que la honra de penetrar los primeros en la ciudad habia sido consignada por la suerte á los que á las órdenes de los Infantes D. Duarte y D. Enrique peleaban y veian ya discurrir por encima de los muros; no obstante, tuvieron lugar á combatir, y apenas entraron en el murado recinto, cuando ya sus espadas estaban tintas de sangre, porque las calles á que dirigian su ataque se hallaban obstruidas de una muchedumbre mora que peleaba desesperadamente.

En tan terrible encuentro se vió en gran riesgo el sobrino del maestre de la órden de Cristo, que por su estraordinario arrojo hubiera perecido á no acudir inmediatamente á su auxilio algunos guerreros. En memoria de su heróico valor el Rey dió el nombre de Rui Souza al postigo de la plaza en que por sus hazañas se timbró con el sobrenombre de héroe (1) queriendo sin duda parecerse á Martin Monis que en el escalamiento de Lisboa cedió su nombre á otra puerta. En el mismo encuentro se hizo singular Nuño Martinez de Silva, cuyos laureles no pueden marchitarse.

---

(1) Efectivamente, aun en el dia hay un postigo en la plaza que lleva dicho nombre.

Alvaro Fernandez de Figueredo, con sus noventa años de edad, permaneció todo el dia armado imitando á los belicosos jóvenes, ya con la lanza, ya con la espada, asentando en la historia de la conquista de Ceuta y en la memoria de los que en su patria no lo llamaban para pelear, que era digno de participar las glorias que la juventud fogosa pretendia reservar para sí sola.

El Rey se hallaba en estos momentos á la puerta Sur de la ciudad (1) á donde se le presentó Gonzalo Lorenzo de Gomides su escribano de la puridad acompañado de 400 hombres, suplicándole que en premio de sus servicios se dignase armarlo Caballero; accedió el Monarca á sus deseos y en aquel mismo instante lo efectuó.

Cada calle y cada plaza era un campo de batalla: el estruendo del choque de las armas, los tristes lamentos de los heridos, los lastimeros ayes de los moribundos y los plañideros lloros de las mujeres y niños, formaban un conjunto que enardecia á los valientes y llenaba de terror á los cobardes.

Por una calle iban huyendo en tropel algunos Portugueses rechazados, mas que por el valor, por la multitud de árabes que les acometian. El Infante D. Pedro que en el acto se dirigia hácia aquel punto, vió el

(1) En la casa de Ayuntamiento de Ceuta se conserva un estandarte de damasco encarnado, el cual se halla bastante deteriorado, sin duda alguna, por su antigüedad. Es la insignia que lleva el Alferez mayor ó el Gobernador de la plaza, en los actos públicos de la municipalidad. Todos los habitantes y naturales de la ciudad, conservan por tradicion la creencia de que dicho estandarte lo tomó en sus manos, para saltar á tierra, el Rey D. Juan I de Portugal. He tenido ocasion de examinar minuciosamente este estandarte monumental, y desde luego me atreveré á manifestar, considero equívoco el concepto de la procedencia; fundándome en que el estandarte en cuestion, si bien tiene por su cara izquierda las armas de Portugal, en la derecha presenta las de Castilla y Leon, de donde deduzco, que esta enseña no es otra cosa, que el pendon real con que se proclamó en Ceuta la soberania de España cuando el Portugal pasó á ser uno de sus dominios.

grave peligro que corrian los suyos y, abriéndose paso entre sus desordenadas filas, acometió espada en mano á la Morisma audaz, haciéndole volver la espalda. Los que antes se retiraban con desmesurada precipitacion, huyendo del empuje decidido de sus contendientes, volvieron á la carga impelidos por el ardiente y decidido arrojo de su valeroso Príncipe, que dándoles ejemplo, se presentó en primera línea; pero el número de los agarenos crecia como la espuma de las olas, y multiplicándose sus filas, contuvieron la audacia de los denodados Portugueses, obligándoles á retroceder de nuevo. Entonces, irritado el Infante con tan disgustable incidente, párase, y volviendo el pecho al enemigo, le acomete con desesperada bravura y con desmedido arrojo. En tan osada empresa le acompañaron unos cuantos valientes, que llenos de fidelidad preferian á abandonar á su Príncipe, correr á una muerte casi positiva, mirando como un crímen el abandonar al hijo de su Rey. Solos diez y siete hombres tuvieron aliento, por de pronto, para seguir tan ilustre huella en una empresa asaz arriesgada; pero eran tales los efectos mortíferos causados entre los pocos por la muchedumbre mora, que solo en el acto de ser vencida, quedaban cuatro acompañando al Infante, y eran Alvaro Fernandez Mascareñas, Vasco Estevez Godiño, Gomez Diaz y Fernando Alvarez.

Por todas partes el rudo choque de las armas y los gritos de entrambos combatientes poblaban los aires, mezclándose con los lamentos de los moribundos y de los heridos. La lucha era á muerte; los Portugueses se batian con indescriptible arrojo y los mauritanos por su parte desarrollando una ferocidad inaudita, apoyada en sus fuerzas superiores, atacaban con furor. Al mismo tiempo que todo esto acontecia, corrió la voz entre los guerreros que mas próximos estaban al lugar en que se hallaba el Infante, de que siéndole imposible la salida de entre el tumulto moro, habia

perecido al hierro enemigo. Entonces Vasco Fernandez de Ataide, calificando la gravedad del riesgo en que se hallaria el Príncipe y deseoso de salvarlo en vida, ó sus restos mortales, acudió con la mayor rapidez hácia el punto en que el Infante se habia metido. Emprendió su marcha dirigiéndose hácia una torre del palacio de Zala-Benzala; á su paso por deba-



Perspectiva de la torre de la Vela, vulgo de la Mora.

jo de ella, una mora que á la sazon se hallaba en el algimar ó ventana de la parte alta, dejó caer una piedra, la que dando en la cabeza de Ataide, le tendió yerto en tierra. La piedra citada existe desde aquellos tiempos colocada en la torre de la Mora sobre un pedestal ó pilastra embutida en

ella, en la que se lee esta inscripcion: « *Vascus Ataide primus dun hanch ocupat Arcen sexun faenimicum limen vitaque finen fuit.*



Púsose al frente de los que mandaba Ataide, García Monis, penetrando donde se hallaba el Infante, á quien reprendió respetuosamente por una audacia que rayaba en temeridad. Hízole pues salir á pelear en campo abierto, hasta que llegó aviso de que el Príncipe D. Duarte los esperaba en una mezquita, convertida desde luego en iglesia mayor, consagrada al culto del cristianismo en las conquistas africanas (1).

(1) Es tradicion que la citada mezquita es el templo llamado actualmente ermita del Valle.

Mientras ocurrian estos incidentes, Zala-Benzala encerrado en su fortaleza, habia perdido ya la esperanza de vencer y aun la de permanecer por mas tiempo defendiendo la pequeña parte de la plaza que quedaba á su dominio. Ordenó pues á un moro, que merecia toda su confianza, pusiese en salvo las mujeres y joyas manuables, estrayéndolas al campo, lejos de aquel recinto de sangre y de muerte. Cumplióse así su voluntad, y despues de recorrer silencioso y meditabundo los magníficos y suntuosos salones de su palacio, abrazó una resolucion definitiva: descendió al patio y montando sobre su caballo predilecto, encomendóse á la velocidad de él, para ponerse en salvo. Partió con una rapidez inesplicable y solo así pudo ganar el campo.

Aproximábanse las tinieblas de la noche y el Rey D. Juan, que discurria ya hacia algun tiempo por las calles de la ciudad, llenando los deberes de general y de guerrero, mandó á Juan Vaz de Almada, que corriese á la fortaleza con la bandera de San Vicente (1) y procurase á todo trance enarbolarla sobre las almenas, pues acababa de tener aviso de que Zala-Benzala habia ya partido abandonando su fuerte alcázar.

Vaz de Almada partió, y con los suyos, en vano intentó romper ó forzar las puertas de aquel baluarte inespugnable. Por todos medios trataban de cumplir el real mandato, pero la ejecucion era difícil, cuando á la sazon se asomaron á la ventana un genovés y un vizcaino que se hallaban cautivos, los que se ofrecieron á bajar á abrirlas.

Entró Juan Vaz dentro del palacio, y haciendo tremolar el estandarte sobre las elevadas almenas de la torre, derramó la alegría y el entusiasmo en la Cruzada Portuguesa, que descubrió el pendon sagrado entre los

---

(1) La bandera con la imágen de San Vicente, era en aquellos tiempos la de la ciudad de Lisboa.

últimos crepúsculos del dia. Valióles la suerte á los primeros campeones que penetraron en el alcázar; hiciéronse dueños de un grueso y magnífico botin, porque dentro de sus muros, como sitio mas seguro, habian depositado los objetos mas preciosos.

El Infante D. Pedro quiso, que su Alférez D. Pedro de Meneses, hiciese otro tanto en la torre de Fez; pero habiendo en ella crecido número de combatientes árabes que peleaban valerosamente defendiendo la entrada, costó mucha sangre y víctimas el franquearse el paso, distinguiéndose muy particularmente en este hecho de armas, D. Enrique de Noroña y D. Juan su hermano, Nuño Martinez de Silveira con sus seis hermanos, Diego Fernandez de Almeida, Álvaro Nogueira, Vasco Martinez del Carballar y el gran Baron aleman que en tan glorioso dia mas envidiado que envidioso se coronó de gloria sobre los demás. Aun disputaba el paso la morisma audaz, pero los dos hermanos Fernando y Juan de Castro volviéronse contra los moros y heróicamente les hicieron abandonar su empeño.

Jamás han podido saberse á punto fijo las pérdidas que las huestes sarracenas tuvieron en la defensa, espugnacion, asaltos y combates de la ciudad, y solo tradicionalmente se conservan dos especies; una, de que perecieron cinco mil: otra de que fueron diez mil los sarracenos que perdieron la existencia bajo el acero del cristianismo. Es lo cierto, que las calles estaban sembradas de cadáveres de la morisma, que fueron arrojados al mar. De los Portugueses se sabe no fué crecido el número de los que sucumbieron, contándose entre diez ó doce de los principales á Vasco Fernandez de Ataide y á D. Enrique de Noroña.

Corrió la noticia por todas partes de un hecho de armas tan glorioso; los que antes miraban como descabellado, incierto ó irrealizable tan grande pensamiento, despues se deshacian en elogios á los que tuvieron

parte en el movimiento de la armada. El Infante D. Enrique, que por el pensamiento de esta empresa habia sido zaherido y vituperado por las almas débiles, obtuvo en cambio mii ovaciones por su arrojo y grandeza de alma.

Poscsionados los Portuguescs de la ciudad y calmada la efervescencia de los primeros momentos de alegría por tan señalada victoria, dispuso el Rey que al domingo inmediato, 15 de agosto de 1415, se purificase la mezquita mayor y se celebrasen los santos oficios, en accion de gracias al Dios de las alturas y á su Santísima Madre la Vírgen María.

Inmediatamente tuvo cumplido efecto la real voluntad, y hechos todos los preparativos para la sagrada ceremonia, salió el Rey, los Infantes y grandes Caballeros, cubiertos de vistosas armaduras y riquísimas armas, á oir la primera misa en el recinto consagrado (1). A los bélicos acentos de innumerables trompetas y atabales y algunas chirimias, esperaban al Soberano á la puerta del templo, gran número de sacerdotes revestidos con preciosos ornamentos, que venian prevenidos con la viva esperanza de una segura victoria.

Las espadas que los Infantes llevaban ceñidas, eran las mismas que habian recibido de su augusta madre, la admirable Reina Doña Felipa: esta memoria dió lugar entonces á que vertiesen lágrimas de ternura filial, porque recordaban cuanto habia deseado la Reina llegar á verlos coronados por la gloria, con aquellas espadas victoriosas que mucho tiempo guardaba, para ponérselas el dia en que fuesen armados Caballeros.

---

(1) Es traduccion, fué la ermita del Valle.

Entró el Rey con su córte dentro del santuario del Dios de los cristianos y principiaron á resonar en su ámbito los cánticos de alabanza al Señor, que establecen los ritos de la Iglesia. Todo era recogimiento, todo fervor: desde el Soberano al soldado se hacia ostentacion de su fé religiosa: humillaban sus frentes victoriosas, dando gracias al Dios inmortal, y escuchaban con profundo silencio las preces y salmos entonados por los discípulos de Jesucristo.

Terminada la misa y ceremonias religiosas, los Infantes recibieron el espaldarazo de la invencible, real y paterna mano. Efectuado, el Rey les dió un estrecho abrazo, sellándose el contento recíproco, con dulces y cariñosas lágrimas.

Mandó el Rey á sus hijos que saliesen á dispensar igual merced á los valientes que con tanta ansia lo esperaban. Por mano del Príncipe Don Duarte, recibieron tan alta honra, D. Pedro de Meneses, D. Juan de Noroña, Nuño Vas de Casteloblanco, Pedro Vaz y Diego Fernandez ambos de Almeida. De la del Infante D. Pedro la obtuvieron, Álvaro Vaz de Almeida, Ayres Gomez de Silva, Ayres Gonzalez de Avreu, Martin Correa, Juan de Alcaide, Lope de Acebedo, Diego Fernandez Tabazos y Fernando Vaz de Segueira. Por el Infante D. Enrique fueron armados Caballeros, D. Fernando señor de Braganza, hijo del Infante D. Juan, Gil Vaz, y Álvaro ambos de Acaña, Álvaro Fernandez Mascareñas, Vasco Martinez de Albergaria, Diego Gomez de Silva, Álvaro Pereira, Juan Gonzalez de Zarco. Otros muchos obtuvieron igual distincion por los tres augustos hermanos; pero no aparecen sus nombres en los escritos de aquellos tiempos.

Mientras en el nuevo templo, consagrado al cristianismo, se celebraban los santos oficios, y se concedia el honor de la Caballería á tan distinguidos guerreros, surcaban el mar muchas naves, con avisos del Rey,

á diferentes partes para noticiar tan esclarecida victoria. Uno de los primeros á quien honró con dirigírselo fué al Alcaide mayor de Tarifa, Martin Fernandez Portocarrero, en memoria de su buen comportamiento y muestras de adhesion cuando el Rey pasó por allí con su escuadra, al mismo tiempo que con el objeto de que un suceso de tal monta lo hiciese saber á las marinas castellanas, que debian reportar grande alegria y contento por la estincion de la piratería de Ceuta. Portocarrero, grande político y distinguido caballero, no encontraba espresiones para mostrar su gratitud por la alta honra que le hacia D Juan I, noticiándole con tanta velocidad tan señalado triunfo, y tratando de exagerar la felicidad de su buen éxito, dijo: «*Mas nos tardaba aquí una madeja que enviamos á teñir en aquella ciudad de lo que tardó su rendimiento á las armas de tan maravilloso Príncipe*»

El propio aviso recibió el Rey D. Fernando de Aragon, que entonces se hallaba en la Galia Narbonense y ciudad de Perpiñan, al otro lado de los Pirineos orientales. Fué el portador de tan plausible nueva Álvaro Gonzales de Maya, Veedor de hacienda en la ciudad de Oporto, quien de parte del Soberano Portugués, ofreció al de Aragon el puerto de Ceuta para su armada, cuando intentase emprender alguna conquista en las tierras del moro granadino. Celebró D. Fernando con grande elogio y estraordinaria alegría un suceso tan remarcable, y que tan buenos efectos debia producir para alentar mas y mas el ánimo esforzado de los cristianos; pero dolíase con la persuasion de que antes de poder aceptar tan distinguido ofrecimiento, le sobrecogeria la muerte, y en efecto sucedió así, falleciendo á mediados del siguiente año.

Ya flotaban las quinas Portuguesas con orgullo sobre las almenadas torres de la plaza de Ceuta, y ya en fin empezaba á hacerse formidable en toda el África la sombra de las cruzadas banderas, conducidas sobre

aquel continente por el glorioso ardimiento Portugués. Ya entre las huestes sarracenas se habia esparcido el rumor de que habian perdido su Medina de Ceuta, y ya creian que los ámbitos de su territorio serian pequeños para huir y libertarse de las victoriosas armas de los nazarenos.

En tanto que esto sucedia entre las masas árabes, los vencedores manifestaban ostensiblemente el deseo de volver á su patria, para regalarse con los ricos despojos de la desmantelada Ceuta, al mismo tiempo que con el anhelo de referir á sus compatriotas las dificultades, riesgos y heroismo con que habian conseguido la victoria, y cuyos laureles querian fuesen ceñidos á sus frentes por mano de las personas mas caras á sus afecciones. Pocos trataban de conservar la plaza de Ceuta y los mas la consideraban imposible.

El Rey reunió su Consejo y puso en acuerdo su deseo de conservarla bajo sus dominios, diciendo de esta manera: «*Poco hubiera obrado por cierto si despues de rendir esta plaza, hubiese de dejarla otra vez á los moros y mas habiéndose celebrado el mas alto sacramento, allí mismo donde ellos usaban sus abominables ceremonias: es necesario restituir y reintegrar á la Iglesia romana de una posesion suya usurpada desde tantos siglos. Si bien parece difícil el sustentarla es de creer lo facilitarian algunos Príncipes cristianos intentando con gloriosa emulacion los progresos de las conquistas africanas; á lo menos así espero lo hagan mis venideros sucesores en Portugal para estender su imperio y primero el de la religion. Entre tanto hallarán los Portugueses un heróico motivo de no entregarse al ócio estragador de las gentes, de las costumbres y de los cetros. A los Portugueses debe ser Ceuta lo mismo que Cartago á los romanos, de quienes aquella famosa plaza era llamada la piedra de afilarles el valor, que al fin declinó con la declinacion de ella. Cada dia soy importunado por mis vasallos pidiéndome licencia para ir á buscar empresas militares por estraños climas sin esperanzas de otros frutos que el de un famoso renombre. Este será desde hoy*

un teatro bien propio para conseguir el nombre y la mayor utilidad del Estado. Finalmente los desterrados de la patria por criminosos aquí podrán cumplir sus destierros con esperanza de volver á ella habiéndose purgado de sus desórdenes con valerosos hechos ejecutados contra la barbaridad africana en obsequio de la religion católica.» Así habló el Rey, mas muchos de sus Consejeros se mantenian firmes en concebir imposible la ejecucion del pensamiento del Monarca. Llamó este á Martin Alfonso de Melo, gran personaje de su córte, que siempre se habia encontrado á su lado, y le dijo que á él lo habia elegido para Capitan de aquella plaza y que le dejaria tantos hombres de armas cuantos fueren menester para sostenerla y defenderla bien.

Pidió Melo al Monarca, le concediese tiempo para pensar, y este hombre ilustre por su cuna, por su espada, y por los doctos discursos militares que habian salido de su pluma, pensó y resolvió aconsejarse de sus familiares: dos de ellos le disuadieron de aceptar la honra y predileccion que el Rey le habia mostrado y que jamás habia ofrecido á ninguno de sus vasallos en todas sus empresas. Espuso al Soberano sus razones para no aceptar tan delicado cargo; mas á los dos Consejeros los sentenció el Rey á que no fuesen libres para regresar á su patria y quedaron en Ceuta entre los que compusieron su guarnicion, imponiéndoles esta pena por su mal consejo, que no se fundaba mas que en el deseo de evadirse de quedar en la plaza con Martin Alfonso.

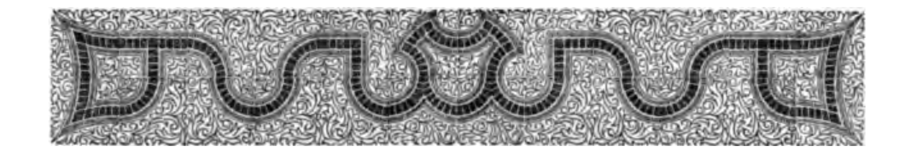
Discurriendo el Rey á quien confiaria el mando, apareció D. Pedro de Meneses con un baston de acebuche en la mano (1) y dijo «*Solo con este*

(1) Este baston existe en el dia, y es el mismo que empuñan los gobernadores de Ceuta en la ceremonia de tomar posesion del mando de la plaza: terminado el acto, vuelve á depositarse en manos de la Vírgen de Africa á quien se lo puso en el año de 1744 el gobernador que era entonces D. Pedro de Vargas Maldonado, despues Marqués de Campo fuerte, quien lo entregó á la Vírgen haciéndole cargo del gobierno y cuidado de la plaza y de sus habitantes, con motivo de la contagiosa peste que la afligia.

baston por cierto, me basta el ánimo á defender estas murallas de toda la morisma.» Aceptó el Rey el ofrecimiento y el animoso Meneses quedó de primer Capitan de los cristianos defensores, haciéndole D. Juan I el honor de decirle que no queria de él otro homenaje que el de su bondad y nativas obligaciones por todos conceptos ilustre. Luego que el esforzado don Pedro de Meneses hizo pleito homenage al Soberano, del gobierno de aquella plaza, se llenó de contento porque quiso quedar á sus órdenes con cuarenta lanzas, su compañero el intrépido y esforzado Ruy de Souza, quien pidió con encarecimiento al Rey, le hiciese digno de ser uno de los Caballeros que se señalasen para permanecer allí.

Este es el término de la brillante conquista de Ceuta, premeditada con tanta pausa y reserva, y ejecutada con tanta bravura y rapidez: de una victoria obtenida sobre el continente mahometano, en pais estraño, y efectuada admirablemente en un solo mes de ausencia y solas cuatro horas de asalto.

Sentada la posesion de la plaza de Ceuta, y tomadas todas las medidas para su seguridad, el primer cuidado del Rey fué darle un Obispo, con el título de Marruecos, eligiendo á Amaro, el cual fué confirmado por el Pontífice Martino V, en el año de 1421.



CAPÍTULO V.



Dominacion Portuguesa.



UEDARON como Capitanes en la plaza de Ceuta á las órdenes de D. Pedro Meneses, *que mandaba las fuerzas*, su amigo y compañero Ruy de Souza, con cuarenta lanzas, Lopez Vas de Castelobranco, montero mayor del Rey y alcaide de Monra, dándole el cargo de Condel de todos los hombres del Rey que allí quedaban, cuyo número ascendia á mas de trescientos. Los ballesteros del Príncipe don Duarte quedaron al comando de D. Pedro de Meneses. Los del Infante don Pedro, al de Gonzalo Nuñez Bareto: los del Infante D. Enrique, á

las órdenes de Juan Pereira, y además otros varios pertenecientes al servicio de algunos nobles Portugueses; todos eran dignos de una memoria eterna, pero los escritos de aquellos tiempos carecen de los detalles necesarios, para que sus nombres sean trasmitidos á la historia: no obstante, en medio de la oscuridad en que nos encontramos, aparecen los de los nobles oficiales Diego Lopez de Souza, Pedro Gomez Malafaya, Alvaro Mendez Serveira, Ruy Gomez de Silva, Pedro Lopez de Acebedo, Luis Vas de Acuña, Fernando Furtado de Mendoza, Alvaro Yañes de Sernache, Juan Pereira, Diego Mendo de Seabra, Lorenzo de Elvas, Diego Alvarez Barbas, Gomez Dias y Pedro Vas Pinto.

Dos mil quinientos hombres de todas gerarquías y condiciones quedaron destinados para defender sobre la conquistada Ceuta, el estandarte portugués. Escasas eran las fuerzas para guarnecer la plaza al frente de una morisma audaz; pero el Rey, al confiársela, estaba seguro de que sostendria con gloria su bandera en cualquier ataque que contra la ciudad intentasen, pues todos tenian dado su valor á prueba, ya en combates habidos en su patria, ya en la grandiosa empresa que acababa de terminar.

Antes de partir, el Rey D. Juan quiso dejar templos consagrados á la religion de Jesucristo: así fué que la mezquita mayor (1) convirtióla en Iglesia parroquial, precedidos los ritos de costumbre, y queriendo que Ceuta fuese la capital de sus futuras conquistas en el África, solicitó del Papa Eugenio IV, la erigiese en Catedral, lo que tuvo efecto por

(1) Ocupaba la situacion misma que tiene la Catedral actual sobre cuyos antiguos muros se ha ampliado con posterioridad en distintas épocas.

bula espedida en 1432. Al mismo tiempo estableció en otra mezquita, un convento de PP. Franciscanos.

. D. Juan I tuvo á bien ensalzar á la ciudad de Ceuta, concediéndole por blason, las armas portuguesas, cuyos castillos y quinas, sin alteracion ostenta, estando superadas de corona de marqués, en lugar de la real.

Era el 2 de setiembre de 1415, cuando preparada ya la escuadra, se embarcó el Rey Conquistador con el ejército á fin de regresar á su patria. Todo eran víctores y aclamaciones durante el embarque, todo placer y animacion. Aun los mismos que quedaban en el suelo africano se hallaban satisfechos: los primeros, porque marchaban á su pais natal con la esperanza de estrechar entre sus brazos los seres mas caros á su corazon: los segundos, porque habian sido elegidos para sustentar aquella plaza contra los infieles, y ratificar su acrisolado valor é intrépida bravura.

Al embarcarse el Rey, recomendó mucho al nuevo Castellano, mantuviese un trato suave y digno con las gentes que á sus órdenes dejaba, y á estas les recomendó una estrema obediencia y la observancia estricta de los principios religiosos, base de la buena moral y apoyo de la disciplina, únicos medios con que se obtienen las victorias.

Levó la flota sus anclas y tendió sus velas á los vientos: colocadas en el órden que habian venido á la conquista, emprendieron su movimiento al son de los instrumentos guerreros, que esparcian por el aire los cánticos de alabanza por sus victoriosas armas. Púsose en rumbo la escuadra, y con magestuosa marcha penetró en el Freto Hercúleo, para volar sobre el dilatado Océano: sin ningun género de contratiempo, las naves besaron sus aguas é hicieron rumbo al Algarbe, donde arribaron.

Allí el Rey, dispuso la disolucion de su escuadra y ejército. Despidió á los guerreros, naturales y estraños, que habian tomado parte en tan gloriosa como brillante espedicion, colmándolos de favores y mer-

cedes, con las que contentos y satisfechos todos, marcharon al seno de sus familias á llenarlas de alegría y obtener los parabienes de que les hacia dignos su campaña.

Tambien quíso el augusto Monarca mostrarse grato á los hijos que le acompañaron en tan memorable empresa. A D. Duarte, que era el sucesor de su corona, ninguna otra recompensa ni beneficio podia dispensarle. Al Infante D. Pedro, lo hizo Duque de Coimbra, y á D. Enrique, de Viseo y Señor de Cobillan.

Terminado el licenciamiento general, púsose el Rey en marcha con su córte para la ciudad de Evora, donde habia dejado por su menor edad á los Infantes D. Juan y D. Fernando, y á la Infanta Doña Isabel á cargo del maestro de Abis, Fernando Rodriguez de Sequeira, á quien habia tambien confiado la gobernacion del Reino, durante su ausencia. Recibiéronlo con las tiernas emociones del cariño filial, y con tanto mas alborozo, cuanto que no esperanzaban verle tan pronto y aun tenian recelos de no volverle á ver.

Un mes fué la ausencia, y en tan corto espacio y solo cuatro horas de asaltos, dió D. Juan I una nueva joya á la Corona Portuguesa, ayudando así eficazmente á los demás Príncipes Cristianos, en la destruccion de las huestes agarenas.

Don Juan de Meneses, primer Gobernador de Ceuta y despues Conde de Ayllon y de Aguilar en Castilla, mantuvo con orgullo y firmeza el cargo de la plaza contra la audacia mora, que de contínuo acudia á escaramucear al frente de sus muros, molestando sin cesar la ciudad con sus asechanzas, y procurando el cansancio de los defensores. Vanos fueron sus esfuerzos; la actividad y bizarría del caudillo cristiano, era bastante para rechazar las tentativas que á la plaza asestaban. Visto esto por la musulmana gente, el Rey de Fez puso cerco á la ciudad con el in-

tento de recobrar una pérdida tan sensible para él, pero sus esfuerzos se estrellaron en la arrogancia y decision de los defensores. Al mismo tiempo que por tierra era embestida la plaza, por mar la asediaban algunas galeotas sarracenas; mas como en las instrucciones que de su Soberano recibió el Gobernador, se le ordenó que sin urgentísima é imperiosa necesidad no sacase sus fuerzas á campo abierto, por mas que la morisma le batiese en contorno, preciso le fué contener su ardor guerrero limitándose á combatir desde las murallas.

La audacia árabe, sin embargo de la energía con que era rechazada desde las almenas, creyendo miedo, lo que solo era obediencia, multiplicaba su agresion con todo género de molestias y los Caballeros y soldados que defendian la ciudad, estaban impacientes y parecian avergonzados, con el temor de que los moros imaginasen se albergaba en sus pechos la cobardía, eludiendo el chocar sus armas.

Don Pedro de Meneses, considerando necesario rechazar tanta osadía de los árabes, y evitar al mismo tiempo el decaimiento de ánimo de los defensores, dispuso salir de la plaza y embestir con denuedo á las huestes marroquíes. Hízolo así, y en varias escaramuzas obligó á los sitiadores á emprender la fuga, haciéndoles dejar el campo regado con su sangre y cubierto con los restos inanimados de muchos de los suyos.

Desde que la escuadra Portuguesa abandonó las aguas africanas, permaneció Ceuta asediada y su guarnicion en guerra de escaramuzas por espacio de cuatro años, en el que los árabes inventaron nuevas máquinas de guerra, acrecentando con innumerables escuadrones los medios de batir á los defensores de la fé católica. Cada dia eran mayores los cuidados de Meneses, y su obligacion como Gobernador de aquella colonia, no le dejaba descanso, para rechazar tan obstinadas agresiones, sin que su ánimo esforzado fuese jamás herido de pavor.

Entibióse el ardor de los sitiadores, dejando reducido el cerco á un simple bloqueo; pero no por muy largo tiempo (1). Volvieron á acometer de nuevo con mayor ardor, y en nada hubiera decaido el ánimo de los moros, si entre ellos no hubiese sembrado la discordia su maléfica semilla.

Muley Buzaide y su hermano, heredero el primero de las coronas de Fez y de Marruecos, trabaron contienda para disputarse el cetro, y ambos confiaron á la fuerza de las armas, lo que solo debiera haberse resuelto por la legalidad y la justicia.

Muley Buzaide por sus derechos, y Muley Busaire, por su ambicion, desarrollaron toda especie de venganza, asestando uno contra otro los medios imaginables para el recíproco esterminio. Para dar mas negro aspecto á la guerra civil que se preparaba, apareció un tercero en discordia aspirando á la corona, llamado Boarey, rico hombre de aquellos dominios. De nada les servian las poderosas advertencias y consejos del Rey moro de Granada, quien les manifestó reiteradas veces por medio de sus embajadores, la postracion y debilidad á que los conducia la lucha fraternal en que se habian empeñado. Les amonestó repetidas veces la imperiosa necesidad de que se uniesen para volver sus armas contra los cristianos, y recuperar la plaza de Ceuta, demostrándoles con luminosas razones lo muy perjudicial que era á sus reinos el consentir que el catolicismo sentase sus reales por largo tiempo en el continente africano: de nada sirvieron tan razonables consejos, solo muerte y esterminio albergaban sus pechos, y abandonando por completo el sitio de Ceuta, pusieron en juego todos los resortes para llevar á cabo una guerra tan horrorosa como fratricida.

---

(1) No he encontrado antecedentes para determinar las fechas en que acontecieron estos sucesos.

Empezaron los combates entre los beligerantes árabes, y en batalla campal Buzaide degolló á su hermano, rindiéndosele los restos de la gente que acaudillaba. Boarey se sometió con los suyos á Buzaide, estableciéndose la paz entre la gente berberisca.

El Rey Granadino, con noticia de tales sucesos, envió embajadores á Buzaide y trató con éste y Zala-Benzala, Alcaide que habia perdido á Ceuta, le cediesen el derecho que tenian á la reconquista de la plaza, que él entonces con sus huestes la asediaria por mar y tierra, y obligaria á los cristianos que la sostenian á abandonarla, ó perecer al filo de sus alfanjes damasquinos. Manifestóles tambien que despues de conquistada la ciudad, aunque quedase como propiedad suya, la utilidad seria comun á todos, porque los hijos de Mahoma se verian libres de tener sobre el suelo africano á los nazarenos, cuya audacia y valor les impulsaria á nuevas conquistas hácia el interior. Puestos de comun acuerdo en lo que consideraban de utilidad recíproca, tomáronse por ambas partes las disposiciones necesarias para el buen éxito de la empresa.

El moro granadino lanzó sobre las aguas del Mediterráneo el mayor número de buques de que pudo disponer, los cuales atestados de agarenos combatientes, partieron con la rapidez posible, poniendo sus proas á la punta Norte del continente africano. Arribaron á ella, y los soldados de la media luna pusieron la planta sobre las arenas de aquellas playas calcinadas. Los bateles volvieron á hacerse á la mar, y armados en guerra, establecieron el bloqueo marítimo.

Los Portugueses no dejaron de apercibirse de tales sucesos, y desde la cresta de sus murallas veian discurrir por los montes y valles comarcanos, no ya las desorganizadas hordas árabes que anteriormente los habian atacado, sino columnas de tropas sarracenas, organizadas y disciplinadas á la usanza de aquellos tiempos, que sentaban sus campamentos

ya en la frondosa vega, ya en la cúspide, ya en la falda de la cordillera de Ximera. La morisma puso en defensa sus campos, foseándoles y atrincherándolos para evitar un golpe de mano, posible en el valor de los sitiados (1).

Una vez dispuestos para el ataque, dan la embestida á la plaza y en medio de un denuedo y arrojo estraordinario por ambas partes, en que el laurel de la victoria estaba reservado á los lusitanos, viéronse precisados los defensores de Mahoma á retirarse á sus trincheras, dejando el campo sembrado de cadáveres y trasportando á sus cuarteles muchos de los suyos, cubiertos de graves heridas, cuyos gemidos oprimian el corazon. Esto no obstante, los jefes de aquellas huestes conociendo que su deber y su objeto estaba circunscrito á la reconquista de la ciudad, á la sazon cristiana, resolvieron unánimemente el emprender de nuevo la ofensiva, y para realizarlo con mayores ventajas, aumentaron sus combatientes con fuerzas que pidieron y les concedió el Rey de Fez. Una y otra vez acometieron la plaza con el mayor arrojo, pero nunca pudieron llegar á la base de sus muros. Tan rudos ataques, la multiplicacion de ellos, la escasez de las fuerzas defensoras y el cansancio natural en tan activa lucha, puso al Gobernador D. Pedro Meneses, en la necesidad precisa de pedir prontos auxilios á su Monarca.

Noticioso el Rey D. Juan del riesgo en que los suyos se encontraban, mandó inmediatamente á Ceuta, á sus hijos los Infantes D. Enrique y Don Juan, con fuerzas para emprender la ofensiva contra la morisma

---

(1) No he podido investigar las fechas positivas de estos incidentes así como los nombres de los generales que acaudillaban las tropas granadinas y berberiscas, razones porque me abstengo de asentar lo que vulgarmente y con variedad dicen sobre este punto los cronistas árabes.

audaz. Arribaron felizmente á la plaza de su destino, y desde luego combinaron el ataque contra la muchedumbre infiel. Al efecto salieron al campo, y bien preparadas sus fuerzas, emprendieron el ataque con el mayor denuedo. Cristianos y árabes rompieron la lucha con ánimo esforzado; pero el Dios de Israel tambien en esta ocasion concedió la victoria á los defensores de la cruz. Penetraron las columnas portuguesas entre las turbas moras, y esparciendo el terror, el espanto y la muerte por sus multiplicadas filas, hiciéronlas huir desordenadamente, abandonando sus reales y obligándolas á traspasar la cordillera de Ximera, marchando hácia el interior del reino berberisco. Las fuerzas auxiliares portuguesas permanecieron en la plaza algunos dias, mas viendo que los moros la dejaban en sosiego y que por entonces no premeditaban volver á su temeraria empresa, regresaron á Portugal, guiadas, así en las batallas como en la espedicion, por los dos augustos Infantes.

El Conde D. Pedro de Meneses, tenia á la sazon un hijo, llamado don Duarte, jóven cuyos brios esforzados patentizó mas de una vez en los combates, y habiendo observado en las últimas batallas, que trabajó sin descanso para imitar los brillantes hechos de su padre, eligiólo este por compañero de su gloria, y para que llegando á amaestrarse en el mando, fuese digno heredero de su nombre. Al efecto le dió á mandar una de las entradas en la plaza, diciéndole, que en la defensa de ella estaba la fortuna y los favores que de él podia esperar. Cumplió dignamente su cometido y en consecuencia no titubeó el Conde D. Pedro en fiarle otras empresas de mayor consideracion.

La primera que sienta en sus escritos Gomez Eneas, y en la cual casi todo el buen éxito se debió á la intrepidez y valor del jóven Duarte, fué en 5 de enero de 1427. Tenia el Conde en Ceuta muchos Caballeros, y entre ellos á Martin Alfonso de Miranda, hermano de su primera espo-

sa, y con cuyo valor, heredado de sus antepasados, era tenido por uno de los mejores guerreros y el mas valiente de los que se albergaban en aquellos muros. Deseando siempre ocasiones de aventajarse á los demás, salió el citado dia por órden del Conde á dar campo largo de leña y heno (1) llevando para escolta de los forrajeadores 40 caballos. Habia una densa niebla, y las descubiertas aseguraron el campo sin divisar al enemigo, el cual, teniendo noticia anticipada de la salida que iba á realizarse, con cuatro mil caballos marchó sobre el radio de la ciudad. La aparicion de tan gruesas fuerzas cogió de improviso á Martin Alfonso; pero valiente entre valientes, resolvió con temerario arrojo acometer á los berberiscos, sin embargo de la oposicion de algunos de los suyos. Embistió tan desordenadamente, que por poco pierden la vida él y su escolta en tan rudo choque, si no hubiese sido la intrepidez y arrojo del jóven D. Duarte de Meneses, que con otros Caballeros marchó velozmente á socorrerle y sacarle del peligro eminente que le circuia, desbaratando al enemigo. En este encuentro sobresalió D. Duarte á todos los campeones que en la lucha se hallaron. Fué tal su empuje, que parecia que la naturaleza se habia anticipado á darle fuerzas, y el cielo á concederle brios para despreciar la muerte y aspirar á la gloria, en su tierna edad de solo trece años.

En aquella época, en que el nombre de Caballero no habia sufrido las alteraciones de los tiempos modernos, y en que los que lo eran por haberlo adquirido de sus mayores se esforzaban para parecerlo y comprobar la nobleza con sus obras, por aclamacion pública de los guerreros cristianos, se vió el Conde D. Pedro obligado á armar Caballero en el

---

(1) Asi llaman los hijos de Berberia al ir las tropas á forrajear.

campo, y al frente del enemigo, á su hijo D. Duarte, recompensa consignada justamente á sus heróicas hazañas. Los bereberes, á vista de este solemne acto, lo celebraron con sus habituales algazaras, y los suyos le prodigaban alabanzas que el jóven recibia con modesto rubor, sirviéndole solo para estimularlo á mayores esfuerzos.

A pocos dias de este brillante acontecimiento casó el Conde Gobernador á su hija Doña Beatriz, con D. Fernando de Noroña, hijo del Conde de Jijon y nieto por ambas líneas de los Reyes D. Fernando de Portugal y D. Enrique de Castilla. En medio de la contínua lucha en que se hallaba la ciudad, ejecutáronse lucidas fiestas con que los moradores quisieron probar su adhesion y simpatías por el Gobernador y la estima que les merecia D. Fernando por su valor y virtudes.

Transcurrió el resto de este año en bonanza, pues solo mediaron algunas ligeras é insignificantes escaramuzas, y así siguió la plaza hasta setiembre de 1428. La víspera de la Natividad de nuestra Señora tenian los moros en la sierra de Ximera, un Jeque por caudillo, llamado Sidi-Talpa, cuya reputacion como guerrero y sábio era preconizada por los suyos. Sidi-Talpa concibió el pensamiento de suceder en fama y renombre al valiente Dabú, Jeque tambien, quien sin intermision estuvo sosteniendo la guerra activamente contra la plaza desde que fué conquistada, y cuya muerte causó estraordinaria sensacion en todas aquellas comarcas, pues era respetado por los demás Jeques y señores de ellas, como defensor y amparo de sus vidas y haciendas. La emulacion y la envidia germinó hondamente en el pecho de Sidi-Talpa. Empezó á blasonar arrojo y decision entre los suyos, y escitarlos á la guerra; pero ellos no le atendian. Propúsose con algunos romper las hostilidades con la idea de que si conseguia, aunque no fuesen mas que pequeñas ventajas, lograria declararse caudillo de los desquiciados árabes, que á la sazon, mas bien

que conquistadores parecian conquistados, desde la muerte de Dabú. Juntó, pues, las fuerzas que le fueron posibles, entresacando aquellos hombres cuyo arrojo y decision creyó ser mas á propósito para vencer en cualquier peligro.

En tanto el Conde Gobernador con presencia de la completa calma que reinaba entre los sarracenos, dió permiso á muchos de los guerreros que componian la guarnicion para que pudieran pasar á Portugal: unos con el objeto de ver sus familias é intereses, y otros para procurar una recompensa de sus fatigas y denuedo en la defensa de la africana ciudad.

Minoradas las fuerzas que la plaza defendian, consecuente era el que en caso de ser atacada, fuese mas débil su defensa. No se ocultaba esto al ojo perspicaz del Gobernador Meneses, pero confiaba en su valor y vigilancia y tambien en el estado de desquiciamiento que subyugaba á los Mauritanos. Varios otros capitanes y soldados, solicitaron del Conde el mismo permiso que habia otorgado á algunos para marchar á la patria, pero el Gobernador, antes de concederlo, en su prudencia creyó oportuno salir al campo á practicar un reconocimiento sobre la frontera enemiga é investigar el espíritu y fuerzas que á la sazon pudieran tener sobre aquella línea los bereberes. Formulado el pensamiento, al siguiente dia practicó la salida y reconoció con sorpresa que el enemigo habia concentrado fuerzas muy superiores á las suyas sobre la falda oriental de la cordillera de Ximera. Tornó á la plaza y negó el permiso que le habian pedido, y noticiosos del estado de las fuerzas enemigas, muchos de los suyos ardientemente le pedian salir al campo para batir á la muchedumbre infiel. Fueron tan repetidas las instancias para salir á la pelea, que se vió obligado á acceder, dando el mando de las fuerzas que marchaban al combate á su yerno D. Fernando de Noroña.

Don Duarte de Meneses, hijo del Gobernador, quiso como en otras

ocasiones ser partícipe del peligro, mas su padre no le otorgó su beneplácito, queriendo tenerlo en reserva por si un lance desgraciado obligase á ir al socorro de las fuerzas agresoras.

Don Fernando con sus combatientes marchó al campo, y ordenando sus filas, atacó decididamente á las falanjes mahometanas. Llega el momento, chocan sus armas las fuerzas belijerantes; todo es furia, arrojo y desesperacion por ambas partes: chispean las hojas damasquinas sobre los brillantes yelmos Portugueses, y el mandoble y espadas aceradas de estos, enrojecen el blanco turbante mauritano. Se multiplican estraordinariamente las huestes agarenas, y cual un enjambre de buitres hambrientos, quieren arrollar por todas partes y devorar á las escasas tropas lusitanas. Ahullidos aterradores se desprenden de los convulsos lábios de los agarenos; todo anuncia desesperacion, todo esterminio; pero el feroz ímpetu de los salvajes, encuentra una resistencia decidida en los europeos, que defendian palmo á palmo el terreno, sembrando la muerte y el espanto entre los furiosos moros. D. Fernando esforzaba el ánimo de los suyos para rechazar la multitud árabe que los rodeaba, pero el enemigo engrosaba mas y mas sus filas, y esta circunstancia les hubiera hecho perecer indudablemente como héroes, á no ser la esquisita vigilancia del Conde Don Pedro, que viendo el riesgo inminente que los suyos corrian, mandó salir á su hijo D. Duarte con las fuerzas escogidas que tenia de reserva para los lances críticos. D. Duarte, lleno de contento por tal merced, tomó la fuerza que le fué asignada para practicar la salida, sin embargo, de que á haberlo permitido el gobernador, hubieran marchado tambien cuantos en la plaza quedaban para defenderla, los que querian participar del peligro, bájo las órdenes de tan valiente capitan.

Sale al campo D. Duarte mandando sus descansados guerreros, en ocasion que sus compañeros se hallaban ya fatigados de dar y recibir

golpes: observan el refuerzo que de los suyos les viene, y como por encanto multiplicaban el esfuerzo de sus ánimos. Júntanse ambas columnas y dan sobre los moros con tal ímpetu y militar denuedo, en el que llegaron á sentir los mas osados de entre ellos la fulminante espada del jóven Don Duarte, que empezaron á oscilar las mal ordenadas filas de los mahometanos, quienes viendo la mortandad y estragos que los Portugueses hacian entre los suyos, pusiéronse en huida á guarecerse entre los espesos bosques de las vertientes de Ximera.

Produjo tales efectos esta victoria en el ánimo de las africanas huestes, que marchando unos al interior y otros fijando sus aduares á la espalda de la cordillera, quisieron en el descanso reanimar su quebrantado espíritu.

Así trascurrió en paz y bienandanza el año de 1429.

El Conde Gobernador no perdia momento para llenar bien y cumplidamente su encargo; así es que en lugar de adormecerse sobre los laureles de sus repetidas victorias, á fuer de entendido y activo castellano, aprovechaba las treguas de la paz para establecer en la colonia el órden administrativo y acumular los medios de defensa, creando multiplicadas obras y levantando la muralla que mira al frente Norte, cuyas fortificaciones empezó en 1421.

Don Duarte de Meneses, jóven robusto, y que los fuegos de sus diez y seis años le escitaban á no vivir en el ócio y á aspirar á mayor gloria, mas de una vez suplicó al Gobernador, su padre, le autorizase para practicar salidas sobre el campo, y hostilizar á los árabes fronterizos; pero nunca el Conde Gobernador creyó oportuno acceder á tan vehementes deseos, si bien le ofreció que cuando llegase una ocasion le concederia con gusto lo que tan reiteradamente le pedia.

Llegó por fin el momento que el jóven apetecia, y el 19 de marzo

de 1430, por órden de su padre, practicó D. Duarte, una salida con 70 ginetes y 60 hombres de á pié, para reconocer la cordillera de Ximera por E, y O. Meneses efectuó el reconocimiento, y lleno de osadía, penetró mas de 7 leguas hácia el interior del reino de Fez, llegando hasta la sierra, llamada por los árabes *Mexequise* (1). Arrolló en su tránsito las hordas montaraces que trataban de impedírselo y arrasó al pié de aquellas montañas dos grandes poblaciones, llamadas, *Alfayatas* y *Colleate*. En esta arrojada espedicion fué talando por todas partes, llevando la devastacion á un crecido número de *aduares*, en los que hizo rico botin, pues que acometidos tan de improviso, no tuvieron sus habitantes ni aun tiempo para guarecerse del peligro. Con tal rapidez ejecutó el jóven Meneses esta invasion, que no dió lugar á que los mauritanos pudieran reunirse y hacerle pagar cara su desmesurada osadía. Regresó á Ceuta, y los eminentes riesgos á que se habia espuesto y el resultado de la jornada, le granjearon una particular confianza del Conde su padre, y de todos los defensores de la plaza. Aquel tenia urgente necesidad de marchar á Portugal, para transigir asuntos urgentes y de gran cuantía para la sucesion de su casa, y con presencia de los hechos del hijo, pidió licencia al Rey para pasar á su córte; la recibió en abril del citado año de 1430 y resolvió dejar encargado del mando de la plaza á su hijo, considerándolo capaz de defenderla; esto no obstante, quiso antes oir el parecer de los Caballeros y soldados que la guarnecian, á fin de evitar la murmuracion y que se creyese que solo las paternales afecciones influian en su resolucion. Juntáronse, pues, y manifestando el Conde su pensamiento, queda-

(1) La cordillera *Mexequise* la coloca Gomez Eneas á 7 leguas de Ceuta, y comprendo deba ser la que partiendo de Tánger marcha frontera á Ceuta por la espalda de la de Ximera, terminando sobre la ciudad de Tetuan, junto al rio *Guadaljarrara* antes de desembocar en el llano que toma el nombre de la ciudad.

ron todos conformes en que D. Duarte tomase el mando. El Conde, sin embargo, no desconoció que solos 16 años no eran bastantes para que su hijo tuviese la esperiencia y madurez tan necesarias para gobernar, y esta dificultad la subsanó D. Pedro, dejando por consejero de su hijo á Rui Gomez de Silva, su yerno, alcaide de las fortalezas de Campo Mayor y Origuela, el cual siendo su frontero desde la toma de Ceuta, ocupaba un distinguido puesto en la opinion general, por sus talentos, esperiencia, valor y conocimiento que tenia de los ardides y sagaces manejos de los moros. Llamóle, pues, á su aposento, lo mismo que á su hijo: recomendó á Rui asistiese constantemente á su cuñado, aconsejándolo y guiándolo con las luces de su esperiencia, y tomando á D. Duarte de la mano, le dijo con el mayor cariño: «*Aunque procedes de tal manera, que ninguna cosa necesitas menos que de mis advertencias, con todo soy padre cuidadoso y como tal te he de amonestar una y muchas veces, ya que te aumento con un respetable cargo, porque negocios graves me llevan á Portugal. Todos los soldados que te quedan te criaron, y así tienes de oir á cada uno como á padre, obligándolos primero con agrado á que te digan libremente su parecer, porque en el amor no hay adulacion, ni hay verdad cuando median respetos humanos; bien veo que entre tantos, no ha de faltar alguno que se queje de tu proceder y que condene mi resolucion, por mas que la tengan aprobada, pero tu templanza ha de moderar este sentimiento, y con esto te encomiendo el que el trato con los caballeros sea igual y fácil, de manera que te juzguen por compañero y no por capitan; consiste en esta conformidad nuestra dicha.*» El jóven D. Duarte ofreció á su padre cuidado y obediencia, y recibió otras instrucciones secretas. Partió el Conde D. Pedro de Meneses para Portugal, quedando hecho cargo del gobierno y administracion de la plaza D. Duarte, durante la ausencia de su padre.

Don Duarte de Meneses, en medio de sus juveniles años, empezó su gobierno administrando con templanza y prudencia, procurando conocer el grave peso que sobre sus hombros habia echado el deber; investigaba por todo medio el modo de sustentar mejor la plaza que se le habia encomendado, y captarse la benevolencia y respeto de sus defensores.

La morisma, á cuya noticia llegó la partida del Conde Gobernador, combatió sus temores convirtiéndolos en esperanzas. Entraba en la plaza, casi diariamente, el Alfaqueque Cidemus, comisionado para el rescate de esclavos, y este observó que los Portugueses se hallaban tristes por la ausencia del Conde D. Pedro. Juzgó Cidemus que el sentimiento que observaba era hijo del miedo que se habia desarrollado en el ánimo de los cristianos, por haberse ausentado su valeroso capitan.

Salió al campo el Alfaqueque y su engaño lo hizo cundir como realidad entre los mauritanos de sierra Ximera. Hizo juntar los Jeques y despues de una larga conferencia en que espusieron los daños, pérdidas é injurias que sufrian de los lusitanos, resolvieron, que puesto que la ocasion se les presentaba propicia, era preciso escitar el ardor guerrero de los suyos para la exaltacion de su honra, engrandecimiento de sus aduares y libertad de su pueblo. Espuso un Marabús que el gran profeta los desampararia, y les haria probar los rigores de su enojo, si dilatasen por mas tiempo procurar combatir y acabar de una vez con tan vil gente como eran los Portugueses, los que sin razon ni justicia y solo por una desmedida ambicion, se introducian en imperios agenos, tratando de hacerse dueños y señores de sus tierras, y que parecia no pensaban descansar hasta ponerlo todo bajo su ominoso yugo. Por otra parte, era preciso tomar en consideración el estado infeliz de los hijos de Mahoma, cuya miseria se aumentaba progresivamente, porque se hallaban imposibilitados de lograr los frutos de sus cosechas Que de sus ganados y sementeras

¿quién sino los cristianos cogian el provecho? Que Dios, sin duda alguna, protegeria esta venganza probándolo desde luego en haber hecho ausentar al caudillo Gobernador que los amedrentaba, ó por mejor decir, que repelido por Alá habia huido para no presenciar la destruccion de los suyos, reemplazándole en el mando un mozo que apenas tenia edad para ceñir espada cuanto mas para defender semejante fortaleza, y que por ello, juzgaban poca gloria el vencer á huestes llenas de pavor y sin cabeza que las dirigiese, conociéndose desde luego que la tristeza de los soldados Portugueses era consecuencia inmediata de la conviccion que tenian de su inevitable ruina: que era llegada la ocasion de recobrar su concepto perdido y vengar las injurias recibidas de los nazarenos.

Escitado el ánimo de los Berberiscos con tal manifestacion, corrió de boca en boca la necesidad de reunirse para embestir la plaza; tomaron pues las armas bajo el mando de Marsoco, Jeque principal, tenido por el mas valiente y arrojado, quien juró por el Profeta morir ó vencer en la pelea. Hizo marchar comisionados al interior y convocó multitud de Kavilas, de que formó un numeroso ejército, dividiéndolo en dos cuerpos. Llegó el dia que habia señalado para acometer la empresa y destinó uno de los dos cuerpos para correr al frente de la ciudad, mientras que con el otro, aprovechando el velo de la noche, marchó á emboscarse en los barrancos inmediatos al murado recinto. Las atalayas y centinelas de la plaza descubrieron al enemigo que con numerosas hordas se presentaba al frente de sus almenas. Dieron aviso al Gobernador D. Duarte de la inesperada novedad que habia en el campo, y este, celebrando la noticia porque se le presentaba una nueva ocasion de acreditar su valor y de poner á prueba su inteligencia, resolvió prepararse á combatir. Cumpliendo con los mandatos de su padre hizo llamar inmediatamente á los Caballeros y soldados ancianos ya versados en el arte de dar y recibir

golpes; les manifestó las novedades que ocurrian y su resolucion de rechazar la audacia sarracena, hablando en los términos siguientes: «*Bien veis, amados soldados y campañeros mios, el numeroso ejército que se nos presenta, é esto ha de ser para mayor gloria nuetsra é timbre de las armas Portuguesas, pues estoy viendo en la nobleza de vuestros pechos que con los pocos que estamos, somos bastantes para abatir el orgullo y soberbia de nuestros enemigos, pues en vuestro valor, tenemos al Conde presente.*» Habló á cada uno en particular, dándoles muestras de cariño y estimacion y acordóse la salida.

Salió D. Duarte de la plaza tomando las precauciones necesarias para no ser sorprendido. Marchó con sus tropas, y tomó posicion en una altura inmediata (1) con el intento de reconocer las fuerzas de sus contrarios, el órden que habian combinado para el ataque y esperar allí que rompiesen las hostilidades. Apercibido el enemigo de haber sido descubierto, cargó con grande ímpetu á las guardias avanzadas del campo. Don Duarte, con imperturbable serenidad esperó la acometida de las falanjes moras, haciéndolas frente con sus pocos, aunque bien ordenados y decididos combatientes. Despues del primer choque, resistido con firmeza, procuró atraer á la morisma al llano con el intento de utilizar su caballería, que no podia obrar por la escabrosidad del terreno y espesura de los bosques. D. Duarte fingió retirarse y los moros, creyendo cobardía lo que solo era estratégia, se dejaron conducir al terreno abierto, donde creyeron indisputable la victoria. Tal era la prisa que se daban á avanzar, que lo hicieron sin órden ni concierto, y aprovechando esta ocasion el jóven castellano, volvió de repente sobre la agarena gente, acometién-

(1) Creo, por la fisonomía topográfica, que la posicion tomada por D. Duarte seria sobre una de las alturas inmediatas al Otero.

doles con tal furia y pujanza que apenas tuvieron ánimo para huir desordenadamente y guarecerse en las espesuras de la sierra. Marsoco, que en lo fuerte de la refriega siempre se halló en los lances mas peligrosos, como un valiente y denodado capitan, púsose delante de los suyos, procurando contenerlos en la retirada, pero fueron vanos sus esfuerzos; ni sus amenazas, ni sus voces, ni sus lágrimas fueron suficientes á rehabilitar el ánimo de los árabes. Cogió unos cuantos de los mas esforzados para volver sobre los Portugueses, y este ejemplo llamó tras sí á otros muchos, que si bien le seguian, volvieron tan flojamente á la pelea, que los enardecidos cristianos, tuvieron poco que trabajar para desbaratarlos de nuevo. Marsoco, desesperado y con un centenar de los suyos, marchó á ocultarse en las frondosidades del otro lado de la sierra, dejando el campo sembrado de cadáveres, y un crecido número de cautivos, en poder de los soldados europeos.

El Gobernador D. Duarte engreido con esta victoria cobró mas brio y resolvió salir á buscar los bereberes en sus propios aduares (1). Para ello, acordó marchar hasta la tierra de Mexequise, á fin de castigar la desmesurada soberbia y audacia de los berberiscos. Por ello encaminó sus pasos al aduar principal, llamado de *Benayame*, que era la cabeza de los demás de aquella sierra. Determinó D. Duarte dar sobre él con la mayor velocidad y fuerzas de que podia disponer, y acercándose sin ser sentido, púsole fuego en toda su circunferencia y hasta que quedó reducido á ce-

---

(1) Aduar, poblacion chica, que consta de 100 á 400 personas entre hombres, mujeres y niños, cuyos pueblos cambian de situacion con facilidad segun les conviene para apacentar sus ganados y preservarlos de las fieras. Forman un círculo con sus tiendas, construidas con cordel de palma y pelo de camello, labrando un tejido muy grueso y tupido, bastante para rechazar los rayos del sol y resistir las aguas. No dejan mas que dos entradas al Aduar, las que obstruyen de noche con ramas y espinos, para evitar que los leones y tigres penetren en su seno y destrocen los ganados que en su seno albergan.

nízas, no levantó su campo sin dejar un habitante que pudiere referir tan horroroso acontecimiento. A su paso, de regreso á la ciudad, arrasó los aduares de *Abodmi* y *Valbaren* degollando mas de 130 moros y conduciendo á la plaza mayor número de cautivos, entre los que se hallaba el hijo del famoso Dabú, y tambien se comprendia en el número de los últimos un poderoso mauritano llamado Haganutei. Los Portugueses en esta breve espedicion hicieron un crecido botin y dejaron el terror y el espanto sembrado por los bosques y breñas agarenas.

El Conde D. Pedro, que se hallaba en Lisboa, obtuvo de su Soberano por premio á sus servicios el título de Conde de Villareal y Alferez mayor del Reino; mas él que habia hecho promesa á su hijo D. Duarte, de proporcionarle adelantos con su ida á la córte lusitana, solicitó del Monarca se dignase transferir el título á su hijo primogénito en recompensa de sus servicios. El Rey no se mostró solícito á esta concesion porque Doña Beatriz, hija del Conde, habia solicitado secretamente, que dicha gracia fuese otorgada á su marido D. Fernando de Noroña. Obró Don Juan I de este modo, para no dejar desairada á la hija ni desagradar al Conde, entreteniendo á ambos con esperanzas que no habia resuelto por entonces llevar á cabo.

Don Duarte, que tuvo noticia de todos estos incidentes, no moduló queja alguna, antes al contrario llenaba con estraordinaria precision los deberes de un entendido castellano, y daba de contínuo gracias á su padre por las reiteradas cartas que le dirigia, manifestándole que de nada se acordaba menos que de las promesas que le habia hecho, cifrándose únicamente sus deseos en verle con vida, prosperidad y grandeza. Cuando ocurrian estos sucesos, el Rey D. Juan I se hallaba en Alcochete, sobre las riberas del Tajo, donde enfermó gravemente. Oprimido por sus dolencias y temiendo por el término de sus dias, fué conducido á Lisboa,

donde murió el 14 de agosto de 1433, á los 65 años de edad (1) y á los 18 de haber conquistado la fuerte plaza de Ceuta.

Sembróse la consternacion y el dolor en el pueblo lusitano, por la pérdida de un Rey lleno de virtudes, y en quien cada portugués miraba un afectuoso padre. D. Duarte, como hijo mayor del Soberano, le sucedió en la corona, siendo proclamado y jurado Rey en el mismo dia, bajo el nombre de D. Duarte I, asistiendo á este acto, como Alferez mayor del reino, el Conde D. Pedro de Meneses.

Terminadas las fúnebres ceremonias y habiendo arreglado el Conde Don Pedro todos sus asuntos, volvió á Ceuta, llevando en su compañía algunos Caballeros deudos suyos, que fueron, entre otros, Rui Diaz de Souza, Maestre de la órden de Cristo, Gonzalo Rodriguez de Souza, su sobrino, y D. Sancho de Noroña que deseaban ser partícipes de los sucesos que en la plaza ocurrieran. Arribó á ella el primer Gobernador y su hijo le hizo entrega del mando, recibiendo á su padre con las muestras de la mayor ternura filial.

Apenas se hizo nuevamente cargo del gobierno el Conde D. Pedro de Meneses, cuando al felicitarle los capitanes de las fuerzas que la plaza defendian, todos unánimemente, le celebraron el valor, tino y prudencia con que su hijo D. Duarte les habia gobernado durante su ausencia, estendiendo su fama, hasta entre los enemigos, cuya audacia habia reprimido, no consintiéndoles salir de la agreste espesura de los montes; así es que á la sazon se hallaba la plaza en la mayor tranquilidad y reposo, ocupándose las tropas que la guarnecian en la mejora de sus defensas. Espusieron tambien el esmero con que D. Duarte habia acumulado gran cantidad de

---

(1) Hubo la original coincidencia en el fallecimiento del Rey D. Juan, que aconteció en el mismo dia aniversario del en que tomó la plaza de Ceuta.

víveres sin que durante su mando escaseára lo mas mínimo, y mereciendo por su rectitud y justicia la estimacion general. Estas esplicaciones llenaron de contento el corazon del padre y satisfacieron al caudillo; por ello resolvió el Conde conservar al hijo como su segundo para que bajo su direccion acabase de amaestrarse. Los hombres pensadores que la plaza albergaba comprendieron desde luego que siguiendo D. Duarte como segundo Gobernador de la ciudad, no era otro el ánimo del padre que prepararlo para que le sucediese en el puesto que ocupaba. Los no envidiosos aprobaban el pensamiento mirando la utilidad pública, mas otros murmuraban, y con ello mas bien descubrian la miseria de sus pasiones que un fundamento noble y digno que les sirviera de apoyo. La maledicencia siempre fructífera, no dejó de germinar entre hombres, cuyos sentimientos de pureza y honor no se hallaban bien comprobados; así es, que con sus palabras y torcido intento quisieron rebajar los timbres que merecia Don Duarte por sus hechos.

El Gobernador con la tranquilidad que la plaza disfrutaba, se dedicó á aumentar y mejorar las fortificaciones al mismo tiempo que á perfeccionar sus soldados en el manejo de las armas y arte de combatir. Sin hostilidades, puesto que los mauritanos no salian de la escabrosidad de la montaña, transcurrió el tiempo sin ningun incidente hasta principios de 1435.

Noticioso el Conde Gobernador del disgusto que hastiaba á sus guerreros por carecer de ocasiones en que esgrimir sus armas, determinó ir sobre la ciudád de *Tetagüen* (1), llamada por los europeos Tetuan, en

(1) Tetuan; ciudad del imperio de Marruecos, situada á siete leguas S. O. de Ceuta, apoyada sobre el centro de una cordillera semicircular que ciñe un ameno y frondoso valle, por cuyo centro surca el rio Guadaljamara que lame los muros de la ciudad y desemboca, por el E. de ella en el Mediterráneo. Es navegable por faluchos y goletas hasta

aquella época una de las mas fuertes, de mayor vecindario y que tenian en mas estima los reyes de Fez. Esta ciudad contaba entonces hasta mil casas y un crecido número de fuerzas para defender sus robustas murallas de cualquier embestida que premeditasen los cristianos.

Segun Gomez Eneas, los Portugueses tenian edificado un castillo á tres leguas de Ceuta, próximo al mar, y sobre el camino qne dirije á Tetuan, cuyas obras de defensa parece basaron los lusitanos sobre una mezquita llamada *Alminecar*.

El Conde Gobernador aprestó sus tropas, embarcó su infantería, debiendo desembarcar en la playa distante un cuarto de hora, próximamente de Alminecar. El objeto que se propuso en esta medida fué evitar el cansancio de los peones, al mismo tiempo que evadirse del terreno pantanoso intermedio y de la precision de vadear un rio llamado por los europeos del Cañaveral, que pasa cerca del castillo, y cuyo cauce profundo es de difícil vado en el invierno.

Resuelto el Conde al asalto de Tetuan, confió el cargo de tan arriesgada empresa á su hijo D. Duarte, á quien dió las instrucciones convenientes para el buen éxito de la operacion, haciéndole comprender que en la celeridad de lanzarse sobre la plaza, estaba el buen éxito de apoderarse de ella por sorpresa. Comprendió perfectamente el jóven caudillo la arriesga-

---

el Martin ó Aduana, cuyo edificio se halla á la orilla del citado rio á cinco cuartos de hora del mar. Las montañas que ciñen este delicioso valle terminan por el N. en el cabo Negron y por el S. en las riscosas, ásperas y elevadas montañas del Riff. La ciudad está fundada en el llano, y se apoya por el N. en la falda de un cerro aislado donde está la fortaleza de la *Alcazaba*, dominando perfectamente todo el perímetro de la poblacion. Esta se halla rodeada de magníficos y deliciosos jardines, y grandes huertas cubiertas de frutales con alegres y primorosas casas de recreo. Continúa así en direccion E. del llano, hasta la distancia de tres cuartos de hora, en que la feracidad de aquellas tierras dá al agricultor abundantes y ricas mieses, siguiendo el terreno con producciones cereales hasta el Martin, que se encuentra á un cuarto de hora de distancia.

da mision que su padre le confiara. El Conde D. Pedro contaba con la victoria, fundándose en que dando sus guerreros sobre la ciudad mora, cuando la tierra estuviese velada por el manto de la noche, seria fácil asaltarla y vencer; porque siendo supersticiosa la índole de los árabes, y su temperamento, nervioso de suyo, espantable, el brillo de las armas en sus centellantes golpes, el ruido de ellas, el descuido y la falta de prevencion que confunde y atemoriza hasta los mas esforzados bajo el estar de las tinieblas, habia de obrar necesariamente sobre los mauritanos, y hacerles creer que circuidos por todas partes no tenian remedio alguno siendo su ruina inevitable.

Don Duarte, al frente de ciento cincuenta caballos escogidos, partió de Ceuta al primer crepúsculo vespertino marchando hácia los castillejos de *Alminecar*, donde debian incorporársele los trescientos infantes, que entresacados en la guarnicion, debian ser partícipes de los riesgos consiguientes á tan osada operacion.

Era el mes de octubre, y las contínuas lluvias habian puesto el camino en un estado que solo concedia el paso á los ginetes en medio de dificultades y trabajos: esto unido á la densa oscuridad que les rodeaba, hizo que no pudiesen reunirse á la infantería hasta mas de media noche.

Don Duarte dispuso se diese inmediatamente pienso á los caballos, que se hallaban rendidos de cansancio, al mismo tiempo que mandó á los hombres se pusiesen en reposo para aprestarse al movimiento rápido que iba á efectuar. Cuando D. Duarte tenia embargada la imaginacion con el plan de sus operaciones, fué avisado por los Almocadanes (1), de que descubrian algunas hogueras no distantes y oian voces, cuyo acento

(1) Centinelas avanzadas del campo.

parecia el de los árabes. Llamó á D. Sancho de Noroña y á los demás Capitanes que le acompañaban en la espedicion, y les dió noticia del parte que acababa de recibir. Unos decian que era temeridad pasar mas adelante estando descubiertos por el enemigo, pues no habia duda en que las voces eran de ellos, y seguro que los fuegos los hacian para la señal y llamar á sus compatricios, los que acudirían en multitud, y que apenas les dejarian tiempo para retirarse, privándoles seguramente el vado del rio Cañaveral, de donde sería posible no escapase alguno si les cargaba la morisma en terreno y trance tan difícil, donde inevitablemente, si no perecian por el hierro enemigo, les aconteceria en el cáuce del rio ó en los cenagosos pantanos de aquellas inmediaciaciones. D. Sancho y la mayoría estuvieron acordes con D. Duarte en marchar adelante, apoyando su pensamiento en que segun los datos suministrados por los guerreros que allí estaban y eran conocedores del país, aquellos fuegos eran de pastores y otras gentes que se ocupaban en hacer arrope de la uva, y que las voces no eran mas que el ahullido de los *Arives* (1) muy semejante al de los árabes; que sería notable mengua para el estandarte portugués y para ellos su deshonra, en volver á la ciudad de Ceuta sin tocar los muros de Tetuan, cuando con tal intento habian salido de aquella plaza; que para la bravura lusitana no habia pasos imposibles en toda la Berbería, porque el cielo les favorecia en los mas difíciles, concediéndoles la victoria. D. Duarte despues de escuchar ambas manifestaciones, esclamó: «*¿Cómo consentiría, Señores, que blasonen nuestros enemigos, que huimos de imaginaciones y que para amedrentarnos basten unos animales, que otro cosa no son esos gritos? Si la reputacion y el valor es lo que nos sustenta*

---

(1) Es un animal parecido á las zorras de Europa.

en Ceuta ¿será bueno que lo aventuremos todo, aunque sea á trueque de las vidas? ¿Os parece que pasará ni un dia, sin que se publique en Berberia, esta entrada, y sin que se sepa tan vil acaecimiento? ¿Quién ha de encubrir nuestra cobardía? ¿Por ventura, cómo podremos escapar de ser notados, ó de mal consejo, ó de mucho miedo? ¿Habrá infamia que se iguale á esta? Ambas cosas nos dañan igualmente; por lo menos, no se ha de decir en ningun tiempo que ocasioné tal desatino. Para empresa tan fácil, yo basto solamente; los que en ella quisieren acompañarme, sigan su honor: si fueren pocos, mayor honra nos espera. ¡Oh, compañeros,! aquí teneis á D. Duarte, capitan de los valerosos solamente, busquen otro caudillo los cobardes.» Estas palabras las pronunció lleno de cólera y metiendo con fuerza los acicates á su brioso caballo, púsose en movimiento en direccion á Tetuan. No quedó Caballero alguno que no le siguiese en el momento, yendo precedidos de D. Sancho. Animóse el resto de la gente con tan resuelto proceder, y comenzó á marchar ofreciendo á su valiente Capitan no desampararlo hasta el último ínstante de su vida. D. Duarte dióles gracias por sus ofrecimientos, y con sus palabras enardeció el ánimo de los soldados que llevaba, los que quisieron borrar el miedo de sus semblantes, dándose prisa cada uno para llegar primero al punto de combate. Cuatro leguas faltaban para caer sobre la ciudad que dirigian sus pasos, y era grande espacio para el resto de la noche que les quedaba; así es, que á pesar de la celeridad con que caminaron, no pudieron llegar hasta el amanecer. Esta circunstancia contraria al proyecto premeditado, dió lugar á que los defensores de Tetuan descubrieran la columna portuguesa. Viendo D. Duarte la imposibilidad de llevar á cabo su intento por sorpresa, formó dos masas de su caballería, colocando entre ambas los infantes, y en este órden marchó derecho á la ciudad aproximándose cuanto le fué posible, en términos que hubo guerrero, que

clavó su lanza en la puerta principal de la ciudad; pero considerando Don Duarte, le era imposible asaltar el muro con tan escasas fuerzas, y por otra parte, la muchedumbre sarracena que sobre sí caeria, dispuso emprender la retirada, sin consentir á los suyos se mezclasen con los enemigos, que en grandes pelotones se le agolpaban por todos lados, haciéndole mucho daño en sus tropas, sin poder obtener ventajas por su parte, en razon á que los árabes le ofendian á mansalva, valiéndose de la espesura de los bosques y fragosidad de aquellos montes, cuyos pasos y accidentes conocian perfectamente como naturales de aquel suelo. Viéndose D. Duarte en tan grande apuro, lleno de arrojo y decision arremetió á un escuadron enemigo que le batia por el frente, el que desbarató, llevándolo en huida hasta campaña rasa, pero los moros entreteniendo el arrojo portugués con moderada resistencia, se propusieron dar lugar á que los suyos en tropas se reunieran y caminasen á cerrar toda salida á los rodeados lusitanos. El número de los bereberes iba multiplicándose indefinidamente con los que descendian de las sierras, y gruesos pelotones se dirigian aceleradamente á ocupar el vado del rio. El jóven caudillo Portugués comprendió el pensamiento de los árabes, y habiendo logrado avanzar hasta los castillejos, encomendó á D. Sancho el embarque de la infantería, y animando á sus ginetes, les ordenó, que siendo indispensable forzar el paso del rio, procurasen vadearlo, llevando lanzas en ristre, de manera que pudiesen ofender en el momento de pisar en firme sobre la otra orilla. Fué D. Duarte el primero, que lleno de resolucion se echó al agua, siguiéndole incontinenti toda su caballería. Los moros empezaron á defender la salida, pero al fin los dejaron pasar, fiándose en el nublado de secuaces con que contaban, para rodear y esterminar á los cristianos guerreros. La caballería portuguesa ya en la otra orilla, fué acometida por todas partes por un enjambre de feroces

combatientes, que con sus alharacas y gritos manifestaban su alegría, con la persuasion de que ya tenian en sus manos una completa victoria. Acometieron los mauritanos con un ímpetu salvage, pero tan en desórden y confusamente, que á las compactas filas portuguesas no les fué difícil rechazar su audacia. D. Duarte, á vista de este resultado, consideró fácil la destruccion de una muchedumbre de hombres que carecian de disciplina, de táctica y de la cohesion indispensable para vencer en las batallas: con este pensamiento ordenó sus caballos, y cargando con denuedo á los sectarios de Mahoma, en un momento vió rojas de sangre las hojas de sus lanzas y aceradas espadas, y cubierto el campo de despojos de los degollados y mutilados árabes (1). La multitud berberisca que pudo salvar el recibir golpes, huyó en distintas direcciones á guarecerse en los puntos mas fragosos del terreno, encaminando sus pasos á ocultar su pavor entre las breñas de los montes. D. Duarte victorioso, siguió su marcha para la ciudad de Ceuta, y antes de entrar en su recinto, se le presentó D. Sancho, pidiéndole lo armase Caballero; mas el jóven campeon, despues de oir los encómios con que le ensalzaba aquel, le contestó que todo lo debia al valor y arrojo de los valientes soldados, sus dignos compañeros, y que le encarecia dejase por aquel momento el placer de recibir el espaldarazo, para conseguirlo de la mano de su respetable padre el Conde Gobernador. D. Sancho repitió la demanda, manifestando su ardiente deseo de ser armado por mano del caudillo con quien habia vencido, y no resistiendo D. Duarte á tan reiteradas instancias, le otorgó el favor que apetecia, mostrando ambos, en lugar de ceremonias y cumplidos, la satisfaccion que tenian, llenos de modestia y de

(1) Cuentan, que en este choque, fueron degollados cinco mil mauritanos.

hidalguía. Entraron los vencedores en la plaza, siendo recibidos con marcadas muestras de entusiasmo, por los brillantes hechos de armas que acababan de ejecutar.

El Gobernador D. Pedro, que habia tomado la iniciativa sobre los árabes fronterizos, mandó á los pocos dias hacer dos entradas en las sierras inmediatas, dando el cargo de las tropas á su hijo D. Duarte. Este, practicó sus correrías por aquellas montañas, dejando en ellas la huella del hierro de sus armas y de sus pujantes brios.

Don Sancho, que fomentó en su pecho la envidia, sin rebozo rehusó volver á salir, subordinado á D. Duarte. El Conde, aunque sentia vivamente este proceder poco digno y noble, se propuso hacerse estraño á tan miserable conducta, escitando el ánimo de su hijo, para que de contínuo distinguiese á D. Sancho; así es, que en todas las salidas que realizaba, préviamente le daba aviso para que escogiese el puesto que queria ocupar y las fuerzas que pretendiera dirigir. Este modo de obrar, si bien templada la envidia de D. Sancho, fomentaba el gérmen del ódio, que en su pecho crecia contra D. Duarte.

Ambas salidas y el activo movimiento de los lusitanos, produjo gran temor en los moros de las inmediaciones, que no dándose por seguros, ni aun en las sierras de Tetuan, Mexequise y Benamade, trataron de rendirse al Conde D. Pedro, para vivir en paz con él, guareciéndose bajo la proteccion de tan temible espada. Al efecto pasaron á Ceuta los hombres influyentes de aquellas montañas ofreciendo la sumision de sus aduares, y el pago de un tributo moderado de los frutos de sus cosechas; mas el Gobernador no quiso admitir la oferta sino á trueque de que le pagasen, por tributo, el quinto de cuantos frutos colectasen. Volvieron los emisarios á sus aduares, ofreciendo proponer á los suyos la voluntad del Conde Gobernador para que la aceptasen, pero ya unidos á sus Kabilas,

dieron rienda suelta á su enojo, y llamando á la pelea á todos los hijos de la media luna, empuñaron las armas llenos de desesperacion, prefiriendo perecer á sucumbir á una demanda, que miraban como el símbolo de la opresion, de la avaricia y de un porvenir de desgracias y miseria. Enardecidos con tales ideas, se arriesgaron mas de una vez sus combatientes, llegando hasta cerca de la plaza, que molestaban con sus escaramuzas.

Las noticias de este pacto rechazado, llegaron á Lisboa, y aunque el Rey no reprendió directamente al Conde D. Pedro de Meneses, por la estimacion que le tenia, no obstante, dió muestras de sentir se negase amparo al afligido que lo impetraba, y mayormente cuando de él habian de resultar grandes ventajas para las conquistas sucesivas que pudieran intentarse; tanto mas, cuanto que el buen trato con los que voluntariamente se someten á los conquistadores, produce las mas veces ventajas mayores que las armas, cuyos sucesos siempre van envueltos en los peligros y en la volubilidad de la suerte.

El dia 26 de agosto de 1437, llegaron á la ciudad de Ceuta los Infantes D. Enrique y D. Fernando, que dejaban á su patria en el estado mas fatal, y marcharon á África con el intento de emprender las hostilidades contra los mauritanos y procurar nuevas conquistas.

El Conde D. Pedro y su hijo D. Duarte, recibieron á los Infantes con todas las muestras del mas profundo respeto y adhesion, hospedándoles en la ciudad, con todo el fausto y grandeza de que pudieron disponer; pero al mismo tiempo manifestaron á los reales vástagos, no creian oportuno en aquellos momentos realizar una invasion en el territorio marroquí; mas viéndoles irrevocables en su intento, preciso les fué callar y obedecer.

Hiciéronse los aprestos, y el Conde, á pesar del mal estado de su salud, les ofreció acompañarlos, servicio que rehusaron en razon á que

el Conde D. Pedro padecia mucho, obligándole sus dolencias á permanecer casi siempre en cama; y resolvieron llevar consigo á su hijo Don Duarte, ejerciendo las funciones de Alferez mayor del reino, para conducir el Pendon Real.

Salieron los Infantes con las tropas para poner cerco á la fuerte ciudad de Tánger, cuyo asedio verificaron, sin ningun género de contratiempo y sin obstinada resistencia de parte de los árabes. Comenzaron los trabajos de sitio; multitud de defensores de la media luna acudian de todas partes del territorio del imperio de Marruecos para hostilizar á las fuerzas sitiadoras. Los Reyes de Fez, Mequinez y Tafilete formaron liga con el objeto de poner sobre las armas todas las fuerzas que les fueran dables, y procurar á todo trance, concluir con los Portugueses ó lanzarlos del continente africano. Al efecto, reunidas las tropas que posible les fué, acometieron en todas direcciones sobre el campo de los sitiadores, y trabóse una encarnizada y terrible lucha, en que los cristianos llevaban la peor parte, porque se hallaban metidos entre los ataques de los sitiados y de las muchísimas tropas que venian á su auxilio.

En esta situacion, los Infantes tuvieron noticia de que el Conde Gobernador de Ceuta, se hallaba al borde del sepulcro; por ello dispusieron que inmediatamente marchase á la ciudad portuguesa, el jóven Don Duarte de Meneses, á fin de que recogiese el último hálito y bendicion paternal, quedando interinamente al frente de los defensores de aquella plaza. D. Duarte, luchando entre el amor filial y sus deberes, titubeó en lo que debia hacer, hasta que resueltamente recibió la órden de trasladarse á Ceuta, donde efectivamente encontró á su padre, próximo á espirar. El Conde D. Pedro esperimentó un placer estraordinario, al ver á su hijo, y despues de cumplir con todos los preceptos que la religion impone, le llamó á presencia de toda la familia y servidumbre de su casa,

y le dió los mas saludables consejos, trazándole la senda que debia seguir en la vida familiar, social y pública, y recomendándole que el guia comun de todas sus acciones, debia ser siempre el honor. Terminada esta alocucion paternal, finó su existencia D. Pedro de Meneses, en los últimos dias del mes de setiembre del citado año de 1437, á los 60 años de edad y 22 de su gobierno, siendo altamente sentida su muerte por sus gobernados, quienes llenos de respeto á su memoria, han legado á la tradicion que el Conde D. Pedro llevó 16 años consecutivos vestida una cota de malla, que llegó á romper sin desnudarla.

Don Duarte de Meneses, en medio del dolor que sus sentimientos filiales esperimentaron, tomó las riendas del gobierno interino de la plaza, en tanto que los Portugueses, que fueron al sitio de la ciudad de Tánger, tuvieron que lamentar el cautiverio del Infante D. Fernando y el haber perecido mucha parte de sus tropas.

Esta victoria obtenida por los agarenos les hizo cobrar ánimo y su antiguo orgullo; así es, que como vencedores marcharon á recorrer y ocupar la campaña de Ceuta, mas no supieron aprovechar el estado de consternacion y quebranto en que se hallaba la ciudad por los incidentes descritos; pero aquellos, alborozados con su estrema alegría, no pensaron mas que en ocupar el campo y contarse como sus señores.

Noticioso el Rey D. Duarte del fallecimiento del Gobernador D. Pedro de Meneses, nombró para reemplazarlo á su yerno D. Fernando de Noroña, que á la sazon se hallaba en la córte lusitana y á quien concedió el título de Conde de Villareal. Llegó á Ceuta á fines del mismo año de 1437, y su cuñado D. Duarte le hizo entrega del gobierno sin dilacion alguna, y lleno de satisfaccion, se dispuso para marchar á Lisboa con Doña Leonor, su hermana soltera, que le habia encomendado su difunto padre. Esta resolucion no pudo tener inmediato efecto, porque los berbe-

riscos molestaban la plaza de contínuo, y era preciso combatirlos diariamente: así es, que porque no creyesen que huia de los peligros, continuó en la ciudad, hasta que los mauritanos, cansados de no obtener fruto alguno de sus correrias, debilitaron sus ataques, y la mayoría fué marchando á sus tierras. Por tales razones permaneció D. Duarte en Ceuta, hasta mediados de 1438, que con su hermana y servidumbre se embarcó para Lisboa.

Bajo el gobierno de D. Fernando de Noroña, no ocurrió incidente alguno notable en que el choque de las armas pusiesen á prueba el valor y la suerte de las fuerzas contendientes. Los moros aguardaban por instantes recibir la ciudad de Ceuta en cange del cautivo Infante D. Fernando, en tanto que el Rey de Fez dispuso que las africanas huestes volviesen al hogar doméstico y él en persona condujo á Arcila al Infante D. Fernando, colmándole de atenciones y caricias, y dejándolo en poder del alcaide, con el encargo especial, de que si bien era su voluntad lo tuviere á buen recaudo, tambien le prevenia tratase con la mayor consideracion á S. A., facilitándole cuanto necesario le fuese. Tomadas estas disposiciones, marchó con su comitiva para su córte de Fez.

El Gobernador Noroña, tomando en consideracion lo maltratada que se hallaba la ciudad y el mal estado del caserío de ella, como consecuencia de las hostilidades moras, determinó entretener las fuerzas y habitantes de la plaza, mejorando sus fortificaciones, al mismo tiempo que empezó á poblar el arrabal de la Almina, en nombre y durante la cautividad del Infante D. Fernando de Portugal. Esta parte de la ciudad tomó gran desarrollo en la ereccion de su caserío, á consecuencia de hallarse á larga distancia del campo, y libre por consiguiente de los efectos destructores de los sitios que por tierra pudiera sufrir la plaza.

Siguió pacífica la posesion de Ceuta, bajo el gobierno de D. Fernan-

do de Noroña, el que mandó con prudencia y rectitud á aquellos moradores. A los pocos años de su mando enfermó gravemente, y de sus resultas falleció en la africana ciudad.

El Rey nombró para sucesor de D. Fernando de Noroña, al Conde de Arroyolos, hijo segundo del Duque de Braganza, quien tomó el cargo de la plaza; mas noticioso de las discordias que se habian desarrollado en el reino de Portugal, se embarcó y marchó á la córte, establecida entonces en la ciudad de Santarem. Allí procuró terminar las desavenencias que entre el Rey y los grandes de su córte habia; todos le respetaban y querian atraerlo á su partido, mas viendo que no lo podian lograr, estendieron la voz de que se habian recibido cartas de Ceuta manifestando que el Rey de Fez, iba sobre la ciudad con crecidas fuerzas é intenciones decididas de asaltarla. Con estas noticias, el Conde Gobernador, inmediatamente volvió á su plaza impulsado por el deber y su honor, permaneciendo en ella hasta fines de 1452, en que por los desastrosos sucesos que habian ocurrido en el reino lusitano, dejó el gobierno y regresó á Portugal.

A principios del año de 1453, fué á Ceuta á tomar el cargo de su gobierno, D. Sancho de Noroña, Conde de Mierra y hermano del difunto Don Fernando. En esta época aconteció la pérdida de Constantinopla, y por ella, Calisto III, Papa, que ocupaba la silla apostólica, convocó á liga general á todos los fieles y príncipes del orbe católico, para que marchasen contra los turcos. Si bien todos se aprestaban para esta cruzada, no tuvo efecto, por falta de acuerdo entre los coligados. Entonces el Rey de Portugal, ya con las armas en la mano, determinó ir sobre Berbería.

Don Sancho de Noroña, Gobernador de Ceuta, tuvo noticia de que el Rey de Fez iba efectivamente sobre la plaza con un numeroso ejército, y dió aviso á su Soberano.

Acordada ya por el Monarca la espedicion al África, aprestó su ejército, y embarcándolo en la escuadra, se hizo á la vela con rumbo al Freto Hercúleo, arribando á las aguas de Tánger, el 6 de octubre de 1458. Púsose en acuerdo el desembarque y asalto de la plaza, mas todos los consejeros fueron de contraria opinion; entonces el Rey resolvió ir sobre Alcázar Seguer, poblacion situada entre Tánger y Ceuta. Practicóse el desembarco, y con sus disciplinadas tropas marchó sobre la poblacion, que se hallaba perfectamente murada y defendida por los mauritanos. Estableció el sitio, y despues de fuertes y sangrientos combates y repetidos asaltos en que los beligerantes acreditaron su arrojo y desmedida bravura, viendo los moros que en sus murallas habia ya abierta y practicable una brecha, entablaron parlamento y propusieron al Rey su sumision, dándose á partido con honrosas condiciones. Entró el Rey en la ciudad, en medio de las aclamaciones de sus tropas y del vecindario árabe triste y macilento, fué en derechura y á pié procesionalmente á la mezquita mayor, y despues de purificada y erigida en templo del cristianismo, bajo la advocacion de la Purísima Concepcion, se entonaron los cánticos religiosos y un solemne *Te Deum*, en accion de gracias al Ser Supremo, por la victoria conseguida.

Terminada la ceremonia, nombró General Gobernador de la ciudad al Conde D. Duarte de Meneses, señalándole gente para guarnecerla. Tomadas estas medidas, despachó buques á Portugal y otros puntos de Europa, para estender la noticia del triunfo obtenido por sus armas, y con el resto de su escuadra y tropas, marchó á la ciudad de Ceuta, donde desembarcó el 24 de octubre del año referido. Allí se propuso establecer reglas fijas para la administracion y buen gobierno de la ciudad, mandando que diversos Caballeros de los residentes en ella marchasen á servir en la conquistada Alcázar Seguer. Fueron segun los historiadores Rui de Pina

y Gomez Encas; el primero, Martin de Tabora, noble Caballero, hermano de Alvaro, quien yendo con Lope de Almeida á desafiar al Rey de Fez, se quedó en Alcázar, siguiendo solo Almeida á cumplir su comision, el que despues por sus méritos y servicios obtuvo el título de Conde de Abrantes: fué tambien á la nueva conquista Juan de Silva, quien despues pasó á Italia en compañía de la Emperatriz Doña Isabel, bajo el nombre de Amador, mereciendo á su muerte ser beatificado. Marcharon asimismo á la nueva ciudad cristiana, Diego de Silva, despues Conde de Porta Alegre, Alfonso Tellez, Rodrigo de Souza y Juan, su hermano, Hernando Tellez, Arias de Miranda, Juan Rodriguez de Sá, Diego de Acuña, Rodrigo Vasco de Vasconcelos, Juan Pinto, Duarte Cerveira, Duarte de Melo, Gomez Arias y otros de no menos relevantes prendas. Con estraordinario contento fueron recibidos en Alcázar Seguer, por el Conde Meneses y sus compatricios, D. Alfonso de Vasconcelos, nieto del Infante Don Juan, y bisnieto del Rey D. Pedro de Castilla, y de Doña Inés de Castro; D. Enrique de Meneses, primogénito de D. Duarte, Vasco Martinez de Souza, Chichoro, D. Pedro de Noroña, D. Pedro Desa y D. Juan, su hermano; D. Alvaro de Ataide, D. Nuño Vas, montero mayor, y Gonzalo su hermano; Alfonso Pereira, repostero mayor del Rey, Alvaro Zaria, Comendador de Casal, Juan y Pedro Borges, Juan Pestaña, Rodrigo de Melo, que despues fué el primer Capitan General de Tánger y Conde de Olivenza, Rodrigo Lopez Coutiño, Martin Correa, fidalgo del Infante Don Enrique, Diego Correa, Juan de Lima, Alfonso de Miranda, Estéban Gama, padre del famoso D. Vasco de Gama, Almirante perpétuo de la India Oriental, y Conde de la Vidiguera, Alonso Furtado de Mendoza, con tres hijos y Rodrigo Gonzales de Castelobranco, con cinco.

Habiendo dado el Rey cuantas disposiciones creyó convenientes para la conservacion y buen régimen de las dos ciudades africanas, partió con

su servidumbre para Portugal. Poco despues, fué nombrado gobernador, en reemplazo del Conde de Mierra, D. Fernando, Duque de Braganza, nieto del Rey D. Juan I (1).

Fué á Ceuta á relevar al Duque D. Fernando, su hijo segundo, el·

---

(1) Hay tradicion de que siendo gobernador de la plaza el Infante D. Enrique, se apareció sobre el alto del Otero, punto determinado en el plano núm. 1.°, Nuestra Señora de Africa, que se venera en su Iglesia titular de la antig ua ciudad.

No resultando de los datos adquiridos, que el citado Infante hubiese desempeñado el cargo de Gobernador, infiero querrán hacer referencia del mando de D. Fernando, Duque de Braganza. Sea como fuese, sentaré las tradiciones que se conservan: 1.ª que habiendo practicado D. Juan I de Portugal, la conquista de Ceuta, y noticioso de ella el Pontífice Eugenio IV, la mandó celebrar, dando gracias al Altísimo, y con estraordinarios regocijos; que despues, queriendo alentar al Rey en sus conquistas, tomó en su oratorio una imágen de la Virgen María, y entregándosela á un embajador, le mandó la presentase al Rey, para que la colocara como singular patrona de la ciudad africana, recomendándole la mirase con la mayor veneracion, pues era obra del evangelista San Lucas.

La 2.ª tradicion, dice, y es á la que dan mas crédito los autores Portugueses, que habiendo reducido el emperador Justiniano toda el Africa á su dominio, honró á Ceuta con estraordinarios privilegios, mandándole como un singular tesoro la santa imágen referida, y ordenando á Procopio la erigiese un magnífico templo, que costeó el mismo emperador. Esta opinion, recibida con placer general, añade que la imágen se tituló de Santa María de Africa, y que á la dominacion goda, cuando el Conde D. Julian entregó la ciudad á los árabes, desapareció la imágen para eludir los ultrajes de los mahometanos, permaneciendo durante su dominacion oculta.

Saliendo un dia la caballería al campo para forragear y al llegar al sitio que por este peregrino hallazgo se llama del Otero de Nuestra Señora, lo vieron cubierto de un hermoso resplandor que infundia temor y respeto: esto no obstante fueron aproximándose admirados de aquel milagro y descubrieron por fin en medio de un brillante disco de luz, la santa imágen en pié y sin apoyo alguno. Se postraron todos á tal maravilla derramando lágrimas de placer por tan singular aparicion, luego con estrema alegría la condujeron y colocaron con la mayor decencia en la Iglesia mayor. A la mañana siguiente cuando toda la ciudad acudia á reverenciar la Madre de Dios, se llenaron de admiracion al reparar habia desaparecido del templo, y fué hallada en el mismo sitio en que ahora tiene su Iglesia titular rodeándola una linea de piedras en forma de capilla. Quisieron conducirla de nuevo á la Iglesia, pero estaba tan firme en tierra é inmóvil en el mismo sitio, que fué vana toda diligencia para conseguirlo, hasta que el Infante prometió le edificaria un templo en aquel solar, dejándose entonces remover y conducir al templo en que anteriormente habia sido depositada. Púsose en obra desde luego la edificacion de la Iglesia y concluida que fué, se trasladó la Virgen procesionalmente con la mayor pompa y solemnidad donde existe, siendo en el trascurso de los siglos objeto de profunda veneracion de los cristianos de Africa, y contando con un crecido número de ex-votos por sus misericordias y milagrosas bondades.

Conde de Arroyolos, quien rigió la plaza con el mayor tino, mejorando la condicion de la ciudad y sus defensas, y contrarestando lijeras escaramuzas de los árabes de las vecinas montañas.

Habiendo roto guerra los Reyes Católicos de España contra D. Alfonso el V de Portugal, marchó á Lisboa el Conde de Arroyolos, tomando el mando de la plaza como su Gobernador D. Luis Mendez de Rivero, en cuyo tiempo los Soberanos de Castilla y Leon enviaron una gruesa armada sobre Ceuta, y tomando tierra las tropas de desembarque en la playa de la Almina, embistieron la plaza por aquel frente. Al mismo tiempo el Rey de Fez le puso sitio por tierra firme, y los sitiados Portugueses se vieron acometidos por fuerzas enemigas de diferente religion y condiciones. Los castellanos, sin duda por consecuencia del ataque que los moros dirigian á la plaza, se reembarcaron, no sin haber tenido alguna pérdida de resultas de su embestida. Libres los Portugueses de la agresion castellana, reunieron sus esfuerzos sobre el campo infiel, y fueron tan resueltos sus choques con los mauritanos, que á pesar de su escesivo número, tuvieron al fin que abandonar el campo con crecidas pérdidas en hombres, armas y caballos.

Despues de estos sucesos fué por Gobernador á la ciudad arábigo-lusitana D. Juan de Noroña, hijo de D. Sancho. Este valiente Capitan hizo diversas salidas al campo para combatir la osadía desmesurada de los árabes que llegaban á atacar hasta la inmediacion de los fuertes esteriores. Un dia acometieron los mauritanos con tal ardor que los Portugueses se vieron obligados á meterse y defender las obras avanzadas. Don Juan entró en el rebellin de los Pousiños, y en él fué muerto por el alfange moro, peleando denodadamente, y sellando con su sangre la fé del cristianismo y el deber del castellano.

Don Antonio de Noroña reemplazó á su pariente D. Juan; mas tam-

bien la fortuna fué avara con él. Decidido á alejar los moros del rádio de la plaza, practicó diversas salidas sin conseguir el objeto que se proponia, mas en una de ellas, irritado por la audacia sarracena, embistió con tal empuje á las huestes agarenas que habiéndose adelantado mucho á sus guerreros, cayó cautivo de la gente infiel. Diéronse prisa los suyos á procurar su libertad, y al cabo convinieron en ella los mauritanos cangeándolo por un moro de alta reputacion llamado Muley-Barraxa. Quedó como Gobernador interino D. Pedro Barba, á quien sucedió tambien interinamente D. Pedro de Acuña.

Don Pedro de Meneses, tercer Conde de Villareal, fué á Ceuta como Gobernador efectivo de la ciudad por los años de 1461. Despues de muchas victorias que alcanzó en pequeña escala sobre las Kabilas y aduares inmediatos á la ciudad, sujetó al dominio portugués las sierras de *Benihacen* y *Benitelit*, llamada por algunos *Chevit* haciendo á sus moradores tributarios de la corona lusitana, quienes en prueba de su mision facilitaron el oro necesario para labrar una magnífica copa que el Conde Meneses presentó al Rey hallándose en Torres Vedras. Este fué el primer tributo que los berberiscos pagaron á los Reyes de Portugal, considerándolo como el preliminar de los muchos que le pagarian los africanos del Norte. D. Pedro despues de haber avivado los gratos recuerdos del mando de su abuelo, comprobando era su digno descendiente, volvióse á Portugal en el mismo año de 1461.

En 1462, fué á tomar el mando de la plaza el Caballero D. Pedro de Alburquerque. A poco de haberse hecho cargo de la administracion, le avisó D. Alonso de Arcos, que se hallaba de Castellano en Tarifa, hiciese saber á D. Duarte de Meneses que continuaba de Gobernador en Alcázar Seguer, que él tenia sitiado el peñon de Gibraltar, y que hallándose falto de víveres, acudia á su hidalguía bien conocida para que se los fa-

cilitase con urgencia. D. Pedro de Alburquerque no comunicó á Meneses desde luego estas noticias, y lleno de emulacion la detuvo para ser el primero en socorrer al de Arcos. Tan luego como D. Duarte tuvo conocimiento de lo que acontecia en la opuesta orilla del estrecho, se apresuró á marchar con algunas fuerzas y víveres, pero cuando llegó al campo de Gibraltar con sus auxilios, ya el Duque de Medina Sidonia habia entrado en la ciudad, y los moros retirados al castillo, combatian ferozmente. En este estado de cosas D. Duarte regresó á la fortaleza de Alcázar Seguer que le estaba confiada.

Los moros fronteros á Ceuta y á Alcázar cansados de sufrir los daños que de contínuo les hacian los Portugueses que las defendian, resolvieron tener una reunion para convenir en los medios de rechazar tanta agresion y miseria. Juntáronse los Jeques de las sierras de *Angera, Farrobo* y *Benabolance* y contando con que no tenian medios suficientes para destruir á sus contrarios los lusitanos, un anciano, á quien reverenciaban mucho por sus canas y sabiduría, les aconsejó desistiesen de toda tentativa de agresion ó resistencia, y que tomando en cuenta la fama y el arrojo de Don Duarte de Meneses, así como su nobleza de corazon, era mejor á sus vidas y haciendas el reducirse á su obediencia y proteccion. Acudieron, pues, á la ciudad y ofrecieron al Castellano D. Duarte someterse á su dominio; mas algunos Portugueses dieron muestras de oposicion á este convenio, creyendo que con la paz perderian las ventajas y ganancias que en botin les ofrecia la guerra.

El Conde D. Duarte de Meneses, Gobernador de Alcázar Seguer, y Don Pedro de Alburquerque, de la plaza de Ceuta, puestos de comun acuerdo y anteponiendo el bien general al particular, resolvieron admitir la sumision de los árabes de aquellas montañas, bajo las estipulaciones siguientes, que tuvieron lugar en 10 de abril de 1463:

«1.ª—*Que los habitantes de aquellas sierras serian tributarios del Rey de Portugal, dando por este reconocimiento dos doblas de oro cada padre de familia: las viudas una, y los niños y doncellas nada.*»

«2.ª—*Que estarian á la obediencia de los Generales de Alcázar el Seguer y Ceuta, á la proteccion de los cristianos y amparo de sus capitanes.*»

«3.ª—*Que no darian favor ó consejo á los moros contrarios á los Portugueses y que sabiendo sus ardides, entradas ó designios, los revelarian luego á los Generales de aquellas fortalezas, sin ocultar cosa que fuere en daño de los defensores.*»

«4.ª—*Que darian á los lusitanos paso libre por sus tierras, sin alterarse ni hacer otro movimiento, dándoles manutencion y hospedaje á buen precio y todo el trato de amigos.*»

«5.ª—*Que podrian libremente los moros sembrar y coger sus cosechas, vender sus frutos en Alcázar y Ceuta y por todas las tierras de cristianos, no pasando de treinta los que fuesen juntos á estas ferias.*»

«6.ª—*Que siendo necesario acudirian con armas y personas á Alcázar, sirviendo con fidelidad, diligencia y cuidado.*»

«7.ª—*Que esto mismo se habia de guardar con los Generales y fronteros de Ceuta.*»

Publicóse con toda solemnidad este acuerdo de las partes contratantes, y puesto en ejecucion tuvo cumplido efecto desde luego por parte de las Kabilas sometidas, guardando los preceptos con la mejor fé (1).

Don Juan de Silva fué á Ceuta para reemplazar como Gobernador al

---

(1) Como todas las cosas en la vida son perecederas, el cambio progresivo de Gobernadores y el transcurso de los años, fueron minando por ambas partes este convenio, de gran porvenir cumpliéndolo con religiosidad, y por su quebrantamiento se turbó la tranquilidad posteriormente.

de Alburquerque, cuyo puesto ocupó despues el Conde de Alcontin, sin que se sepa que durante el mando de ambos ocurriese incidente de importancia.

Despues fué á la ciudad portuguesa en África, para gobernarla, el Marqués de Villareal, reemplazándolo con posterioridad D. Nuño Alvarez Pereira, á quien sustituyó D. Alonso de Noroña.

Sucedió á D. Alonso en el mando de la ciudad de Ceuta, el Caballero Martin Correa, quien, sin sucesos especiales durante su gobierno, lo transfirió despues á Jorje Vieyra, natural de la misma ciudad.

Don Pedro de Meneses, Conde de Alcontin, hijo primogénito de D. Fernando de Meneses, Marqués de Villareal, reemplazó á Vieyra en el año de 1512, gobernando la ciudad arábigo lusitana por espacio de cinco años. Durante este período hizo varias entradas en el territorio de los mauritanos con las que les obligaba á dejar sus casas y las quintas y castillos que tenian en el campo, haciéndoles guarecerse en las villas y ciudades muradas á fin de poner en salvo sus personas. Entre el número de estas invasiones hubo una que aconteció en julio de 1514 en que avanzó Don Pedro hasta las atalayas de Tetuan, arrollando en su tránsito cuanto encontró, y regresando á Ceuta victorioso con los despojos de la jornada y algunos cantivos. Causó tal efecto entre los árabes esta espedicion que, llenos de espanto y admiracion, muchos de los habitantes de Tetuan abandonaron sus hogares, trasladando sus familias y fortunas á la ciudad de Fez, y otros fueron á Ceuta acogiéndose á la proteccion del estandarte portugués, entre los que se presentó un mauritano de los mas distinguidos por su valor y riquezas, perteneciente á la familia de los *Alhamaces*, linage árabe de lo mas noble y antiguo, presentándose tambien los hijos de Barraxa, alcaide de Tetuan, que igualmente prestaron su sumision.

Practicó D. Pedro de Meneses otras embestidas en el territorio ene-

migo, pero entre ellas hubo una distinguida el 1.° de octubre del mismo año. Noticioso de que dos hermanos del Rey de Fez iban sobre Ceuta con diez mil caballos y algunos infantes, salió de la plaza con 130 hombres escogidos entre su caballería con el intento de acometer las huestes marroquíes, valiéndose mas bien de la sagacidad é intrepidez que de la potencia que podrian prestarle las armas. Los moros sin ser vistos desde la ciudad habian logrado emboscarse en los barrancos y espesuras del terreno, al mismo tiempo que por mar acudian seis carabos cargados con infantería, los que lamiendo las orillas de la playa y de las rocas trataban de evitar el ser descubiertos, y cuyo intento no era otro que observar cuando salian las fuerzas de la plaza y embestirlas por la espalda despues de rotas las hostilidades. Los bereberes emboscados, destacaron veinte y cinco almogaraves para que recorriendo el campo hasta próximo á las atalayas de los cristianos, llamasen su atencion para atraerlos al punto que apetecian. Avisado el Conde D. Pedro, salió fuera de los muros con la caballería que tenia elegida, y destacó quince de sus ginetes al encuentro de los almogaraves, los que acometidos con impetuoso brio emprendieron la retirada hácia los suyos. La guerrilla portuguesa descubrió una de las emboscadas, de la que salieron instantáneamente algunos combatientes obligando á los cristianos á retirarse al punto que ocupaba Don Pedro con el resto de sus reducidas fuerzas. Púsose en movimiento la morisma, y el Conde á vista de la muchedumbre creyó acertado ampararse de los cercados que tenia próximos; mas esta operacion no le fué tan fácil para impedir cargáran á su retaguardia doscientos cincuenta ginetes agarenos y entremezclados los combatientes, volvió D. Pedro sobre ellos con tanto empuje y corage que se trabó una encarnizada lucha, en que los lusitanos tremolaban los laureles de la victoria, sobre aquella fraccion de los mauritanos combatientes. En esto llegaron á la inmedia-

cion de los cercados los dos hermanos del Rey de Fez con el resto de sus falanges guerreras, y mandaron á muchos soldados de á pié derribasen las paredes sobre los cristianos, y dando vueltas penetraron hasta el punto en que el Conde Meneses estaba peleando con esforzados brios. Observado por este el peligro grave en que sus soldados estaban y la imposibilidad de rechazar la multitud de contrarios que les rodeaban y que era inevitable perecer ó replegarse á la plaza, dispuso este movimiento de retroceso practicándolo en buen órden, y apenas habia penetrado dentro de los muros de la ciudad, cuando aparecieron en la playa inmediata las barcas marroquís, que á la par de conducir la infantería, venian con la doble intencion de transportar los cautivos cristianos, considerando seguro el que habian de quedar en poder de los defensores de la media luna, vista la superioridad de guerreros con que contaban. ¡Cuál fué su tristura cuando vieron que los pensamientos concebidos en sus ardientes y fantásticas imaginaciones, fueron destruidos tan prontamente! Ellos creyeron volver á su patria llenos de gloria, cargados con los esclavos cristianos y engalanados con los trofeos de la victoria, y en cambio debian regresar estibados de mutilados cadáveres de los suyos y cubiertos con un doble crespon entrelazado con el fúnebre ciprés y marchitado laurel. En tan rudo como ligero encuentro tuvieron los árabes mas de doscientos muertos, que con prolijo cuidado fueron recogidos por los suyos y conducidos á bordo de sus cárabos para transportarlos á la tumba de sus mayores, en tanto que los dos hermanos del Soberano de Fez, con los restos de sus fuerzas, se dirigieron á la ciudad de Arcila de donde se llevaron mas de setecientas cabezas de ganado, sin que sus moradores pudiesen hacer resistencia alguna contra una masa tan crecida de feroces y desencadenados berberiscos.

En el mes de junio de 1517 mandó el Rey organizar una escuadra

de sesenta velas, la cual encomendó á Diego Lopez de Sequeira, que habia regresado á Portugal de andar cruzando sobre el estrecho de Gibraltar con siete carabelas, cuya mision principal, no era otra que ser la salvaguardia marítima de la plaza de Ceuta.

Organizada la flota, recibió á su bordo mucha y buena gente de á pié con un escuadron de cien caballos, debiendo en su derrota recibir cincuenta mas en Arcila é igual número en Tánger. Se previno á Sequeira que con los citados infantes y sus doscientos caballos fuese despues sobre *Targa*, crecida poblacion del reino de Fez, y costas de Berbería, y que puesto de acuerdo con el Gobernador de Ceuta inmediatamente practicase el desembarco y la saquearan.

Esta operacion, que ya por la sorpresa, ya por el número de combatientes debiera haber tenido un buen éxito, salió muy mal, porque ofendido el Conde D. Pedro, Gobernador de Ceuta, de que el Rey le hubiese dado el cometido de tal empresa á otro cuando á él le era mucho mas fácil el llevarla á cabo, no prestó á Sequeira, toda la ayuda que debia y se le ordenó. Esto no obstante, resolvió llenar aunque friamente las órdenes que recibiera de su Monarca, y por ello ambos Capitanes salieron combinadamente sobre Targa, que dista diez leguas de Ceuta en direccion O, mas el resentimiento del uno por una parte y el disgusto del otro por otra, hicieron que ambos no cumpliesen con las instrucciones que recibieran ni con el plan trazado; así es que volvieron á Ceuta sin resultado alguno. Entonces Diego Lopez de Sequeira despidió los cincuenta caballos de Arcila y con el resto de sus fuerzas marchó á la ciudad de Tánger con cuyo Castellano se propuso tratar una invasion hácia el interior de aquellas provincias de la Berbería.

Las contínuas escursiones que los Portugueses hacian hácia el territorio del reino de Fez, y el haber circulado entre los árabes la noticia de

que el Rey de Portugal pensaba ir sobre África con un crecido ejército, produjo entre los mahometanos tal terror que los habitantes de la ciudad de Tetuan, por medio del cautivo portugués Pedro Arraez, ofrecieron al Gobernador de Ceuta que ellos serian vasallos del Soberano de Lusitania siempre que se verificase su arribo á aquel continente.

El Gobernador D Pedro de Meneses, ya por el desaire que creyó recibir cuando lo de Targa, ya por otras causas, se retiró á Portugal reemplazándole en el gobierno de la ciudad el Caballero Gomez de Silva de Vasconcelos. Noticioso de que en Tetuan habia dos moros hermanos, llamados los Jacrones, dedicados á la piratería, y que con sus hechos durante el espacio de cuatro años, habian adquirido gran fama causando muchísimos daños á Ceuta, Gibraltar, Tánger, Larache y Barbazote, se propuso estudiar el medio de apresarlos. Un dia ambos hermanos, cada uno en su fusta, fueron á colocarse entre los isleos de Santa Catalina y Valde-Aguas. Gomez de Silva tuvo noticia de la aparicion tan próxima de los piratas, é inmediatamente mandó embarcar en dos bergantines que allí tenia, en el uno á Andrés de Vasconcelos y en el otro á Miguel de Silva, sus hijos, para que desde la ensenada de los Baños saliesen y diesen la vuelta á la punta de la Almina, ordenando á Miguel, que era el mas jóven, abordase el primero á los moros. Efectivamente, descubre Miguel las fustas, lánzase al abordage sin las debidas precauciones, y los piratas que eran ágiles marineros saltan sobre la cubierta del buque de los Portugueses trabándose un sangriento combate: por de pronto vence la morisma y mete bajo escotilla la mayor parte de los cristianos. Gomez de Silva, padre, que por tierra se dirigia á la Almina con alguna caballería, vió el grave riesgo en que se hallaba su hijo Miguel, y observando que su hermano mayor con el otro buque vogaba muy despacio, mandó hacerle señales para que acudiese á salvar á Miguel; pero este reha-

ciéndose con los pocos que le quedaban sobre cubierta, brazo á brazo esforzó la lucha arrojando del buque á los agarenos que en él habian penetrado: entonces se apartó de la fusta enemiga, y haciendo subir sobre cubierta á los suyos y animándolos con sus palabras, abordó al barco mauritano y una vez atracados, comenzó de nuevo la refriega con mayor encarnizamiento en la que perdieron instantáneamente la vida el patron del buque portugués, un hijo suyo y un sobrino, y herido gravemente Pedro Vieyra: en este momento asaltaron el bergantin por la proa algunos moros y dirigiéndose á ellos velozmente Miguel de Silva ya desesperado, arrojó su lanza contra uno y tuvo la suerte de atravesar con ella por el cuello á un moro anciano que era el mayor de los Jacrones, con cuya herida cayó exánime sobre cubierta. Entonces empuñó otra lanza, y ayudado de los suyos, lanzó del buque los demás sarracenos que lo habian invadido, llevando en sus cuerpos la huella de las armas del catolicismo. Frenéticos los bereberes con la pérdida de su capitan, y viendo que los Portugueses se habian entristecido por la del patron y grave herida del piloto, intentaron abordar de nuevo al bastimento cristiano; pero en este momento asomó la proa por la punta de la Almina el otro bergantin que montaba Andrés de Vasconcelos. Entonces los moros á todo remo y vela tomaron rumbo para Sierra Bullones. Miguel de Silva lleno de ardor se propuso darles caza, pero antes tomó consejo del mal herido piloto, el que le dijo lo hiciese cargando siempre sobre la mar, á fin de que ayudado por el otro buque, obligasen á embarrancar la fusta sobre las playas del territorio de la colonia: hiciéronlo así, y el moro varó en la playa, á donde inmediatamente acudió el Gobernador con la caballería: en este estado, los berberiscos viéndose perdidos, saltaron ocho á tierra implorando clemencia; pero quedaron cautivos, y los demás perecieron ahogados porque los Portugueses del bergantin los arrojaron al agua, no

sin batallar, en cuya espirante lucha fueron heridos gravemente Andrés Pirez y Mateo Sanchez, cuyo valor sentaron á toda prueba.

A los pocos dias, el Gobernador Gomez de Silva salió de la ciudad sobre sesenta árabes de caballería que se aproximaron á ella, y con unos cuantos ginetes de los suyos, los siguió tan de cerca, que al llegar al rio Cañaveral (1) les hizo lanzarse á él, en cuyas aguas se ahogaron muchos y el resto lo fué persiguiendo hasta dos leguas de Tetuan. Reforzados los mauritanos hicieron cara á los Portugueses y en la cruda refriega que tuvieron, cayó en tierra con su caballo, Antonio Pereyra, á quien fué á socorrer Miguel de Silva; pero un árabe le dió tan fuerte lanzada, que atravesándolo, le salia por la espalda mas de una braza. Los que quedaron en Ceuta, conociendo el grande apuro en que los suyos se hallarian, enviaron un pequeño refuerzo conducido por los otros dos hermanos, hijos del Gobernador, Andrés de Vasconcelos y Pedro Mendez, los que combatieron denodadamente salvando á sus compañeros de un encuentro en que tuvieron bastantes heridos. En tal estado, y tomando en cuenta que las atalayas de los árabes no cesaban de llamar á la pelea á sus gentes, y que estas respondian al llamamiento presentándose en gruesas masas, resolvió el Gobernador replegarse á Ceuta evitando así un conflicto en que seguramente hubieran perecido todos al filo de los alfanges y terribles cimitarras.

Por este tiempo el Monarca Lusitano juzgó oportuno disponer se practicase un reconocimiento marítimo en las playas del valle de Tetuan. Al efecto mandó que D. Pedro Mascareñas con ocho barcos latinos saliese de Lisboa para practicar la operacion indicada, y sondar el rio *Guadaljamara* en su desembocadura al mar. Tenia por objeto la eleccion de una

---

(1) Rio Negron en la carta geográfica.

fortaleza para prohibir la entrada y salida de los buques mauritanos, al mismo tiempo que el establecimiento de un punto militar, que le sirviese de base y apoyo para cualquier desembarque sobre aquel territorio. Salió Mascareñas de Lisboa, pero los vientos contrarios obligáronle á fondear en Tanger, donde hizo cundir la voz de que se dirigia á Arcila para socorrer la plaza, en razon á que el Monarca tenia noticias de que el Rey de Fez marchaba con gruesas fuerzas á asediarla. Para comprobar que este plan era real y efectivo, dispuso que dos carabelas cargadas de bizcocho y otros víveres, marchasen á Arcila, mientras que Mascareñas con el resto de su escuadrilla, tomó rumbo á Ceuta donde le fué preciso fondear por el mal tiempo. Allí permaneció dos dias, y reforzada su flotilla con dos bergantines que le mandó alistar Gomez de Silva de Vasconcelos, levó anclas en la noche y al amanecer arribaron al desagüe del rio Guadaljamara. A pesar de que fué sentido por los guardias árabes que se hallaban sobre la playa, esto no obstante mandó alistar las lanchas, y Mascareñas con sus oficiales practicó la sonda del canal de aquella barra, que si bien al principio solo ofrecia paso á bastimentos de poca cala, así como iba avanzando en las dulces aguas, encontró mayor fondo y reconoció ser el cauce navegable hasta la mitad de la distancia de la playa á la ciudad. Intentó desembarcar para reconocer el terreno sobre el punto en que los mauritanos tenian establecido el fondeadero, mas le fué imposible practicar sus deseos, porque advertidos los moros del suceso, acudian como un enjambre para estinguir á los marinos Portugueses, presentándose sobre ambas márgenes un crecido nublado de ginetes, ballesteros y escopeteros árabes, que corrian á defender su territorio. Mascareñas sin embargo, se propuso desembarcar y lo realizó, próximo á las salinas que se hallan medio cuarto de hora del mar, y de acuerdo con los suyos, señaló aquel sitio como el mas apropósito para la fundacion del

castillo que su Rey queria, máxime cuando las aguas que marchaban á las salinas podian fosear el fuerte, quedando dentro de su recinto una abundante fuente para el servicio de los defensores. En cuanto á los medios de construccion, los facilitaba el terreno por tener próxima abundancia de piedra y cal, y la única dificultad que tropezó, fué lo dificil que se hacia desembarcar en aquella costa á poco que pique el viento de Levante. Acompañaron á Mascareñas en esta comision, como facultativos, Antonio Leyte, Cristóbal Leyton, Andrés Casquerino, Diego de Medina y Juan Nuño de Pon. Practicado el reconocimiento, sin fuerzas para emprender la ofensiva contra el nublado de árabes que les acometian, y deseando volver cuanto antes á dar cuenta de su mision, regresaron á Ceuta desde donde D. Pedro dió noticia al Monarca del resultado de sus investigaciones, continuando su derrota para Arcila conduciendo varios efectos, y despues dió rumbo á Lisboa. A su presentacion al Rey, le nombró Capitan de las galeras y galeones del reino, destinándole á guardar las costas del estrecho. Marchó para Arcila y allí, puesto de acuerdo con su cuñado D. Juan Coutiño que era el Gobernador, practicaron una entrada en la Sierra de *Benamares* y saqueando todos su aduares, regresaron con un grueso botin y mas de treinta cautivos entre hombres, mujeres y niños, metiendo en la plaza unas cuatrocientas cabezas de ganado vacuno y un crecido número de lanar.

Despues de este suceso, el Gobernador resolvió ir á Ceuta para cumplir un voto á la Vírgen de Africa, aprovechando las carabelas de su cuñado. Dió aviso de este plan á D. Pedro de Meneses, Gobernador de Tánger, y se dispuso á partir, mas una carabela de esta ciudad se propuso seguirlos para conducir á Antonia de Acevedo, hija de Aníbal Ferreira, que habia resuelto pasar á Arcila, de donde era natural, aprovechando la marcha de la flotilla; pero su carabela no pudo salvar la bar-

ra, y una fusta berberisca se le atracó, y saltando á bordo los piratas trabóse una lucha encarnizada con los solos tres hombres de armas que habia en el bastimento, que eran Ayres Coello, Juan Coello y el Grimaldo: defendieron el pabellon tan bizarramente, que mataron cuatro moros y rechazaron los demás; en esto el contramaestre y marineros viraron de bordo para alejarse del cárabo, pero los árabes con la idea de que la carabela iba cargada de mujeres, lanzáronse de nuevo á la pelea con desmedida furia, y al abordage penetraron por la proa quince ó diez y seis sarracenos; los del buque cristiano armados y vistiendo sus corazas y capacetes, se propusieron morir ó rechazar tanta osadía, pero asaltados por todos lados, era imposible la defensa de los pocos contra tan crecido número. Los moros conseguian ventajas que iban otorgándoles una victoria indisputable, cuando el Grimaldo, esforzado su ánimo y lleno de un frenético ardor, levantando su brazo empezó á descargar con furia, por do quier, rudos golpes con que sembró el terror y la muerte entre los mauritanos, acobardando á algunos que se retiraron á su fusta; en esto el contramaestre tomó el fogon de á bordo que estaba lleno de lumbre y ceniza y lo arrojó al cárabo, consiguiendo quemar algunos y cegar á otros. Los moros que observaron la aproximacion de dos naves vizcainas, partieron á todo remo huyendo de los certeros golpes de los hijos de la cruz.

Gomez de Silva de Vasconcelos dejó el mando de Ceuta, entregándolo á D. Juan Alvarez de Acevedo, quien al poco tiempo lo pasó al Marqués de Villareal, sin que en el gobierno de los dos hubiese incidente alguno de merecido nombre.

El famoso corsario *Cheredin*, llamado tambien *Barbaroja*, que tenia atemorizadas las costas del Mediterráneo, se encontró comprometido con la pérdida de Túnez y la Goleta, y porque varias galeras cayeron tam-

bien en poder de sus contrarios. Intentando captarse el afecto de Soliman, Emperador de Turquía, y para disculparse y moderar el mal efecto de la pérdida de Túnez y de parte de la armada, le hizo un gran presente. Le dió á creer al mismo tiempo, que podia hacer muchos daños á la cristiandad, y que entonces era la ocasion de abatirla, estando debilitada con las guerras que sostenia y orgullosa y envanecida con una victoria mas de apariencia que lo era en realidad. Manifestó asimismo al Gran Señor, que hallándose sobre el estrecho Gibraltarino la famosa ciudad de Ceuta, punto por donde los africanos marcharon á orlar sus armas con los laureles de las victorias que consiguieron al dominar España, y que estando defendida la ciudad por débiles muros que sostenian los Portugueses, cuya tímida guarnicion se ocupaba mas en inquietar á los pequeños aduares berberiscos, que tenian mas próximos, que en celar por su propia conservacion, pues llenos de altivez con las prosperidades que los cristianos adquirian en Oriente, descuidaban la vigilancia para conservar los muros que eran su salvaguardia; si queria enseñorearse de aquel punto tan principal y estimado por los europeos, se ofrecia el mismo Cheredin á ir con un número conveniente de galeras para apoderarse de Ceuta, y que todas las naciones de Occidente viesen con reverencia la media luna de su imperio. Así habló este arrojado moro, mas con el intento de robustecerse con recursos agenos de las pérdidas que habia esperimentado en su fama, crédito y fuerzas, que con el de servir al Sultan. Soliman, belicoso y soberbio como buen turco, fijó su atencion en una empresa de tanta consecuencia y que consideró oportuna por la paz y prosperidad en que se hallaba su imperio.

En diversas ocasiones compareció Barbaroja á presencia del Sultan, y con sus esplicaciones y consejos le persuadia, esponiéndole que eran mayores las ventajas que se conseguirian en la conquista de Ceuta, que las

dificultades que podian embarazarla. Casualmente cuando Barbaroja hacia estas escitaciones, Soliman recibió noticias de los moros africanos, en que se lamentaban de la servidumbre á que se veian forzados por los Portugueses, bajo cuya dominacion de hierro, no podian respirar sin temer el filo de sus armas; lloraban tambien su libertad perdida, y sobre todo las injurias que sufria su profeta en las arruinadas mezquitas, pues que los nazarenos sin fé ni reverencia hollaban con su planta el sagrado recinto de los hijos de Alá, y si les convenia, lo trasformaban en templo de su Dios. Inflamado el Sultan con los dichos de Cheredin, y lleno de indignacion con las noticias que le daban los mauritanos, consideró hollada su religion, su fé y su grandeza, motivos con que queria justificar la jornada que estaba resuelto á practicar sobre la ciudad africana de los lusitanos, si bien en el fondo de su ánimo, mas que aquellos sentimientos, descollaba una desmedida ambicion.

Las intenciones del Sultan eran conocidas por los Reyes de la Península Ibera, que tenian confidentes en Constantinopla para investigar cuanto pudiere convenir á sus reinos. Por estos sugetos tuviéronse noticias de las negociaciones entabladas por Cheredin ó Barbaroja, y de la resolucion de apoyarlas, que habia formado Soliman.

Con tales antecedentes, el Rey D. Juan, el III de Portugal, trató desde luego de aumentar y mejorar por mar y tierra las fortificaciones de Ceuta, encomendando los trabajos á su Gobernador, á cuyo efecto le mandó ingenieros, obreros y materiales para que pudiese poner la plaza en una útil y respetable defensa, y con posterioridad el soberano aumentó el número de los defensores.

Puestos de acuerdo los Reyes de España y Portugal, convinieron unir sus fuerzas navales para defender recíprocamente su territorio, y el Emperador Cárlos V de Alemania y I de España, invitó á D. Juan III para

que mandase su escuadra á Cádiz, y que unida con la que tenia á sus órdenes D. Alvaro de Bazán, esperasen al enemigo sarraceno sobre las aguas del estrecho de Gibraltar, donde en cualquier incidente tendrian el abrigo de sus puertos y una segura retirada. Puesto en consejo por el Rey portugués el pensamiento, se convino en la reunion de las escuadras aliadas, para que entre ambas se soportase el peso de la guerra. Tomáronse todas las disposiciones para el cumplido efecto de este pacto, y se dieron las órdenes necesarias para su pronta ejecucion.

Por consecuencia de estos tratados, el 12 de agosto de 1543 se hizo á la vela toda la escuadra portuguesa, saliendo de Lisboa, y con viento favorable surcó en breve las aguas del Freto Hercúleo, hallando anclada la escuadra española en la bahía de Gibraltar, que recibió á la portuguesa con las salvas y honores debidos. D. Alvaro de Bazán, con los Capitanes de su flota, pasó al navío almirante de los Portugueses para cumplimentar á D. Juan de Castro, que mandaba en gefe las naves lusitanas. Aquel dió á este cuantas noticias tenia sobre el intento de los turcos, manifestándole, que segun avisos, la primera embestida habian resuelto fuese sobre la plaza de Ceuta: allí hicieron la combinacion de sus planes para batir al enemigo sarraceno tan luego se presentase, y asegurar la victoria á las aliadas armas: que en caso de que la escuadra turca contase con mayor número de fuerzas, era preciso para combatir con denuedo, cual convenia á la reputacion de dos naciones de no desmentida bravura, no alejarse demasiado, contando así segura la victoria, y mucho mas cuando pelearian en sus propias aguas y á la vista de sus propios puertos; que en lo fuerte del combate podrian auxiliar las escuadras con gente descansada, y los navíos que padeciesen graves averías tendrian un abrigo donde guarecerse. Además, que debiendo sentarse todas las hipótesis en la guerra, en el caso de que la victoria se inclinase á los sarracenos, que-

darian tan quebrantados con lo crudo de la pelea, que no podrian intentar accion alguna contra las plazas del Estrecho. Acordaron que era preciso obrar resuelta y activamente, porque en ello estaba empeñado su honor y el cumplimiento de las órdenes que habian recibido de sus Soberanos por las que se les mandaba buscar al enemigo y combatir.

Combinado el plan de operaciones por los gefes de ambas escuadras, partieron los Capitanes á sus respectivos bastimentos, y escitaron el ánimo de sus tripulantes para prepararse á la pelea, noticia que recibieron con estraordinario alborozo. El inteligente y bravo D. Alvaro de Bazán, tuvo avisos de que Barbaroja con toda la escuadra turca reunida, marchaba en demanda sobre el Estrecho. D. Juan de Castro, no tomando en cuenta mas que su arrojo, dispuso recojer la gente que estaba en tierra y dió órden á los Capitanes para que empavesáran sus navíos, noticiando á D. Alvaro de Bazán, que pensaba levar anclas y poner en movimiento su flota. D. Alvaro, cuyo valor y prudencia eran altamente justificados, escribió á D. Juan de Castro, diciéndole que nuevos avisos necesitaban de buenos consejos, y que por las noticias de sus espías, sabia que Barbaroja traia doble número de bajeles, de los que contaban ambas escuadras reunidas; por consiguiente, que no era la intencion de sus Monarcas el perder sus flotas en un riesgo conocido, sin sacar alguna utilidad para su servicio. Que estando reunidas las dos escuadras, no podia el enemigo intentar el destrozarlas, debiendo tomar en cuenta, que á conseguirlo, sería el premio de su victoria, el apoderarse de las plazas del Estrecho que estaban encargados de resguardar; que él en coartar los impulsos de su arrojo, se violentaba estraordinariamente, pero que primero era el servicio del César, que los impulsos de la voluntad del vasallo, y por tales circunstancias le pedia permaneciese su escuadra en aquel puerto, y que de los movimientos de los turcos tomarian el consejo para mejor obrar y

obtener seguridades de vencer. D. Juan de Castro respondió al Almirante castellano, que no mudaba de parecer á vista del enemigo, pues bastaba para animar á los turcos el verse temidos; y que puesto que ellos pretendian pisar el territorio cristiano, las armas debian arriesgar por la reputacion, cuanto fuese necesario para lavar tamaña injuria. Manifestó tambien á D. Alvaro, que pensase en el juicio que formaría el mundo, al ver que las fuerzas reunidas de dos grandes Príncipes cristianos, se coligaban para hacer una guerra defensiva contra la flota turca; que él resolvia ir solo á esperar el enemigo, porque en cualquier acontecimiento, próspero ó adverso, los que perecian, no daban cuenta de nada, y á los victoriosos nadie se las pedia.

Estas escitaciones no fueron bastantes á hacer mudar de resolucion al Almirante castellano. D. Juan de Castro marchó con su escuadra, y dió fondo en la boca del Estrecho, donde permaneció anclada tres dias; y recibiendo aviso de que la musulmana flota habia retrocedido, por disensiones ocurridas entre sus cabos mayores (1), D. Juan levó anclas y fué á Ceuta, para comunicar con su Gobernador, quien recibió la escuadra portuguesa con estraordinaria alegría de los moradores, y con los saludos que acostumbran las plazas de guerra.

Don Juan de Castro, tuvo noticia de que los moros tenian en apretado cerco la ciudad fuerte de Alcázar Seguer, que entonces gobernaba el Caballero de Freytas. Mandó inmediatamente á su hijo D. Alvaro, con parte de la escuadra, para que socorriese aquella ciudad, é introdujese en ella el refuerzo de hombres y víveres que pudiese necesitar, y per-

---

(1) Hay diversas opiniones sobre este punto. En unos antecedentes aparece que la escuadra turca retrocedió por las citadas causas, y en otros se dice, que regresó á Constantinopla, porque Barbaroja recibió órdenes del Emperador de Turquía para verificarlo.

maneciese en el puerto hasta tanto que el enemigo levantára el sitio. Con estos auxilios que recibió Alcázar, los mauritanos levantaron el asedio y D. Alvaro volvió á reunirse á la flota, que despues de estar segura de que los turcos no venian sobre Ceuta, dió rumbo á la ciudad de Lisboa. Continuó la plaza despues de estos sucesos, sujeta á su vida habitual de lijeras escaramuzas, sin contarse hechos de importancia.

En 1568, habiendo dispuesto el Marqués Gobernador hacer una entrada por mar y tierra en el territorio berberisco auxiliado por la guarnicion de Gibraltar, ordenó el embarque del mayor número de los combatientes con que contaba en Ceuta, mas á la flotilla le cargó tan fuerte temporal que la obligó á tomar puerto inmediatamente, viéndose precisada á guarecerse en el Peñon Gibraltarino. La gente de armas que en Ceuta habia quedado en número sumamente reducido, tenia probabilidades de que la plaza fuese acometida por los mauritanos, pues adquirian noticias evidentes para creerlo así; en tan crítico trance y considerando próximo el peligro, las mujeres de la ciudad cristiana, imitando á las matronas de Roma y de Cartago, se resolvieron á ser partícipes de las glorias y peligros de la defensa. Capitaneadas por Isabel Lopez Cabral, esposa de Diego Gil Alonso, tomaron las armas, y acudiendo á la muralla, quisieron defender los sitios de mayor riesgo, estableciendo sus centinelas: desde sus puestos, ahuyentaron mas de un árabe que intentó aproximarse á los muros, permaneciendo en la muralla hasta el regreso del Marqués Gobernador D. Manuel de Meneses, quien á vista de tanta decision, no pudo menos de conmoverse y dar cumplidas gracias á un sexo no creado por la naturaleza para el estruendo de las batallas; mas contando con tan bélicas defensoras, salió al campo con el grueso de sus tropas y recorrió las montañas vecinas, dando á saco todos sus aduares sin gran resistencia, pues que los árabes no se hallaban apercibidos. Re-

gresó á Ceuta con su tropa altamente satisfecha y contenta, conduciendo un crecido número de ganado y bastantes cautivos.

En este año pasaron á España los frailes franciscos del convento que se creó á la conquista, y tomaron posesion de él los padres descalzos de la Santísima Trinidad, quienes á poco tiempo permutaron su cláustro con los de Santo Domingo de Tánger.

En 1572 era obispo de la ciudad de Ceuta y demás posesiones africanas D. Fr. Francisco Cuaresma, X prelado de aquella diócesis, quien escribió los estatutos para aquella Iglesia Catedral (1).

Relevó al Marqués de Villareal en su cargo de Gobernador, D. Diego Lopez de Afranca, fidalgo de la casa del Rey, Adalid y Gobernador que habia sido de Tánger; entró en la ciudad el 12 de julio de 1574.

Desde la conquista de la plaza hasta esta época, todos los ginetes usaban lanzas y ballestas, escepto los Caballeros á quien estaba reservado el derecho de empuñar la espada ó el mandoble. El Gobernador orga-

(1) No encontrándose las fechas en que rigieron la Silla episcopal de Ceuta los prelados anteriores á Fr. Francisco, imposible ha sido darles colocacion en sus épocas respectivas. Así pues, en el órden de su antigüedad sentaremos los nombres de los que precedieron al ilustrísimo Cuaresma. Fué el primero nombrado por el Rey D. Juan, a la conquista de la plaza, D. Fr. Amaro, confesor de la Reina Doña Felipa, esposa de aquel Monarca. El segundo D. Fr. Manuel, carmelita, hijo del Rey D. Duarte y capellan mayor del Rey D. Alonso; dícese que por órden de este prelado fueron quemados todos los archivos, creyendo que por este medio evitaria la peste que á la ciudad afligia. El tercero lo fué D. Fernando de Silva, nieto del Marqués de Gobea. El cuarto D. Fray Justo Baldino, de la órden de Predicadores. El quinto pastor de esta misma catedral, Don Juan de Noroña, hijo de D. Pedro de Meneses, Marqués de Villareal, y fué creado cardenal por la Santidad de nuestro beatísimo padre Alejandro VI en el año de 1494 bajo el título de cardenal de Ceuta. El sesto, obispo, lo fue D. Fr. Enrique, religioso de franciscanos, quien al título de su mitra añadió el de primado de Africa. Fué el sétimo Don Fr. Diego de Silva, religioso de la órden de San Francisco, quien antes se hallaba de inquisidor mayor del reino de Portugal, y despues pasó de arzobispo á la ciudad de Braga. El octavo fué D. Jaime Alencastre, que hizo los Sinodales del obispado de Ceuta en el año de 1555, y por último, sucedió á este señor en la Silla episcopal el ilustre Don Fernando Correa.

nizó una fuerza de caballería, la que con facultad del Rey, tuvo el aumento de diez escopeteros, época en que se introdujeron las armas de fuego en la tropa de á caballo de aquella colonia.

El Gobernador de Afranca volvió á entregar de nuevo su cargo al Marqués de Villareal, quien sin sucesos de renombre, se ocupó en la reparacion de varias fortificaciones y en la instruccion de sus soldados. Conociendo la utilidad que producian los escopeteros de caballería, creados por su antecesor, los aumentó hasta el número de veinte y cuatro, de modo que esta fuerza, bajo la denominacion de Compañía de lanzas, destinada al reconocimiento del campo y servicio sobre la línea enemiga, contaba á la sazon setenta y seis caballos. Sirvieron de base cuando se creó esta fuerza, catorce hombres de la escuadra de Atalayas, cuyos buenos servicios altamente distinguidos, pasaban en herencia de padres á hijos, desde la dominacion de Ceuta.

El de Villareal, no perdonando medio para multiplicar las defensas, al mismo tiempo que los recursos ofensivos, organizó una compañía de infantería con doscientas veinte plazas, la que tituló la Nueva Bandera (1) siendo nombrado Capitan de ella Francisco de Andrade, que muy buenos y relevantes servicios tenia prestados.

En el año de 1579, habiendo marchado á África el Rey D. Sebastian de Portugal con crecidas fuerzas para batir á la morisma y señorearse del pais, fué muerto en batalla acampal y sus restos mortales se trasladaron á la ciudad de Ceuta (2). Le sustituyó en el trono su tio el carde-

(1) Habia otra compañía llamada «La Bandera vieja,» de servicio fijo en la plaza de Ceuta, ignorándose la época eféctiva de su creacion, aunque algunos piensan se organizó á la conquista.

(2) Sobre la muerte de este Monarca, hay un velo tan denso que cubre las reliquias de la historia de aquel tiempo, que es imposible penetrarlo, hablándose con muchisima variedad sobre tal acontecimiento.

nal D. Enrique, quien falleció sin sucesion á poco tiempo, y entonces los altos dignatarios del reino lusitano, nombraron en secreto cinco personas para que gobernasen el trono, vacante por falta de sucesor directo, hasta que se declarase con certeza quien debia ocuparlo. Segun antecedentes, el Rey D. Enrique declaró en su testamento ser el inmediato sucesor á la corona lusitana, el señor D. Felipe II, Rey de Castilla, á quien los Portugueses trataban por todo medio de escluir.

Dejó el mando de la plaza el Marqués de Villareal, y lo reemplazó Don Dionisio Pereira, quien en el año de 1580 fué relevado por el Caballero Jorge Pesaña, nombrado Gobernador y Capitan General de Ceuta,

Habiendo fallecido el obispo Cuaresma, le sustituyó D. Manuel de Liabra, el que hizo en dicho año nuevos estatutos para la Santa Iglesia Catedral.

El General Pesaña, en 1582 dispuso se trasladasen á la ciudad de Lisboa los restos mortales del infortunado Rey D. Sebastian, encargando de la custodia y fúnebre cortejo, á los canónigos, dignidades y demás eclesiásticos, cuyos nombres son los siguientes: Juan Guides, chantre; Gaspar Pinto, tesorero; Pablo Fernandez, dignidad; Pedro Arraiz, Juan de Torres, Sebastian Lopez, Francisco Andrade, Domingo Pereira, Francisco de Torre, sacristan mayor, y los eclesiásticos Luis Diaz y Diego Martel Merino.

Dispuesto lo conveniente para la traslacion á Lisboa de las reales cenizas del infortunado D. Sebastian, la ciudad de Ceuta que habia servido de panteon al Monarca, sentia perder tan augusta reliquia, mas las órdenes que recibiera el Gobernador debian cumplirse. Hiciéronse los preparativos para este viaje funerario, y el cadáver conducido en medio del estruendo de las salvas y de las preces de los ministros del altar, sirviéndole de cortejo hasta el muelle los habitantes de la fiel ciudad, fué

embarcado en el navío que debia alejarlo en breve de las africanas playas, donde en lugar de los laureles de las victorias humanas, solo halló el Soberano Portugués las ramas secas del melancólico ciprés que cubren las urnas cinerarias. Levó anclas la escuadra que convoyaba al buque conductor, y á poco desaparecieron á la vista de los cristianos de África, los navíos que llevaban un objeto de estima, que no volverán á ver jamás.





CAPÍTULO VI.



Dominacion española.



MPIEZA la segunda época, la época moderna de la cristiana Ceuta. La primera fué bajo el dominio lusitano en que se conquistó y conservó por la intrepidez y firmeza de los soberanos de un pequeño reino. La segunda empieza por la anexion á la fuerte, y en aquellos tiempos colosal y temida Monarquía española.

La muerte de D. Enrique sin sucesion directa, despertó multiplicadas ambiciones á la corona portuguesa. Eran varios los que pretendian ostentar el derecho de pertenecerle, y muchos otros que no tenian este medio para enmascarar su ambicion, tegian intrigas cortesanas para conseguir su intento.

En medio de una codicia desenfrenada entre los diversos aspirantes al trono lusitano, D. Felipe II, Rey de España, hizo conocer á los regentes de Portugal, que á él solo pertenecia el derecho al trono de Lisboa, mas los gobernantes hacian los mayores esfuerzos para escluir al Monarca castellano. D. Felipe, como si no fuese bastante gloriosa y pesada la corona del vasto imperio español que llevaba sobre su cabeza, resolvió decididamente sentar en ella la de los lusitanos. A este fin despues de solicitarla, prometió, y se valió de cuantos medios le fueron posibles para que se declarasen válidos sus derechos, sin acudir al estruendo de las armas. Fundábase Felipe II en que en el año de 1526 su augusto padre, el Rey D. Cárlos I de España, y Emperador V de Alemania, habia casado con Doña Isabel, hija del Rey D. Manuel de Portugal, cuya Princesa fué su madre, y por el que habia heredado de su hijo D. Cárlos, que siendo jóven murió trágicamente. No pudiendo recabar de los regentes Portugueses la consecucion de su intento, el Rey de Castilla se propuso conseguir por la fuerza de las armas lo que no habia obtenido por la justicia. A este fin puso en movimiento sus ejércitos, y penetrando en Portugal, verificó la conquista de Lisboa y otras ciudades de las principales de aquel reino. Dominando de hecho la córte que le concedia el derecho, fué D. Felipe reconocido como Rey de Lusitania, y de todas sus posesiones, en cuyo caso pasó Ceuta naturalmente al dominio de España.

Felipe II, que á la sazon tenia necesidad de fijar su vista en los Estados de Italia y otros puntos de la vasta monarquía española, que entonces empezaba á descender del esplendente brillo en que la colocára el memorable Emperador Cárlos V, no se cuidó de alterar en lo mas mínimo el régimen establecido para la administracion y gobierno de las colonias portuguesas, entre las que se contaba la ciudad de Ceuta; así es que sin alteracion alguna continuó gobernada como anteriormente.

[illegible] Señora del Socor-

A D. Jorge Pesaña, Capitan Gene[illegible] misa.
vó D. Gil Annes de Acosta Pacheco: á este [illegible]
anterior, nacido en Ceuta, sustituyéndole desp[illegible]
real, y á este D. Luis Mendez de Lerma. Volv[illegible]
Marqués de Villareal, relevado al poco tiempo por [illegible]
ña, que reemplazó de nuevo el Marqués de Villareal Co[illegible]

En 1618 la Magestad del Sr. D. Felipe III de Castilla, [illegible] nucion de rentas que habia esperimentado la Santa Iglesia Cated[illegible] Ceuta, le concedió las de Santa María de Sobeijoso del lugar de Bu[illegible], obispado de Lamego, con reserva de una pequeña parte para el rector de dicha iglesia, y esta disposicion que se cumplimentó en 1625 desapareció despues por la sublevacion y separacion del reino lusitano, quedando la Catedral y su clero en gran pobreza, hasta que la piedad de los Reyes de España atendió á estas necesidades, señalando fincas de su Real Patrimonio por formar la renta de la mitra, cabildo y fábrica del templo primado.

La ciudad de Ceuta, además de los privilegios que se otorgaban por los Soberanos en los tiempos antiguos, tenia entre otros ser ciudad de refugio; pero esta preeminencia se ha perdido por la indolencia de sus hijos. No hay antecedentes que comprueben la época y nombre del Soberano que concedió esta gracia á Ceuta; pero para corroborar su existencia hay en los archivos de aquella ciudad un protocolo principiado en 1622 y que termina en 1626, donde al fólio 235 se encuentra un poder escrito en idioma Portugués, librado á 14 de julio de 1626 por el escribano Vasco Navo de Mendoza, siendo el otorgante Alvaro de Acuña, vecino de la villa de Aldroal y refugiado en Ceuta.

Fué á la plaza de Gobernador D. Luis de Noroña, y despues Don Antonio de Acosta de Alburquerque, natural de Ceuta. Posteriormente tomó dicho gobierno D. Fernando Mascareñas, relevado á corto espacio

por D. Gonzalo Correa Alcoforado, natural de Ceuta, reemplazado con posterioridad por el Marqués de Villareal Duque de Camiña.

Este cambio consecutivo de Gobernadores en la ciudad africana, sin duda alguna, fué á consecuencia de la variacion de dinastía que esperimentó la nacion portuguesa.

Tambien en lo eclesiástico hubo un movimiento consecuente durante este período, así es que al obispo Siabra sucedieron D. Agustin Riveiro, D. Hector Valtadares, D. Guillermo Gobea y en 1619 D. Antonio de Aguiar, que ocupó la silla episcopal hasta 1622 que lo instituyó Don Gonzalo de Silva, último obispo nombrado por la corona de Portugal y que falleció en Ceuta el 26 de febrero de 1645.

Es tambien notable que durante este período de contínuos cambios y ninguna fijeza en el gobierno, no haya noticia de que los mauritanos emprendieran hostilidades de monta contra la ciudad, como si temieran habérselas con los valientes hijos de la patria de los Pelayos y Gonzalos, de donde sus antepasados fueron arrojados á las abrasadas tierras africanas.

La caridad de la viuda Doña Juana Arraez, hija de una de las principales familias de la ciudad, y cuyas virtudes y riquezas eran preconizadas, hallándose sin hijos, hizo voto de ofrecerse al servicio de Dios con su persona y bienes, y con licencia del Rey fundó en el año de 1615 un claustro para doncellas nobles bajo la proteccion de D. Felipe III de Castilla y II de Portugal, quien ordenó no pudiesen pasar de quince las monjas que albergára, fijando una limosna que recibirian por su Real Hacienda en la cantidad de cien mil maravedises por año, y quince fanegas de trigo al mes. Con esta proteccion, la fundadora compró bastante terreno contiguo á las casas de su propiedad, y creó el monasterio, que dotó con cien mil maravedises de juro sobre la casa del pescado de la ciudad de

Lisboa, tomando por iglesia del convento la de Nuestra Señora del Socorro, á cuyo cabildo señaló renta, imponiendo obligaciones de rezo y misa. Rigió y gobernó por sí misma algunos años la comunidad, acreditando su virtud, prudencia y severa clausura, mas viendo se dilataba el conseguir su profesion, resolvió trasladarse al convento de Santa Clara de Gibraltar donde lo verificó, dejando el gobierno de la santa casa que habia erigido, al cargo de su madre Doña Simona Arraez de Mendoza, cuya eleccion mereció fuese aprobada por la voluntad del Rey.

El Duque de Camiña fué relevado en el gobierno de la ciudad de Ceuta, por D. Luis de Alencastro, nieto del Duque de Beira. La morisma parece que de nuevo hacia frente á la antigua ciudad, ó al menos escaramuzaba en el radio de la plaza: así es, que el Gobernador dispuso varias salidas en las que penetró al otro lado de las montañas berberiscas, batiendo constantemente á las hordas árabes que encontraba en su tránsito, y regresando siempre sus soldados cargados de despojos. En una de las entradas que practicó en el campo enemigo, encaminó sus pasos á la ciudad de Tétuan, y habiendo llegado á la torre de *Huma*, que dista solo una legua de la citada ciudad, sin que en su tránsito esperimentase la menor oposicion, dispuso en aquel punto, creyéndose con seguridad, pues no habia visto moro alguno, dar campo largo de leña y heno. Al efecto llamó al Adalid Sebastian de Andrade Simoyre, y le ordenó fuese á forragear. El Adalid puso en cumplimiento la órden que recibiera, mas como no habia descubierto moro alguno, tomó el Campo y dieron principio al trabajo sin enviar antes los descubridores que practicasen el reconocimiento. Cuando los soldados se hallaban embebidos en sus faenas rurales, de pronto fueron acometidos por mas de doscientos ginetes árabes que se habian emboscado á corta distancia. Dieron sobre los desapercibidos guerreros cristianos con tal furia, que hicieron fatal destrozo, porque los

soldados de la cruz, ni estaban aprestados al combate, ni la caballería de Ceuta podia obrar por el mucho bosque que habia en el punto de la refriega. En tan fatal encuentro perecieron varios caballeros y fidalgos; entre ellos el Adalid, su hijo Pedro Arraiz Cabral, el Juez Baltasar Vas Coello, Antonio Correa de Afranca, tres hijos de D. Gonzalo Correa de Afranca, general que habia sido de Ceuta, y los capitanes Alonso de Guebara y Baltasar Lopez Tovares, resultando que en este brusco choque la pérdida de los hispano-lusitanos, ascendió á unos 30 hombres en total. No obstante que los europeos no estaban apercibidos para pelear, hubo lances de heroismo en que se trabó la lucha con mas de uno, brazo á brazo, arrancando el aliento á muchos sarracenos que quedaron tendidos en el campo. El Gobernador Alencastro, reunió los suyos y regresó á la plaza en buen órden, no sin haber hecho conocer á los hijos de Mahoma, que á pesar de la sorpresa, en los pechos de los soldados de Cristo no se albergaba cobardía.

A corto tiempo sustituyó á Alencastro en el mando de Ceuta, D. Jorge de Mendoza Pesaña, natural de la ciudad, sucediéndole á poco D. Blas Tellez de Meneses, que falleció en la plaza el 17 de agosto de 1637: reemplazóle en el mando su hijo D. Fernando, quien lo desempeñó hasta la presentacion de D. Francisco de Almeyda.

En 1639 se aproximaron á la Almina unos carabos morunos, sin ser descubiertos de la plaza, y practicaron su desembarque por la parte de Fuente-Caballos. Marcharon á toda prisa háeia la ermita de la Vera Cruz, y habiéndola abierto robaron una efigie de Jesus crucificado, la cual embarcaron aceleradamente y condujeron á Tetuan, en cuya ciudad entraron practicando todo género de profanaciones y ultrages á la sagrada Imagen del Redentor, colocándola, para mas escarnecerla, sobre el peso donde vendian el pescado. Los habitantes de Ceuta que notaron la falta

del Crucifijo, dieron cuenta al Gobernador y procedióse á investigar por todo medio el sitio donde se encontraba; mas no necesitaron mucho tiempo para saber lo ocurrido, porque los árabes fronterizos acudieron al campo á escarnecer los cristianos, vociferando la accion sacrílega que habian cometido. La ciudad entera practicó cuantas diligencias fueron posibles para el rescate de la Sagrada Imágen, pero los sarracenos rechazaban todas las ofertas, sin que se encontrase un medio para conducirlos á un arreglo: nada oian, nada querian escuchar referente al rescate de Jesus, pues ni los ofrecimientos mas ventajosos quisieron admitir. Era grande el disgusto y la ansiedad de los cristianos de Ceuta, al ver no se encontraba forma para el rescate de la milagrosa Imágen, creyendo muchos que su pérdida traeria á la ciudad un sin número de calamidades.

A la sazon habia en la ciudad un morisco llamado Diego Salado, quien presentándose al Gobernador le manifestó, que él encontraria medio para el rescate del Santo Cristo, siempre que le diera su permiso para intentarlo. El Gobernador vino en concederle la autorizacion, y entonces Salado con el mayor sigilo se dirigió al cementerio de los mahometanos, y tomó unos huesos y una calavera. Los árabes á Ceuta fronteros, conservan la tradicion de que á las inmediaciones del Serrallo, situado á unas dos millas de la plaza de Ceuta, hay enterrado un moravito ó santo de ellos, á quien le rinden mucha adoracion. Con estos antecedentes Diego Salado salió de la ciudad una noche simulando el mayor sigilo, y llevando consigo los huesos y calávera que habia desenterrado. Marchó hácia el Serrallo, y siendo muy conocedor del país, cavó en una sepultura próxima al edificio, y despues de remover bien la tierra y dejar algunos huesos, voló á Ceuta con los restantes y la calavera. Tan luego como los moros de Tetuan tuvieron noticia de que los cristianos habian hallado la tumba del moravito, y llevádose sus restos, acudieron inmediatamente al Go-

bernador de la plaza para convenir en el cange, el cual tuvo lugar entregando los árabes el cautivo Crucifijo, y los cristianos cuatro mil pesos, el cráneo y huesos del moro. Alborozada la ciudad con la readquisicion del milagroso Cristo, celebró suntuosas fiestas en su obsequio. Esta sagrada efigie fué con posterioridad trasladada á Sevilla, y se hallaba colocada en la sacristía del noviciado del convento de san Francisco.

En el citado año de 1639, perdió la hermandad de la Misericordia las rentas que le legara Francisco de Andrade Pacheco, Contador y General que fué de la ciudad de Ceuta, consistentes en treinta mil reis de juro sobre la sisa del pescado en Lisboa, y siete mil reis sobre la renta que el Duque de Beira tenia en Torresnovas.

En el año 1640, empuñando el cetro y coronas de Castilla y Portugal Felipe IV, se hizo aclamar por Rey de los lusitanos el Duque de Braganza. Mandó inmediatamente emisarios á Ceuta para que siguiera el movimiento de deslealtad y rebelion, pero á pesar de cuantas sugestiones se emplearon, los nobles hijos de la ciudad africana no escucharon la voz de la traicion, respetando los derechos incontrovertibles del Soberano de la Ibera nacion. Ceuta fué la única que en medio del torbellino borrascoso de la usurpacion, dejó de rendir vasallage á quien se habia constituido por la rebeldía en Soberano portugués. Los Estados lusitanos de los cuatro continentes conocidos entonces, rindieron homenage al Duque de Braganza; pero creyendo los hombres de la conspiracion fácil de ganar á Don Francisco de Almeida, que gobernaba la ciudad de Ceuta, lo invitaron para la rebelion, é hicieron lo posible para captarse la voluntad de los moradores, los que rechazaron el intento, sin que pudiesen torcer los sentimientos de nobleza y lealtad que sus pechos albergaban, las magníficas promesas del rebelde, ni la segura privacion de los bienes y encomiendas que en el suelo portugués gozaban, ganados por torrentes de sangre de

sus antepasados, comprobando de este modo, que la nobleza distinguida que encerraba dentro de sus muros, entre la que habia ciento veinte Caballeros del hábito de Cristo, y otros hombres ilustres en armas y letras, no podia adherirse nunca á la traicion y la deshonra. Resueltos á no desconocer el dominio de su legítimo Soberano, y para acreditarlo de un modo ostensible, llamaron inmediatamente al Corregidor de Gibraltar, rogándole se trasladase desde luego á Ceuta, pues en ello se interesaba el mejor servicio del Rey y la fidelidad de la plaza. Acudió á este llamamiento el Corregidor, y aquellos ciudadanos le manifestaron que su objeto era rendir en sus manos pleito homenage al Rey D. Felipe IV, y prestar juramento de fidelidad por la corona de Castilla. Vista esta determinacion por el portugués Gobernador D. Francisco de Almeyda, marchóse incontinente á Portugal. El Rey D. Felipe, noticioso de este acto de hidalga lealtad, concedió á Ceuta diferentes gracias como testimonio auténtico de lo mucho en que estimaba su fidelidad, dando desde luego por Gobernador, á lan leales súbditos, al noble Marqués de Miranda.

A poco tiempo fué sustituido el Marqués por D. Luis de Alencastro, despues Marqués de Alagon.

El Marqués de Francifal, Conde de Torres-vedras, fué á relevar en el gobierno de Ceuta al de Alagon. Este Gobernador mandó construir un reducto delante de Chafariz en el sitio llamado la Franqueira, para que en las salidas que se practicaran de la plaza, se situase en él una compañía que protegiese las fuerzas que obrasen en el campo. Estando un dia en estas obras el hijo del General Gobernador, llamado D. Francisco de Alarcon, mandando su compañía, no habiendo observado ningun enemigo en el campo, y hallándose completamente descuidados, fueron sorprendidos por tres mil caballos, y muchos infantes, que se hallaban emboscados en los barrancos y espesuras de las inmediaciones. Por pronto que qui-

sieron acudir á las armas, los osados árabes, lanzados como las furias del averno, llegaron á estar muy próximos de la plaza de armas, y cortando á los cristianos la retirada, empezaron á sembrar la muerte entre sus escasas filas, si bien hallaron en los pechos castellanos todo el valor y heroismo de sus progenitores, resistiendo y descargando con firmeza rudos y certeros golpes, con que hacian pagar caras á los iracundos mahometanos las víctimas que inmolaban; pero siendo imposible resistir á las centuplicadas fuerzas, antes que huir, prefirieron terminar sus dias al impulso airado de los yaftanes y gumias. El choque de los contrarios aceros, los gritos de los árabes, semejantes al ahullido de las fieras, y las voces de los cristianos invitándose unos á otros á perecer por la fé y por la patria, antes que doblar la coyunda ante tan feroces é infieles enemigos, formaban un conjunto mas fácil de sentir que de esplicar.

Habiéndose observado desde la plaza tan sangrienta lucha, mandó el General Gobernador que con la mayor celeridad saliesen fuerzas para socorrer á sus heróicos soldados, y batir á la agarena gente. Salen las tropas con precipitacion y ardor para vengar la sangre de sus hermanos: emprenden el ataque denodadamente, y compactas sus filas, embisten á los bereberes con un arrojo inesplicable. La decision cristiana hace oscilar las múltiples hordas mauritanas, y acometidas sin cejar un paso y con la bizarría proverbial de los iberos hijos, pronúncianse en dispersion y precipitada huida, dejando el palenque de la batalla sembrado con muchos cadáveres de los suyos y restos mutilados de los valientes europeos que en número de cuarenta y dos habian sido inmolados.

Los árabes en su precipitada huida no descuidaron arrastrar tras sí cautivos al Capitan Alarcon y un soldado de su compañía, librándose de igual suerte, ó de perecer, el tambor de la bizarra compañía que habia

dejado de existir, el cual con su caja á la espalda logró salvarse de tan terrible estrago.

Entre los que murieron, cuéntanse muchas personas de hidalga cuna. El Capitan D. Manuel Diaz de Andrade, Caballero del hábito de Cristo; los Alféreces D. Manuel de Abreu y D. Antonio de Mendoza Govea, y otros muchos sugetos de mayor distincion que acompañaban al Capitan Don Francisco de Alarcon.

Consternada la plaza con un incidente tan inesperado como triste, dispuso el Gobernador se recogiesen del campo los cadáveres de los cristianos, que mandó depositar en el templo de Nuestra Señora de África, donde se les cantó un oficio fúnebre, dándoles despues sepultura eclesiástica. Los yertos troncos de los sarracenos, por su mucho número fueron arrojados al mar; pero se ignora cuantos perecieron.

Al siguiente dia de tan funesto incidente, se presentó un moro en las inmediaciones de la plaza de armas, solicitando seguro para entrar en la ciudad y presentarse al General Gobernador. Concedido por éste, le entregó el árabe una carta que traia de su cautivo hijo y del Bajá de Tetuan. El Marqués colmó de agasajos al berberisco y le entregó un escrito para el Bajá, pidiéndole permiso para que pasáran á Tetuan tres Caballeros de Ceuta á asistir á su hijo: vino bien en ello el caudillo mahometano, y en consecuencia mandó el Gobernador á aquella ciudad al intérprete Mendo de Silaveyra, con Antonio de Costa Lopez y Diego Godiño, los que permanecieron al lado de Alarcon los seis meses que duró su cautiverio.

Despues de muchos y ricos presentes, con que el Marqués Gobernador procuraba recabar del Bajá de Tetuan el buen trato y miramientos á su infortunado hijo, pudo no sin esfuerzos, arreglar su rescate por la cantidad de treinta mil pesos. Recibidos por el Bajá, dejó libre al de Alarcon,

regalándole un gaban de grana fina, unos calzones moriscos con alamares de oro, camisa mora y un caballo blanco de mucho valor y hermosura engalanado á la usanza moruna, y á los tres cristianos que habian ido para acompañar al hijo del Marqués, tambien les dió tres gabanes nuevos gustosamente adornados de arabescos de seda. El Capitan Alarcon, dispuso su marcha llevando consigo su comitiva aumentada con un cautivo natural de Melilla, rescatado por el Rey, el cual terminó su vida al dia siguiente de hallarse en la ciudad. Acompañaron al Capitan en su viaje muchos Caballeros moros de la ciudad en que la suerte le tuvo en cautiverio, despidiéndose al frente de la murada Ceuta.

En esta época, conociendo que la Iglesia catedral amenazaba ruina por su mucha antigüedad, dispúsose su demolicion, supliendo sus veces el santuario de Nuestra Señora de África.

Tenorio, el Marqués de los Arcos, marchó á Ceuta de Gobernador. Su actividad y celo y el deseo de llenar bien y cumplidamente el cargo que se le confiara, le impulsaron á verificar muchas salidas de la plaza, consiguiendo multiplicados triunfos sobre las huestes agarenas. Durante su mando fué sobre la ciudad de Ceuta el poderoso guerrero mauritano Ben Buscár, con mas de veinte y cuatro mil árabes, fuerzas con que inopinadamente embistió la plaza. Tenorio que mas se hacia temer que esperar, salió á su encuentro fuera de las murallas, y apenas las tropas de que pudo disponer pisaron el campo, cuando ordenándolas arremetió con estrema osadía á los berberiscos, que con su gritería acostumbrada, creyeron amilanar los castellanos combatientes. Trábase desde luego una terrible y encarnizada pelea: los castellanos son menos, pero su valor y arrojo suple para combatir contra la muchedumbre. Centellantes golpes se descargaban por ambas partes, y el crugir de las armas, el relincho de los caballos, los gritos de guerra de los cristianos y los ahullidos de los

árabes, forman un conjunto que solo preludiaba muerte y esterminio. La victoria se halla indecisa, tal es el encarnizamiento de los contrarios batalladores; unas veces se presenta propicia á los españoles, y otras muchas parece favorecer á los audaces agarenos. Se prolongaba demasiado el combate, y el valiente Tenorio, Gobernador de la ciudad, diciendo á los suyos: *«un esfuerzo mas, y la victoria es nuestra,»* se precipita sobre los feroces mahometanos, y con sus cortas fuerzas, penetra entre las del enemigo arrollando cuanto á su paso ofrecia resistencia. Sin duda alguna que la Providencia auxiliaba á los cristianos, pues su escaso número desconcertó á los marroquies, y les obligó á volver la espalda, retirándose hácia la parte de Angera. En tan heróico suceso, se ignora las pérdidas que esperimentó la guarnicion de la ciudad Hispano-africana, y el número de los árabes que perecieron, mas se señala esta batalla como una de las en que al frente de la plaza perecieron mayor número de bereberes (1).

En 1644, la magestad de D. Felipe IV de España, señaló la renta de dos mil reales de plata anuales, á la hermandad de la Misericordia, en razon á que por la emancipacion del Portugal, habia quedado privada de las rentas que en aquel reino poseia.

En 26 de febrero de 1645, falleció el obispo D. Gonzalo de Silva, último prelado que nombró la corona de Portugal, dejando entre otros recuerdos de su episcopado, la cruz grande que conserva la Santa Iglesia

---

(1) El padre Fr. Diego Almeyda, monge benito y predicador del Rey Felipe IV. que escribió una carta congratulatoria á su patria Ceuta, afirma como testigo ocular, que corrian hácia el mar, grandes arroyos de sangre. Es tradicion en la ciudad que durante la batalla, se vió una paloma que cegó á los moros y fortaleció á los cristianos para que hicieran mejor uso de sus armas, y esta creencia se presenta como un milagro prodigioso de Maria Santísima de Africa, patrona de la plaza.

catedral, muy recomendable por su antigüedad, trabajo y especial hechura.

Habiendo resuelto la comunidad de Trinitarios descalzos de Ceuta, hacer algunas obras de reparacion en su capilla mayor, y al desmontar el altar, se hallaron los trabajadores con un revestimiento de madera en cuyo centro habia una piedra de mármol blanco con una inscripcion, que traducida del Portugués, decia así: «*Depósito de D. Pedro Quidal, natural de Guadix, quemado en Argel por la fé de Jesucristo, hecho por D. Francisco de Almeyda, general de esta plaza en el año de* 1640. Los P. P. Trinitarios con este motivo, llamaron al escribano de la ciudad, quien libró el testimonio siguiente: «*Juan Pinto Correa, escribano público del número de esta fidelísima ciudad de Ceuta.—Certifico, doy fé y verdadero testimonio, que hoy dia de la fecha de este que se cuenta cinco del mes de diciembre de mil seiscientos cuarenta y ocho, estándose revolviendo la capilla del altar mayor del Real colegio de la Santísima Trinidad de Descalzos, y redentores de cautivos de esta ciudad, para hacer obra en ella, como se está haciendo, al descubrir dicho altar mayor, que estaba vestido de tablas, se halló el reparo de que en medio de él estaba como una lacena ó bóveda para afuera, y habia una piedra blanca de mármol con un epitáfio en lengua portuguesa, que dice así:—Depósito de D. Pedro Quidal, natural de Guadix, quemado en Argel por la fé de Jesucristo, hecho por D. Francisco de Almeyda, general de esta plaza en el año* 1640.—*Esto se contenia en el epitáfio dicho, con cuya novedad, pareci yo el escribano, de pedimento del padre ministro Fr. Francisco de San José, en dicho convento y capilla, y reconocí todo lo referido, siendo presentes dicho padre maestro y demás religiosos graves de dicho Real colegio; siendo tambien presentes Roque Rodriguez, maestro mayor de carpintería y Pedro Fernandez del mismo oficio, y por uno de estos, con un pico fué abierto este cóncavo, que estaba tapiado de cal y ladrillo, y*

quitada la piedra de dicho epitáfio, dentro se descubrió un cajoncito de madera de tres cuartos de largo y dos de ancho, y al quererlo sacar se desclavó y se desmoronó todo y dentro de él se vió un baulito forrado en cuero crudo con su cerradura y llave, que al sacarlo tambien se desunió, y estando fuera del cóncavo, por dicho padre ministro fué quitada la tapa de arriba y dentro se descubrió del todo largo del baulito, como un paño de seda verde algo perdido el color; y habiéndose prevenido unos manteles se puso encima de ellos el dicho envoltorio, que fué abierto por dicho padre ministro, y descubierto todos los huesos del mártir D. Pedro (segun lo dice el epitáfio á que me remito) desde los de la cabeza hasta los mas pequeños de los piés y manos: de cuyo suceso impensado se dieron gracias á Dios, y dentro del mismo paño y manteles los volvió á tapar y recoger el dicho Padre ministro, y en comunidad los llevó con devocion á su sala ministerial, en donde al presente está con toda veneracion: y para que lo referido conste donde convenga, á pedimento del referido Padre ministro, di el presente, bien fielmente, en Ceuta en dicho dia mes y año.—Y en fé de ello, lo firmé y signé en testimonio de verdad.—Juan Pinto Correa, escribano público» (1).

La majestad del Rey D. Felipe IV que miraba con particular atencion la fidelidad de su plaza de Ceuta, estimó conveniente mandar á la junta de Portugal el Real decreto siguiente:

«Los naturales de la ciudad de Ceuta han merecido por muchos títulos de fidelidad á mi servicio, que se cuide con particularidad de su consuelo y alivio: Y así ordeno á la Junta de Portugal, que en todas las pretensiones que tuvieren, y proposiciones que hicieren, atienda á su lealtad y á la

(1) En Ceuta se considera como un mártir glorioso á D. Pedro Quidal, quemado en una hoguera por la fé católica, en la ciudad de Argel.

satisfaccion de ella, con que de ella me hallo. En Madrid á 9 *de marzo de* 1652.—YO EL REY.»

Despues el mismo Monarca, atendiendo los méritos de la ciudad, espidió en 1656 el privilegio que á la letra dice así:

«Don Felipe, *Rey de Castilla, de Leon, de Aragon, de las Dos Sicilias, de Jerusalen, de Portugal, de Navarra, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorca, de Menorca, de Sevilla, de Jaen, de los Algarves, de Algeciras, de Gibraltar, de las Islas Canarias, de las Indias Orientales y Occidentales, Isla y tierra firme del Mar Océano, Archiduque de Austria, Duque de Borgoña, de Brabante, de Milan, Conde de Aspurg, de Flandes, Tirol y Barcelona, Señor de Vizcaya, y de Molina, etc.—Por cuanto por las leyes de estos mis reinos está dispuesto y mandado, que ningun estranjero de ellos, pueda tener ni ser proveido en ningun oficio real, público ni concegil, rentas eclesiásticas de ninguna calidad gozar, ni goce de ninguna de las honras; escepciones, prerogativas, libertades y otras cosas, que gozar pueden y deben gozar los naturales de estos mis reinos, estantes y habitantes en ellos, y conformándose con esta disposicion, por condicion particular de los servicios anteriores, dispuso el Rey la observancia de dichas leyes, y por las mismas conveniencias el que está junto en Córtes por via de contrato y convincion convencional, que por mí está confirmada y tiene acordado, que no se pueda dar, ni den en estos mis reinos naturaleza á ningun estranjero de ellos, para poder tener en ninguna de las ciudades, villas y lugares de estos mis dichos reinos, oficio real ni concegil, ni público, ni ningun género de renta eclesiástica con las cláusulas en esta condicion contenidas; y sin embargo de todo: Habiéndome suplicado la ciudad de Ceuta le concediese naturaleza, en estos mis reinos de la corona de Castilla para todos los naturales de aquella ciudad, como se lo concedí á Tarragona y Tortosa, y que la dicha ciudad de Ceuta sea tenida y esti-*

mada, como si estuviera comprendida dentro de ellos, y que sus hijos, que hoy son, y en adelante fueren perpétuamente, para siempre jamás, sean naturales de los dichos mis reinos, gozando de sus preeminencias enteramente, sin reservacion de privilegio, hallándome con obligacion propia de asistir á dicha ciudad, para que á su imitacion otras concurran con el mismo ejemplo por honrar y ennoblecer como me lo tiene merecido en la mas ámplia forma, y por el medio y modo que mas útil y favorable le pueda ser, usando en esta parte enteramente del poder absoluto, que como Rey y Señor natural tengo en mi intencion, y voluntad deliberada, que la dicha ciudad de Ceuta se pueda llamar é intitular, llamarse é intitule por escrito y de palabra la FIDELÍSIMA CIUDAD DE CEUTA*: Y como tal, hágola y constituyo por propia de estos mis reinos, para que sea tenida, y estimada como yo la tengo, y estimo por comprendida en ellos, con los honores, atributos, privilegios, exenciones, prerogativas é inmunidades, y las ó las otras cosas, que por mayor ó menor, tienen, y tuvieren, y pertenecieren en cualquiera manera á las demás ciudades de estos mis dichos reinos, y en la misma forma y consiguientemente hago y constituyo con la misma plenitud de mi potestad á los hijos de la misma ciudad de Ceuta, que hoy son, y en adelante fueren perpétuamente para siempre jamás, y á cada uno de por sí naturales de estos mis dichos reinos de la corona de Castilla, Leon y Granada y de los demás á ellos sujetos, para que como tales generalmente, y cada uno de por si, puedan gozar, y gocen de todas las honras, gracias, mercedes, franquezas, libertades, exenciones, preeminencias, é inmunidades, y las otras cosas que gozan, pueden y deben gozar los naturales de ellos, y haber y tener en ellos cualesquier plaza de oficios de veinte y cuatro, regidores, jurados, y demás reales concegiles y públicos de que en cualquier manera fueren proveidos. Y por esta mi Carta, ó su traslado signado por mano de escribano público, mandó á los Infantes, Prelados,*

Duques, Marqueses, Condes, ricos-hombres, nobles, Alcaides de los castillos y casas fuertes y llanas, y á los de mis Consejos, presidentes y oidores de las mis Audiencias, alcaldes, alguaciles de mi casa y córte y cancillerias, y al Regente y jueces de la mi Audiencia de grados de la ciudad de Sevilla, alcaldes de la Cuadra de ella y al mi Gobernador y Capitan General y alcaldes mayores de mi reino de Galicia, y á todos los Corregidores y Asistentes, Gobernadores, Alcaldes mayores y ordinarios de todas las ciudades, villas y lugares, inclusos en estos dichos mis reinos, que guarden y cumplan, hagan guardar y cumplir esta dicha mi Carta á la ciudad de Ceuta, y á sus hijos y naturales, que hoy son, y en adelante fueren perpétuamente para siempre jamás y guardándole y cumpliéndola, la hagan, tengan y estimen, como si estuviera comprendida en estos dichos mis reinos, y á los hijos suyos por naturales de ellos, y á ellos, y á ellas, en los casos y cosas que á cada uno ocurrieren, guarden y hagan guardar todas las honras, gracias, mercedes, franquezas, libertades, exenciones, preeminencias, prerogativas y las otras cosas que por ley de derecho se acostumbran y que tienen las otras dichas ciudades de estos dichos mis reinos, y á sus hijos, y naturales, que hoy son, y en adelante fueren perpétuamente para siempre jamás, dejar y consientan haber en ellos, cualquiera cargo, plazas, oficios de regidores, veinte cuatro, jurados y los reales concegiles, públicos, y cualesquier prelacias, dignidades, canongias, prebendas, beneficios, pensiones, y otras cualesquier rentas eclesiásticas de cuando fueren proveidos sin escepcion, ni limitacion alguna, y no quedando en todo ni en parte de ello impedimento alguno á la dicha ciudad ni á sus hijos y naturales, se les pueda oponer ahora ni en ningun tiempo, ni por ninguna manera, porque como queda dicho por esta mi Carta, y su traslado de escribano público, tengo y estimo á la dicha ciudad por comprendida en estos dichos mis reinos y á sus hijos por naturales de ellos, como si real y verdaderamente la dicha

ciudad estuviera fundada dentro de los límites de ellos y sus hijos hubieran nacidos en ellos, todo ello no embargante cualesquiera leyes, pragmáticas, de estos mis reinos y señoríos, capítulos de Córtes, contratos y condiciones de los servicios de los millones anteriores, y del que corre, ordenanzas, estilo, uso, costumbres de mis Consejos, Cancillerías y Audiencias y de los otros tribunales ordinarios y particulares, que hay, y se comprenden dentro de los límites de estos mis reinos, y los demás que haya y pueda haber en contrarios, y que en todo, ni en parte, se impida el entero efecto, ejecucion y cumplimiento, en todo lo cual para en cuanto esto toca, y por esta vez, y como Rey y Señor natural, y usando de mi poderío real y absoluto, dispenso y abrogo, y derogo caso, y anulo, y doy por ninguno, y de ningun valor y efecto, quedando en su fuerza y vigor para en lo demás adelante, y por aquella fineza y amor, con que esta ciudad se ha demostrado en mi servicio, me ha obligado á hacerle esta merced, para que le sea cierta y segura, y se conserve en todo tiempo en sí, y en sus hijos y naturales, que hoy son y en adelante fueren perpétuamente para siempre. Y si de esta mi Carta y de cualquiera parte de lo en ella contenido vos, la dicha ciudad de Ceuta, ó cualesquiera de vuestros hijos y naturales, que hoy son y en adelante fuesen quisiéredes, ó quisieren privilegios y confirmaciones, y al mi mayordomo, canciller y notarios mayores, y á los otros oficiales que están á la tabla de mis sellos, que os la den libre, pasen, y sellen lo mas fuerte, firme, y bastante que les pidiésedes y menester hubiésedes.—Y esta merced la hago atento á que el reino junto en Córtes, en las que al presente se están celebrando en la villa de Madrid, por acuerdo suyo de tres de marzo de este año, ha prestado consentimiento para ello; dispensando por lo que le toca las condiciones de millones que lo prohiben. Dada en Aranjuez á 30 de abril de 1656.—YO EL REY.—*Yo Antonio Carnero, secretario del Rey Nuestro Señor la hice escribir por su mandado.—Registrada, Don*

Pedro Castañeda, canciller mayor.—D. Pedro Castañeda.—Licenciado Don Antonio de Contreras.—D. Juan de Góngora.»

Al Marqués de los Arcos, lo relevó el Conde de Castell Mendo, y como la ciudad se hallaba libre de embestidas de los berberiscos desde la famosa batalla de su antecesor, no tuvo otras atenciones que la conservacion y mejora de la plaza, y rechazar ligeras escaramuzas de los sectarios de Mahoma.

Continuando en su gobierno el Conde de Castell Mendo, en 6 de febrero de 1659, el Capitan D. Melchor Fernandez Pita, Caballero de la órden de Santiago, el Alférez Estéban Rodriguez Carballo, y Sebastian Gomez Pinto, Caballeros de la órden de Cristo, y Manuel Gimenez Baña, todos hijos de la ciudad, hicieron obligacion de pagar á *Mahamet Beneysa Nacay*, Bajá Gobernador de Tetuan, la cantidad de tres mil ochocientos cincuenta y dos pesos fuertes para que consintiese el tráfico comercial entre las dos ciudades cristiana y mora. Recibido el dinero por el Bajá establecióse el cambio de mercancía en ellas, recabando recíprocos beneficios comerciales, y cuyo pacto con mucha utilidad de ambos paises se conservó por espacio de algunos años.

El Marqués de Acentar fué á Ceuta en relevo del Conde Gobernador. Su carácter ardiente y arrojado espíritu, no le dejaban vivir tranquilo, asi es que de contínuo hacia salidas de la plaza contra la morisma de las montañas inmediatas: su arrojo irreflexivo le llevó en muchas ocasiones mas allá de donde debia ir, y en tales espediciones hubo variedad en los encuentros, favoreciéndole unas veces la suerte y otras siéndole adversa; pero en todas sin esperimentar grandes reveses por ambas partes, en razon á que se concretaban los combates á pequeñas escaramuzas. Su carácter belicoso y emprendedor le hizo llamar un dia á los Caballeros que en la plaza residian, y les propuso una espedicion al rio *Negron*, por cuyas

márgenes, á distancia de tres leguas de Ceuta, tenian los árabes de Tetuan establecido un campo para cuidar de sus ganados que á la sazon pastaban en aquellos lugares. Convinieron en el pensamiento del Gobernador y resolvieron ejecutarlo á las once del dia por ser la hora en que los moros estarian mas descuidados. Practicaron el movimiento con tal celeridad, que no fué notado por los árabes hasta que los españoles habian llegado á los Castillejos. Iban sesenta caballos; treinta mandados por Hector de Andrade de Afranca, y el adalid Benito Cuaresma Gayo mandaba el resto. Reconocieron las bóvedas de los Castillejos y saquearon cuanto en ellas habia, recorriendo despues aquella comarca, y regresando á la plaza incontinenti conduciendo ciento treinta reses vacunas, y cautivos tres moros y una mora El dia anterior á esta espedicion, el Marqués habia librado seguro al Bajá de Tetuan para que las reses de su pertenencia pudiesen pastar sobre el territorio de la presa, y esta circunstancia obligó al Gobernador á disponer se practicase un reconocimiento del ganado y se devolviese al de Tetuan el que tuviese su marca; se hallaron sesenta cabezas que se le enviaron inmediatamente, distribuyéndose las demás entre los aprehensores, segun la antigua costumbre establecida en la colonia.

Doña Ana de Austria, Reina viuda de Felipe IV y Regenta de España durante la minoridad del Monarca Cárlos II, tuvo á bien conceder á la ciudad de Ceuta, el real privilegio que sigue:

«*Juez, veedores, contador, adalid, escribano de los cuentos y matrícula, almojarifes, fidalgos, Capitanes y demás oficiales de la justicia, guerra y hacienda, y demás personas y moradores de mi siempre noble y leal ciudad de Ceuta; habiéndome presentado memorial en vuestro nombre, pidiendo diferentes gracias con ocasion de haberos incorporado en la corona de Castilla, he querido deciros en primer lugar, que os tengo en la particular esti-*

macion que merece vuestra fidelidad y constancia que habeis tenido en el servicio del Rey mi hijo, y podeis estar cierta de que lo tendré presente para favoreceros y haceros merced en todo lo que hubiere lugar y que se tendrá especial cuidado con vuestra asistencia y conservacion: al Consejo de Cámara he mandado me proponga persona para vuestro Obispo y en conformidad de lo capitulado con Portugal, en las paces, se pedirá que se le acuda con las rentas episcopales que toca pagar á los territorios de aquella corona, y entretanto que se ajusta, he resuelto se le dé Cóngrua en las consignaciones de esa plaza; atendiendo á vuestros méritos he venido tambien en que se conserven á vuestros naturales, los oficios, fueros, leyes y costumbres que habeis tenido, y respeto á lo que toca á moradia no pueden darse hoy con título de la Corona de Portugal, he mandado se continúen dando con título de la Corona de Castilla y para que sepa la cantidad que importan, avisareis el número de las que se dan y á que personas, con que título y en que cantidad, para que con noticia de todos, mande Yo lo que se hubiere de ejecutar asi para la conservacion de los que la gozan, como para la conservacion en lo venidero. Por lo mucho que deseo vuestra mayor seguridad he mandado al Marqués de Acentar, haga reconocer si son menester nuevas fortificaciones, y se queda tratando de mandar municiones y pertrechos de guerra y bastimentos de reserva, y por que he mandado vayan luego ciento y cincuenta hombres para reforzar esa guarnicion castellana, avisareis si se necesita demás gente y en que número. He resuelto á vuestros naturales se dén hábitos de las órdenes militares de Castilla, en lugar de los que se les daban de la Corona de Portugal, mereciéndola por sus personas y servicios y guardando los estatutos de cada órden, y para escusarles todo lo posible los gastos de las informaciones, se cometan al caballero ó religioso que hubiere en esa ciudad y sino á los que estuvieren mas cercanos; al Inquisidor General he ordenado ponga en esa ciudad,

Comisario y demás ministros de la Inquisicion y lo mismo al Comisario General de cruzada, para que nombre los de su jurisdiccion y distribuya bulas y en lo que toca á voto en Córtes que pedis, respecto de tener inconveniente, he resuelto uniros en esta parte con la ciudad de Sevilla, para que por su medio representeis y pidais en las Córtes lo que se ofreciere, en que se tendrá toda la atencion que corresponde á vuestra fineza y á la estimacion que yo hago de ella. De Madrid á tres de julio de mil seiscientos sesenta y ocho.—Yo la Reina.—Por mandado de S. M. D. Diego de la Torre.»

La acumulacion de guerras que estaba sosteniendo la decadente España por la mala direccion que llevaban los negocios del Estado, los sucesos de Felipe IV, la regencia de Doña Ana de Austria durante la minoría de Cárlos II, y la poca capacidad y orgullo desmedido de su ministro favorito el eclesiástico Nitard, fueron postrando y comprometiendo á España mas y mas. La debilitacion progresiva de la Monarquía, los desastres y crecidos gastos de la guerra dinástica que sostenia en Portugal por espacio de tantos años, sin conseguir despojar al Duque de Braganza del trono que de hecho poscia, dieron lugar á que la Inglaterra se metiese á mediadora entre los beligerantes reinos de España y Portugal. Termináronse las diferencias entre ambas naciones, firmándose la paz en Lisboa á 13 de febrero de 1668, reconociendo Doña Ana los derechos de la casa de Braganza al trono lusitano, con cuantos dominios le pertenecian antes de su incorporacion á España, esceptuando únicamente la posesion de Ceuta, que quedó bajo el cetro español.

En esta época se hallaba España en guerra con la Francia, y noticioso el Gobernador de Ceuta de que en la desembocadura de Guadaljamara estaba fondeado un buque francés, mandó á D. Diego de Mendoza con las embarcaciones de guerra que tenia entónces la plaza, que eran

una fragata y un bergantin construido en la misma ciudad, y le previno que á todo trance procurase apresar al bastimento de las lises. Efectivamente, despues de un ligero choque, fué apresado y conducido á Ceuta cargado de muchas telas de gran valor.

Poco despues apareció en las aguas de Ceuta el famoso corsario llamado *Hamet Topal*, cuyo nombre era muy conocido en aquellos tiempos por los muchos estragos que hacia en las costas de España, reduciendo á la esclavitud crecido número de los iberos hijos, y arrebatando sus fortunas. Deseoso el Gobernador de castigar al terrible Hamet, dió órden para que se alistara para salir á la mar la fragata, el bergantin y otro buque de menos porte, confiando el mando de la primera á D. Tomás Fagundes, del segundo al adalid Benito Cuaresma, y del tercero á D. Diego de Mendoza. Hízose la escuadrilla á la vela en busca del corsario, y se propusieron aguardarlo sobre la ensenada de Tetuan. Los piratas ni remotamente habian imaginado el tropiezo que encontrarian; así es que del todo descuidados, se dirigian á penetrar en el Guadaljamara con el producto de sus rapiñas, cuando de improviso fueron embestidos por los buques españoles, con tal decision, que nada se resistia al empuje y denodado valor que desplegaron en el abordaje. Los feroces sarracenos pretendieron por todo medio defenderse y abrir la fosa á los marinos españoles en las aguas del cabo Negron; pero los cristianos, apercibidos á la pelea, luchan con un arrojo inesplicable. Ensangriéntase mas y mas el combate, durante el que los mahometanos procuraban conducir sus tres fragatas hácia las playas del valle de Tetuan; pero los hijos de Iberia, no desapercibidos del intento, embisten con mayor denuedo, y obligaron á los infieles á arrojarse al mar para salvar sus vidas en la costa berberisca, quedando en poder de los españoles las tres fragatas enemigas con todos sus equipages, municiones de boca y guerra, y muchos efectos que conducian

á su bordo. Regresó á Ceuta la escuadrilla altamente satisfecha con los trofeos de su victoria, mereciendo las aclamaciones de los habitantes y guarnicion de la ciudad.

A poco de este brillante hecho naval, se observó en la plaza que un cárabo moruno iba con rumbo á Poniente, y en consecuencia dispuso el Marqués Gobernador que D. Diego de Mendoza le diera caza con uno de los buques de la plaza: lo efectuó asi D. Diego, apresándolo con diez y ocho moros que lo tripulaban y conducian un cargamento de armas; mas al regresar á la plaza con su presa, descubrió Mendoza una fragata sarracena sobre la punta de la Almina, que convoyaba otro cárabo con rumbo al Estrecho. Con su acreditada bizarría y su reciente victoria, no titubeó un momento, púsoles la proa y trabó combate, logrando despues de bastante resistencia abordar y señorearse del cárabo, tripulado por veinte bereberes, y la fragata por ser muy marinera pudo salvarse, huyendo hácia Tetuan.

A tan brillantes hechos siguió un lamentable suceso. Fueron á Ceuta para la redencion de cautivos en Berbería, tres religiosos descalzos de la Santísima Trinidad. Su intento era rescatar los españoles que sufriesen tan desventurada suerte, y al efecto pusóse en la plaza bandera de parlamento, mas los moros no quisieron admitir que se practicase el rescate por tierra, manifestando que para tratar de él, preciso era acudiesen á la ciudad de Tetuan: en consecuencia, dos de los trinitarios pasaron á la ciudad mauritana para contratar el rescate, y una vez estipulado, dieron aviso á Ceuta. Para llevarlo á efecto, salió de la plaza el tercer religioso á bordo de un bergantín formando convoy con una galeota y otros barcos de menor porte, conduciendo á bordo los caudales necesarios y una porcion de efectos comerciales para venderlos entre los bereberes. Esta flotilla iba mandada por D. Tomás Arraez, Caballero de los principales de la

ciudad cristiana, y emprendió de noche su derrotero á montar el cabo Negron, para penetrar al amanecer en el rio Guadaljamara, mas aparecido el dia antes de llegar al punto de su destino, se vió la flotilla acometida de improviso por tres grandes naves argelinas. Los buques cristianos sorprendidos, quisieron virar en redondo y regresar á Ceuta, pero les fué imposible, porque los agarenos habian acoderado una de sus embarcaciones sobre tierra, y en tan crítica situacion no tuvieron otro medio que guarecerse detrás de la punta del Negron por su cara Norte, próximo á la playa de los Castillejos. Los turcos, que tomaron el caso con empeño, hicieron sobre los buques españoles tan nutrido fuego, que atemorizando á los cristianos, los impulsaron á desamparar aquellos, é irse precipitadamente á tierra, siendo el único que se mantuvo en su puesto, el comandante de la espedicion, que fué hecho cautivo con otros que en mar y tierra pudieron coger los sarracenos; dueños ya de los abandonados bastimentos, los saquearon á su placer y les pusieron fuego, siguiendo su navegacion tan luego como los vieron consumir.

Los desbaratados nazarenos que pudieron huir de la esclavitud argegelina, fueron á parar unos á Ceuta y otros á Tetuan. En esta ocasion los árabes tetuaneses se condujeron con nobleza, pues trataron bien á los que en huida fueron á ampararse en su ciudad, y les dejaron libres para regresar á la ciudad arábigo-española. La plaza se consternó con tan lamentable incidente; pero este no era mas que el preludio de nuevos reveses.

Falta la ciudad de combustible, y no pudiendo marchar á hacerlo á los Castillejos porque los mauritanos tenian allí establecidos doscientos ginetes, dispuso el Marqués que fuesen algunas embarcaciones menores al mando del armador Luis Tomás á practicar un desembarco en la cala de *Salgadeiras*, distante media legua de la plaza sobre el camino de los

Castillejos. Para proteger la corta de leñas, Tomás condujo además de los leñadores, un número de fuerza armada para defender el campo y colocar sus avanzadas. Practicó el desembarco sin oposicion, y despues de efectuado el reconocimiento, pusiéronse á realizar la corta; pero la gran guardia establecida en direccion á los Castillejos fué acometida por los árabes, que sin ser vistos se le agolparon: fué batida, dejando nueve muertos, al mismo tiempo que el otro puesto, por el mismo medio, tuvo que retirarse con pérdida de seis hombres. En este estado, el armador no tuvo mas tiempo que para embarcar los leñadores y resto de soldados que les quedaban, practicándolo con una velocidad que solo á ella debieron su salvacion.

El adalid Benito Cuaresma marchó á la córte para solicitar el rescate de su hijo, cautivo por los argelinos en la espedicion de Tetuan, y el Marqués Gobernador nombró para ejercer sus funciones á Pedro Vieyra Arraez, quien deseando ratificar de nuevo su valor, solicitó hacer una salida al campo para conducir leña. Accedió el General, y Arraez con su gente salió al campo y estableció sus atalayas, despues de haberlo reconocido, á fin de que le diesen aviso rápido de cualquier novedad que observasen entre los moros. Una hora hacia que los leñadores, sin novedad alguna, estaban haciendo la tala, cuando los atalayas avisaron al adalid, de que un número muy crecido de agarenos se dirigia con rapidez hácia aquella parte. Mandó Arraez juntar su gente para emprender la retirada é introducir en la plaza los trabajadores y volver sobre los berberiscos; mas su plan debia ser contrariado por el destino. Salióle al encuentro un árabe y con su certera puntería le disparó su espingarda dejándolo cadáver en el mismo sitio. Desordenados los iberos hijos con la pérdida de su adalid y embarazados con la leña que conducian, corrian de uno á otro lado sin concierto batiéndose individualmente, hasta que

despues de una porfiada refriega quedaron los moros dueños del campo retirándose á la plaza la caballería cristiana.

A tan trágica escena, siguió á poco el desplomamiento de parte de la muralla que defiende la casa Sur de la ciudad. La antigüedad y el descuido fueron causa de su ruina, precipitándose en el mar una noche con horrible estruendo, un lienzo de ciento cincuenta pasos de longitud, que al derrumbarse causó mucho estrago en los edificios próximos y conmovió los mas lejanos. El Marqués Gobernador dispuso inmediatamente cerrar la brecha con fajinas, maderos y cestones, hasta que quedó en estado de defensa, por si los moros con noticias del suceso intentaran asaltar la plaza por aquella parte, tomando el paso de la ribera. Sin embargo de que el Marqués se hallaba bastante atacado de la gota se hizo llevar á los trabajos en silla de manos hasta su terminacion y dió cuenta á la córte de aquel acontecimiento. El Rey en consecuencia le ordenó pidiese cuanto necesitára para la pronta reparacion de la muralla, lo que tuvo efecto y sin dilacion comenzáronse las obras de reedificacion.

Despues de tantos incidentes infortunados, el Marqués de Acentar, mandó practicar diversas salidas para batir á la morisma, en las que sus tropas lograron derrotarla. Los africanos respiraron solo venganza, acudieron sobre Ceuta llevando toda la infantería que cubria á Tetuan y aquellas comarcas, no considerando suficientes para batir á los Españoles los doscientos caballos de guerra que tenian establecidos en los Castillejos. Embistieron denodadamente los árabes hasta la trinchera de Martin de Abreu, pero tuvieron que ponerse en precipitada fuga diezmados por el nutrido fuego de la artillería y mosquetes, que les hicieron un terrible estrago, retirándose á sus aduares oprimido el corazon con el luto de sus hermanos y amilanada su fuerza moral.

Como los buques de la flotilla de Ceuta desaparecieron incendiados

por los argelinos junto al Cabo Negron, el Rey libró al Gobernador mil quinientos pesos fuertes para ayudar á la construccion, en aquel astillero, de una galeota de mayor porte. Afortunadamente cuando se habia terminado la construccion del citado buque, capaz para ciento cincuenta hombres de tripulacion y artillado con un cañon y muchos pedreros, apareció sobre aquellos mares un corsario de Argel, llamado *Soliman*, mandando cuatro fragatas de aquella regencia, destinadas á la piratería.

El Marqués dispuso la salida á la mar de la galeota, auxiliada de otras embarcaciones menores, montando aquella y con el comando de todas D. Diego de Mendoza. Con la seguridad de que los argelinos se habrian dirigido á la costa de España, marchó á cruzar sobre aquellas aguas y á vista de la ensenada de Estepona, descubrió las fragatas enemigas en cuya demanda navegaba. Los argelinos luego que reconocieron las embarcaciones cristianas, á pesar de la inferioridad de su porte y fuerzas, pusiéronse en huida mar á dentro, pero Mendoza, lleno de ardor, y escitando á los suyos, se propuso darles alcance lográndolo en menos de dos horas, merced á la ligereza de su nave y esfuerzos de las otras. Pusiéronse en combate los contrarios bastimentos y comenzó una lucha encarnizada y sangrienta; mas en el ardor de la pelea, se voló en la galeota una pequeña cantidad de pólvora, desgracia que produjo la pérdida de diez y siete hombres abrasados, y media vela del trinquete. Los sarracenos entonces aprovechándose de la confusion momentánea de los Españoles, pusiéronse de nuevo en huida; pero Mendoza, destruyendo en el momento el estupor de sus soldados, emprendió sin detencion tras de las naves argelinas, á las que dió caza cuando las tinieblas empezaron á velar el continente. Por tal causa solo pudo alcanzar como trofeo de su bravura la presa de una de las fragatas, tripulada por treinta y seis mahometanos que condujo á Ceuta al siguiente dia, siendo recibido con gran rego-

cijó y estrepitosas aclamaciones al victorioso estandarte de Castilla.

Al Marqués de Acentar sustituyó en el gobierno de Ceuta el Conde de Torres-vedras, á quien relevó á poco tiempo D. Diego de Portugal, Marqués de Sauceda.

En el año de 1676 fué á Ceuta, como primer óbispo nómbrado por la corona de Castilla, despues de treinta y un año de vacante, el Ilmo. Don Antonio de Medina Chacon. Conociendo este prelado que el templo catedral estaba ruinoso y próximo á desplomarse, trasladó el cabildo á la Iglesia de la Virgen de África, disponiendo la demolicion de aquella.

Continuando de Gobernador D. Pedro de Portugal, Marqués de Sauceda, en 1677 mandó cerrar las puertas de la plaza, prohibiendo absolutamente que nadie saliera al campo para evitar todo género de relaciones y roce directo ó indirecto con los mauritanos. Cometió en ello una falta política y gubernativa privando á la ciudad de varios efectos de comercio que los moros importaban, ya en sustancias alimenticias, ya en mercancías. Como era consiguiente, esta resolucion inmotivada produjo disgusto á los moradores de Ceuta, y la sed de venganza entre los febriles árabes; así es, que su imaginacion ardiente como el pais en que habitan, puso en juego los medios de hacer pagar su ofensa, como lo realizaron con dos hechos de la mayor consideracion. Una noche se acercaron los moros á la playa llegando hasta el Albacar, sin ser apercibidos por ninguno de los centinelas de la plaza; colocados ya dentro de las obras avanzadas, cogieron un cañon de hierro, calibre de á 4, llevándoselo á sus aduares; pero era tal el descuido que habia en la ciudad, que la falta del cañon nadie la notó hasta que al Gobernador se lo noticiaron de Cádiz, por las esplicaciones que dieron unos buques que hacian el comercio con Tetuan. El segundo hecho fué mas original y osado: la galeota y otro bastimento de porte, estaban amarrados dentro del foso nave-

gable, cargados de trigo para conducir á Gibraltar y llevar la correspondencia pública. Es incomprensible como los moros entraron con sus cárabos al ancladero colocado entre los dos baluartes en que termina la muralla real; es lo cierto que penetraron en el foso sin ser sentidos por la guardia del principal y la de la casa-mata que cae sobre el referido foso, cortaron las amarras y se llevaron los buques cargados, cuya falta no se notó hasta la mañana siguiente que descubrieron los bastimentos cristianos barados sobre la playa mora de los Castillejos. Tales incidentes y otros de menor monta en la administracion, acreditaron que el de Portugal carecia del talento, prevision, inteligencia y valor que son indispensables para ser Gobernador de una fortaleza de primer órden y mucho mas estando situada al frente de un pais de osados enemigos, y sin duda alguna, los malos efectos que producia el gobierno de D. Diego de Portugal dieron lugar á que fuese relevado poco despues por D. Francisco de Alarcon, quien ya conocia la índole de los árabes y el modo de tratarlos. en razon á ser el Capitan que cayó prisionero en el Chafariz, y estuvo cautivo en Tetuan, cuando su padre fué Gobernador de la plaza.

Sustituyó al de Alarcon, el Obispo D. Antonio de Medina Chacon Ponce de Leon, que ejerció interinamente el cargo de Gobernador General de Ceuta, hasta que fué trasladado á la silla episcopal de Murcia. Entonces fué á Ceuta á tomar el mando de la plaza el señor Conde de Puñonrostro, quien administró la ciudad con acierto, si bien no hubo ocasiones de que desarrollase su inteligencia, porque los mauritanos no se prestaban á la sazon mas que á ligeras escaramuzas.

Al sublevarse el Portugal desconociendo los derechos del Rey de Castilla, los frailes dominicos idos á Ceuta por cange de su convento de Tánger con los trinitarios, marcháronse para Lisboa, y el Monarca español dispuso que los padres redentores de Andalucía, tomasen las fincas de

aquellos y su convento en administracion. En 1680 el Rey D. Cárlos II dió dicho claustro en propiedad á los frailes de la Santísima Trinidad consagrados á la redencion de cautivos, siendo su casa asilo patrocinador del infeliz y su celo estraordinario, cuando la plaza sufria los rudos ataques de los infieles, casos en que se ocupaban en la curacion, consuelo y traslacion de los heridos en medio de los mayores peligros.

En 1681 fué á Ceuta á ocupar la silla episcopal el Ilmo. D. Juan de Porras.

Al Conde de Puñonrostro lo sustituyó como General Gobernador, Don Francisco de Velasco. En 1683 este activo jefe reedificó el resto de la muralla del Sur, desplomada en tiempo del Marqués de Acentar, cuyas obras dejó del todo terminadas.

El Rey en esta época mandó dirigir al Gobernador de Ceuta la Real carta siguiente:

«*El Rey.—D. Francisco de Velasco, mi Gobernador y Capitan General de la plaza de Ceuta.—Habiéndome hecho reparo en que de muchos dias á esta parte, las gentes de esa plaza acuden á esta Córte en derechura á pedir remuneracion de lo que han servido ahí, faltándose al estilo observado por lo pasado, de venir por mano del Gobernador de esa plaza su memorial, quien lo remitia con los informes, oyendo á los oficios el suyo, y con la certificacion de estos del tiempo servido y ser suficiente para deber dársele, de que ha resultado mucho embarazo y ningun beneficio á las partes, porque precisamente tienen mas dilacion de éxito de las pretensiones; y conviniendo el que se restablezca la forma practicada por lo pasado: os ordeno hagais se observe noticiando de esta dicha mi determinacion á los naturales y oficios, y os prevengo, que tambien conviene mucho se guarde la reglada, que se estilaba antiguamente y particular cuando las materias de esa plaza corrian por el Consejo de S. M. de Portugal, en la cantidad que en trigo y*

dinero se ha de conceder su premio de dichos servicios, porque se ha escedido mucho esto, y sino se repara crecerá tanto la consignacion, que sea insuperable su provision, y así lo dareis á entender á estos oficios; ordenándole sienten las que les deis en sus libros, para que en adelante se tenga presente y lo hagan á los que os sucedieren en esos cargos, y vos lo tendreis presente en los informes que me hiciereis para ajustaros á ella. De Madrid á 18 de enero de 1684.—YO EL REY.—*Por mandado del Rey Nuestro Señor.—D. Juan Antonio Lopez de Zárate.*»

Al pié de dicho Real documento está escrito lo siguiente:

«*Ceuta y marzo 17 de 1684.—Cúmplase lo que S. M. manda.—Don Francisco de Velasco.—José Andrade de Afranca.*»

Reemplazó en esta época al Obispo Porras el Ilmo. D. Antonio Ibañez, dando principio en 1685 á la fundacion de la nueva catedral en el mismo solar en que estaba la antigua; pero la actividad con que desarrolló los trabajos este prelado fué combatida en 1687 que marchó de Arzobispo de Zaragoza. Los talentos y circunstancias de este hombre ilustre hicieron fuese nombrado Presidente de Castilla, Virey de Aragon é Inquisidor General, falleciendo electo Arzobispo de Toledo.

Por este tiempo fué de Gobernador á Ceuta el Sr. D. Bernardo de Baraona, quien sin sucesos interesantes por las armas, gobernó la ciudad protegiendo á sus moradores.

Don Diego Ibañez de la Madrid, Freire de Santiago, fué á ocupar la mitra de Ceuta en 1688 y continuó las obras de la catedral hasta techarla. Murió en 5 de abril de 1694, dejando á su iglesia ricos ornamentos, colgaduras, ropas, pinturas y su báculo de plata.

En 1693 fué de Gobernador y Capitan General de Ceuta el Marqués de Valparaiso. El Gobierno del Rey se hallaba continuamente molestado con reiteradas solicitudes de los habitantes de la ciudad, que sin cumplir

las órdenes comunicadas por el Soberano, acudian en derechura pidiendo gracias al Monarca, y otras veces aunque dirigidas las esposiciones por el conducto regular, los oficios emitian informes estralimitando sus atribuciones, y estendiéndose fuera del asunto de que debian tratar, produjo la repeticion de una Real órden que dice así:

«*Marqués, Gentil-hombre de mi Cámara, Gobernador y Capitan General de la plaza de Ceuta: He resuelto preveniros, que para lo de adelante en todos los informes que os pidieren con la calidad de que oigais á los oficios de esa plaza, solamente han de referir estos lo que constare en sus libros de los servicios, órdenes y reglamentos de ella citándolos y enviando copia de ellos cuando sea necesario, sin pasarse á dar parecer, porque esto solamente os toca á vos, que es á quien se os pide, y lo que debe practicarse en adelante y haberse observado en lo pasado y si hubiere sido contrario el uso, no debe llamarse estilo ni posesion, sino abuso, y para enmendarle y corregirle, hareis se tome razon en los asientos de los oficiales de esa ciudad y remitireis certificacion de quedarlo, y os prevengo que en los casos que querrais y convenga oir y sentir á los oficios, podreis ejecutarlo reservadamente para dar el vuestro, pero sin manifestar el de los oficios, cuya accion solo es de informar el hecho y las órdenes que constaren en sus libros como queda referido. De Madrid á 29 de mayo de 1693 —Yo el Rey.—Por mandado del Rey Nuestro Señor.—D. Juan Antonio Lopez de Zárate.—Ceuta y junio 12 de 1693.—Cúmplase lo que S. M. manda por su Real despacho retroescripto.—El Marqués de Valparaiso.—Gonzalo Correa de Afranca.*»

Gobernando la ciudad de Ceuta el referido Marqués de Valparaiso en 1694, *Muley Ismael,* Emperador de Marruecos y Rey de Fez, acumuló todas las fuerzas posibles, máquinas y pertrecho de guerra de que pudo disponer para establecer un sitio formidable sobre la ciudad arábigo-

hispana. Publicó la guerra santa en todos sus dominios, y los árabes, tan ardientes como el clima donde habitan, aprestaron sus armas y caballos, y corrian de todas partes para formar el grande ejército con que Muley habia resuelto apoderarse de Ceuta á todo trance.

Noticioso el Marqués Gobernador de tan estraordinarios preparativos, con ojo avizor previno su plaza para la defensa, dando cuenta al Rey del asedio con que se veia amenazado, y pidiendo auxilio de tropas en razon á la escasez que tenia de ellas para la defensa y por ella acudió tambien á los Gobernadores de Sevilla, Cádiz y otros próximos. Muley Ismael que se habia apoderado del trono, mas que por el derecho, favorecido por la fortuna, despues de haber aniquilado á los bereberes que rechazaban su yugo, quiso inmortalizar su nombre volviendo sus armas contra el cristianismo, y al efecto embistió y se apoderó, de *Larache* y otros puntos: pareciéndole fácil la conquista de Ceuta, y creyendo no podria ser auxiliada por España en razon á que se hallaba en guerra contra la Francia, miró como seguro su triunfo.

Nombró para jefe del asedio á *Alí-Ben-Abdalá,* Bajá y Alcaide de Tetuan y del Riff, á cuyas órdenes puso treinta mil combatientes, mandándole no desistiese del empeño hasta apoderarse de la antigua ciudad mora, y que hiciese tremolar sobre las almenadas torres de Ceuta, las gloriosas banderas de la media luna.

El 4 de octubre de 1694, *Alí,* Alfaqueque de la sierra de Ximera que solia ir á la plaza á vender algunas mercancias, dió aviso de que Alí-Ben-Abdalá, General en jefe del ejército mauritano, conducia sus huestes hácia el campo fronterizo.

El Marqués de Valparaiso, que á fuer de buen castellano se habia dispuesto á la pelea, dió las armas al clero y demás habitantes desarmados, y situó en la plaza de armas parte de la guarnicion á las órdenes del

Sargento mayor, D. Pedro de Guevara, quien le merecia estrema confianza por su esperimentado valor y bizarría. El resto de las tropas lo distribuyó en la muralla real, Ribera, principal y Almina, y auxiliadas por el vecindario y clérigos ancianos, dieron inmediatamente mano á reparar en los muros lo mas indispensable, proveyéndolos de la artillería y pertrechos necesarios para combatir.

El Marqués Gobernador mandó á D. Francisco Paez permaneciese en la torre del Hacho para observar los movimientos que practicase el enemigo y darle parte de cuanto fuera interesante. Pasó revista á la guarnicion de su plaza, que en aquellos momentos solo contaba seiscientos infantes, ochenta caballos, sesenta artilleros, ciento veinte eclesiásticos y algunos paisanos y desterrados.

Prudente el Marqués, á la par que valiente y decidido, mandó reunir consejo de guerra para convenir en la forma que debia efectuarse la defensa puesto que era corta la guarnicion, pues no llegaba á mil hombres, y las obras esteriores sumamente débiles. Al efecto reuniéronse el Teniente Rey de la plaza, D. Lorenzo de Ripalda, Sargento mayor Don Pedro de Guevara Vasconcelos, Adalid de la caballería D. Antonio Ribero de Mendoza Pacheco, los Capitanes de las compañías de la ciudad, Don Mateo Gil y D. Alonso de Guevara Vasconcelos, los de las cuatro compañías de la dotacion castellana D. Antonio de Vargas Machuca, D. Juan Muñoz, D. Juan Caballero y D. Juan Esquerris, mas los de las compañías agregadas D. Marcelo de Robles, D. Pedro Gimenez, D. Gaspar de las Quintas, D. Francisco de Arce y D. Juan Negrete.

Abierto el consejo y puesto en acuerdo la defensa, los mas fueron de parecer que se abandonasen las obras esteriores con la plaza de armas, en razon á no poder fundar esperanza alguna de sostenerlas y defenderlas por la debilidad y estado de las murallas, siendo seguro que si los marro-

quies sin detenerse se dejasen ir sobre ellas, hubiéranse posesionado sin trabar gran contienda. A este dictámen opusiéronse D. Lorenzo de Ripalda y D. Pedro de Guevara, seguidos de otros de los vocales, manifestando que á todo trance debia defenderse hasta la última línea de la corona de Castilla, y esta decision, conforme con el parecer del Gobernador, salvó indudablemente la plaza, pues si los bereberes hubieran podido conseguir el dominio de las obras avanzadas, las defensas interiores habrian sido débiles, y reducidas al estrecho círculo de la muralla real.

Ripalda, segun las órdenes del General Gobernador, mandó desde luego abrir minas en direccion al campo para que fuese fácil inutilizar prontamente las que el enemigo intentase contra la fortificacion, y púsose en obra la fundicion de balerío, carga de granadas, encartuchamiento y establecer repuestos en los puntos convenientes.

Como se retardaba la aparicion del ejército sitiador, el Marqués dispuso salieran al campo, y se introdujesen en el monte, siguiendo en direccion de *Almalza*, distante tres leguas por el O., Francisco Ruíz y Francisco Gil, hombres espertos y muy prácticos en el pais, á fin de que se cerciorasen de la verdadera situacion de los enemigos, y la direccion en que se moviesen; Ruiz, avanzó estraordinariamente, y regresó á la plaza con la noticia de haber visto el gran campo de los mahometanos, y lo crecido de su tren de sitio: el segundo, por no haber podido seguir á su compañero, regresó á la plaza sin noticia alguna.

El 22 de octubre de 1694, D. Francisco Paez, establecido para observar desde el vigía, dió parte al general Gobernador de descubrir al ejército enemigo, que en gruesas masas iba penetrando en los campos del rio Negron, marchando ya su vanguardia hácia la playa de los Castillejos, con banderas desplegadas y repetidas salvas de espingardas, modo

con que simbolizan la alegria las gentes mahometanas. Esta noticia esparció la alarma en la ciudad cristiana, entonando sus habitantes los cánticos de guerra, hijos de su ardiente fé, y cada uno voló al puesto que le estaba señalado para no ser el postrero en la defensa. Los fuertes avanzados estaban cubiertos por las valientes tropas, que solo esperaban el momento del choque, y la muralla real y sus baluartes se hallaban coronados de defensores de la cruz, entre los que se descubria ya el ministro del altar, ya el ciudadano, ya el veterano aguerrido en los combates, formando un conjunto capaz de enardecer y animar al mas tímido. Pasóse la noche en tranquila calma, y al amanecer del siguiente dia notáronse algunos trabajos practicados por los sarracenos en el morro de la Viña, canto de Antonio Tomás, y Otero de Nuestra Señora. A vista de estas obras, el General Gobernador mandó romper el fuego de sus bien pertrechadas baterías; pero ni los certeros y múltiples disparos de bala, granada y bomba, ni la actividad de los fuegos, fueron bastantes para arredrar á los berberes en su continuacion. Todo el dia jugó la artillería obrando bien sobre las masas enemigas, y durante la noche se arrojaron al campo algunas carcasas para descubrir las faenas de los sitiadores. Así continuaron las cosas por espacio de cuatro dias, haciendo disparos la plaza, y construyendo los mauritanos varias trincheras y baterías. El 28, empezaron los moros á espeler algunas balas de cañon desde una batería que habian terminado en el Morro, pero sus efectos fueron de poca monta, pues que solo lastimaron ligeramente algunas casas y tejados.

Noticioso el Rey de estos sucesos, creyendo que el Marqués de Valparaiso no llenaba cumplidamente sus deberes de Gobernador, y que habia espuesto la plaza que le estaba confiada por falta de celo, mandó fuese relevado por D. Melchor de Abellaneda, Marqués de Valdecañas, reforzando la guarnicion de la ciudad, cuyas tropas por falta de acuarte-

lamientos suficientes, una parte se alojó en las casas de la Hermandad de la Misericordia.

Fué continuando el asedio con nutridos fuegos por ambas partes, sin que su multiplicacion produjese grandes resultados entre ambos combatientes. El Gobernador, Marqués de Valdecañas, quiso ostentar su valor y denuedo, y al efecto hizo una salida general, cuyo objeto fué quemar los ataques y destruir las trincheras levantadas por los mahometanos, operacion que se practicó con la resuelta bizarría de pechos castellanos, no sin grandes pérdidas entre las beligerantes tropas. A un enemigo menos audaz y belicoso que el pueblo árabe, tal vez hubiera arredrado el mortífero cañoneo de la plaza, y la actitud fuerte y decidida de sus defensores; pero aquellas hordas de beduinos, cuya inercia es tan grande como su actividad, formaron de nuevo durante la noche muchos parapetos, estableciendo algunos próximos al glasis. Valdecañas, observador de tanta osadía, fué temerario tambien en su empeño, y ordenó nueva salida general, encaminada al mismo objeto que la anterior, y que tuvo iguales resultados. En el momento comisionó á D. Francisco Manrique y Arana, circunvalase de estacada el ángulo de San Pablo, cuya operacion practicó sobre el mismo glasis en que el enemigo habia levantado un ataque inmediato al citado baluarte. Se dió principio con grande actividad al foso del fuerte de Palomino desde la puerta de hierro, para impedir que los enemigos entrasen por la parte de Santa Ana, como lo intentaron repetidas veces, siendo rechazados por el corage y heroismo de los defensores, costando mucho luto y sangre á los sitiados y sitiadores, quienes á pesar de sus estraordinarios esfuerzos, no pudieron conseguirlo. Los españoles volaban algunas minas, y los árabes no se descuidaban en hacer estallar las suyas, con que intentaban derruir los débiles fuertes esteriores para posesionarse de su situacion. El Gobernador, á fuer de activo cam-

peon, dió principio á aumentar las defensas de plaza de armas con el corte de un revellin trazado por el ingeniero D. Francisco Hurtado, pero viendo que esta fortificacion no podia ofrecer las ventajas que apetecian, se abandonó el proyecto, concediendo así á los moros un emplazamiento para la colocacion de cinco morteros que, amen de diez y ocho cañones repartidos en distintas baterías, empezaron á jugar contra la plaza, arruinando mucha parte de la antigua ciudad. Aterrorizado el débil sexo con tantos estragos, dejó aquel recinto despoblado, y la mayor parte de las familias formaron campamento en el arrabal en la Almina, guareciéndose las que no pudieron albergarse en las pocas casas que existian, bajo chozas y tiendas de campaña. En tanto que esto acontecia, el Gobernador mandó colocar una pequeña estacada inmediato á San Pablo, delante de la cortina llamada de las Caballerías, que despues se denominó Falsabraga. Al ingeniero Hurtado le sucedió D. Pedro Borraxo, quien proyectó el ornabeque que hoy existe sobre el terreno de aquellas obras, que destruyó al efecto.

En este tiempo aconteció una célebre salida por el punto en que está hoy el ángulo saliente de San Ignacio, y en ella se hizo memorable el cabo de granaderos D. Juan Machuca, quien valiente entre valientes se empeñó demasiado, penetrando con estrema audacia entre los agarenos, franqueándose paso con la segur de la muerte. Uno contra muchos, fué vencido y muerto á cuchilladas por los feroces defensores del islamismo. Los españoles no quisieron que los fraccionados restos del héroe fuesen hollados por la planta infiel, y esto produjo mayor empeño en la pelea, para avanzar hasta el punto en que habia perecido: al fin lograron su deseo, y retiraron á la plaza el inanimado tronco de tan bizarro compañero.

Siguió el sitio las fases comunes á todos, enviándose recíprocamente

proyectiles, cuando al poco tiempo cundió la nueva de que los berberiscos querian levantar el asedio, y estas noticias fueron esparcidas por Don Alonso Angulo, Ayudante real de la plaza, quien las tuvo de los moros; mas no realizándose se comprendió desde luego que era un ardid estratégico.

Continuaba aun la guerra entre España y Francia, y se presentó al frente de la ciudad un buque de la marina real de los franceses; entonces el General mandó salir los bastimentos de la plaza á las órdenes de Pedro Camelo, Ayudante de ella, y fuese desde luego al abordage, trabándose una reñida pelea, en la que despues de crecidas pérdidas por ambas partes, quedó la victoria por los Españoles que condujeron al ancladero la embarcacion de la bandera blanca.

El sitio establecido por Muley continuaba sin grandes cambiantes en su fisonomía. En 1695 fué á Ceuta como Obispo de ella el Ilmo. Don Vidal Marin, natural de Mora en el arzobispado de Toledo, Inquisidor general y colegial mayor de Salamanca, Magistral que fué de Santo Domingo de la Calzada, y Lectoral de la catedral de Sevilla. Este digno prelado, en medio de la inquietud consiguiente al obstinado asedio que la ciudad sufria, pastor espiritual de aquel redil, iba de uno á otro lado animando á todos con una uncion evangélica, que producia resignacion, fé y entusiasmo. Las muchas bombas espelidas de los morteros sarracenos, tambien hirieron los templos sagrados del catolicismo, y el gefe de la Iglesia de Jesucristo, no descuidó atender á la reparacion para que el culto no sufriese menoscabo; así es, que en medio del continuado estruendo de la guerra, se trabajaba en aquellos con tanta calma y esmero, como si viviesen en las paces de Octavio.

El Rey en este año, tuvo por conveniente á su mejor servicio relevar del cargo de Gobernador al Marqués de Valdecañas, reemplazándole el de

Villadarias. Tan luego como el Marqués de Villadarias se posesionó del mando de la plaza, mandó jugar activamente todas las baterías de las fortalezas á fin de aterrorizar á los hijos de Alá: dispuso asimismo la esplosion de algunos ramales de mina que dirigian al campo contrario, y sus efectos fueron los que eran de esperar. Activo y laborioso el Marqués mandó la construccion de un camino cubierto á vanguardia y en paralelismo con la estacada, trabajos que se efectuaron con bastantes pérdidas, porque el enemigo con sus certeros disparos de escopetería, inmolaba víctimas á su placer: esto no obstante, hacíase imposible desistir del empeño, porque Villadarias miró como una de las primeras necesidades para una buena defensa, el reconquistar la abandonada Lengua de Sierpe donde los enemigos tenian un respetable emplazamiento. Las obras que levantaron los berberiscos sobre ella fueron estraordinarias, pues á fuerza de fagina y tierra las elevaron á la altura de la muralla y dominando la plaza de armas, hacian un formidable destrozo en sus defensores. Esto padrastro llamó desde el principio la atencion del Marqués Gobernador que por todo medio resolvió alcanzar la destruccion del fuerte sarraceno; así es, que además de que con su artillería probó constantemente apagar los fuegos de los marroquíes, no descuidó la construccion de minas que coadyuvasen á espeler al enemigo de sus atrincheramientos para mejor obrar. Los trabajos del camino cubierto avanzaron con estraordinaria rapidez, y la boladura de una mina que penetró al riñon del grande ataque árabe, tuvo tan buen éxito que borró la existencia de este reducto artillado de los sarracenos, dejando un vacío en que podian establecerse unos setecientos hombres. Este es un hecho de los mas distinguidos que ocurrieron durante el sitio establecido por Muley Ismael, y su glorioso éxito fué debido á la pertinaz y temeraria bizarría del General Marqués de Villadarias, que contra la opinion de todos los cabos principales de la

numerosa guarnicion que entonces tenia la plaza y del ingeniero D. Pedro Borraxo, se empeñó en llevar adelante este proyecto que le coronó con un éxito feliz, ayudado del valor heróico que desplegaron las tropas que servian á las órdenes de tan ilustre guerrero. Desde luego determinó el de Villadarias, se construyese un bastion sobre el campo conquistado, el cual se bautizó con el nombre de Santiago; pero siendo preciso mas terreno para abrir su foso, se ganó con el esfuerzo de los valerosos pechos castellanos, que despreciando el fuego nutrido de los sitiadores, se presentaron á combatir á cuerpo descubierto, sufriendo los disparos certeros de los árabes que los hacian desde sus ataques. La morisma irritada mas y mas por el terreno que las armas le habian arrebatado, dieron un avance general, terrible y osado, sobre aquel territorio efectuándolo á las doce de la noche con el intento de sorprender los fuertes esteriores; pero la vigilancia y disciplina de las tropas contrarió el intento: dada cuenta de él al General Gobernador, órdenó disparar una mina tan oportunamente, que lo fué en el momento en que el Bajá *Alí Ben-Abdalá*, Capitan general del ejército enemigo, marchaba en reserva sosteniendo el empuje de sus huestes. Alí apenas sintió los primeros efectos de la mina, cuando fué á guarecerse en una poterna, pero no pudo hacerlo con tanta felicidad y suerte de quedar salvo, pues una porcion de las ruinas le alcanzaron inutilizándole para siempre una pierna.

El Marqués Gobernador, cuya incesante actividad no necesitaba de preconizadores, daba de contínuo cuantos golpes le eran posibles sobre las agarenas tropas, y repetidos choques le facilitaron la adquisicion de un terreno en que cimentó y acabó las obras del medio bastion de Santa Ana. Despues dió una arrojada é intrépida embestida sobre la principal batería que los sarracenos tenian establecida en el Morro, y para ello no hizo uso de otros soldados que de una compañía de bandoleros, los que

por sus crímenes y atrocidades sufrian la pena del destierro en la plaza. Si es posible que la sangre pueda lavar la falta, aquellos hombres se limpiaron de la culpa con el heroismo. Embistieron de frente á la batería en que ondeaba el pabellon de los hijos del profeta y sin cejar ni un paso, fueron avanzando en medio de una lluvia de balas donde solo el estruendo de la artillería y la detonacion nutrida de las espingardas y mosquetes hacian fantástico y aterrador el suceso, verdadera imitacion del último dia. Los bandoleros sin pararse en los que perecian, ganaban la distancia con brevedad, y aterrorizados los moros al descubrirlos próximos ya á sus merlones, y no creyéndose potentes para rechazar á gente tan resuelta y feroz, abandonaron los emplazamientos del Morro con su artillería y pertrechos, sin que su obstinada resistencia tuviese otro éxito que la huida mas precipitada y vergonzosa.

Mas adelante, el Gobernador que no cesaba de maquinar contra los enemigos, mandó á D. Alonso de Guevara, que con doscientos hombres saliese á practicar la arriesgada operacion de incendiar el almacen de pólvora que los berberiscos tenian á retaguardia de su campamento en un parage oculto á la plaza, llamado *Val de naranjos*. Para intentar esta empresa utilizó el Marqués de Villadarias la feliz circunstancia de haberse pasado á la plaza un espia enemigo. Al efecto embarcóse al anochecer la columna mandada por el bizarro Guevara, que desembarcó en una playa detrás del campo mahometano, sin que fuese sentida. Emprendieron los guerreros su movimiento con el mayor silencio, favorecidos por la densa oscuridad de las tinieblas, mas á poco de marchar se disparó una pistola de uno de los espedicionarios y este incidente hizo fracasar el intento, pues alarmada la morisma, tuvieron que reembarcarse y regresar á la plaza porque de otro modo hubieran perecido indudablemente sin prestar servicio alguno.

Surcaba las aguas de Ceuta con estrema osadía, una nave sarracena llamada la *Azaña*, tripulada por cuarenta hombres, la que corseaba delante de la ciudad cristiana como desafiando el valor de sus defensores, pues algunas veces llegó hasta próximo á sus muros. El Gobernador no pudo por mas tiempo mirar con sangre fria tal insulto, y por ello ordenó la salida de los buques de la plaza los que la apresaron despues de una tenaz resistencia.

No pudiendo el de Villadarias sufrir con paciencia la contínua ferocidad musulmana, mandó á D. Manuel de Mendoza que con unos cuantos hombres escogidos, se embarcára y marchase al parage de la Mezquita en la costa intermedia á *Tánger* para incendiar los trigos y cebadas de los árabes, operacion que realizó felizmente.

El General español con su ánimo esforzado é incansable, buscaba cuantos resortes le eran dados para aterrorizar á la morisma, así es, que por un lado ú otro de la plaza, hacia salir en sus bastimentos gente dispuesta, que penetrando en el territorio marroquí, no volvia sin presa, conduciendo ganados, granos ó cautivos.

Alí-Ben-Abdalá, taimado y astuto como buen árabe, fingió mas de una vez querer entrar en acuerdo ó ajuste con el Gobernador para levantar el sitio de la plaza, y al efecto dispuso en diversas ocasiones la suspension de hostilidades, pero el Marqués si bien le dió oidos algunas veces, lo hizo sin ceder su confianza á la palabreria del moro: al fin cansado ya de tantos engaños, á las últimas propuestas de Alí, contestó tratándolo muy mal y no volvió á admitir ninguna otra proposicion, rechazando los ataques que el ofendido árabe dirigió despues con el mayor encono, por haberle frustrado sus intentos.

El Gobernador Villadarias habia resuelto multiplicar las defensas de la plaza á todo trance y apoderarse de los puntos desde donde el enemigo

causaba mayores males; al efecto y para evitar la pérdida de hombres, muchas veces estéril por la volubilidad de la suerte, pensó arrojar al sarraceno de sus trincheras haciendo uso de las minas. Para ello consultó al recomendable ingeniero D. Andrés Tortosa, hombre lleno de esperiencia en el arte de minar, quien convino en el pensamiento del Marqués. Este era censurado por el consumo de municiones y contínuos riesgos á que esponia las tropas, pero su alma elevada hízose siempre superior á tan maléficas y miserables hablillas, naturales á la ignorancia y pusilanimidad; sin embargo, el pensamiento era grave, y por ello hizo que Tortosa formase el plano de las obras subterráneas, el cual remitió á la Córte esplanando la conveniencia y razones en que se apoyaba la ejecucion. Aprobó el Rey el plan y desde luego venciendo estraordinarias dificultades, dióse principio á la roturacion de diversas galerías, avanzando con la mayor rapidez los trabajos, en términos de quedar en breves dias terminada la galería principal. Cargáronse sus hornillos, y dispuesto todo reunió consejo, no con la idea de seguir la opinion contraria que emitiesen, sino con la de comprender el modo de pensar de cada uno. Concurrieron á la junta su segundo D. Antonio de Portugal, los Maestres de Campo, D. Pedro de Castro, D. José de Villalonga, D. Cárlos de San Gil, D. Antonio Barrientos, D. Juan Bautista Visconti, D. Vicente Primo, Don Gonzalo Zegrí, D. Antonio Antolinez, D. Juan Pedroche, D. García Yedroba y D. Diego de Mendoza Villalobos: el Sargento mayor de la plaza Don Manuel de Guevara, el Comisario Basconcelos, el Adalid de caballería D. Manuel de Mendoza Pacheco, y el ingeniero D. Andrés Tortosa. Manifestóles el Marqués su plan, aprobado por el Rey, esponiendo la necesidad de apoderarse de un golpe, del terreno que convenia: que deseaba oir la opinion de tan esperimentados Capitanes para asegurarse en el acierto. D. Antonio de Portugal promovió embarazos, manifestando que

para aquel acuerdo convenia la presencia del inteligente ingeniero Don Pedro Borrás, pensamiento que escuchó el Marqués con marcada indiferencia; oyó el parecer de los demás, que con pequeñas variantes estaban de acuerdo con el suyo, y despues dijo en confianza á D. Pedro de Guevara, que no tan solo estaba resuelto á la adquisicion del terreno, si que tambien á practicar una salida para apoderarse de los *reductos colorados*, con cuyo intento tenia ya en la plaza de Gibraltar doscientos caballos del cuerpo de Estremadura á las órdenes de los Capitanes D. Felipe de Rojas de Solís, D. Cristóbal Triviño y D. Pedro Guazalaga, pero que estaba decidido á llevar á cabo la operacion, sin esperar la llegada de la caballería espedicionaria. Guevara aconsejóle esperase el arribo de aquellos ginetes, porque ofrecia el aumento de fuerzas, mayores seguridades al buen éxito; no obstante, el Marqués no tenia espera, y su actividad combatia toda dilacion, así es, que determinó llevar á cabo la espedicion sin mas dilaciones.

Era el dia del glorioso Santiago en el año de 1699, cuando despues de prevenida la mina y preparadas las tropas para salir al campo, nombró el Gobernador primer sobresaliente al Capitan D. Francisco Palomo, del tercio de los Colorados, soldados de robustez y agilidad y que eran tenídos por los mas valientes, siendo los mas veteranos de toda la guarnicion. A las seis de la mañana mandó el Marqués dar fuego á la mina, y en breve tiempo efectuóse la voladura con un estruendo aterrador, y su esplosion hizo conmover la tierra en los puntos comarcanos, desapareciendo el gran reducto que los mauritanos tenian mas próximo á la plaza, volando por los aires entre las piedras los mutilados cuerpos de los agarenos que lo defendian. Esta escena no tan solo llenó de espanto á los berberiscos, sino que horrorizó á los cristianos, estando las fuerzas de unos y otros sobre las armas, unos para embestir y otros para defender.

El Gobernador Villadarias aprovechó la confusion y espanto de los moros, y las tropas españolas en medio del humo y del polvo se posesionaron, de aquel greteado y conmovido terreno, y sobre el punto en que se halló el ataque enemigo pusiéronse á levantar parapetos de tierra y faginas, asegurándolo con estacada. Observada esta operacion por los sitiadores, lanzáronse como furias del averno para desalojar á los iberos soldados del puesto que habian adquirido, que defendian los invencibles Colorados. Comiénzase decididamente la refriega; rompiendo batalla campal, fué herido en la cabeza el esforzado Capitan Palomo y esta circunstancia le precisó á retirarse á la plaza, reemplazándolo el de no menos valor D. Juan del Barco, Capitan de las Milicias del reino de Sevilla. Los moros no encontraban valla á su arrojo; así es, que á pesar del denuedo de los peninsulares, pusieron fuego á las faginas del campo que se acababa de atrincherar, y por ello acudieron parte de los soldados á conducir agua del mar para apagar el incendio, operacion que costó mucha pérdida á los cristianos. Á este revés sucedió la voladura de un barril de pólvora de los españoles, los que creyendo nacer el fuego de una contramina mora, armaron tal confusion instantáneamente, que abandonaron la mayor parte el puesto, quedando solo en él D. Manuel de Chaves, Capitan del Tercio de la costa. Viendo el Marqués Gobernador aquel desórden, espada en mano se arrojó á contener la tropa y á defender el punto, mas D. Diego de Mendoza y otros oficiales lo contuvieron diciéndole á aquel que tenia Capitanes que cumplirian su voluntad; en su consecuencia mandó á D. Manuel de Mendoza que con la caballería y los sobresalientes de los tercios de la armada socorriese el puesto. Los moros con el mayor empeño aglomeraban las fuerzas de su campo para desalojar á los cristianos, y por ello dispuso el de Villadarias que para contenerlos, saliesen mangas de todos los cuerpos por la izquierda y playa, con cuyo

auxilio fueron rechazados los árabes, dando mano sin descanso á apagar el incendio de los parapetos, que se alcanzó á fuerza de trabajo, y emprendióse desde luego la rehabilitacion de las obras que habian sido calcinadas. En esto los moros no cedian de su empeño, y con gente de refresco embistieron dos veces con la mayor intrepidez intentando poner fuego nuevamente á los parapetos, pero fueron rechazados con pérdidas de consideracion. El Gobernador, á quien no arredraban los peligros, consideró que sus tropas metidas en nutrido fuego sin reposar un momento necesitaban algun descanso; dispuso pues, que la gente que cubria el puesto conquistado se relevára cada dos horas, haciéndoles llevar á él, agua y aguardiente para refrigerarse. Contentos los soldados por el desvelo de su General é imitando su serenidad, permanecieron todo el dia dando y recibiendo golpes, llegando su entusiasmo al estremo de disputarse el tiempo para cubrir el servicio del reducto. Así llegó la noche, que trascurrió en aparente calma; pero al amanecer del siguiente dia, los árabes se horrorizaron al ver su campo sembrado de cadáveres de los hijos del profeta, sin haber adelantado ni un paso sobre la plaza, y estendiéndose el desaliento entre sus filas, replegáronse á su campamento, limitando las hostilidades al curso ordinario del asedio y dejando tremolar el estandarte de Castilla sobre los escombros del reducto que habian perdido.

Tan reñida accion fué de las mas culminantes del sitio, debida al animoso y temerario esfuerzo del Marqués de Villadarias, que contra la opinion de la mayoría de sus Capitanes la emprendió, contando con el pundonor y bravura de los soldados y oficiales que mandaba. Tales sucesos se hicieron sentir estraordinariamente entre la morisma, que perdió la flor de sus guerreros y mas valerosos Capitanes al filo de las armas castellanas y nutrido fuego de tierra y mar, coadyuvando al buen éxito de

este choque las galeras que mandaba D. Luis Manuel de Córdoba, cuya inteligencia y valor dió rudos golpes á las falanges moras al principio de la jornada.

La pérdida de los españoles en esta batalla no se conoce á punto fijo. Los émulos del General Marqués de Villadarias, publicaron que entre heridos y muertos, perdió la guarnicion, en las cuarenta y ocho horas, ochocientos hombres; mas el Gobernador, segun los partes dados por la Veeduría y por el hospital, manifestó consistir las pérdidas por ambos conceptos en trescientos hombres; es lo cierto, que perecieron muchos entre los que se cuentan los Capitanes D. Juan del Barcó, D. José Gallardo y los oficiales D. Cristobal de Guerra, D. Pedro Baltasar, D. José Florin, Simon de Pavía y Andrés Lopez. Fueron heridos los Capitanes Palomino, Gamero y Correa, y otros varios cuya nominacion no hay medio de averiguar.

Llegaron á la córte las noticias de tan brillantes hechos: ignórase si la envidia tendió sus alas, ó si el Gobernador dejaría de cumplir algun precepto que le hubiere impuesto el Gobierno; es lo cierto, que el Rey mandó retirar inmediatamente la caballería de Gibraltar, yendo á Ceuta de General de batalla, como segundo del Marqués, D. Antonio de Zúñiga y la Cerda, en reemplazo de D. Antonio de Portugal, y fueron relevados los cinco tercios de la armada que en la plaza habia, por el tercio de Búrgos al mando de D. Tomás Vicente, nombrándose Maestre de campo del mismo á D. Antonio Macías de la Cerda; además tambien fueron á aquella guarnicion las levas que sobraron de la gente desterrada al viaje de *Dariel*.

Las noticias que circulaban por toda España de la triste situacion que esperimentaban los infelices cautivos en la Berbería, y que los enfermos perecian en las mazmorras sin ningun género de auxilio, escitaron los

humanos y distinguidos sentimientos del Sr. D. Pedro Antonio de Aragon, personage ilustre, quien impetró, y obtuvo del Rey, la autorizacion para procurar alivio á la desgracia. Al efecto púsose en relaciones con el venerable padre Fr. Antonio de la Concepcion, General de Trinitarios descalzos, cuyo religioso celo por el bien de los cautivos era popular, y muy respetado en la córte por sus talentos y virtudes. Bien pronto se hallaron de acuerdo dos corazones inclinados íntimamente al bien, y por ello resolvieron establecer hospitales en África, bajo el cuidado y administracion de la órden de Trinitarios descalzos.—Combinadas las bases del pensamiento y formalizadas las escrituras, pasó á Ceuta un religioso, que penetrando entre los mauritanos, llegó hasta el trono de *Muley Ismael*, de quien consiguió, despues de muchos esfuerzos, el permiso para fundar dos hospitales donde los esclavos cristianos hallasen una mano caritativa que atendiese á la humanidad doliente, debiendo establecerlos en las ciudades de *Fez* y de *Tetuan.* Tambien Ismael facultó á los Trinitarios para penetrar en sus dominios con el objeto de rescatar cautivos.

Sabidas por el de Aragon y el padre Fr. Antonio los concesiones de Muley, pusiéronse á reunir los caudales posibles, y verificado, marcharon para Ceuta algunos padres redentores llevando consigo los religiosos que debian servir los hospitales. Se embarcaron para la ciudad arábigo-española sufriendo un terrible temporal en el Estrecho, de que salvaron milagrosamente. Partieron luego para Tetuan, donde habilitaron una casa para hospital con los utensilios necesarios y dejando frailes á su servicio marcharon á Fez, donde tambien hicieron su establecimiento, si bien á trueque de pagar una cantidad de dinero, como tributo, á Muley por haber permitido la fundacion. Despues de algun tiempo, fué tan escesivo el número de cautivos enfermos que acudian al asilo hospitalario, que no pudo soportarse la carga, y considerándose imposible hallar medio de sos-

tener tan piadosos establecimientos, se dispuso levantar los hospitales y aplicar sus fondos á otras obras pias, paso que produjo un sentimiento indecible entre los desventurados que sufrian la negra condicion del cautiverio.

Por esta época los Reyes de *Mequinez* enviaron á la córte de Muley Ismael, el escudo de armas del Emperador Cárlos V, para que aquel Príncipe lo viera antes de su devolucion á España.

El General Villadarias, considerando de escasas fuerzas la galeota que la plaza tenia, la hizo deshacer y fabricó en su reemplazo un bergantin que artilló y tripuló perfectamente.

Muchas obras y sucesos con buen éxito tuvieron lugar durante el mando del Marqués de Villadarias, cuya buena memoria no desaparecerá del teatro de sus glorias; mas como todo tiene término en la vida, su gobierno terminó sin que sea dado razonar las causas que lo motivaron.

Fué á Ceuta de Gobernador el Marqués de Gironella, el que desde luego continuó las operaciones contra los sitiadores, siguiendo el plan que tenia establecido su antecesor el de Villadarias. Á los pocos dias, despues de un vivo choque, se ganó el terreno del rebellin de San Ignacio y cubrió con estacada el glasis de Santa Ana en el sitio que hoy existe la gola de San Javier. Despues determinó posesionarse de los ataques que los árabes tenian establecidos cubriendo la salida de Machina; pero los mauritanos hicieron una tenaz resistencia y solo los abandonaron al impulso de las minas y fogatas, y al decidido empuje de los valientes soldados españoles.

El Gobernador mandó que los minadores trabajasen en quitar el guarda-infante que cubria la comunicacion del ataque real (1) de los berbe-

(1) Ataque, llaman los moros á un ramal de trinchera, y ataque real, á los reductos con emplazamiento para cañones y morteros.

riscos, los que descubieron la mina y comenzó un reñido combate al arma blanca que duró desde las dos de la tarde hasta las nueve de la noche: viendo los moros que la pelea era sin término, hicieron distintas cortaduras sobre la galería y por ellas arrojaban bombas á los minadores españoles, quienes siguieron adelante su empeño consiguiendo el resultado á que sus trabajos se dirigian.

Poco despues de estos sucesos, resolvió el Gobernador se verificase una salida general al campo, y para ello ordenó sus tropas en diversas columnas: el Maestre de campo D. Pedro Macías de la Cerda, mandaba una de trescientos infantes y ochenta caballos, el cual debia acometer el ala derecha del enemigo, llevando en reserva al Sargento mayor de la plaza con doscientos infantes. El ataque del ala izquierda lo confió al Maestre de campo D. Gerónimo de la Puente y Herrera, con ochocientos hombres de infantería, y el centro lo mandó el mayor D. Ignacio Picalques con otros doscientos infantes y ochenta caballos. El General determinó el ataque simultáneo, y para coronarlo con la victoria, dispuso que la operacion fuese protegida por mar, mandando que algunos barcos de la plaza tomasen parte á las órdenes del Capitan reformado D. Manuel de Guevara Vasconcelos, cuyas naves por la cara que mira á Europa batieron de flanco las masas agarenas.

El Rey, por este tiempo, tuvo á bien espedir la Real cédula que sigue:

«*Juez, Veedores, Contador, Adalid, Escribano de los cuentos y matrícula, Almojarifes y Fidalgos, Capitanes y demás oficiales de la justicia, guerra, hacienda, y demás personas y moradores de mi siempre noble y leal ciudad de Ceuta: Por cuanto por cédula de 3 de julio de 1668, firmada de la Reina Madre, hallándose Gobernadora de estos Reinos por la menor edad del Rey mi tio, que esté en gloria, y refrendada de D. Diego de la*

Torre, su Secretario de guerra, se sirvió espedir la cédula del tenor siguiente (1):

Y porque ahora con lo que me ha representado el Marqués de Villadarias, con ocasion de haber pasado á la ciudad de Ceuta de auditor que conozca de las causas de los militares, así voluntarios como de levas y otros tercios, sobre la forma que debe haber, y por despacho aparte se le ha ordenado, en la forma que lo ha de ejecutar, no contraviniendo á los que vuestros ciudadanos están gozando, y para que os sean guardadas por vuestra inmensa lealtad todas las esenciones, privilegios y libertades que habeis gozado hasta aquí en vuestra gobernacion, economía y política, he resuelto ratificar el despacho preinserto; para que por este medio goceis sin controversia é inquietud, la posesion en que os hallais tan merecida á vuestra fidelidad, esfuerzo y valor que la tengo esperimentada en tantas y tan repetidas ocasiones y en la actual de tantos años de asedio, en que habeis obrado correspondiente á vuestra obligacion, amor y celo á mi servicio: Y mando que de este despacho se tome razon en los oficios que convenga. Dado en Madrid á 16 de abril de 1703.—Yo el Rey.—Por mandado del Rey Nuestro Señor.—D. José Carrillo.

Era el 18 de mayo de 1703, cuando dispuesto todo para una embestida al campo enemigo, dió el Gobernador la señal de ataque, que emprendieron los granaderos con decidido arrojo, siguiendo los demás soldados tan bizarra gente. Difícil fuera señalar quién fué el primero en romper el choque, porque todos llenos de una honrosa emulacion, quisieron probar al terrible mahometano, que en pechos castellanos solo hallarían valor y firmeza. En vano los berberiscos con sus mas qee múltiples fuerzas quisieron rechazar á los españoles; si en un punto lograban llevar la mejor

---

(1) Véase la página 141.

parte en el encuentro, instantáneamente tenian que cejar ante el empuge de los iberos. Rotas las hostilidades en toda la línea, en medio de torrentes de sangre y de inmoladas víctimas, difícil era señalar en aquellos momentos quién de los beligerantes se ceñiría el laurel de la victoria. Al fin los rudos golpes, disciplina y bravura de las columnas españolas, obligaron al ejército mauritano á volver la espalda, cediendo á los soldados católicos parte del territorio y trincheras que defendian. Los jefes árabes en vano se esforzaron para conducir de nuevo su gente á la batalla, la que, considerándose derrotada, fué á refugiarse en tropel á su campo atrincherado, introduciendo el desórden en su cuartel general. Esta victoria hubiera sido completa y decisiva, si una abundante lluvia no hubiese inutilizado los fuegos, y empapado el terreno.

El resultado de este suceso fué la posesion de algunos ataques próximos á la plaza, muchas banderas y estandartes, con armas y otros despojos, posesionándose las tropas españolas del ataque Real, situado en el punto del Rivero, en que hallaron dos morteros y un cañon, que se clavó, y encontrando otra pieza de menor calibre en el reducto colorado, con la cual maltrataban los buques que hacian el tráfico con la ciudad.

El Marqués Gobernador, dispuso se incendiasen las barracas y chozas que sobre el territorio conquistado tenian los berberiscos, mandando destruir todas las obras de fortificacion que se hallaron, entre ellas seis galerías de mina contra las fortificaciones, que dirigia un minador desertado de la plaza.

La pérdida de los españoles en tan distinguido hecho de armas fué altamente insignificante segun los datos que se encuentran, pues solo aparece fué muerto un soldado de caballería con diez y ocho heridos de todas armas. De los bereberes quedaron trescientos muertos en el campo, sin

que fuese posible averiguar el número de heridos, que fueron retirados por los suyos á retaguardia de su línea.

Esta victoria, que escitó el espíritu de los españoles, amilanó el de los árabes en tales términos, que continuaron débilmente las hostilidades contra la plaza, dando esto lugar á que los sitiados pudiesen ocuparse en la reparacion de las obras que habian sufrido por el fuego enemigo.

Los defensores de la ciudad cristiana estaban á cada momento deseando repetir sus encuentros contra la agarena gente. El Gobernador, no queriendo dejar de utilizar tan ardiente entusiasmo, mandó practicar diversas salidas por mar y tierra, que tuvieron buen éxito, aunque fueron de pequeña monta.

La Inglaterra amagaba guerra con España en estos tiempos, y el Gobernador de Ceuta en consecuencia, formó una escuadrilla artillando una fragata con diez y ocho cañones y tres buques de menos porte que la plaza tenia, embarcaciones con las que consiguió apresar algunas procedentes de Smirna.

Conocedor el Marqués de la estrategia inglesa, preparó su plaza por si tenia que luchar á un tiempo con enemigos de dos bien diferentes condiciones.

Los ingleses con el pretesto de cange de prisioneros de su nacion, holandeses y portugueses, metieron en la bahia de Cádiz diez navíos, cuyo intento era apoderarse de la plaza por una conspiracion: se descubrió esta, y por ello abandonaron el puesto cruzando sin determinado rumbo.

El 10 de julio de 1704 reunidas las escuadras coligadas de Inglaterra y Holanda, penetraron en el Mediterráneo mandadas por los almirantes *Rook y Kalemberg* determinando en consejo de guerra habido el 18, obrar contra Gibraltar. La plaza falta de pertrechos, con solo cien infan-

tes y treinta caballos de guarnicion, sucumbió á tres mil hombres desembarcados y al fuego de veinte navíos que en seis horas dispararon contra la ciudad veinte mil cañonazos. La pérdida fué grande, mas la capitulacion honrosa. El Príncipe de Armenstad enarboló en la muralla el estandarte de Leopoldo, Archiduque de Austria, aclamándolo como Rey de España; pero el almirante inglés derrocó el pabellon imperial enarbolando osadamente la bandera británica, y tomó posesion de la ciudad valido de su fuerza y del engaño, proclamando como Reina á Ana de Inglaterra.

Perdió España de este modo, y por estos medios, uno de los dos sillares de la puerta del Estrecho, pilar codiciado de largo tiempo por la Inglaterra como único medio de adquirir una influencia dominadora en las aguas del Freto Hercúleo; pero no estaba satisfecha su codicia, y ambicionando que su dominacion fuese completa y absoluta, fijó su mirada sobre la otra orilla en donde otra fortaleza española se defendia heróicamente contra la tenacidad y audacia mora.

La escuadra británica destacó á Ceuta algunos de sus navíos con los que iba el Príncipe de Armenstad, quien despachó uno conduciendo á Baset Ramos, Marqués de Cullera, que llevaba cartas y espresiones para el Marqués de Gironella, Gobernador de aquella fiel ciudad. En sus escritos el Príncipe ofrecia al Castellano, muchos adelantos en nombre del Archiduque, si le hacia entrega de la plaza, y le prometia además, que si accedia á sus deseos, al instante levantarian los moros el asedio con que tantos años estaban fatigando á los españoles. De aquí se deduce ciertamente, que la Inglaterra no era estraña á tan prolongada agresion.

El Marqués de Gironella no permitió atracar al muelle la lancha del navío, despachándola al recibir los pliegos, los que respondió mandando á su bordo al Juez D. Juan de Guevara y Mendoza, y al Sargento mayor Don Pedro Gimenez, á fin de que hicieran saber á quien mándaba: *«Que*

no reconocia otro dueño que al Rey que le habia entregado la plaza para su defensa, y que por ella moriria primero entre sus ruinas antes que dejarla en otras manos, ni que se viera señoreada de otros estandartes, y que no se le volviese á hacer mas proposiciones sobre semejante materia, porque además de no volverlas á oir, esperimentarian su firme resolucion.» Los habitantes y tropas de la ciudad hispano-africana, se adhirieron resueltamente á los sentimientos espresados por su General Gobernador. Desesperado Baset Ramos con la respuesta, vertió amenazas osadas é insultantes, diciendo que haria ir sobre Ceuta toda la escuadra para tomar satisfaccion, haciéndose á la vela en el momento.

Aprestóse el Gobernador á la pelea, llamando á las armas á cuantos hombres capaces de llevarlas habia en la ciudad, sin escluir los eclesiásticos y comunidades religiosas. Dividió la guarnicion en dos cuerpos; el uno con la mitad del clero y los frailes de San Francisco, lo destinó á la defensa de todo el perímetro de la Almina, y el resto con los demás eclesiásticos, paisanos y comunidad de Trinitarios, fué destinado á defender el frente de tierra, obras avanzadas y murallas N. y S. de la ciudad, mandando que todas las familias, sin escepcion alguna, en el momento de descubrirse la escuadra, ocupasen la ciudad para ayudar con proporcion á sus fuerzas en caso de que el enemigo, tomando tierra, quisiera imitar el hecho de Gibraltar.

Con estas prevenciones aguardaba el de Gironella las amenazas de Baset Ramos, cuando entró en el puerto un buque francés, perseguido por los guarda-costas, con pliegos del Conde de Tolosa, para el General Gobernador, pidiéndole noticias de la escuadra anglo-holandesa. Dióle las que suministraron los vigías del Hacho, y se hizo á la vela, teniendo que arriesgadamente navegar por entre algunos navíos enemigos. Las noticias que tuvieron las escuadras aliadas de que la flota franca iba en su

demanda, les obligó á abandonar aquellas aguas y el ataque proyectado contra Ceuta, el 12 de agosto, dia en que tomaron rumbo para el E.

En esta ocasion fué uno de los que mas contribuyeron al entusiasmo y fidelidad que presentaron los moradores de Ceuta para morir ó rechazar toda agresion, el Ilmo. Obispo, quien con una uncion evangélica predicó y describió el deber de seguir las huellas que en su suerte corriera la corona castellana. Este eminente prelado despues de invertir cuantos recursos podia haber, en la construccion de bóvedas á prueba sobre la Iglesia de Nuestra Señora de África, mereció que Felipe V le nombrase Inquisidor mayor general. Falleció en la Córte, y su cadáver fué conducido, segun su última voluntad, al templo de la Virgen de África en Ceuta.

Sucesos hubo en esta época que patentizáron claramente la liga formada por la Inglaterra, la Holanda y el imperio de Marruecos, para por todo medio procurar la ruina y fraccionamiento de la península ibérica. La conducta del Príncipe de Armenstad por una parte, y la seguida por los sitiadores paralizando sus hostilidades, mientras la escuadra mista estuvo sobre las aguas de Ceuta, lo prueban suficientemente bien, y si necesario fuese bastaria para corroborarlo, conocer el proceder del Rey de Mequinez, quien por la fragata inglesa *Learek*, mandó desde Tánger al Gobernador de Gibraltar, un magnífico regalo acompañado de carta y remitiéndole asimismo los esclavos ingleses que en sus dominios tenia. Además Armenstad, en 11 de octubre del mismo año, mandó con la fragata *Niuport*, al Coronel Gonzalez para que fuese al campo que los infieles tenian establecido sobre Ceuta y llevase algunos pliegos para el General *Alí Ben-Abdalá*, llevando además el encargo de pedirle víveres, pues que de ellos carecia el Peñon gibraltarino. Alí contestó facilitándole cuantos pudo, y así como las hostilidades contra la plaza de Ceuta se au-

mentaban de dia en dia, la amistad mas estrecha ligaba á ingleses y moros que estaban con contínuos mensages. Gonzalez, el Coronel, por recompensa de sus buenos oficios fué fusilado por los ingleses en Gibraltar el 23 de febrero de 1705.

Sustituyó en la mitra de Ceuta al Ilmo. Marin, D. Antonio Zuloaga de Cobarrubias, quien sin llegar á la plaza fué elevado á Arzobispo de Lima.

El Marqués de Gironella fué relevado por D. Francisco Manrique y Arana, el que prosiguió la trinchera empezada por su antecesor, adelantando sus trabajos hasta el ataque real, situado sobre la Rocha, donde construyó el medio bastion de San Javier, y este terreno costó fuertes choques y víctimas por ambos bandos. Destruyó parte del mencionado ataque real, donde formó el reducto de Alcántara y existe hoy la media luna de San Luis. Adelantó por la cara N. construyendo el reducto de San Andrés, y el rebellin de San Ignacio, y desalojó á los moros del ataque de la media luna, conocida despues por el Chafariz.

Era el 2 de mayo de 1706, cuando los moros de improviso y durante la noche, dieron un avance sobre los ángulos salientes de San Ignacio, llegando á arrancar la estacada, pero fueron rechazados enérgicamente por los defensores, despues de haber resistido los árabes por mas de dos horas, el fuego que les hacia la artillería, y las muchas granadas de mano que llovian sobre ellos, cediendo solo el terreno y retirándose al campo de la media luna, cuando la muerte habia quintado á sus filas.

El Gobernador Arana, practicó algunas salidas sobre los ataques enemigos siendo muy desgraciado en la generalidad de ellas, pues volvió á la plaza oprimido con la pena de no lograr su intento; poco antes de terminar su gobierno, realizó otra embestida al campo árabe, ocasion en que estuvo comprometida altamente la plaza, pues si bien en el primer mo-

mento tomó la ofensiva sobre la línea mauritana, la intrepidez y arrojo de los árabes, hicieron volver cara á los cristianos llevándolos en retirada hasta meterlos en sus trincheras, dejando en el campo muchos muertos y bastantes cautivos. Las operaciones que Arana ejecutó por el mar, como si fuese perseguido por el fatalismo, dieron iguales resultados, principalmente la que hizo con la escuadrilla sobre el *Rio Negron*, pues perdió entre cautivos y muertos mas de cuarenta oficiales y erecido número de tropa, choque en que de nada sirvió el valor heróico de los íberos, porque los que quedaron tuvieron que volver cubiertos de luto causando lágrimas de dolor á la cristiana Ceuta. Entre los que quedaron cautivos se contaban los Capitanes D. Manuel de Mora, D. José Correa y José del Rosario, los que fueron conducidos á Mequinez, cuyo Rey les ofreció riqueza y honores por la apostasía, mas contestaron que preferian morir por su fé y por su patria. Indignado el Monarca mequinés, mandó sacarlos á un patio de su palacio y á una señal suya, les hicieron una descarga cerrada de la que cayeron en tierra, pero Mora solo fué herido gravemente y entonces el Rey sacando su alfange acabó de inmolar la víctima por su propia mano.

Los reveses sufridos por el Gobernador Arana, dieron lugar á que fuese relevado por D. Gonzalo Chacon y Orillana. Tomada posesion, mandó destruir los restos del ataque real, y comenzó el reducto de Santa Lucía, reemplazado despues por la luneta de la Reina: perfeccionó las obras del fuerte de Alcántara y la de San Javier, dando mayor capacidad á las de San Ignacio.

Los moros ocupaban una ventajosa situacion para meterse sin ser vistos en el foso de Santiago, desde donde ofendian estraordinariamente á los defensores, y el Gobernador dispuso y logró echarlos, cubriendo aquel de estacada, y viendo que el punto desde donde hacian mayor

daño los bereberes era el ataque de las Zarzas, mandó abrir galería y lo hizo volar.

El 27 de junio de 1714 los mauritanos dieron un avance al reducto de Alcántara, por los muchos daños que hacia á sus huestes; pero fueron rechazados sin obtener ventaja y con alguna pérdida: no desistieron de su empeño, y en la noche del dia siguiente 28, se lanzaron con temerario arrojo, pero el fuego de cañon y fusilería les hizo volver la espalda completamente batidos, perdiendo en ambos encuentros mas de setecientos hombres. Las de los defensores fueron cortas, y debidas en su mayoría á la confusion con que los granaderos arrojaban las granadas sin mirar la direccion.

Noticioso el Gobernador de que andaban por las aguas de Ceuta cuatro galeras sarracenas mandadas por el renegado San Remo, cuyo intento era apresar los buques que conducian víveres á la plaza, mandó á Don Francisco Villalobos y á D. Benito de Guevara Vasconcelos que salieran á castigar los piratas, y para cebarlos, dispuso que dos gabarras que se hallaban en el puerto cargadas de provisiones, se hiciesen á la mar á las órdenes del Capitan D. José de Acuña, á fin de escitar la codicia de los berberiscos: hízose así, mientras que Villalobos y Guevara con las naves de guerra se aprestaron para ir en su busca. Encontráronse los enemigos, rompióse el combate, y despues del abordage, apresaron los españoles dos de las galeras, echando otra á pique, y huyendo la mayor valida de su ligereza, regresaron á la plaza con los trofeos de su victoria, en que pereció el renegado San Remo.

Tres galeotas del general sitiador Alí, salian de Tánger continuamente á insultar las naves españolas que surcaban el Estrecho. El General Gobernador mandó á D. Benito de Guevara á reconocer la bahía de Tánger, y no habiendo visto las galeotas en el muelle, y sí un cárabo

cargado de hierro que lo tripulaban cinco moros, entre innumerables riesgos lo sacó y lo condujo á Ceuta.

Fué nombrado Gobernador D. Francisco Fernandez de Rivadeo; su inteligencia en fortificacion le encaminó á hacer un estudio detallado de todas las obras que constituian el sistema de defensa de la plaza, corrigiendo varios reductos de los avanzados. Hizo varias poternas de que carecia la plaza para salir á sus fosos, ligó las defensas de unos fuertes con otros, y por último regularizó la traza y obras del reducto de tierra llamado Santa Lucía, trabajos que intentaron los moros contrariar por medio de una mina que construyeron veintidos piés mas profunda que el trazado de las de la plaza; pero advertidos los minadores españoles pusiéronse á la contra-mina, que volaron antes que los árabes lo verificasen con la suya. El General mauritano, así como el de los castellanos, parece que no estaban por la lucha de armas pecho á pecho: el primero construyó á mas ó menos distancia muchas baterías contra la plaza, que al jugar no produjeron los efectos que esperanzaba, y el Gobernador Rivadeo, por su parte aprovechaba la conducta de su contrario para que tuvieran algun descanso sus tropas, al mismo tiempo que para reedificar algunos deterioros causados por los enemigos.

Relevó á Fernandez de Rivadeo, D. Francisco Perez Mancheno, en calidad de interino, quien en el corto espacio de su mando construyó algunas baterías en la Almina cerrando varias brechas de la cara N. que el tiempo abrió en los muros de aquel recinto, y tomando otras medidas de seguridad y precaucion, á consecuencia del grande armamento que *Alí Ben-Abdalá* estaba haciendo en Tetuan, para realizar un desembarco en la Almina.

El Príncipe de Campo-florido fué de Gobernador á la ciudad Mauro-ibera. Activamente se ocupó de la reparacion y desarrollo de las defen-

sas de la Almina, y el Bajá Alí en hablar de la espedicion marítima que intentaba, agravando por ello las contribuciones que pagaban los árabes tetuaneses. El Príncipe artilló y municionó los fuertes de San Amaro, Santa Catalina, Desnarigado y el Sarchal, cerrando todos los puntos accesibles á desembarco, atrincherando las calas, y á fin de que la caballería corriese con mas velocidad una línea tan estensa, se hicieron trabajos para la habilitacion de un camino en medio de las riscosas y perpendiculares rocas de aquel recinto. Construyó una cortina abaluartada que cubria el arrabal desde la puerta de la Sardina hasta la playa de San Gerónimo, donde se edificó una torre artillándola con cuatro piezas, temiendo que los sarracenos proyectasen el desembarco por la playa de Fuente Caballos.

El Príncipe Gobernador señaló al clero armado el puesto que debia defender en una invasion general, y la guarnicion tuvo el refuerzo, llegado de Europa, de unos quinientos milicianos.

La Inglaterra abrió entonces guerra con los moros, y estando en paz con España, mantuvo dos navíos cruzando desde Cabo Negron á Punta de la Almina para prohibir el paso á la flotilla tetuanesa, en tanto que Campo-florido tuvo repetidas conferencias con el Jefe moro que mandaba los ataques mas avanzados, llamado Alí-Hamet, tratando de captarse su afecto con crecidas ofertas, para esplorar los intentos de Alí-Bajá; pero nunca consiguió mas que ambiguas é insignificantes contestaciones.

La plaza de Ceuta se llenó de temor con la idea de que además del prolongado asedio que sufria por tierra, iba á esperimentar otro por mar, y en consecuencia solicitó del Rey prontos auxilios, y que le enviase su antiguo Gobernador D. Francisco Manrique y Arana, que á la sazon se hallaba mandando en el puerto de Santa María. Las reiteradas instancias de la fiel ciudad fueron oidas por el Monarca, ordenando en consecuencia

el relevo de Gobernador que le suplicaba. Arribado á Ceuta el General Manrique, y deseando destruir el amilanamiento de las tropas espedicionarias de la guarnicion, dispuso una salida general. Verificóse con la mayor intrepidez, pero aquellos soldados que nunca habian peleado contra los bereberes, y que eran visoños en las armas, se desordenaron completamente, poniendo en inminente peligro la plaza: á tal conflicto, se añadió que dos compañías de caballería que habian llegado de refuerzo enviadas de la Península, no pudieron penetrar hasta el arroyo del puente para contener el desmedido empuje de los infieles, que llevaban muy mal tratada la infantería española que por aquella parte habia: fué el resultado de esta operacion, tener que replegarse las tropas á la plaza con bastante pérdida entre muertos, heridos y armas.

El Gobernador hizo ir de España dos galeotas, las que unidas á los bastimentos de la plaza, armó en corso, y mandó á las playas de Tetuan para esplorar los armamentos marítimos que tanto se propalaban. Fueron las naves á aquella rada, y no descubriendo cosa alguna, avanzaron cuanto les fué posible á la rompiente de las aguas; pero nada descubrieron, trabándose un nutrido fuego entre los buques y los árabes que en la playa habia, de cuyas resultas murió D. Pedro Cambriles, que mandaba la galeota «*Reina Ana*». Al regresar á la plaza la flotilla, dió con una embarcacion inglesa, que reconoció, y encontrando iba de sobrecargo un mercader judio, llevando á bordo un cargamento de bombas para los mauritanos, la apresó y condujo á Ceuta.

El Gobernador tuvo repetidas órdenes del Rey, encaminadas á que diese informes minuciosos sobre el estado de aquella plaza, y si era buena base de operaciones para hacer fácil la conquista general del N. de África, pues se hallaba resuelto á emprender la ofensiva contra la audacia berberisca. El General emitió sus opiniones, y el espíritu de los de-

brado General en gefe del ejército espedicionario, á quien acompañaron todos los Generales que iban á sus órdenes, y el resto de las tropas espedicionarias, y se desarrolló tan estraordinaria actividad en las obras de defensa, que el General visitaba de contínuo, que de noche y dia se trabajaba en ellas.

Al mismo tiempo que en África las huestes españolas tomaban la ofensiva contra la morisma infiel, Felipe V confió al marqués de Lede, que acababa de regresar de Italia con sus aguerridas tropas, el mando de diez y seis mil hombres, dispuestos para embarcarse en distintos puntos y que pasasen, en caso necesario, á reforzar el ejército de operaciones de Ceuta, puesto que el Rey conocia que el ejército marroquí contaba con veinticinco mil hombres al frente de la plaza, y un estenso y bien atrincherado campo dirigido por ingenieros ingleses, contando en sus filas oficiales protestantes y alemanes y algunos franceses.

Los marroquíes, apoyándose en la sierra Bullones y estribos de sierra Ximera, habian construido fuertes obras de defensa foseadas y artilladas, encerrando un vasto campo atrincherado en que levantaron varios edificios de que no quedan restos. Verdaderamente habia una plaza contra otra plaza.

El dia 16 del referido mes, el General en gefe dispuso la primera salida para acampar sus tropas, dividiendo su ejército en cuatro columnas de á seis batallones y alguna caballería, mandadas por los Generales Don José de Chabes, el Marqués de Buci y el Conde de Glin, mas Caballero de Lede.

El General marroquí *Ali Ben-Abdalá*, habíase retirado á Tetuan con la mayoría de sus tropas; mas noticioso del número de las que de España habian llegado á la ciudad, en la misma noche regresó al campo fronterizo con un cuerpo de mil quinientos caballos, llegando á las cuatro de

la madrugada y posesionándose del sitio de la Corona y playas de Tramagera y Benitez. Poco trabajo costó al ejército espedicionario hacerse dueño del campamento moro, pues solo fué atacada con firmeza la columna de la izquierda que mandaba el Caballero Lede, con el objeto de librar al Alcaide *Jaluf*, hermano de Alí Ben-Abdalá, el cual mal herido murió á pocos dias en Tetuan. Las hostilidades de los berberiscos se desarrollaban con mayor tenacidad á medida que iba progresando el dia, y siendo cada vez mas empeñada la contienda, mandó el General en gefe al teniente General D. Feliciano de Beacamonte, que con su columna, compuesta de los regimientos de caballería y dragones, saliese al campo para reforzar la infantería. Los moros descubrieron este refuerzo, y se retiraron á los vertientes de la sierra Ximera, tomando posicion en las alturas mas inmediatas al Serrallo, para defender sus casas, desde donde hicieron un vigoroso y nutrido fuego. La columna del Caballero de Lede fué la que mas avanzó, y su gefe recibió un balazo en la cabeza. La caballería que marchaba en reserva de la infantería, tuvo que detenerse para allanar una cortadura que le impedia el paso, pero hecha transitable, marchó velozmente á socorrer la infantería que de improviso se encontró con una gruesa masa de ginetes árabes. Los escuadrones íberos preparáronse á la carga: marchan á su encuentro los beligerantes caballos, y trabóse un rudo choque á petral, en que si valor y heroismo patentizaban los españoles, no menos arrojo acreditaron los hijos de las africanas tierras. Gran rato duró la lucha con la mayor tenacidad y encarnizamiento por ambas partes; pero al fin los moros tuvieron que ceder el campo, dejando en él doscientos hombres entre muertos y heridos, y muchos caballos, siendo comparativamente insignificante la de la caballería cristiana, que lamentó la de un bizarro Capitan que mandaba un escuadron de dragones. Los mauritanos en precipitada huida, se retira-

ron á la cordillera de Ximera, creyendo que allí estarian seguros, y que podrian atender á la curacion de los muchos heridos causados por la fusilería española: no les duró por largo tiempo su creencia, pues desde luego el General en gefe mandó las compañías de granaderos á desalojarlos de las posiciones, lo que efectuaron con indecible arrojo, matando muchos y cautivando algunos: el resto de las fuerzas árabes, perdidas las alturas, se dirigió en mal ordenada retirada á establecer su campo en los Castillejos, donde no estaban libres de temor.

A poco de esta accion de guerra las guardias avanzadas descubrieron una madrugada, en las colinas intermedias al Serrallo, tres gruesas columnas marroquíes que se dirigian al campo de la plaza. Hizo la señal la torre de la Mora, y los tambores batieron generala: tomó el ejército las armas, é inmediatamente salieron algunos escuadrones de dragones y carabineros con treinta compañías de granaderos á ocupar el terreno abierto, intermedio de entre las ruinas de la antigua Septa y la española plaza. Desplegadas estas fuerzas tácticamente, avanzaron hasta tiro de fusil de los enemigos, provocándoles á que acometiesen y bajasen al campo despejado; mas los moros recordando sus anteriores pérdidas sobre aquel suelo, se mantuvieron firmes rompiendo un sostenido fuego de fusilería. Observado por el General en gefe que los árabes no querian descender de sus posiciones, mandó que los reductos construidos en la línea de circunvalacion rompiesen el fuego de cañon, con el que hizo estragos en las mal ordenadas masas agarenas, pues los primeros disparos dejaron en tierra crecido número de muertos y heridos, que se fué aumentando por el empeño de los mauritanos en retirar unos y otros. Por la izquierda de la línea enemiga, cuarenta ginetes árabes acometieron á una compañía que se hallaba avanzada y sostenida por otra de dragones, la cual cargó con estraordinario denuedo á los feroces africanos, que perdieron muchos

hombres y caballos por las terribles cuchilladas y bayonetazos que recibieron, pues los infantes tomaron tambien parte en la carga contra los mahometanos, y los pocos que quedaron fueron en precipitada huida á guarecerse entre las filas de la media luna.

El dia perdió su luz, y por ello acabóse la contienda, sin que los españoles tuviesen que lamentar grandes pérdidas.

El General que mandaba las huestes berberiscas les pasó revista á la mañana siguiente, lo que se consideró como preliminar de una próxima embestida, y realmente la hubieran efectuado á no haber llovido con tal abundancia que se inundaron los campos, poniendo impracticables los caminos; mas el dia 21 al amanecer, que ya habian cesado las aguas, descubrióse una gran fuerza del ejército mauritano que se habia colocado en la Cañada, la cual avanzó hasta las hoyadas del Serrallo, en donde formó, presta á combatir, toda su infantería y caballería. La artillería española rompió inmediatamente el fuego, produciendo grandes efectos sobre las tropas bereberes, durante las siete horas que tardó el ejército íbero en acudir al frente de un enemigo que se presentaba en reto. Los árabes con su imaginacion ardiente, estaban impacientes por pelear cuerpo á cuerpo, y no aguardando mas, acometieron á una tenaza avanzada que tenian los españoles, defendida por una compañía de granaderos, que recibió al enemigo con firmeza y repetidas descargas de fusilería, mientras que las baterías de los fuertes que flanqueaban aquel punto, jugaban con tan buen éxito, que los moros se vieron embarazados de obrar por el crecido número de muertos y mutilados que tenian. Tenaces y enfurecidos, procuraban retirar sus heridos, y con los cadáveres formaron parapetos, desde donde descargaban una lluvia de balas sobre el reducto, que se defendia con firmeza y bravura: los árabes, irritados con sus pérdidas y ningunas ventajas, despreciando la vida, fuéronse aproximando con tal

arrojo, que llegaron á doce pasos del fuerte de la tenaza tres mil hombres, guiados por los que conducian sus estandartes. En tan crítico momento se hicieron múltiples disparos de metralla contra la columna berberisca, y su destrozo la obligó á retirarse al grueso de su ejército, que se conmovió á vista de las estraordinarias bajas que habia esperimentado. El colérico *Alí*, mandó que nuevos hombres de sus masas, embistiesen la línea española y principalmente la tenaza: así lo practicaron; pero como la artillería y los granaderos estaban prevenidos, rompieron un vivísimo fuego que obligó á los sarracenos á huir con mayores pérdidas. Convencido el enemigo de no poder ganar la línea, emprendió su movimiento de retroceso marchando á ocupar su campamento de los *Castillejos*, donde se dedicaron á la curacion de sus muchos heridos. La pérdida de los árabes en esta ocasion fué crecida; pero los españoles perdieron mas de doscientos hombres entre muertos y heridos, sin contar los que fenecieron ó quedaron mutilados por la boladura de algunos barriles de pólvora. En la accion de este dia murió el Caballero de Aragon, y salió mortalmente herido el Brigadier Capitan de granaderos de Reales Guardias D. Pedro Pineda, que finó á breves dias causando profundo sentimiento á todo el ejército.

Los beligerantes ejércitos continuaron en hostilidades recíprocas, sin ceder ni ganar terreno, sufriendo pérdidas por ambas partes, y distribuyendo la suerte los laureles de la victoria entre cristianos y sarracenos.

El ejército espedicionario español se halló falto de recursos, y su General en jefe viendo que no se le enviaban socorros, ni aun se le reemplazaban las bajas, y que iban desarrollándose en las tropas muchas y graves enfermedades por la mala calidad y corrupcion de los víveres, consideró imposible el realizar nuevas conquistas en el N. de Africa, y por ello se dirigió al Monarca, esponiendo los inconvenientes que le cir-

cuian y la imposibilidad de avanzar. El Rey en consecuencia, ordenó al General se retirara á España, demoliendo los atrincheramientos y casas de su línea, y dejando antes á Ceuta en buen estado de defensa. Despues de haber cumplido el Real mandato, se retiró á la plaza con todas sus fuerzas el 2 de febrero de 1721, siendo perseguidas por los árabes hasta próximo á los reductos avanzados, causándoles sensibles pérdidas.

No fué estraña la Inglaterra á esta decision del Rey de España; sus intrigas diplomáticas y contínuos y tenebrosos manejos alcanzaron la retirada del ejército espedicionario y que los brillantes planes del Marqués de Lede fracasasen, porque la siempre envidiosa Albion temia la dominacion de España sobre ambas costas del Estrecho que debilitaban su poder y destruian la preponderancia de la usurpada plaza de Gibraltar, al mismo tiempo que consideraban aniquilado su comercio con el imperio marroquí.

El animoso Felipe V cedió, no de buen grado, á las sugestiones inglesas, pero lo hizo tomando en cuenta que su tesoro se hallaba agotado y sus pueblos aniquilados por quince años de lucha. Además, España no tenia marina de guerra bastante para apoyar sus operaciones del otro lado del Estrecho gibraltarino y oponerse á las escuadras inglesas desde que su almirante Binghs en plena paz, desarrollando la maquiavélica, traidora é inicua escuela de Jhon Bull, destruyó el 11 y 12 de agosto de 1718 en el golfo de Ariaich cerca de Maesa, la escuadra española, sin provocacion de ninguna especie, apresando ó echando á pique veinticinco naves con cinco mil trescientos noventa hombres y setecientos veinte cañones.

En la bahía de Ceuta se hallaban anclados los buques que debian trasportar á Europa los cuerpos espedicionarios, y al siguiente dia 3, se embarcó el desmembrado ejército. Los defensores y habitantes de la in-

fortunada ciudad quedaron consternados con este suceso, creyendo que por él, volverian los marroquíes á establecer el sitio, desarrollando mayores esfuerzos para vengar los reveses que habian sufrido por las tropas que abandonaban el terreno; pero no fué así; los moros sabedores de que los ramales de mina de la plaza avanzaban á una grande estension del campo y que estaba asegurado con veintidos hornillos cargados que defendian todo su frente, se contentaron con trazar una débil línea de circunvalacion por delante del Chafariz.

Ceuta, en el prolongado sitio que sufrió por Muley Ismael, adquirió el derecho á inmarchitables laureles: su sufrimiento, su constancia, su heroismo se los concedieron. Ninguno de sus vecinos, en tan memorable sitio, dejó de vestir luto por la pérdida de padre, hijo ó hermano, y quedaron sus hogares derruidos al impulso de las bombas y balas sarracenas.

Observando el plan del enemigo el entendido D. Felipe Tortosa, Capitan de minadores, á quien es preciso conceder un renombre, pues á su valor, talento y actividad debe Ceuta su principal defensa en aquellos tiempos, hizo inmediatamente abrir una mina dirigiéndola á los nuevos ataques, y que al destruirlos, lo hiciese tambien con el pozo del Chafariz. El 15 de julio dieron fuego, y voló la mina con el éxito apetecido, y á poco para demoler las trincheras de los enemigos hiciéronse dos salidas de la plaza, lográndose el objeto á costa de mucha pérdida de soldados y oficiales, entre cuyas víctimas se cuenta el valiente Teniente Coronel Don Alvaro de Mesa.

Durante estos acontecimientos de un interés vital, la Iglesia de Ceuta esperimentó algun cambio en su pontificado.

Al Obispo electo Zuloaga, le sustituyó D. Sancho de Velunza y Corcuera, Colegial mayor de San Ildefonso de Alcalá de Henares, Canónigo

é Inquisidor de Cuenca. Fué á Ceuta el 26 de abril de 1714. Hizo varias obras en la Iglesia de la Vírgen de África, sentando los cimientos en la Almina, del templo consagrado bajo la advocacion de los Remedios, cuya primera piedra fijó por su mano el 5 de mayo de 1715, haciendo que los trabajos marchasen con tal actividad, que el año siguiente se dijo la primera misa, erigiéndola en ayuda de parroquia y nombrando cura de ella á un Canónigo de la catedral. En el mismo año fué trasladado á la silla de Coria, desde donde envió muchos ornamentos á la Iglesia que edificó, pensionándola en su nuevo obispado con una renta.

En 1717 cubrió la mitra vacante D. Fr. Francisco Laso de la Vega, de la órden de Santo Domingo, y Prior del convento de Guadix, quien terminó el ornato del templo de los Remedios regalándole varias imágenes. Despues fué trasladado al obispado de Plasencia.

En 1721 fué á Ceuta como pastor de aquella catedral D. Tomás de Agüero, Colegial mayor de San Ildefonso de Alcalá, y Canónigo lectoral de las catedrales de Cádiz y Sevilla. Este prelado amplió la Iglesia de Nuestra Señora de África, edificando sus dos sacristias y concluyó la catedral, que por espacio de treinta años estuvo sirviendo para acuartelamiento de tropas (1). En tiempo de este Ilmo., se sentaron los cimientos para la nueva Iglesia del colegio de la Trinidad: reedificó el santuario de San Antonio, y concluyó la capilla de Santiago en la plaza de armas, empezada por el Gobernador del obispado, sede vacante, el Excmo. Don Diego de Astorga y Cespedes, despues Inquisidor de Murcia, Obispo de

(1) Es coincidencia original que la abertura de cimientos y la terminacion de las obras de la catedral se efectuasen por nietos de unos mismos abuelos, colegiales ambos de un mismo colegio, y los dos Obispos de Ceuta, promovidos al arzobispado de Zaragoza.

Barcelona, Inquisidor general, y por último, Cardenal y Arzobispo de Toledo en 1727.

Despues de este cúmulo de cambios, fué á Ceuta de Gobernador Don Manuel de Orleans, conde de Charni. Las recomendables circunstancias de este General le alcanzaron bien pronto las simpatias y cariño de los habitantes de la ciudad y de las tropas, cuya disciplina elevó. Distinguia á la nobleza y protegia á las demás clases con hidalga bondad, mirando por todas con rectitud y justicia. Representó al Rey distintas veces en favor de los fueros de la ciudad y alivio de las cargas que sobre ella pesaban. Impetró del Monarca se atendiese á la compañía de caballería con alguna subvencion para el mantenimiento de los caballos, fundándose en la grande utilidad que reportaba la plaza conservando aquella. Por todo medio quiso favorecer á la ciudad, hasta el estremo de oponerse á que las vacantes de Oficiales del regimiento Fijo, se proveyesen en otros que no fuesen hijos de la plaza, fundándose en que nadie podia tener mas interés en sostenerla que aquellos que en ella nacieron y tenian sus familias, además de considerarlo una recompensa á los que contínuamente de dia y de noche se estaban sacrificando en sostenerla contra los mauritanos, sufriendo pérdidas en sus deudos y haciendas. Este modo de pensar le hizo muchas veces detener los reales despachos, que para otros estraños á la ciudad recibia, y en varias ocasiones los devolvió á la córte, siendo aprobada su conducta por el Rey, como muy justa y acertada. Ingénuo y político, gobernó la ciudad con firme prudencia y destruyó las miserables rencillas que labran en lo general la desunion y ruina de los pueblos.

El 7 de abril de 1726, disgustado el General con los disparos que algunos árabes hacian de contínuo frente á la ciudad, privando la tranquilidad y reposo de los habitantes, dispuso escarmentarlos. A las siete de la

mañana del citado dia, el disparo de una morterada de piedras, fué la señal para que salieran por derecha é izquierda de la plaza las compañías de granaderos de los regimientos de Saboya, Flandes, África, Badajoz y Ceuta, y las de carabineros de Saboya, África, Badajoz, Córcega y Flandes, con ochenta presidiarios armados con chuzos, llevando fuegos artificiales. Salidas al campo estas tropas de operaciones, acometieron decididamente por el frente al reducto de los mauritanos llamado ataque de la marina, los carabineros y primeras compañías de Saboya, las de Flandes y cuarenta desterrados, mientras que el resto de las fuerzas envolvian el fuerte por la espalda. Los bereberes hicieron una obstinada resistencia, mas al fin cedieron al arrojo y no desmentida bravura de los iberos soldados. Posesionadas ya del reducto las tropas españolas establecieron puestos avanzados en las alturas inmediatas, y una compañía mirando al punto donde estuvo el pozo del Chafariz; practicado así, las demas compañías embistieron al reducto de la Pizarra penetrando en él por el lado de la Rocha, las de Saboya, Badajoz, carabineros de Córcega y Flandes. Los moros sorprendidos con la entrada de los cristianos, pelearon con desesperado furor para arrojarlos del recinto de la media luna, mas despues de inauditos esfuerzos y de una encarnizada y reñida pelea que al arma blanca duró mas de tres cuartos de hora, recibieron órden los españoles de retirarse á la plaza, movimiento que ejecutaron desde luego sin oscilar ni huir. Esta operacion estratégica tuvo por objeto poder disparar los hornillos que tenian debajo aquellos reductos sarracenos. Así fué, los moros al momento ocuparon sus emplazamientos segun costumbre y haciendo la señal la torre del Hacho, verificóse la voladura con tan feliz éxito, que solo quedaron fraccionados restos de las obras y de los defensores.

Por Real órden de 4 de agosto de 1726, accediendo el Rey á las con-

tinuas peticiones del Conde de Charni, mandó que la compañía de caballería denominada de Lanzas, se reorganizase bajo el antiguo pié y fuerza de cien caballos, y al mismo tiempo dispuso se hicieran mercedes á las viudas é hijos de los oficiales del regimiento Fijo de la ciudad.

En el año 1728 fué á Ceuta de Obispo el Ilmo. D. Fray Tomás del Valle, de la órden de predicadores, maestro y prior del convento de Cádiz, cuya bondad y uncion evangélica le captaron la estimacion de la ciudad. Despues fué nombrado Obispo de Cádiz, y lo sustituyó en Ceuta Don Andrés Mayoral, Colegial mayor de San Ildefonso de Alcalá y Canónigo de Leon y Sevilla. Este prelado edificó la capilla del Sagrario de la catedral y embelleció el templo con nuevos altares, pinturas y esculturas. Fué promovido al arzobispado de Valencia del Cid.

Era el 20 de marzo de 1731 cuando se presentó en la cristiana Ceuta *Muley Amet*, nieto de *Muley Ismael*: le acompañaban solo dos criados de confianza, y el resto de su comitiva quedó en el *Serrallo*, diciéndole iba á pescar por las inmediaciones de la plaza. El General Gobernador Conde de Charni, tuvo noticia inmediata de la presentacion del príncipe marroquí, y mandó se le facilitase la entrada, yendo incontinenti á cumplimentarlo. Despues de corteses saludos recíprocamente empleados, el príncipe Muley Hamet manifestó al de Orleans, que su ida era con objeto de pedir auxilio al Rey de España contra su tio *Muley Abdalá*. El Monarca español tenia entonces su córte en Sevilla, y el Conde Gobernador dióle rápidamente cuenta de tal acontecimiento. Mandó el Rey que desde luego se trasladase el príncipe á su córte, cuya custodia encomendó el Gobernador á D. Fernando Alvarez de Acosta, teniente del regimiento Fijo. Llegaron á Sevilla, y el Soberano, Real familia y córte, los recibieron con particular deferencia y satisfaccion. Al Teniente Alvarez, por su comportamiento, le agració el Rey con la Ayudantía mayor de su regimiento y

el grado de Capitan. El Príncipe, despues de permanecer algun tiempo en la córte de España, marchó á Lisboa y de allí á Roma, donde ingresó en el gremio católico recibiendo el bautismo, y consignándole el Soberano Pontífice rentas suficientes á su alta dignidad y nacimiento.

Al Conde de Charni lo relevó en el Gobierno de Ceuta el Mariscal de campo D. Alvaro de Navia, Marqués de Santa Cruz: hombre estremamente consagrado al estudio, tuvo que dedicar parte de su tiempo al cuidado de la plaza que se le confiára, efectuándolo con gran esmero y asiduidad. Continuó los trabajos que dejó empezados su antecesor, reedificando algunos trozos de los muros de la Almina, y dictó medidas muy acertadas para el buen régimen administrativo de la plaza y sosiego de sus moradores.

El dia 20 de junio de 1731, dispuso el General Santa Cruz hacer una salida para castigar la osadía mora que molestaba los fuertes esteriores con contínuo tiroteo. Para llevar á cabo su pensamiento, ordenó salieran todas las tropas de la guarnicion y la compañía de Lanzas. Colocadas las fuerzas en glasis, formó sus columnas y dispuso que la caballería marchase á vanguardia protegida por las compañías de granaderos. En este órden, y con el debido reconocimiento de las alturas inmediatas, marchó hasta los Castillejos, sin que ocurriesen incidentes de monta. Camparon las tropas en aquel punto sin oposicion, permaneciendo tranquilas todo el dia, por no haberse presentado el enemigo; pero llegado el momento de emprender la retirada para volver á la plaza, por todas partes se vieron los soldados españoles acometidos de una morisma audaz que obstruia su marcha; mas su intrepidez y arrojo combatiendo con el mayor denuedo se abrió paso, no sin sufrir pérdidas, que hicieron que la columna llegase á la plaza bastante maltratada.

Esta operacion, que tuvo por objeto ahuyentar al enemigo, produjo

un resultado diametralmente opuesto, pues los árabes irritados con la invasion de su territorio, ocuparon de nuevo el campo de la plaza estableciéndose en sus antiguos ataques, desde donde hacian un activo fuego con sus espingardas y dos cañones que condujeron y emplazaron nuevamente, siendo tan activa su agresion, que para reparar algunas obras arruinadas de la plaza de armas, hubo necesidad de aplicar á los trabajos todos los desterrados existentes en el presidio. Tuvieron lugar distintas escaramuzas, en que cristianos ó moros llevaron la mejor y la peor parte, pero sin arribar á encuentros decisivos.

El Marqués Gobernador resolvió mas de una vez mandar una espedicion á los campos de *Almansa* (1), donde existia un grande aduar llamado el *Adalid*: era el objeto incendiarlo, dar botin y traer cautivos; pero no tuvo realizacion por las escabrosidades y malezas en que está abierto el camino que debia atravesarse. El Marqués no desistía de su empeño, combinando siempre planes al mismo intento, cuando á principios de 1732 recibió órdenes del Rey para marchar desde luego á tomar el mando de las tropas que debian embarcarse para la espedicion de *Orán*.

Fué á Ceuta de Gobernador el Mariscal de Campo D. Antonio Manso, cuyo nombramiento se celebró altamente por los habitantes y tropas, pues tenia renombre de gran soldado y entendido Capitan. Este General conocia perfectamente la índole de los moros y su sistema de guerrear, porque habia sido defensor de la ciudad en otras ocasiones, que sirvió en ella distintos empleos. Su actividad le impulsó á poner la plaza de armas en el mejor estado de defensa posible; hizo abrir los fosos de las lunetas de San Luis, Reina y San Felipe, adelantando las galerías de San Luis y San An-

(1) La situacion de estos fértiles campos es á espalda de la cordillera de Sierra Ximera, y á una distancia próximamente, segun los naturales del pais, de tres leguas de Ceuta.

tonio, y construyó el espigon de África que mira al N. y defiende la derecha de las obras esteriores. La primera piedra para la construccion de esta defensa, la colocó en 15 de octubre de 1732 el Ilustrísimo Obispo Don Andrés Mayoral. Tan activo Gobernador no adormecia su celo; así es, que dió principio á la construccion de una nueva muralla sobre la cara N, dentro del recinto de la Almina, en la estension que abraza desde el baluarte de San Sebastian al de San Pedro el bajo: hizo tambien otras obras para utilidad, ornato y defensa de la plaza.

Habiéndose posesionado los españoles del edificio del *Serrallo*, los árabes pusiéronles asedio desde las colinas inmediatas, disparando unos y otros continuamente sus armas. El Gefe de la cristiana gente, cansado de tanto tiroteo, dispuso desalojar á los mahometanos de sus posiciones, lo que consiguió no sin obstinada resistencia. Los árabes al abandonar los parapetos de la primera posicion, fueron á reforzar los de la segunda, ocupando aquella los granaderos de la columna. El fuego era muy nutrido por ambas partes, que hacian los mayores esfuerzos para rechazarse: al fin los moros se arrojan á recuperar el perdido monte y avanzan con estrema osadía, despreciando el fuego vivísimo de los españoles que lo defendian; poco falta para que lleguen á la cumbre, pero los íberos campeones con rostro sereno y pecho firme esperaban llegar á las manos: al fin, el Dios de las victorias la otorga á los españoles, y no tan solo fueron rechazados los mauritanos de aquella altura, sino que inmediatamente perdieron la segunda. Los guerreros de España, despues de dispersar al enemigo, regresaban á la católica ciudad; pero al llegar á las alturas del Morro, Tope y Otero, que ciñen el horizonte de la plaza, divisaron á los mauritanos que intentaban picarles la retaguardia; formaron las tropas en batalla, mas no avanzando el enemigo, comenzaron á desfilar para la plaza sin ser molestadas, ni que sus ataques se atrevieran á impedir el

paso del Rivero. Las triunfantes armas castellanas entran en la ciudad orladas de laureles, tremolando siete estandartes sarracenos, conduciendo cinco cautivos y cargados de mucha pólvora, espingardas, gumias, yaftanes, lanzas, puñales, arcos, flechas, objetos de mina y zapa, monturas y muchas ropas y efectos de crecido valor. Igualmente condujeron algunos caballos, ganado de todas especies, granos y víveres, dejando en el campo clavados los dos cañones que originaron la salida, y habian sido colocados en la época del anterior Gobernador. Este señalado suceso costó pérdidas recíprocas que no es dable detallar por carencia de datos.

La mitra de la ciudad arábigo-hispana fué á poseerla por estos tiempos D. Miguel de Aguiar, quien siendo cura de la iglesia de San Juan de Madrid, fué elegido Obispo por Felipe V, á consecuencia de un hecho heróico de valor y de fé. Un voráz incendio se apoderó del templo, llegando ya las llamas al sagrario sin que hubiese esfuerzos humanos á contenerlo. Entonces el sacerdote Aguiar, se arrojó al fuego y atravesando por sus colosales llamas, estrajo el sacramento sin lesion alguna. Era caritativo y generoso, aplicando parte de sus rentas á la realizacion de algunas obras: finó en la ciudad de su silla.

Habia en Ceuta un Antonio Chaparro, sargento reformado con agregacion á la compañía de Mar. Autorizado por el general Gobernador hizo distintas salidas al campo y de contínuo conducia cautivos, servicios por los que el Rey le dió el grado y sueldo de subteniente, pues era desmedida su intrepidez y arrojo, no escaseando nunca los peligros.

Don Pedro de Vargas Maldonado, Marqués de Campo-fuerte, Teniente General, relevó en el Gobierno de Ceuta al General Manso. Tomó el mando bajo mala estrella, pues en el primer año hubo muchas desgracias por el fuego enemigo, que no sufria una decidida contraresta.

El 9 de enero de 1739 llegaron á la ciudad de Ceuta dos religiosos calzados llamados Fray Francisco Ros y Fray Juan de Calamaco. Cumpliendo su mision en la redencion de cautivos, conducian cincuenta y ocho moros, una mora y dos niños para cangearlos por súbditos del Rey de España, que sufrian el cautiverio. Enarbolóse la bandera de parlamento en la plaza, y presentóse el Alcaide de los marroquies, conviniendo que pasaran á Tánger para la realizacion del cange. Embarcáronse los redentores con los moros en una tartana francesa, y llegados á aquella ciudad practicaron el cange, dando un moro y seiscientos pesos fuertes por cada cristiano. Regresaron á Ceuta el dia 12, donde se dieron gracias al Dios de Israel por la libertad de aquellos hijos del catolicismo, y despues emprendieron su viaje á la córte. En 1741 se concluyó el baluarte de San Pedro el bajo y el lienzo de muralla hasta el de San Sebastian, que se terminó en 1742.

El Gobernador tenia frecuentes relaciones con los gefes del campo berberisco y esto hizo creer, dió lugar á que se introdujese en la plaza la horrible y aterradora epidemia del *bubon*, que padeció la ciudad en los años de 1743 y 44, causando estragos de mucha consideracion, en términos que segun algunos cálculos, ascendieron las víctimas á mas de cuatro mil personas. Otros datos no culpan al Gobernador por la introduccion de la peste en la plaza, aludiéndola á que hallándose toda la Berberia infestada de la epidemia, murió de ella en *Marruecos* un religioso franciscano, cuyo cadáver condugeron los árabes á la ciudad cristiana, desarrollándose al arribo la enfermedad con la mayor rapidez y violencia: es lo cierto que produjo la desolacion y el espanto desde junio de 1743 hasta setiembre de 1744, teniendo que destinar para hospitales varios edificios, y para cuarentena la antigua mezquita, despues ermita del Valle.

Fué á empuñar el báculo episcopal de Ceuta en 1745, el Ilmo. Don Martin de Barcia, dignidad de la Catedral de Mondoñedo, prelado doméstico y perpétuo de Su Santidad y asistente al sólio Pontificio. El Rey Don Felipe V mandó que á este Obispo se le facilitasen caudales, y con ellos reedificó la ermita de la Vírgen del Valle, medio destruida por haber servido de lazareto, ampliando las habitaciones contiguas al templo para comodidad de las familias que por devocion fuesen al santuario. Reparó tambien varias casas que habian servido de sagrario, botica, hospital de dudosos y aplicadas á otros usos, y repartió á todas las iglesias ornamentos correspondientes á los que se habian perdido por la confusion y desórden que hubo en la ciudad durante el mortífero período. Buen ministro del Señor, fomentaba los principios evangélicos llenando de uncion con su virtud y piedad.

En este tiempo ardia en el imperio de Marruecos la tea de las discordias civiles. La muerte de *Muley Ismael*, desarrolló una guerra sangrienta y fratricida entre dos de sus hijos llamados *Muley Abdalá* y *Muley Mustadí*, que ambos ambicionaban ocupar el trono imperial. El Alcaide Gobernador marroquí del campo fronterizo, era decidido partidario de Mustadí, y teniendo noticia que este y su ejército iban muy mal parados, temió que Abdalá lo viniese á buscar; por ello pidió al General Gobernador de Ceuta lo admitiese en la plaza, quien dijo no podia efectuarlo, pero sí lo protegeria permitiéndole guarecerse dentro del tiro de cañon de sus fuertes, ínterin pedia autorizacion al Rey. Llegó el momento de buscar el refugio, y el Alcaide con sus gentes camparon bajo los muros de la ciudad. Obtenido el permiso del Monarca, fueron admitidas en la plaza cincuenta personas entre hombres, mujeres y niños, poniéndolos en cuarentena, dando por órden del Rey ocho reales diarios al Gobernador Alcaide, cuatro á cada uno de los cinco Alcaides subalternos, y uno y

medio á los demás, incluyendo mujeres y niños. A los pocos dias de haber concluido la observacion sanitaria, regresaron á su campo los cinco Alcaides con sus familias, quedándose el Gobernador con la suya, compuesta de seis personas.

Tomó en interinidad el mando de la plaza el Brigadier D. Juan Tineo, quien á los cuatro meses lo trasmitió en el mismo concepto á D. Juan de Palafox, Coronel del regimiento de Murcia, que lo desempeñó tres meses. Durante el mando de ambos no cesaron los moros de hacer fuego de espingarda desde sus ataques, pero sin causar daño, y la plaza se limitó á contestar con su artillería desde las murallas.

El Teniente General D. José de Orcasitas y Oleaga, se presentó á desempeñar en propiedad el Gobierno de la plaza: durante su mando, hubo variedad de sucesos con los árabes: unas veces parecian afirmarse las paces que se terminaban de improviso, y otras parecia desarrollarse una guerra de esterminio.

En la noche del 27 de agosto de 1748 mandó que una barca pescadora condujese á las playas de *Negron*, ocho moros de los que estaban al servicio de la plaza, para que como prácticos de aquel territorio, viesen el medio de cortar una punta de ganado vacuno del que pastaba á las orillas del rio. Para proteger el hecho y conducir la presa, salieron á la siguiente velada la lancha real y la *Limparota* al mando de D. Francisco Javier Moreno, Sargento mayor de la plaza. Los moros españoles, fueron sentidos por los árabes que los ganados custodiaban y trabóse una reñida contienda en que murieron dos de los tetuaneses, reembarcándose los de la ciudad que regresaron felizmente á ella con diez reses mayores.

Muley Mustadi, vencedor de las huestes de su hermano, cayó con un poderoso ejército sobre la ciudad de Tetuan, que sostenia el pendon de *Abdalá*. Puso cerco á la ciudad, mas todos los medios que empleaba en

el asedio eran inútiles, contra la tenacidad y firmeza de los defensores, faltándole la artillería, elemento vital para la conquista de las plazas. Valiéndose, pues, de la amistad que habia enlazado con el Gobernador de la cristiana Ceuta, le escribió pidiéndole algunos cañones y artilleros para que los custodiáran y manejasen, mandando en rehenes á su favorito, uno de sus principales Alcaides. El General le contestó que á pesar de sus mejores deseos, nada podia facilitarle sin permiso de su Soberano; pero que en el momento le hacia presente el auxilio que reclamaba. El Rey contestó diera á *Mustadí* un mortero y cincuenta bombas, con los hombres necesarios; y en la noche del 28 de julio del mismo año, en la Limparota y lancha real salieron para Tetuan el Sargento mayor Moreno, el intérprete D. Juan Arraez, D. Luis de Mendoza, Capitan del Fijo, Don Fernando Alvarez, Alcaide de mar, el cirujano mayor D. Antonio Olmedo, diez soldados de la compañía de Lanzas y doce artilleros, conduciendo el mortero y municiones.

Agradecido el Príncipe Mustadí á tal favor, recibió á los españoles con estrema alegría, haciéndoles muchos regalos y siendo obsequiados de todo el ejército mauritano, entre el cual permanecieron nueve dias, despidiéndose despues de Muley y de los suyos, de quienes recibieron muchas muestras de afectuosa cordialidad. El 6 de agosto hiciéronse á la vela, y el mismo dia llegaron á Ceuta los barcos espedicionarios, mas otro que el Príncipe regaló al Sargento mayor. Los marroquíes quedáronse con el mortero, pero el dia 30 despues de posesionados de Tetuan, lo remitió Mustadí á la plaza, y se retiró al Alcaide que garantizaba su devolucion.

Cundió en la ciudad de Ceuta la nueva de que en Berberia se habia desarrollado la peste, y por ello el Gobernador prohibió toda comunicacion directa ó indirecta con los árabes: esta disposicion sin escepciones,

dió lugar á que una porcion de aquellos, que venian á presentarse el dia 20 de setiembre de 1749, fuesen alejados por vivo fuego de cañon y fusilería.

El General mandó en 16 de marzo de 1751, que D. Antonio de Mendoza, á bordo de la *Limparota* marchase á practicar un reconocimiento en la *Isla del Peregil*, donde arribó encontrando una galeota sarracena del porte de treinta hombres y la persiguió denodadamente hasta hacerla embarrancar en la costa, regresando á la ciudad con dos marineros heridos.

Fué relevado el General Orcasitas por el Brigadier D. Pedro Loaysa, Marqués de la Matilla, que era Teniente de Rey de la plaza, cuyo Gobiernó desempeñó un mes hasta el arribo del propietario, que lo fué el Teniente General D. Cárlos Francisco de Croix, Marqués de Croix.

El 21 de junio de 1751, regresando los buques de la plaza con la tropa relevada en los presidios menores (1), al pasar frente al rio *Guadaljamara*, se vieron acometidos por un grande cárabo moruno (2) creyendo que aquellos solo llevaban sus tripulaciones: trabóse tan reñido combate que los berberiscos tuvieron que ponerse en retirada al ver las crecidas fuerzas con que tenian que luchar, no sin ir bien escarmentados con la pérdida que necesariamente esperimentaron, siendo la de los españoles seis muertos de tropa, cuatro del regimiento de Córdoba y dos del de Navarra.

El 24 del mismo mes pusieron los moros bandera de paz en su campo y contestados por la plaza, descendieron hasta las obras avanzadas un

---

(1) Llámanse presidios menores, las plazas de Melilla, Peñon de Velez de la Gomera, y Alhucemas.

(2) Cárabo es un lanchon de poca cala, muy largo y estrecho.

gran número de ellos vestidos, á su usanza, con la mayor decencia. Manifestaron que ellos venian áaquel territorio á establecerse, porque eran del partido contrario y deseaban vivir bajo la salvaguardia de la plaza de los cristianos, á quienes pedian auxilio contra sus enemigos. Casi todos cayeron en las redes de la astucia mora creyendo sus palabras. El Gobernador les dió seguridades, y como prueba de su buena amistad les pidió la demolicion de los ataques que contra la plaza habian establecido sus antecesores. Los árabes dieron muestras de placer y ofrecieron no molestar los trabajadores que á practicar la operacion salieran. Con tales ofrecimientos, al dia siguiente empezaron á salir dos compañías de granaderos con partidas de caballería desmontada para guardar los presidiarios trabajadores; pero nunca dejaron los granaderos de tomar posicion. Principió la demolicion sin oponerse á ella, mas á los pocos dias al amanecer se dejaron ir algunos árabes sobre las avanzadas y por la tarde volvieron á hablar dándose por sentidos de que no se confiára en sus ofertas. Dió esto confianza y despues, siempre que descendian y penetraban dentro del rádio de la plaza, era numerosa la concurrencia que salia al campo sin reservarse el mismo General Gobernador.

Siguieron los árabes tan apacible conducta por algunos dias. Una madrugada, despues de haberse hecho la descubierta por las dos compañías de granaderos del regimiento de Navarra, que estaban de campo, el Capitan Carbajal que mandaba la una, marchó á apostarse en el *Otero,* y D. José Buendia con la suya en el llano inmediato al Morro de la Viña. Los berberiscos desde la noche antecedente se hallaban enboscados y así que descubrieron la infantería, cayeron sobre la compañía que ocupaba el Morro; pero de cincuenta ginetes solo siete se atrevieron á llegar próximo á las puntas de las bayonetas españolas, tratando de aterrorizar á los soldados por la sorpresa y griterio con que acostumbran á acome-

ter. Los granaderos hicieron una descarga cerrada y les obligaron á entregarse á la fuga.

El Marqués Gobernador proyectó adelantar el muelle de la puerta de la Almina: construir una batería rasante de doce piezas de 24 sobre su estremo, y levantar una tapia para cubrir el muelle de los fuegos que los moros hicieran desde la Puntilla. Tambien proyectó hacer otro muelle próximo á San Pedro el bajo; pero antes de obtener la aprobacion soberana, recibió órden del Rey para trasladarse á la córte, quedando por consecuencia sin realizarse las obras.

El Obispo Barcía, durante todos estos acontecimientos se ocupó en la reparacion de la Iglesia de la Vírgen de África, concurriendo con sus limosnas á la colocacion de campanas y compra de pinturas para el templo. Con su fervoroso celo contribuyó al levantamiento de la ermita de San Juan de Dios (1), dándole mas estension que la que anteriormente tenia, y puso por su mano la primera piedra del edificio, ceremonia á que concurrió el General Gobernador, Marqués de Croix, con toda la guarnicion. Este prelado no vió terminadas las obras porque tuvo traslacion al obispado de Córdoba.

Don Juan de Urbina, Capitan de Reales Guardias Españolas, que era Teniente de Rey de la plaza, se hizo cargo del mando por la marcha del General de Croix.

El 10 de abril de 1754 entraron en Ceuta el Capitan D. José Buendia y un sargento de granaderos, que en campo abierto habian caido cautivos el 26 de diciembre de 1753. Dióse por el rescate de ambos cuantos efectos cayeron en poder de los españoles en la última salida gene-

---

(1) San Juan de Dios fué soldado: sirvió en Ceuta y trabajó en la muralla real que edificaron los Portugueses al frente de tierra.

ral, mas trece mil pesos fuertes que el comercio de Cádiz facilitó al padre de Buendia, que se hallaba de General en el puerto de Santa María.

Dispúsose por el Gobernador interino una salida de recreo al campo, la que se efectuó el 19 de agosto del 54. Para garantir la seguridad y evitar toda zozobra, salieron el Capitan de granaderos D. Antonio Mendoza con ochenta hombres, entre ellos algunos cadetes y D. Juan Escribano con igual fuerza, los que se posesionaron de las alturas inmediatas, solo por mera observacion, puesto que no habia hostilidades con los fronterizos árabes. El Gobernador con toda la oficialidad, el clero y personas de distincion fueron á solazarse en el campo, mas un centinela de caballería que estaba avanzado sobre el *Serrallo*, fué acometido por tres moros de á pié; se defendió bien de ellos, pero uno de los árabes disparó sobre él acudiendo otros marroquíes, que hubieran concluido con el ginete español sino hubiese sido auxiliado por un compañero suyo y entre ambos hicieron huir á los árabes. Las gentes que de paseo estaban, lo siguieron tranquilamente y se retiraron sin novedad alguna.

Los mauritanos habian construido un puente sobre un arroyo inmediato á la ciudad, á fin de facilitar el paso de su caballería, del cual hacian uso cuando embestian la plaza. El Gobernador queriendo destruir este medio que les facilitaba el ataque, resolvió demolerlo y para ello el 15 de setiembre mandó cien hombres del Fijo de Ceuta para que se apostasen en las alturas inmediatas á fin de observar las avenidas, protegiendo aquella fuerza algunos caballos de la compañía de Lanzas. Salieron tambien dos compañías de granaderos con cincuenta presidiarios destinados á los trabajos de la empresa. D. Bernardo Tortosa, Capitan de minadores, con su compañía púsose á trabajar los hornillos para la voladura, mas no pudieron terminar la operacion en el dia y por ello el Gobernador resolvió que todas las tropas campasen aquella noche, pero á

las diez de ella las hizo retirar, dando las órdenes para que á la siguiente madrugada ocupasen los puestos del dia anterior: verificóse así, y cargados los hornillos voló el puente desde sus arranques, debido el féliz éxito de la operacion á la inteligencia y buena direccion del ingeniero Tortosa. Terminado el objeto, las tropas regresaron á la plaza sin novedad, pues ni en aquel dia ni en los anteriores se vió moro alguno en las inmediaciones.

El Teniente General D. Miguel Agustin Carreño fué de Gobernador efectivo á la ciudad.

Los belicosos árabes desde la terminacion del sitio de Muley Ismael habian ido morigerando sus rudos choques contra los españoles y la plaza yacia tranquila en términos, que sus ganados salian á alimentarse de los pastos en las tierras próximas, mas un dia avanzáronse tanto hácia el cañaveral que habia en el ribero del puente, que los pastores fueron molestados por los marroquíes. Noticioso el General del suceso, el dia 20 de mayo de 1755 mandó saliesen las compañías de granaderos y un piquete por regimiento para que mientras los presidiarios se ocupaban en destruir el cañaveral en que se ocultaban los árabes, resguardasen el campo y la ejecucion del trabajo. Los moros intentaron privar la operacion, pero fueron rechazados, y terminada regresaron las tropas y desterrados á la plaza sin desgracia alguna.

Don José de la Cuesta y Velarde, fué á ocupar la silla episcopal de Ceuta, siendo Colegial mayor y Canónigo de la Catedral de Murcia. Este prelado desarrolló con la uncion de su sagrado ministerio, las luces de la religion y de la moralidad. Se ocupaba constantemente en dirigir la palabra á los fieles desde la cátedra del Espíritu Santo y casi diariamente pasaba muchas horas en un confesonario del convento de San Francisco, donde acudian las gentes á descargar sus conciencias y recibir la bendi-

cion del Vicario de Cristo. Estableció este Obispo conferencias morales en la iglesia del Hospital Real obligando á todo el clero á ir á ellas, haciendo antes su plática pastoral. Ordenó que varios sacerdotes fuesen á los cuarteles de los presidiarios todas las tardes á trazarles el camino de las buenas obras y los horrores del crímen, para que se arrepintiesen de sus delitos y emprendiesen el camino de la virtud. Fué trasladado al obispado de Sigüenza, y al poco tiempo lo encontraron cadáver arrodillado sobre el reclinatorio en que hacia oracion.

Ya hacia demasiado tiempo que la plaza respiraba en paz. El 23 de mayo de 1757, descubriéronse en el campo unos mil quinientos moros, entre caballería é infantería, dedicados á establecer su campamento. Al siguiente dia, de madrugada, descendieron sobre el frente de la plaza á ocupar los antiguos ataques del Morro de la viña y Talanquera, rompiendo un vivo fuego contra la plaza de armas, sin causar daño, mientras que la artillería jugó contra los mauritanos, causándoles cuatro muertos y muchos heridos que se les vieron retirar. Volvieron á embestir con mayor osadía, y el resultado fué acrecentar víctimas por su parte, pues el fuego de cañon y pedreros diezmó sus filas.

En la madrugada del dia 26 vióse que los agresores árabes marchaban por el camino de Tánger, dejando defendidos los ataques por mas de doscientos hombres, que sostenian un nutrido tiroteo. La putrefaccion de los cadáveres que los moros dejaron al pié de la estacada, incomodaba á los soldados que la defendian, y por ello dispuso el General que con faginas embreadas se les diese fuego, lo que se ejecutó con grandes dificultades por la decidida oposicion de los enemigos. En la madrugada del mismo dia llegaron á Ceuta los artilleros y alguna infantería que el Comandante general del Campo de San Roque mandó de refuerzo.

Siguieron sin interrupcion los árabes hostilizando la plaza en los dias

del 27 al 31, observándose durante este espacio que llegaban al *Serrallo* considerable número de acémilas cargadas.

El dia 29, un falucho genovés que pasaba de Tetuan á Gibraltar, dió la noticia de que entre el Negron y los Castillejos se hallaban acampados cinco mil soldados del profeta. Esta nueva, hizo que el Gobernador tomase las disposiciones convenientes para asegurar la defensa de su plaza, que con los refuerzos que iba recibiendo del campo de Gibraltar, su magnífico sistema de minas y su numerosa artillería, era completamente inespugnable. Del 1 al 4 pasóse el tiempo sujeto á ligeras escaramuzas. El 5 hizo escala en Ceuta un buque inglés que de Tetuan navegaba á Gibraltar. Su patron dió el aviso de que en el mismo dia habia entrado en la ciudad árabe el Príncipe de Marruecos con treinta mil combatientes, sin contar con los montaraces riffeños, que en gran número discurrian por el valle, y que otro cuerpo de tropas marchaba por Tánger sobre Ceuta, habiendo sacado de aquella ciudad catorce cañones de á 18.

A las cuatro de la tarde del dia 8 el vigía del monte Hacho, dió la señal del enemigo á la vista en direccion de Tetuan. El ejército era numeroso, ondeando multiplicados estandartes, y dividido en dos cuerpos, campó el uno en los *Castillejos* y el otro en los campos de *Negron*. Durante la noche, algunas fuerzas marroquíes establecieron campamento al frente de la cristiana Ceuta y reforzaron sus ataques, que continuaban sus fuegos contra las obras avanzadas.

Era al siguiente dia Corpus Christi, fiesta celebrada con profunda veneracion por el mundo católico: hallábase mucha parte de la guarnicion tendida formando carrera para la procesion del Señor, y habiendo salido del templo, la plaza empezó á hacer los honores al Dios de los ejércitos, con sus acostumbradas salvas de artillería. Alborotado el campamento moro con el estruendo de la salva, descendieron sus gentes á los ataques

y rompieron un vivisimo fuego contra los reductos esteriores, dando esto lugar á que las tropas tendidas en las calles formasen prontamente en columna y marchasen á reforzar las defensoras de la plaza de armas y demás fuertes avanzados. Las piézas de la plaza de armas y la fusilería, jugaron todo el dia con muy buen éxito, sin tener que lamentar pérdidas.

Los avisos dados á España, y los pedidos del Gobernador hechos preventivamente fueron atendidos, y el mismo dia 9 entraron en bahía seis *barcos longos*, *una falua* y una *saetia* cargados de pertrechos, comboyados por el navío de guerra de 74 cañones, llamado el *Tigre*. De Algeciras llegaron tambien ocho embarcaciones conduciendo el 2.° batallon del regimiento de Irlanda.

La division mauritana procedente de Tánger, apareció á la vista de Ceuta y estableció su campo en las *Quintas*.

Los tres campamentos marroquíes no hacian movimiento, solo sus guerreros entreteníanse dentro de ellos en manejar sus armas, y las fuerzas destacadas sobre la plaza, en consumir pólvora y balerio contra sus murallas. El Gobernador español entretanto esperaba el movimiento de los sarracenos para obrar atinadamente procurando alcanzar la victoria del estandarte de Castilla, cuando las falanges árabes se lanzáran á chocar.

A las nueve de la mañana del dia 19, los vigias del Hacho dieron aviso de que el cuerpo campado en las tierras del Negron se movia hácia los Castillejos, y reunido el ejército, un número de cincuenta mil hombres, empezaron á maniobrar á su usanza, figurando un simulacro en que demostraban precision y disciplina y evolucionando, se aproximaron al campamento de las *Quintas*, cuyos guerreros estaban en ejercicios. Los de Negron y Castillejos hicieron una triple salva con sus espingardas, á que correspondieron los de las Quintas: esto era el saludo de honor entre ambos ejércitos, segun su costumbre indeclinable: Al cabo de algun tiem-

po de ejecutar sin descanso muchas evoluciones, los tres cuerpos regresaron en columna á sus respectivos campamentos. En este género de vida, fueron transcurriendo los dias sin incidentes que merezcan citarse.

Del campo berberisco llevaron comunicaciones á la plaza, que fueron entregadas al General Gobernador, mas no se traslució su contenido. Es lo cierto, que al siguiente dia volvió un moro por la contestacion: salió el intérprete de la plaza para entregársela, pero el árabe antes de recibirla, como si temiese ser visto, hizo mil ademanes y pretendia retirarse fingiendo gran recelo en admitirla, al fin la recibió y dió noticia de que el Príncipe iba marchando en direccion de la ciudad de Marruecos con gran parte del ejército, y que el resto lo dejaba campado en la *Casa-fuerte*, distante una legua de la plaza, quedando por General frontero, un Grande de linage real, llamado *Sidi Mahamet Ben-Ali*, pues que al Gobernador de Tetuan habia resuelto el Príncipe llevarlo consigo á su córte.

Así marcharon las cosas, deduciéndose que tan gruesas fuerzas movilizadas para herir á Ceuta, serian llamadas por el Emperador tierra adentro, en razon á las contínuas discordias que alimentan entre sí los armados pueblos árabes. Transcurrian los dias, nada acontecia, todo disfrutaba calma; sin duda llegó el período de la inercia á los activos árabes, cuya naturaleza vive y muere entre ráfagas de agitacion estrema y de un lánguido estoicismo. Las falanges de Casa-fuerte, concretaban sus operaciones á relevar las guardias del campo, que progresivamente disminuian en fuerza y hostilidad.

El General Carreño, Gobernador de la ciudad, falleció el 1.° de octubre de 1759 y fué sepultado en el convento de San Francisco.

La voluntad del Rey mandó á Ceuta por Gobernador, al Teniente General D. Juan Wammarch de la Vie, Marqués de Wammarch, flamenco de nacion, quien arribó á la ciudad el 17 de abril de 1760. Este Ge-

neral de carácter violento, duro, inflexible y activo, no concedia descanso á las tropas, ni pasaba por dejar sin castigo la mas leve falta que cometerse pudiera en los muros de su Gobierno: su acritud y sistema, no eran á propósito para grangearse el respetuoso cariño del soldado, ni la consideracion y confianza del paisano; así es que unos y otros vivian no muy satisfechos. Durante su mando no hubo sucesos de monta: ligeras escaramuzas de los moros, cuyo campo de Casa-fuerte desapareció gradualmente, y por consecuencia las guardias de sus ataques, fueron el resultado del gran movimiento de columnas sarracenas, que habian discurrido próximo á la ciudad cristiana. El 21 de marzo de 1763 dejó la plaza de Ceuta el Marqués de Wammarch, que volvió á ella como Comandante General el 13 de setiembre, sustituyéndole en el Gobierno y arribando en el mismo dia el Mariscal de Campo D. Diego María de Osorio. El General Wammarch dejó el mando y definitivamente la plaza el 24 de noviembre del mismo año de 1763.

Durante el gobierno del General Osorio la plaza siguió en paz, la poblacion dedicada á vivir con sus pensiones y escasas haciendas, y las tropas consagradas á sus ejercicios y disciplina, disfrutando todos de una vida tranquila y monótona; porque sin los varios accidentes de las guerras, y sin industria ni comercio, tenia la ciudad, como es consiguiente, una precaria existencia. El 2 de octubre de 1776 cesó en el mando aquel General y partió para Europa, dejando el recuerdo de su prudente administracion.

La vacante mitra de Ceuta fué consignada en 1761, á D. Antonio Gomez de la Torre y Javarieta, Colegial mayor de San Ildefonso de Alcalá y Canónigo de Sigüenza y de Granada. La mendicidad vergonzante pululaba dentro de los muros de Ceuta, y este prelado con mano pródiga la remediaba en cuanto su peculio lo permitia, cubriendo muchas veces

la desnudez, y satisfaciendo otras la necesidad con el pan de la caridad. Hizo quitar las azoteas de la catedral, cubriéndola de vigámen de mucha resistencia: reparó la iglesia de los Remedios, mandando construir un cementerio á la espalda de la sacristia; mandó practicar varias obras de reparacion en la ermita del Valle: bendijo el nuevo templo de San Juan de Dios acabado de construir con el auxilio de sus rentas, y por último ornó la iglesia con retablos y accesorios. En 1770 fué trasladado á gobernar la diócesis de Jaen.

El Teniente General D. Francisco Tineo, Marqués de Casa Tremañes, fué á Ceuta de Gobernador. Su noble porte, su religiosidad é hidalguia y el ser buen servidor del Rey, le grangearon la estimacion general de todos, siendo reemplazado por D. Domingo Joaquin de Salcedo. Este General empleó sus talentos en mejorar cuanto le fué posible la condicion triste y lánguida de la ciudad confiada á su celo, dispensando cuantos beneficios pudo á sus habitantes.

Nombrado Obispo de Ceuta en 1770, D. José Quijano, Inquisidor mas antiguo de Sevilla, cuya salud era muy achacosa por su avanzada edad, habiendo obtenido las bulas, mandó á Ceuta su Secretario, cometiendo los poderes para la toma de posesion al Dean de aquella catedral, lo que se efectuó en 17 de mayo. Falleció en Sevilla, cuando estaba todo dispuesto para su consagracion, en el mes de enero de 1771.

El General D. Miguel Porcel, Conde de las Lomas, fué á Ceuta como Gobernador, quien en tranquila paz no tuvo que cuidarse mas que de la conservacion de la plaza que administraba, captándose la benevolencia de aquellas gentes y soldados, tanto por sus dádivas, como por su carácter bondadoso á la par que recto y justo.

La mitra de la ciudad mauro-hispana, fué concedida á D. Manuel Fernandez, Dignidad Prior de las ermitas de la catedral de Sevilla y Vi-

cario de Madrid, en donde fué consagrado el 27 de octubre de 1771. Con solícito afan tan pronto como empuñó el báculo en su diócesis, conociendo las escasas rentas que el cabildo catedral y la fábrica tenian, trató de escogitar un plan que proporcionase algunos recursos para desahogar y mejorar la condicion de aquellos objetos encomendados á su religioso celo; mas fracasaron sus proyectos, porque falleció en diciembre de 1773, siendo sepultado en la catedral.

Don Joaquin de Sotomayor fué de Gobernador á la ciudad, cuando los mauritanos habian intentado un nuevo asedio, yendo para mandar las tropas el General D. Luis de Urbina. *Muley Eliasi*, nieto de *Muley Ismael*, hombre corpulento, feroz y sanguinario, resolvió ir sobre la ciudad cristiana para establecer su dominacion y embotar sus alfanges en los pechos castellanos. Condujo al frente de los muros de Ceuta sus huestes con un grueso tren de sitio. Hizo sus emplazamientos, y disparó contra el murado recinto cuatro mil doscientas once granadas y bombas, y mil setecientos diez y nueve cañonazos de veinticuatro y treinta y seis; pero sus multiplicados fuegos no debilitaron el ánimo de los esforzados defensores y sus malas punterias libraron á la plaza de multiplicadas ruinas.

Hallándose el Emperador en el campamento, el General dispuso que las tropas de la plaza practicasen una salida, la que verificaron con el mayor entusiasmo, acreditando su bravura y disciplina. La columna iba mandada por el bizarro Coronel D. Mariano Ibañez. Trabóse un reñido combate en que cristianos y musulmanes llegaron á las manos con furioso empuje; pero los españoles con desmedida audacia, por medio de las hordas bereberes atravesaron llegando á sus baterías y clavándoles seis cañones de grueso calibre y cuatro morteros. En esto, los mauritanos auxiliados con gente de refresco, acometieron á los guerreros europeos, y

el General estimó conveniente se retiraran á la plaza. La pérdida por ambas partes se carece de datos para señalarla.

Muley Eliasi, despues de esta jornada retiró la mayor parte de sus gentes, dejando un *Cherif* (1) mandando el campo, y él con su córte partió para su ciudad de Mequinez. A poco tiempo de la marcha de este Emperador, se retiraron el resto de sus fuerzas de la vista de la plaza española.

Cuando empezó este sitio, Ceuta habia sido reforzada en su guarnicion por el regimiento infantería de América, y su coronel D. José de Urrutia, fué ascendido á Mariscal de Campo, relevando despues al Gobernador, cuyo cargo ejerció por escaso tiempo.

Don Felipe Antonio Solano, Canónigo penitenciario de la Colegiata del Real Sitio de San Ildefonso en la Granja, fué electo Obispo de Ceuta, celebrando su consagracion en la villa de Madrid. El 6 de junio de 1774 arribó á la capital de su obispado, donde permaneció hasta 17 de noviembre de 1778, en que se embarcó para trasladarse á Cuenca, cuya nueva diócesis se le habia confiado.

En 26 de mayo de 1780 fué de Obispo á la ciudad D. Fr. Diego Martin, religioso Provincial de la órden de San Francisco, y observante, de Estremadura. Este prelado miró con particular predileccion, todo cuanto confiado estaba á su sagrada administracion, mereciendo el aprecio de todos los habitantes. Fué trasladado á la silla de Coria: en consecuencia dejó la plaza de Ceuta, con sentimiento general, el 23 de octubre de 1784.

El Teniente General Conde de Santa Clara, fué de Gobernador á la africana ciudad, mas su mando fué de corta duracion, porque abierta guerra entre España y Francia, recibió órdenes del Rey para marchar al

(1) Alcaide.

momento al ejército de operaciones que ocupaba el Rosellon. Los habitantes y las tropas de la fiel ciudad, sintieron mucho la partida del Conde, quien con su buen talento habia formado el plan de mejorar la triste y mísera situacion de aquella plaza.

El Mariscal de Campo D. Diego de la Peña reemplazó al Conde de Santa Clara, mas su mando fué de corto período. Tambien esperanzaba mucho la ciudad de su elevacion de miras y paternal gobierno.

Don José Vasallo, Mariscal de Campo, durante tres años gobernó la plaza y procuró mejorar su condicion; mas por órden del Rey se retiró á la córte, nombrando para sustituirle á D. Joaquin Oqüendo, que no admitió.

Sede vacante la silla episcopal de Ceuta, el Rey nombró para ella á Don Fr. Domingo de Benaocáz, de la órden de Capuchinos, cuyo prelado, si era recomendable por su piedad, lo era aun mas por los beneficios que con mano incógnita le gustaba dispensar.

El Brigadier D. Juan Bautista de Castro, tomó el mandó de la plaza de Ceuta como su Gobernador. Su prudente administracion y el haber procurado en cuanto estuvo en su mano, mejorar la condicion de aquellos moradores, le captaron la estimacion general (1).

Don Antonio Ferrero, Mariscal de campo, relevó en el Gobierno de

---

(1) Quedan terminados los Recuerdos de Ceuta hasta fin del siglo XVIII. Lo difícil y espinoso que es tratar la historia contemporánea, no siendo fácil muchas veces describir la verdad de los sucesos y otras perjudicial, fijaron el pensamiento del autor para no avanzar en el camino histórico de este siglo; trazando no obstante el cuadro de sus Gobernadores, á fin de que otro escritor pueda en su dia hallar facilidad en seguir la descriptiva de los tiempos modernos, trabajo que no puede tener efecto, sin que el Gobierno autorice el reconocimiento de los archivos de sus dependencias de Africa; debiendo consignar no obstante, que en lo que va del siglo XIX no han ocurrido hechos de armas de importancia, si bien los marroquíes en distintas ocasiones han presentado escaramuzas ofendiendo nuestro pabellon y las tropas de servicio en el campo español.

Ceuta al Brigadier Castro, quien lo desempeñó desde 1801 hasta 1805 en que falleció.

El General D. Francisco de Orta fué Gobernador en 1805 y murió en su gobierno en 1807. Le sucedió el Mariscal de Campo D. Ramon de Carbajal, que tomó posesion en el citado año, y lo desempeñó hasta 1808.

Fué á Ceuta de Gobernador D. Cárlos Lujan, cargo que desempeñó hasta 1809, que regresó á la Península, sustituyéndole el Mariscal de Campo D. Cárlos Gand, que rigió la plaza hasta 1810.

Al General Gand, siguió el de igual clase D. José María Alós, quien hizo dimision en 1813, y se retiró á España, reemplazándole interinamente D. José María Lastres, que fué relevado en el mismo año por el tambien Mariscal de Campo D. Pedro de Grimarest. Este salió de la plaza en 1814, relevado por el General D. Fernando Gomez de Butron, que en el mismo año reemplazó de nuevo su antecesor Grimarest, y permaneció hasta 1815.

El Brigadier D. Luis Antonio Flores tomó el mando, permaneciendo en la plaza hasta 1816, que salió de ella relevado por el Mariscal de Campo D. Juan Pontons y Moxica que la mandó hasta 1818.

El Teniente General D. José Miranda, gobernó Ceuta de 1818 á 1820, relevándolo interinamente el Brigadier D. Vicente Rorique, quien en el citado año trasmitió el mando al General D. Fernando Gomez de Butron, que lo desempeñó, por segunda vez, hasta 1822.

Don Álvaro María Chacon, Mariscal de Campo, fué Gobernador hasta 1823, siendo nombrado para reemplazarle el de igual clase D. Francisco Serrano, que no tomó el cargo de su Gobierno, y esto produjo mandase la plaza interinamente el Coronel D. Manuel Fernandez, hasta la presentacion del General D. Antonio Quiroga, sustituido muy luego

por el del mismo empleo D. Juan María Muñoz, que desempeñó el Gobierno desde 1823 á 1824.

El Teniente General D. José Miranda, fué por segunda vez de Gobernador á Ceuta, y permaneció hasta 1826 que se trasladó á España, entregando el mando interinamente al Coronel D. Joaquin Bureau. Le sustituyó en calidad de interino el Brigadier D. Julio O'Neill, hasta la presentacion del General D. Juan María Muñoz, que volvió á la plaza y permaneció hasta 1831.

El General D. Cárlos Ulmann fué de Gobernador, y solo permaneció hasta 1832 que le relevó el Mariscal de Campo D. Mateo Ramirez, primer Gobernador en el reinado de Doña Isabel II, que lo desempeñó hasta 1835.

Fué á Ceuta el General D. Cárlos Espinosa, sustituido á poco por el Brigadier D. José Villaamil, que relevó en el mismo año de 1835 el General D. Joaquin Gomez y Ansa, desempeñándolo hasta 1836: lo reemplazó el de igual clase D. Francisco Sanjuanena, dejando su cargo en 1837 al Brigadier D. Bernardo Tacón, quien lo entregó en el mismo año al Mariscal de Campo D. José María Rodriguez Vera.

Los Generales D. Francisco Warleta y D. Juan Prim, Conde de Reus, se subsiguieron en aquel Gobierno, que despues ocupó el Brigadier Don Antonio Mauri, relevado en 1843 por el General D. Antonio Ordoñez, que lo desempeñó hasta enero de 1848, bajo el concepto de Gobernador y Comandante General. Cesó el Mariscal de Campo D. Antonio Ordoñez en la Comandancia General. El Gobierno de S. M. queriendo dar cohesion á las posesiones de África en el Mediterráneo, creó una Capitanía General erigiendo á Ceuta en capital de ella. Entonces la Reina, aprovechando los distinguidos conocimientos del Teniente General D. Antonio Ros de Olano, tuvo á bien confiarle el cargo de aquel distrito naciente,

cuya regeneracion y prosperidad se propuso llevar á cabo tan entendido General; mas en junio, la Reina admitió la dimision que habia hecho y quedó mandando el distrito el Mariscal de Campo D. Cristóbal Linares de Butron, 2.° Cabo y Gobernador de Ceuta desde el mes de marzo, por la dimision que hizo el General Ordoñez.

Al Teniente General Ros de Olano, sucedió en la Capitanía General, el Mariscal de Campo D. Trinidad Balboa, relevado en noviembre del mismo año por el Teniente General D. Cayetano Urbina, que desempeñaba el mando de las posesiones de África, al mediar el siglo XIX.





CAPÍTULO VII.

CONSIDERACIONES SOBRE CEUTA.

ESCRITAS EN 1848.

Política internacional: nacional: influencia como plaza de guerra: agricultura: industria: comercio; navegacion.

POLÍTICA INTERNACIONAL.



La influencia política de Ceuta considerada internacionalmente, en el dia es nímia, puede y debe ser muy grande. Situada la ciudad en el estremo Norte del continente africano, abocada sobre el Estrecho de Gibraltar, formando una grande ensenada, y ligada por la naturaleza al imperio de Marruecos, no debe dudarse un momento del interés con que la poseerian cualquiera de las naciones potentes y dominadoras de los mares. Dos son las que especialmente tienen su mirada fija sobre la antigua poblacion de la fabulosa Calpe; la *Inglaterra* y la Mauritania, hoy imperio de Marruecos.

Desde la pérdida de Gibraltar, los ingleses no pierden de vista el

Istmo de la Almina, ¡ah del dia en que la bandera de San Jorge llegase á tremolar sobre el pináculo de su monte Hacho! Entonces la olvidada Ceuta, desarrollando sus elementos naturales con la mecánica y bulliente vida británica, seria aun mas temida que la tan nombrada y potente Gibraltar; y ambos promontorios cerrarian el paso del Estrecho á las diferentes naciones del Universo, cuando no conviniera á la reina del *Albion*, que ondease tal ó cual pabellon en las aguas del Freto Hercúleo. Entonces habria unos nuevos *Dardanelos*, que separarian el Océano del Mediterráneo, como aquellos el Bósforo del Archipiélago griego.

La situacion actual del imperio de Marruecos no es hoy para procurar conquistas, tiene demasiados elementos de discordia que combaten la cohesion del pueblo árabe; goza una vida pesada, de agonía y de miseria en su dilatado territorio; mas no por esto *Abdelraman*, como sus antepasados, y como lo harán sus sucesores, deja de mirar con ojo codicioso aquella ciudad, que bajo la dominacion sarracena, fué rica, opulenta, feliz y omnipotente; ¿por qué, pues, si los hijos de Mahoma la hicieron venturosa, respetable é importante, los hijos del cristianismo no la han de realzar con inmenso provecho, cuando cuentan con los elementos de ilustracion y desarrollo en las ciencias y las artes que aquellos no alcanzaron? Lógico y sencillo es conocer la causa.

España, despues de ser soberana de Ceuta, ocupada en lo antiguo con crudas guerras en diversos paises, y en nuestros dias con discordias intestinas, no ha atendido realmente mas que al perímetro de la Península y pocos de sus hombres de Estado han discurrido en lo conveniente á las posesiones, que la en otros tiempos opulenta España, poseia ó posee aun al otro lado de los mares en distintos continentes; y cuando como una estrella en el cénit, algun hábil gobernante profundizando el interés patrio por la proteccion y fomento de las colonias, lanzó una mi-

rada protectora, útil y regeneradora al otro lado del Estrecho, el génio del mal que parece presidír el destino de algunos pueblos, las convulsiones, los cambios de gobierno y de política nacional, sin que como en otras naciones haya un sistema fijo, encaminado á un fin homogéneo é inalterable en la organizacion de la monarquía, destruyeron en un momento é hicieron perderse en el espacio los pensamientos mas sublimes y mas grandes de regeneracion y prosperidad.

Hay *una nacion*, *cuyas cruzadas banderas* han ido sentándose en distintas regiones del orbe, y es indudable que la pululacion de su enseña, le ha prestado esa importancia y opulencia que hoy disfruta en todos los mares y en todos los paises, cuando su territorio matriz, es por su condicion natural REDUCIDO y ESTÉRIL.

España, en medio de su estado actual, tiene un alto interés político que no descuidar en sus relaciones diplomáticas con todas las naciones: la conservacion de Ceuta bajo su dominio; pero es preciso estudiarla, porque hay mas de lo que decirse puede, considerando las ambiciones sobre ella despertadas ó por despertar, y las causas en que está basada la codicia: *preciso es no olvidar que* NADIE QUIERE LO INÚTIL. Ceuta, dándole el realce que merece y que conviene, abrirá un nuevo campo á la Corona de Castilla, y los puntos en que se apoyan estas indicaciones, ni es prudente esplanarlos, ni propio del que solo con las armas tiene la mision de servir á su patria. La ilustracion del gobierno de ella sabrá valorar las indicaciones de un humilde juicio, que sin imágenes ilusorias, se ha formado sobre el estudio práctico de la situacion geo-topográfica.

Es indudable que cuantas naciones tengan naves que los mares surquen, ayudarán á España con sus notas ó sus armas, para que no pierda el itsmo de la Almina, que *otra bandera* podria dominar en detrimento de todas.

No debe olvidarse que las potencias fuertes del medio dia de la Europa, por todas partes van asediando el continente de África: la Inglaterra por el Océano, la Francia por el Mediterráneo, y ambas desarrollan y multiplican sus establecimientos, elevando por este medio su importancia política sobre aquel suelo tan ardiente como fructífero.

España, sobre todas las naciones, y sin perjuicio de las demás, tiene grandes elementos para adquirir una provechosa influencia en Berbería, por medio de relaciones diplomáticas hábilmente dirigidas, que irian estrechando los lazos de amistad é interés recíproco, de tanta conveniencia para los dos paises, por mas de un concepto. El pueblo marroquí, en lo general, ama á los españoles, como su moneda, con preferencia á cualquier otro pueblo cristiano.

POLÍTICA NACIONAL.

Los gobiernos de las naciones tienen dentro de su propio seno un interés primordial que atender: la felicidad de las pequeñas porciones que forman su todo. Necesariamente los directores de la nave del Estado, deben tomar en cuenta la índole, condiciones y carácter de los habitantes, para aplicarles leyes especiales que puedan producir su bienestar; porque realmente, unas mismas leyes no pueden ser útiles y beneficiosas mas que dentro de un mismo territorio que reuna unas mismas condiciones; mas nunca producirán el bien, si se quisiese hacerlas aplicables á los que habitan bajo los frios aires que destaca la region de las nieves glaciales, y á los que viven heridos por los ardorosos vientos que les envian los dilatados arenales de la Nigricia.

Los hijos de las ardientes zonas, son tan susceptibles como dulces, tan templados como exaltables, de mucha sensibilidad á la par que de

grande fiereza. Todo son estremos, tanto de mayor monta, cuanto mayor ó menor ilustracion poseen. Hé aquí la necesidad de que las leyes de las colonias, aunque partan de un principio fijo que tienda á la homogeneidad con la madre patria, necesitan ser de aplicacion especial. Las posesiones de África reclaman vivir bajo leyes particulares, que borren y prohiban los antiguos rencores que las diferencias de religion habian establecido. Cristo *predicó la humanidad y la virtud* para atraer al descarriado, y los hijos de la Cruz en la ilustracion del siglo, deben volver á la doctrina evangélica, de la que solo la mistificacion pudo apartar á sus progenitores en los pasados siglos.

Si las leyes orgánicas para las colonias africanas, se hallasen basadas en el respeto de la doctrina religiosa, en la equidad, templanza y justicia, desde luego la tolerancia, el buen ejemplo y la moralidad, abririan las puertas de la amistad; los vínculos fraternales, el enlazamiento de los recíprocos intereses, y por último, se atraerian algunos hombres mas al bando católico, sin necesidad del catequismo.

Mientras vivan como hoy las posesiones de África, no serán jamás otra cosa que depósitos donde se hacine el crímen, la desgracia y la miseria.

Ceuta que ofrece un inmenso campo al porvenir de la madre patria, necesita proteccion y ayuda, que vivificará su marchitada vida, en utilidad propia y de la nacion á que pertenece.

IMPORTANCIA COMO PLAZA DE GUERRA.

Ceuta es plaza de primer órden, fuerte é inespugnable, á pesar del mal estado de su fortificacion, pues la naturaleza proteje su defensa en la estension de casi todo su perímetro. Lo dijo bien Lord Londonderry,

cuando en 1840 manifestó á su Gobernador que «*es la plaza mas fuerte del mundo.*»

En tres casos de guerra distintos puede verse Ceuta: asedio terrestre; asedio marítimo, ó sitio misto. En cualquiera de los tres, contando con recursos, *la plaza debe ser invencible.*

En la primera hipótesis de un sitio por tierra, la plaza seria atacada por el frente O. del primer recinto (1) cuya cara, si bien sus obras avanzadas sobre el campo exigen reformas para tener las defensas necesarias considerando los adelantes del arte de la guerra, tal cual es su fortificacion terrestre, y valorando su muralla real tan respetable, con el canal marino que tiene por foso, sin duda alguna que á una no muy esforzada defensa, ningun temor debia producir el ataque; sin tomar en cuenta las muchas, costosas y bien trazadas galerías de mina, que forman indisputablemente un agente auxiliar de colosal potencia, para batir al sitiador y destrozarle sin batalla campal, cuyo éxito favorable muchas veves es mas bien hijo de las gracias de la fortuna, que de los planes estratégicos estudiados con profundo cálculo. La historia de la guerra presenta ejemplos de que en varias ocasiones, el buen éxito de un combate ha fracasado por un insignificante y no apercibido accidente del terreno, ó un retraso ó adelanto en un determinado movimiento. El dia que sobre un punto dado (2) se establezca un fuerte reducto, foseado y artillado convenientemente, la plaza se verá libre de que cualquiera enemigo pueda establecer baterías de sitio que ofendan sus murallas y caserío, mientras aquel utilice sus fuegos y se mantenga firme; pero tal cual en

---

(1) Primer recinto llamo al de la ciudad por ser el mas antiguo.

(2) Como español y como militar creo un sagrado deber para mi, guardar reserva sobre la situacion que indico y otros detalles de mayor importancia.

el dia existen las obras de defensa de aquel fuerte, *probado está que no es vulnerable* (1).

Un asedio marítimo podria poner en mayor compromiso el murado perímetro del territorio español de aquella colonia. Los fuegos de largo alcance de las escuadras sitiadoras ofenderian el primer recinto, ó sea la antigua ciudad, lo mismo que el segundo que lo forma el arrabal de la Almina, desde cuyos baluartes podria contestarse á los disparos de los buques, que tendrian con precision que alejarse sin poder embestir, pues sin embargo que las fortificaciones N. y S. de ambos, necesitan reformas de importancia, construyendo baluartes que enlacen sus fuegos convergentes, tal cual están, *son de difícil si no imposible espugnacion*.

El tercer recinto ó sea el del monte Hacho, es el mas descubierto, el menos defendido, y el que daria mayor facilidad á un desembarco, comparándolo con los anteriores. A pesar de las baterías y fuertes que ciñen sus caras N. E. y S., quedan puntos que pudieran ser accesibles al enemigo, en razon á sus defensas, las que necesitan alterarse para que presten una completa utilidad, siendo precisa la construccion de otras obras, que enlazando la línea de fuegos, inhabilite el desembarco en las pocas y reducidas calas é insignificantes playas que cuenta en su recinto. A pesar de la debilidad de sus muros, tiene defensas naturales que le ayudan á librarse de una agresion de desembarco, aun en el dia con las imperfecciones de los fuertes que guardan su acuático perímetro. La proximidad de tierra firme está sembrada de escollos, donde necesariamente los buques mayores se estrellarian, y las embarcaciones pequeñas zozo-

---

(1) Sabemos que desde 1851, en que publicamos esta obra, se han practicado algunas mejoras en las fortificaciones de la plaza que miran al campo marroquí; pero ignoramos hoy su clase y condiciones.

31

brarian sin conseguir el éxito apetecido. Por otra parte, defienden el recinto en muchos puntos, masas enormes de tajadas y cortantes rocas; derrumbaderos rápidos y profundos, y donde no existen estos obstáculos sentados por la creacion, muy fácil y poco costoso sería suplirlos artificialmente.

A todas estas seguridades que ofrece la defensa del perímetro del monte Hacho, necesario es tomar en cuenta la diferencia enorme que existe entre un sitio terrestre y uno marítimo. En el primero, el sitiador despliega metódicamente su ataque, fijando sus baterías, y adelantándolas convenientemente para contrariar la línea de fuegos de los sitiados, confundiéndola y aniquilándola con una lluvia de proyectiles, que hacinando ruinas sobre ruinas, é inutilizando muchos medios de defensa, amilana el ardimiento de los defensores, y con paso firme marcha al logro de una victoria calculada de antemano. Por el contrario en los sitios marítimos; la poca seguridad de los fuegos de sus baterías flotantes, cuya artillería si bien puede ser numerosa, está sujeta á todos los accidentes que lleva consigo el movimiento indefinido de sus esplanadas, á la oscilacion de las olas y al choque de los vientos, facilitan la resistencia y ponen á los defensores en disposicion de rechazar con estraordinaria ventaja, la práctica de un desembarco, siempre difícil, aunque se halle basado en los mejores cálculos.

Concédase por un momento que las multiplicadas bocas de fuego marítimas, apagasen los de las baterías terrestres, y que se lanzasen los sitiadores al desembarco, nada habrian conseguido por cierto. Ninguno de los puntos accesibles dá cabida mas que á saltar á tierra doscientos á trescientos hombres lo mas: ¿y qué resultado obtendrian tan escasos combatientes? ¿cómo se sostendrian abandonados á sí mismos, puesto que ninguna proteccion y ayuda podria prestarles la escuadra? Además, el acto

del desembarco, es una ocasion decisiva en que los defensores juegan el todo por el todo, y *es el momento elevado y glorioso, en que un* RESUELTO Y PREVENIDO MILITAR, *se lanza con intrepidez y arrojo, máxime cuando le ofrece un ayuda ventajosa la localidad altamente defendible.*

Un sitio misto ó combinado por tierra y mar, no haria mas que aumentar las atenciones de la plaza; pero siempre con las seguridades de un buen éxito, y en una eventualidad de tal naturaleza, guarnézcase con seis ó siete mil infantes, la correspondiente dotacion de artillería é ingenieros con sus parques respectivos, y háganse provisiones de boca y guerra: *entonces quedaria bien probado el sensato concepto formado por el entendido par de* INGLATERRA.

Ceuta, con las condiciones naturales y militares que posee, es fuerte, muy difícil de tomar, y altamente importante como plaza de guerra de gran potencia, y colocada sobre las aguas del Gibraltarino Estrecho.

AGRICULTURA.

Este es un punto difícil de tratar con respecto al perímetro español que forma la posesion de Ceuta, difícil por su corta estension, y porque la naturaleza sábia en todas sus obras, ha establecido que el ángulo saliente del N. de África, sea de materia compacta y dura para resistir el súbito choque de las olas, que amenazan de contínuo sumir en el seno de sus aguas los promontorios terrestres que le sirven de obstáculo.

La punta de la Almina está formada por gruesas masas de endurecidas y tajantes rocas, y todo el territorio hasta el arrabal, puede decirse lo constituye una continuacion de capas de piedra de distintas especies, que se elevan formando el gran promontorio ó monte del Hacho; pero entre lo grietoso de sus canteras y en los planos de diferentes formas y

colocacion que tiene, compuesta de tierras secundarias y terciarias, podrian producirse con laboriosa agricultura frutos de valor, aunque no grandes sus cantidades, ¿sería difícil, en aquel temperamento cálido, la produccion de la cochinilla en toda la estension de las faldas del promontorio? ¿no podrian aplicarse aquellos terrenos á la fructiferacion de otras sustancias que nacidas en secano son muy productivas? yo creo que sí; y no estoy acorde con los que establecen como punto concluyente, que el territorio de Ceuta es estéril. En otras regiones y climas menos benignos se se ven reproducirse, por constante laboriosidad, frutos que no le son propios ni podrian esperanzarse, porque son indígenas de otros paises diametralmente opuestos.

La causa positiva de la raquítica agricultura de Ceuta es otra. La mayoría de sus habitantes vive en la miseria y el abatimiento, y sabido es que estos son dos enemigos capitales de la accion y del desarrollo. Las escaseces producen el desaliento, y despues la inercia se establece con melancólica languidez, porque no hay medios hábiles de hacer fructificar la vida. Otros viven con las pensiones del erario, y todos aclimatados á la dejadez árabe, propia del suelo en que habitan, y sin grandes ambiciones, porque allí todo es barato, y las necesidades escasas, cubiertas las de la vida con productos del mar generalmente, no estudian, no cuidan de examinar lo que la tierra puede producir ventajoso y útil (1).

Los árabes han obtenido muchas veces permiso para sembrar en el territorio franco que fuera de la plaza comprende el campo español: ¿y por qué los hijos de Ceuta no se dedican á esta esplotacion, que poco ó mucho les produciría? La inercia sin duda alguna es el motor de este

(1) Un análisis filosófico nos ha ofrecido tales convicciones, sin atenernos á pareceres agenos.

descuido. Aquella planicie podria dar las mismas cosechas que los mauritanos tienen en sus inmediatos y feraces dominios; aquellos llanos y barrancos producirian una vejetacion lozana, si se procurase, porque en otros tiempos la tuvieron; aquellos campos serian de una prespectiva agradable, en lugar de ser hoy un espejo fiel, por su aspecto estéril, de la vida lánguida y mísera de los que habitan en su dominio. Hoy la agricultura aunque se establezca será de cortas producciones por la reducida estension de la colonia; ¿pero si el cultivo se estableciese y desarrollase, no sería un embrion muy útil en lo porvenir....? Además, ¿no es mejor tener poco que carecer de todo?

INDUSTRIA.

Triste y desconsoladora palabra al hablar de Ceuta, porque en aquel recinto español no se esplota mas ingenio que la almadraba á principios del verano.

Estraño parece que un pueblo sin dedicarse á la agricultura, no haya tratado de fomentar la industria, medio sustentador de los pueblos que carecen de aquel elemento ordinario y vital. ¿Se dirá tambien que es estéril para la industria?

Ceuta por su situacion geográfica, tiene medios para desarrollar con ventaja á otros paises diferentes ramos industriales. Colocada en la embocadura del Estrecho, las primeras materias que pasan por él para las manufactureras poblaciones del Mediterráneo ¿no quedarian allí á precios mas bajos en sus fletes?

El algodon, el carbon de piedra y otras materias, las tendria á precios mas bajos que otras plazas industriales. Las lanas, tan abundantes en el imperio de Marruecos, y cuya *esportacion es esclusiva á la Inglaterra,*

¿no podrian elavorarse en Ceuta? Cuando la fabricacion tenia por motor esclusivo el impulso de las aguas, enhorabuena que estas manufacturas no se hubiesen planteado allí por la escasez de agua potable; pero en el dia que todo marcha con la fuerza motriz del vapor, no puede admitirse aquella disculpa, no obstante que se dirá que de todos modos es precisa el agua para el lavado de las telas: es muy cierto, pero ¿quién puede negar que en Ceuta pueden recogerse mas abundantes aguas de las que se aprovechan en el dia, y que en el campo sean difíciles é ineficaces las perforaciones para obtenerlas en gran cantidad?

La industria que no se concreta á solos los ramos indicados, porque tiene mil arterias, puede tener allí un magnífico asiento. En otros tiempos los teñidos de Ceuta eran los mas estimados de Europa, por la pureza, brillantez y fijeza en los colores: en época remota hubo artistas de todas clases, y la vida de accion y lucro estaba completamente desarrollada, formando un pueblo esclusivamente productor. El mismo podria volver á ser, y aun superar; solo falta estímulo, proteccion é impulsar la vida estoica de aquellos habitantes, cortando los agios que pueden embarazar la vivificacion de aquellas marchitas plantas.

Se hace preciso conocer aquel suelo, llevar capitales y estimular los que allí nacen y mueren en el ocio, para que adquieran con el lucro la aficion al trabajo: esto es lo que le falta á Ceuta, y *quien en ella emplee parte de su peculio, fomentando empresas industriales, tendrá resultados positivos que acrecerán* ventajosamente su capital, mas que en otros puntos del Mediterráneo.

COMERCIO.

El corazon que ama á su patria con noble desinterés y que anhela su

prosperidad y engrandecimiento por el desarrollo progresivo de todos los elementos que constituyen la riqueza pública, nervio vigoroso que acrece la vitalidad é importancia de las naciones, no puede menos de lastimarse al hablar de la vida comercial de Ceuta. Comercio: esta palabra carece de aplicacion para aquella colonia: De importacion no hay otro que los precisos artículos de consumo llevados casi en su totalidad de la factoria inglesa en Gibraltar. De esportacion, no se conoce otra que las salazones de la almadraba.

Hé aquí bien pronto y tristemente descrito el cuadro comercial de Ceuta: mas tal abatimiento y miseria ¿nace por ventura de las condiciones geo-topográficas de su suelo, de la dificultad de cambios, ó de que la índole de los moradores no sea especulativa? nada de eso; preciso se hace analizar las causas que producen un cáncer que haciendo mísera la condicion de la colonia, perjudica tambien directamente al aumento progresivo del subsidio comercial de la nacion.

Todos los artículos de comer, beber y arder, son de libre importacion en Ceuta y *esta especulacion está concretada á determinadas manos.*

Las ropas, en lo general, *van de Gibraltar*, aunque se dice proceden de España, y los demás efectos de uso doméstico son conducidos comunmente de Algeciras; mas los escasos acopios que encierra una ciudad de reducido número de habitantes, *se monopolizan* por unas pocas casas de comercio; de modo, que mancomunados los intereses con los abastecedores de víveres, *procuran que á todo trance no se conozcan las* VENTAJAS COMERCIALES *que ofrece aquella posesion.* Estas causas producen tambien el desgraciado efecto de que los consumidores tienen que tomar los géneros que se espenden, aunque sean de mala condicion, no teniendo remedio mas que carecer de lo que les hace falta, ó pasar por las horcas caudinas en la calidad y los precios, y por otra parte, esto produce tam-

bien que el numerario que circula entre la guarnicion y habitantes, vaya á concentrarse muy luego en el pequeñísimo número de moradores que ejercen la profesion comercial.

Política y especulativamente, España tiene un grande interés en abrir su plaza de Ceuta al comercio. El libre tráfico regeneraria la ciudad, multiplicaria y rejuveneceria su poblacion capaz de gran desarrollo, vivificaria aquella gente condenada á la indigencia, y tomando por tipo un sistema análogo al de Gibraltar, produciria valores que cubririan con creces sus presupuestos; sus resíduos serian, como en aquella plaza, aplicables al mejoramiento de sus obras de defensa y á otras atenciones de utilidad y rehabilitacion. De este modo se descargaria el erario de la Península, y por consecuencia los contribuyentes, de los gastos de aquella plaza, que anualmente puede calcularse costará millon y medio de reales.

Podrán encontrarse obstáculos á declarar puerto franco á Ceuta, que sin duda alguna, serán la carencia de puerto seguro y capaz, y tal vez el temor de que seria un depósito para infestar las costas de España de contrabando; nada de eso. El primer caso en el artículo de navegacion quedará resuelto satisfactoriamente: en este estado, solo falta resolver el segundo.

No es la primera vez que se ha pensado en la libertad comercial de la ciudad hispano-africana, ni tampoco la primera que se ha contrarestado con la pueril idea, de que serviria para fomentar el fraude en la costa peninsular del Mediterráneo. Por sí mismo se destruye este pensamiento, tomando en consideracion que Ceuta está al otro lado del Estrecho sobre el continente africano, lo mas próximo á cinco leguas de España; mientras que Gibraltar hallándose en su mismo territorio, no consigue aquel objeto, que es el único preferente á su vida esencialmente comer-

cial. El Gobierno español para cortar el fraude del peñon anglo-hispano, tiene necesidad de mantener crecida fuerza de carabineros sobre la costa y una division del resguardo marítimo. Para Ceuta seria innecesaria la primera, y el segundo, cruzando parte de sus buques y otros anclados en la bahía de Algeciras para atender al objeto que le está asignado, podria tambien vigilar perfectamente los bastimentos contrabandistas que saliesen de Ceuta, pues desde su ancladero necesariamente los veria hacerse á la vela, siendo fácil salir á reconocerlos al emprender su rumbo. Podrá decirse que las fuerzas navales destinadas á aquel servicio doble serian entonces escasas; pero esto es efímero, porque poco gasto y muchas ventajas comparativamente, produciria el aumentar un vapor á aquella dotacion. Quien conozca la situacion topográfica de Ceuta y Gibraltar, mirará desde luego mucho mas fácil de celar la salida de buques de la bahía de la primera ciudad que de la segunda.

En los altos pensamientos administrativos del Gobierno Español, tal vez no pueda tener cabida la idea del libre tráfico en Ceuta, aun tomando en cuenta que tal condicion ha hecho riquísima y fuerte á Gibraltar bajo la dominacion inglesa, y que está vivificando y aumentando á Orán, sometida al dominio de la Francia; pero en esta hipótesis de contrariedad, otro medio hay que aun en la afirmativa debe esplotarse.

La política nacional descrita, y la internacional, formando tratados con el imperio de Marruecos, conducirian necesariamente á un resultado positivo de grandes beneficios y prosperidad para la colonia y para aquel imperio.

Por afinidad, por situacion, por vecindad, la posesion española está identificada con el pueblo árabe ¡y las puertas de aquella están en completa clausura para el comercio! Los moros se alegrarian de poder contratar y traficar con los españoles, antes que con otra nacion; pero está

prohibido y esta prohibicion, que se basa en disposiciones hijas de la antigua supersticion religiosa, priva de que ambos pueblos, que son los que mejor se entienden, se comuniquen, se estimen, se liguen y por último hagan arder la antorcha vivificadora del comercio.

Una nacion aisladamente está esplotando en su particular provecho, las especulaciones mercantiles de Marruecos, y á fé no será por el apego y simpatías que le tengan los árabes: nace, de que con los franceses no quieren tratos, y con los españoles no pueden tenerlos aunque los desean, y como la espendicion de sus mercancías es necesaria á su vitalidad, he aquí la precision que tienen de sucumbir al único marchante que concurre á sus mercados, el cual se abastece de cuanto le conviene á precios insignificantes ó sumamente bajos, dándoles en muchas ocasiones, en lugar de moneda, géneros de algodon de escaso valor y otras manufacturas, y es necesario tambien saber que este cambio de mercancías, se hace por pequeños buques que tienen que partir del núcleo especulador de Gibraltar, mientras que España lo haria en tierra firme.

¡Cuántas ventajas no conseguiria España en abrir Ceuta al comercio con la antigua Berbería! Las ricas maderas de construccion naval y de ornato: las lanas, la sedería, las esencias y resinas, los metales, el marfil, los tafiletes, los cueros curtidos y al pelo, el coral, la perla, los cereales, las frutas secas, los ganados y mil y mil otros objetos, que ahora si los tiene España es por medios secundarios, y á mas altos precios, los adquiriria entonces é irian á sus manos por primera venta y con baratura, pudiendo dar salida á muchas manufacturas de la industria nacional y efectos coloniales. Son estraordinarios los bienes que en todos conceptos produciria la abertura del mercado en cuestion.

Consúltense políticos que aquel suelo conozcan, óiganse entendidos economistas, y podrán diferir en el modo y forma de llevar el pensamien-

to adelante; pero casi seguro es, que no negarán los beneficios que en grande escala produciria la ejecucion.

Mucha latitud pudiera darse á estas esplicaciones razonadas, para probar las ventajas estraordinarias que daria á la Península y á las posesiones de África, el que entrasen á comerciar con el imperio de Marruecos. Las hay políticas, sociales, y mercantiles; pero en obsequio de estos mismos intereses de grande importancia, no puede un español sentarlos con su pluma para la imprênta; haria tal vez mas males que bienes, debiendo limitarse á decir en conclusion, que con las relaciones comerciales, se embarazarian muchísimo ó se estinguirian las hostilidades, que siempre producen pérdidas sensibles por pequeñas que sean, á la nacion que aciagamente tenga necesidad de sostenerlas.

Hase dicho por hombres eminentes, que el dia que Europa esté toda cruzada por caminos de hierro, aquel será la aurora feliz que unirá á todas las naciones formando una gran familia.

El autor de los «*Recuerdos de África,*» humilde y sin talentos, se atreverá á decir á su vez: *el dia que el comercio introduzca la ilustracion en Marruecos, serán felices las colonias españolas del África mediterránea y el pueblo mauritano.*»

NAVEGACION.

No es el materialismo del significado de la palabra, concreto á que los buques surquen los mares de uno á otro lado, lo que abrazan estas consideraciones, no; es cuanto tiene relacion con la navegacion directa ó indirecta á la plaza de Ceuta; á la seguridad de las naves en sus puertos; al estado actual de estos y á sus mejoras fáciles, que rindan seguridad, ventaja y desahogo para la carga y descarga en el tráfico mercantil.

Ceuta tiene dos fondeaderos; uno en la gran bahía N que mira al frente de Europa y otro en la del S, mirando á Cabo Negron.

Sabido es que la bahía del frente de Europa, tiene buen ancladero para buques de mayor porte, siendo el principal, enfilando la calle del Obispo, cuyo fondo es arena, y se hallan los bastimentos bastante cubiertos de los vientos, menos del Levante; pero hay seguridad, y pudiera haberla completa, si con la abundancia de piedra y presidiarios que aquella plaza tiene, sin gastos de cuantía, se prolongasen el muelle actual y el de San Pedro. Entonces los buques de mediano porte tendrian un completo resguardo y habria desembarazo suficiente para la carga y descarga, aun cuando en el puerto anclasen muchos buques de la condicion citada.

Para las embarcaciones de guerra y de mucho porte, podria habilitarse perfectamente un gran fondeadero en la bahía N, llevando adelante el pensamiento de la construccion de un gran muelle que partiese del fuerte de San Amaro, obra que si bien necesita tiempo, tiene facilidad y puede hacerse con morigerado coste, puesto que la piedra está próxima, y la mano de obra podria ser penal, como en el puerto de Tarragona. Prolongado el muelle en cuestion á unas mil doscientas varas, sobre el cual se construyeran almacenes como existen en los de Barcelona, quedaria resguardado de el Levante y corrientes del Mediterráneo, sin que las del Estrecho y Ponientes le ofendieran (1).

---

(1) Sobre los puertos de Ceuta, preciso es atender á los datos científicos, para probar las condiciones de aquellos ancladeros. Véase el derrotero de Tofiño, muy apreciado en todas las naciones marítimas, y se hallará la analogía precisa con el pensamiento del autor, que testifica la utilidad con el mejoramiento de los muelles existentes y construccion del nuevo en San Amaro.

La bahía del S., construyendo un muelle que parta del estremo O. de la muralla de la Almina enfilando á Cabo Negron, estrayendo de su fondo algunas piedras manuables, que artificialmente han ido al seno de las aguas, quedaria un puerto seguro á los vientos de tres cuadrantes, siendo el fondo arena suelta en grande estension, y en algunos puntos cenagosa ó dura.

Estas mejoras verificadas en las bahías de Ceuta, darian una completa seguridad á los buques que á ella fuesen: aumentaria la importancia de la plaza y ofreceria á la nacion ventajas de un positivo lucro y desarrollo. Hé aquí el resultado del estudio práctico, y de pensamientos de inteligentes y bien reputados marinos nacionales y estranjeros.

Si Ceuta estuviese dominada por quien Gibraltar ocupa, anclarian en sus puertos multiplicados bastimentos, como en el Peñon gibraltarino sucede desde que la Britania ostenta ser su Señora.

Ceuta serviria de escala á los buques que de los mares de las Indias vienen, lo mismo que á los del Mediterráneo que marchan al Océano. Probablemente seria punto de depósito de ambos mares, y un centro comercial en que ondearian multiplicados pabellones.

Reconocida la inmensa importancia marítima que tiene la plaza de Ceuta y el inmenso porvenir que ofrece á España como base militar, comercial y marítima en el continente africano, á todo trance se hace preciso ensanchar los límites de aquella posesion y es la hora oportuna de conseguir tan interesante objeto, sin que se acuse á la noble nacion española de avara ó egoista. Sean por hoy los límites españoles la línea que partiendo de sierra Bullones y continuando por la cordillera de Ximera termine en Cabo Negron. Un dia vendrá, y no lejano, en que la civilizacion europea nos haga marchar adelante.

El anhelo de la prosperidad nacional en todos los brazos que consti-

tuyen el Estado, y el que adquiera España su antiguo esplendor y poderío, guian la pluma en este pensamiento, que talentos superiores y hábiles ministros podrán desarrollar, interesados en que la Península llegue á ser feliz.



INDICE

DE LO QUE CONTIENE ESTÁ OBRA.

FÉ DE ERRATAS.

PÁGINAS.	LÍNEAS.	DICE.	LÉASE.
En la dedicatoria.	20.............	respetuosa......	humilde.
Idem.............	21.............	respecto........	respeto.
Idem...	Idem..........	os..............	le.
8................	NOTA...........	Habiéndose reasumido los dos planos en uno general, se han suprimido naturalmente los números 1 y 2 y las letras de indicacion.	
40...............	24.............	acumpañaban..	acompañaban.
52...............	3..............	mii.............	mil.
Idem.............	NOTA..........	traduccion......	tradicion.
193..............	22.............	Macsa..........	Malta.

Se despacha.

Librerias de Moro, Puerta del Sol; Bailly Balliere, Principe; Publicidad, Pasage Mateu é imprenta española, Torija = 14 = bajo.

Los que se suscriban hasta el 20, tendrán la obra con la vista de Ceuta y el mapa á 20 reales ejemplar. Desde aquel dia á 24 reales uno.

19 85 672 53 005 BR 3 6475


DT 329 .C94 1859 C.1
Historia de la plaza de Ceuta
Stanford University Libraries
3 6105 041 069 118

CECIL H. GREEN LIBRARY
STANFORD UNIVERSITY LIBRARIES
STANFORD, CALIFORNIA 94305-6004
(650) 723-1493
grncirc@sulmail.stanford.edu
All books are subject to recall.
DATE DUE

AUG 14 2001

